

SÓLO EN LA MUERTE

LOS OLVIDADOS 4 • UNA NOVELA DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

Dan Abnett



Gaunt y sus hombres deben enfrentarse al horror del presente y a los fantasmas de su pasado porque «Sólo en la muerte termina el deber». En el vigésimo tercer año de la Cruzada de los Mundos de Sabbat los principales grupos de combate del Imperio avanzan hacia el Cúmulo Carcaradon, empujando ante ellos a las fuerzas del caos. Gaunt y sus hombres son enviados al mundo fortaleza de Jago, en el Sistema Cabal. Allí se les ordena ocupar y defender un bastión vital en las montañas. Su misión, detener el avance enemigo tanto como sea posible, sin importar lo que cueste.



Dan Abnett

Solo en la muerte

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. Los olvidados 4

ePub r2.1
Titivillus 07.08.15


FOR TANITH - FOR THE

Título original: *Only in Death*
Dan Abnett, 2007
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá

ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

En M41.778, el vigésimo tercer año de la Cruzada de los Mundos de Sabbat, los principales grupos de batalla del señor de la guerra Macaroth atravesaron con fuerza y rapidez las fronteras del Cúmulo Carcaradon, llevando ante ellos a las huestes del señor de la guerra enemigo, o «arconte», Urlock Gaur. Las fuerzas del arconte parecían fracturarse bajo los sucesivos asaltos del Imperio, pese a que ahora era más probable que se estuvieran retirando para establecer un cordón defensivo en el grupo Erinyes.

En el núcleo, los equipos secundarios de batalla, el Quinto, el Octavo y el Noveno Ejércitos de la Cruzada, seguían combatiendo contra las legiones del magíster Anakwanar Sek, el lugarteniente más capacitado de Gaur. El propósito del segundo frente era echar a las tropas de Sek de la periferia del grupo de ejército Khan, y expulsarlas de los numerosos mundos fortaleza del sistema Cabal.

Durante esta fase mortífera de la cruzada tuvo lugar una campaña de erradicación particularmente sangrienta en el ruinoso mundo fortaleza de Jago…

De *Una historia del final de las Cruzadas Imperiales*

Día seis (fuera de la división metropolitana de Elikon).

El sol ha salido a las cuatro y diez. Hay mucha polvareda y se incremente alrededor de las ocho. Progreso adecuado, 18 Km. Llegada al objetivo a las doce menos veinte. No he podido echarle un vistazo al lugar por culpa de las tormentas de polvo. Una avanzadilla ha partido para asegurar la zona mientras escribo esto. Las tropas se mantienen en posición de espera. G. ha ordenado quitarles las fundas a las armas debido a varias quejas.

Esta noche he vuelto a con ~~la voz de alguien que no~~

No se si debería contarle al doctor D. lo de los sueños. ¿Lo entenderá? ¿A. C. quizá? Puede que sea más perceptiva. Me preocupa tener que contárselo. Desde lo de Gereon he tenido dificultades para saber que decirle. A. C. ha cambiado mucho, supongo que es normal. Me pregunto adónde habrá ido la Ana que conocía.

Es difícil saber qué es lo mejor que puedo hacer. Al fin y al cabo, sólo son sueños. Apuesto a que si pudiera ver los sueños a los que se enfrentan los fantasmas noche tras noche vería cosas mucho peores.

He rondado un poco por el campamento al caer la noche, y los he visto gemir y retorcerse en sus sacos, atrapados en sus propias pesadillas.

Hay señales en el frente, la avanzadilla ha regresado. Más tarde seguiré escribiendo.

Diario de campo, V. H.
Mes quinto, 778



UNO
La casa en el fin del mundo

Durante el recorrido de seis días por el interior, algún listillo cuya identidad nunca se llegó a descubrir inició un chismorreo que se extendió por el regimiento como una epidemia de diarrea. El rumor decía que un grupo de soldados, puede que una unidad pionera o una avanzadilla de reconocimiento, había pasado por un barranco cercano lleno de cráneos con las tapas serradas.

Los Fantasmas, tanto los viejos como los nuevos, eran tipos duros que habían visto cosas muchísimo peores que unos pocos huesos desgastados. Pero había algo en ese rumor, en ese maldito chismorreo de escalera, que quedó clavado como una astilla en la piel, y se hundió en ella hasta ser un fastidio.

Como suele ocurrir con los rumores, el arte estaba en el detalle. Las calaveras, según decían, eran humanas y muy viejas. No eran un vestigio de la guerra en curso, ni siquiera el resultado de las atrocidades perpetradas por su archienemigo, que hasta la pasada primavera había sido el amo indiscutible de Jago.

Muy, muy viejas y polvorientas, fosilizadas, tan viejas que podían haber sido sacadas de una tumba. Desgastadas y amarillentas. Eran la prueba de algún crimen inhumano que pudo haber tenido lugar en aquellas colinas salvajes y solitarias mucho tiempo atrás. Sugería lo ritual, la caza de trofeos, la depredación. Hacía mucho que el viento, el clima y el polvo habían borrado el sentido de aquello, de forma que ya no se podía discernir ningún detalle más. Por ello, las mentes de los soldados bullían con las peores ideas imaginables.

El rumor parecía haber consolidado la negra visión que todos y cada uno de ellos tenía sobre el lugar. Aquellas solitarias colinas eran el tramo más inhóspito y sombrío de ese maldito pedrusco que era Jago.

Gaunt no iba a tolerarlo. Cuando le llegó el rumor, procuró aplastarlo de forma fulminante, como a un insecto bajo la suela de una bota. Les dijo a Hark y a Ludd que «tomaran medidas» contra todo aquel a quien pillaran usando las palabras «maldito» o «embrujado». Les dijo que hicieran saber que había trabajos de castigo disponibles para cualquier soldado que difundiese el rumor. Hark y Ludd cumplieron la orden y el cacareo pasó a ser un simple murmullo, aunque no terminó de apagarse.

—Están asustados —dijo Viktor Hark.

• • • • •

Que Jago fuera un sucio agujero dejado de la mano del Emperador no mejoraba las cosas.

Las montañas del Norte, una mole de picos dentados que se alzaba a lo largo de

ocho kilómetros, poseían tres características imperantes: el viento, el polvo y la escarpada altitud. Estas propiedades actuaban juntas produciendo un entorno del que todos y cada uno de los Fantasmas se hubiera despedido alegremente y sin reparo alguno.

El viento era frío y cortante, y azotaba los estrechos valles y los profundos barrancos como un láser. Enrojecía la carne al descubierto y dejaba los nudillos tan insensibles como trozos de hielo. Tiraba de las capas y arrebataba los sombreros sin permiso. Soplaba y roía la carne, y además, cantaba como una sirena, como una sirena de Feth. Había tenido eones para practicar su música, y cantó para los Fantasmas de Tanith más vivamente que cualquier flauta o trompeta marcial. Se topaba con grietas, rocas, fisuras y abismos, pero el gemido se abría paso. Tocaba las solitarias colinas como si fueran un órgano de iglesia, aprovechando hasta la última posibilidad acústica del montañoso terreno.

Luego estaba el polvo. Se metía por todas partes, incluso en el viento musical. Entraba por el cuello, las orejas y las mangas; invadía polainas y guantes; y obstruía las narices hasta que estaban llenas de una arcilla gris. Consiguió entrar en bolsas, armas, paquetes de raciones e incluso en la ropa interior, donde restregaba como polvos de talco. Avanzando por los desfiladeros, los Fantasmas escupían grumosas flemas grisáceas al enjuagarse la boca con las cantimploras. Los rifles estaban desgastados, el acero pulido era ahora mate y los mecanismos se encasquillaban, hasta que Gaunt dio la orden de llevarlos guardados en fundas anticlimáticas. «Delante» se refería a una niebla densa y opaca, «detrás» era el rastro de sus huellas que se borraba en apenas unos segundos, y «arriba» era la vaga silueta de las colinas dentadas. Todo a su alrededor arrastraba la inquietante canción del viento.

Pronto, todos estuvieron muy agradecidos por las gafas de latón con que les habían equipado los técnicos del Munitorum en el punto de encuentro de Elikon.

«Calaveras en un valle polvoriento, con las tapas serradas».

—Vamos a tener problemas —dijo Eli Rawne.

—Los problemas son lo nuestro —contestó Ibram Gaunt.

• • • • •

Parte del problema era que la guerra se libraba en otro lugar. Incluso podría haber estado librándose en otro siglo. De noche, durante los intervalos en que el viento callaba y las nubes de polvo se posaban, podían oír el sonido de la artillería y las divisiones blindadas del sur de Elikon. A veces veían destellos, como relámpagos en un planeta diferente, latiendo como la luz de un faro, muy lejos. De vez en cuando pasaban naves por encima de ellos —Valkyries y Destriers pesados— avanzando hacia las zonas de batalla activas. Las naves saludaban educadamente a la hilera de soldados

que cruzaba el valle.

Jago era uno de los tristemente conocidos mundos fortaleza construidos a lo largo del saliente del sistema Cabal. Nahum Ludd no sabía muy bien qué esperar del lugar, así que su imaginación se había puesto en marcha jugando con las palabras «mundo» y «fortaleza». Se había imaginado un planeta construido como un castillo, lleno de aspilleras y matacanes. Un planeta con torres de vigilancia y esquinas cuadradas, un lugar del que era difícil escapar. Pero la realidad era bastante diferente. Jago fue fortificado mucho antes de lo que la humanidad alcanzaba a recordar. Su superficie rocosa, inhóspita y humeante había quedado plagada de miles de kilómetros de casamatas, búnkeres y estructuras varias. Ludd se preguntó qué tipo de guerra ya olvidada podía haber azotado al lugar para que fueran necesarias tan formidables construcciones. ¿Quiénes serían los defensores? ¿Contra quién estarían luchando? ¿Quién podía saber dónde terminaba una línea de defensa y dónde empezaba la siguiente? Elikon había sido una matriz desconcertante de fortificaciones subterráneas, un laberinto de túneles y puntos de defensa, un galimatías de pasajes acorazados y torretas que salían de la tierra como setas.

—¿Quién luchó aquí? Originalmente, quiero decir —preguntó Ludd—. ¿Para qué construirían todo esto?

—¿Importa eso? —contestó Viktor Hark.

—Pregúntaselo a los cráneos con la tapa serrada —murmuró Hlaine Larkin, sorteando el bache que había detrás de ellos.

• • • • •

Caminaron durante seis días, siguiendo el escabroso valle hacia la línea que conformaban las montañas. El polvo se arremolinaba a su alrededor. El general Van Voytz había sido muy preciso con sus instrucciones. En Elikon, con sus costuras doradas mecidas por el viento, se subió a lo alto de un oxidado Chimera para dirigirse a ellos, como amigo serio pero bienintencionado. Se vio obligado a levantar la voz sobre el paso de un convoy: tanques, transportes de tropa, tráileres y los camiones acorazados de los psíquicos de batalla, todos dirigiéndose hacia el frente.

—El archienemigo podría intentar un ataque lateral —dijo Van Voytz con la voz amortiguada por la arenosa brisa—. Les pido a los Fantasmas que vigilen el flanco este.

«Pedir». Gaunt sonrió ante la palabra; una sonrisa seca, pues no era posible ver una de otro tipo en Jago. Barthol Van Voytz, viejo amigo suyo y mentor durante un tiempo, era un experto en hacer que el soldado común pensara que cualquier encargo había sido idea suya o bien un favor para el jefe. «“Pedir”. No suavices, Barthol. Lo que estás haciendo se llama “ordenar”».

—Hay un bastión de defensa llamado Hinzerhaus en la parte este del muro de la fortaleza —siguió Van Voytz—. Se encuentra en Banzie Altids, un espolón de la montaña principal, a ocho días de aquí.

«Al paso de mis Fantasmas, serán unos seis», pensó Gaunt.

—Vuestro objetivo es Hinzerhaus. Encontradlo —dijo Van Voytz—. Encontradlo, asegurad la zona, mantenedlo y bloquead cualquier intento de cruzar esa línea por parte del enemigo. El Emperador cuenta con vosotros.

Todos hicieron entonces la señal del aquila. Al mismo tiempo, todos pensaron: «El Emperador de Feth ni siquiera sabe mi nombre».

—¿Aceptamos el trabajo? —preguntó Braden Baskevyl—. ¿Así sin más?

—¿Y qué más da? —contestó Gol Kolea, mientras la unidad levantaba el campamento.

—¿Habéis oído eso de los cráneos? ¿Las calaveras con la tapa serrada? —preguntó Ceglan Varl al pasar por allí.

• • • • •

Así que habían caminado hacia el lugar más alejado de ninguna parte, hacia las zonas más olvidadas de aquel mal pedrusco llamado Jago, en Banzie Altids. Los barrancos eran cada vez más profundos, los acantilados se hacían más abruptos y el polvo del viento se les metía en los pulmones.

—Vamos a tener problemas —dijo Eli Rawne, escupiendo una buena flema grisácea.

—¡Venga ya, hombre! Siempre dices lo mismo —le dijo Zweil, el viejo capellán, caminando pesadamente a su lado.

• • • • •

Como un fino velo, el polvo cubría el fondo del profundo valle. El viento se había detenido por un instante y cesó su canto produciendo una pausa inquietante. Gaunt levantó la mano. Los dedos de su guante estaban cubiertos de polvo.

—Están tardando demasiado —dijo Tona Criid.

—Dales un momento —susurró Gaunt.

Los Fantasmas aparecieron, en forma de fantasmagóricas siluetas, dirigiéndose hacia ellos desde la nube de polvo. Mkoll, Bonin, Hwlan… lo mejor del regimiento.

—¿Y bien? —preguntó Gaunt.

—Si, lo hemos encontrado —dijo Mkoll, escupiendo para aclararse la boca. Sus

gafas estaban cubiertas de una fina capa de polvo y las limpió con los dedos.

—Lo hemos visto —confirmó Bonin.

—¿Y cómo es? —preguntó Gaunt.

—Parece la última casa antes del fin del mundo —respondió Mkoll.

• • • • •

Se levantaron y siguieron su avance; dos mil quinientos soldados caminando en fila. El viento volvió a recuperar la energía y retomó su canto.

Así fue como los Primeros y Únicos de Tanith llegaron a Hinzerhaus, la casa en el fin del mundo.

—Vamos a tener problemas —vaticinó Eli Rawne, mientras avanzaban con dificultad hacia la puerta principal entre la ardiente neblina.

—¿Hay alguna posibilidad de que dejes de decir eso? —le preguntó Hlaine Larkin.

El viento chirrió a su alrededor. Sonó como el grito que lanzaban las calaveras si les hubiesen serrado la tapa del cráneo.

Día dos (desde que abandonamos el punto de encuentro de Elikon).
El sol sale a las cuatro, pero no llega a verse hasta más tarde. Hemos avanzado un buen trecho (23 km). Estoy preocupado por las raciones de agua, se lo he mencionado a G. y a K.
El polvo es un factor a tener en cuenta. K. repitió su orden de no «no escupir», bastante inviable en mi opinión. G. asegura que el objetivo tiene su propio pozo/suministro de agua. Ya veremos.
K. ha vuelto a levantar la duda sobre si el polvo encasquilla las armas. Se ordenó una inspección al mediodía, luego seguimos. Las pruebas nos convencieron de cubrir las armas durante la marcha aunque K. seguía reacio a hacerlo. Las cubiertas frenarian la respuesta de las unidades en caso de emboscada.
~~Los sueños son cada vez peores, más probl~~
El rumor persiste y no sabemos quien lo ha extendido. De pronto, todos se han convertido en unos idiotas supersticionsos de Feth. Mala señal. Intentaré hacer algo cuando nos instalemos en la zona del objetivo.
Este lugar no me gusta. Hago lo que puedo para

mantener la moral, pero el polvo y los rumores no ayudan.

El sol se pone a las siete y veintinuo. Viento suave. Veo las estrellas por primera vez. Parecen estar muy lejos de aquí.

Diario de campo,
V. H. Mes quinto, 778



DOS
Entrad aquí

La casa de guardia ha estado vacía durante novecientos años. Está hecha de piedra ornamentada, tanto las paredes como el suelo y el techo. Es muy grande. Tiene un eco que nadie ha probado desde hace tiempo.

Las luces siguen encendidas. De unos cables antiguos cuelgan esferas luminosas, blancas y apagadas como los ojos de un reptil. La luz que proporcionan cambia de intensa a suave, de intensa a suave, en un ritmo lento, de respiración, el pulso de Hinzerhaus.

Hay una alfombra en el suelo. Los bordes están curvados como las alas secas de una polilla muerta. Hay un cuadro en la pared, al lado de la puerta interior. Tiene un marco con ornamentos dorados. El cuadro es de un color negro sucio. ¿Qué es lo que muestra? ¿Es una cara?, ¿una mano?

Fuera, a través de los gruesos muros del bastión, el viento canta su melodía de sirena.

Se oyen rozaduras. Pisadas, voces, rasgueos, las viejas bisagras quejándose al ser dobladas.

La puerta exterior…

• • • • •

Se abrió.

La gruesa puerta metálica se abrió medio metro y se detuvo. Seguir empujándola no iba a conseguir abrirla más. Las bisagras estaban llenas de polvo y de tierra.

Mkoll se deslizó al interior a través de la estrecha abertura. El viento entró junto a él, con menos intensidad en su canto pero permitiendo la entrada del polvo. Una fina polvareda se quedó suspendida en el aire durante unos instantes, como sorprendida, para luego terminar cayendo.

La alfombra se agitó, sacudida por la intensidad del viento.

Mkoll miró a su alrededor, deslizando con cuidado la luz de la linterna a su alrededor.

—Bueno, ¿hay algo? ¿Te han matado ya? —dijo Maggs, escondido detrás de la portilla.

Mkoll prefirió obviar la pregunta. Avanzó, agazapado, con el arma en ristre, iluminando cada esquina y rincón oscuro.

Las sombras se movían según orientaba la linterna. La esquivaban y caían, se estiraban y doblaban. El aire era seco como el humo, sin una pizca de humedad. Mkoll empezó a sentir latidos en la sien.

—Jefe, ¿está despejado? —preguntó una voz. Esta vez era Bonin, preparado junto a Maggs.

—Esperad… —susurró Mkoll. El pulso de la sien seguía latiendo con fuerza, cada vez estaba más nervioso. ¿Por qué? ¿Por qué se sentía tan inquieto? Normalmente, nada lo perturbaba. ¿Por qué aquel sitio le daba tan mala espina? ¿Por qué tuvo de pronto la fuerte impresión de que lo estaban vigilando?

«Vamos a tener problemas».

A su izquierda, una alcoba. Una sombra, nada. A su derecha, una puerta, otra sombra. No, espera. No es una sombra. Feth, era… No, calma, no era nada. Sólo su imaginación, interpretando las figuras en la penumbra, siluetas que en realidad no estaban allí.

—Feth —resopló Mkoll, sorprendido por su propia estupidez.

—¿Cómo dices? —preguntaron por la radio.

—Nada —respondió Mkoll al micrófono.

Allí en la puerta habría jurado que… Lo habría jurado. Allí había alguien mirándole. Pero no había nadie, sólo fue un juego de sombras, un engaño de su imaginación.

Aquello no era propio de él. ¿Asustarse por unas sombras? «Cálmate, tranquilo. Has hecho esto miles de veces».

—Despejado —dijo.

Maggs se deslizó por la entrada y se colocó detrás de Mkoll, moviendo la linterna a su alrededor. En secreto, a Mkoll le caía bien Wes Maggs. Le gustaba su chispa belladonita y su ingenio, y admiraba su destreza. Mkoll aguantaba lo bocazas que era Maggs por todo lo que le aportaba como soldado.

Pero la famosa boca de Maggs estaba extrañamente callada ahora. Maggs estaba asustado, Mkoll podía sentirlo. Eso agravó la propia inquietud de Mkoll, porque sabía que Maggs tampoco se comportaba así normalmente. Hacía falta mucho para asustar a Wes Maggs. Pero seis días de marcha a través del polvo y el rumor de las calaveras del valle habían ayudado mucho.

—¿Quién…? —empezó Maggs—. ¿Quién pone una alfombra en una garita de vigilantes?

Mkoll negó con la cabeza.

—¿Y un cuadro? —añadió, acercándose al marco de la pared. El cono de luz proveniente de su linterna se balanceó. Entonces se volvió de repente y levantó el arma a la altura de su esternón.

—Apunta eso hacia otra parte —dijo Bonin mientras entraba por la puerta que había detrás de ellos—. ¿Tienes doce años o qué?

—Perdona —se excusó Maggs, bajando el arma.

—Sabías que estaba detrás de ti.

—Lo siento.

—Sabías que iba a entrar después de ti.

—Lo siento, ¿vale?

—Callaos —intervino Mkoll. «Esto no es propio de nosotros. Estamos hechos un saco de nervios, agresivos y alterados. Somos Fantasmas, por Feth. Somos lo mejor de lo mejor».

Bonin echó un vistazo alrededor y desplazó la luz de la linterna por las paredes y el techo.

—Qué lugar tan encantador —murmuró.

El soldado miró a Mkoll.

—¿Les digo a los demás que pasen?

Mkoll negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo un… Nada, déjalo. Fisguemos primero un poco más.

Bonin asintió.

—¿Estás bien, jefe?

—Claro.

—Mirad este cuadro —dijo Maggs. Se había ido directo a la pared de donde colgaba el viejo marco y estiró la mano izquierda para tocar la superficie. Su guante estaba rebozado con polvo tan blanco como la ceniza—. ¿Qué se supone que es lo que hay pintado? —preguntó—. ¿Una mujer? No, un hombre… No, es una mujer, un retrato.

—Déjalo, Maggs —le ordenó Mkoll.

—Sólo pregunto —protestó Maggs a la vez que acariciaba la superficie del lienzo con la mano enguantada. El lienzo hizo un sonido rugoso al contacto—. Es una mujer, ¿no? ¿Lo veis? Una mujer con un vestido negro.

Mkoll y Bonin no estaban mirando, se habían quedado con la mirada fija en los ornamentos luminosos, en el suave brillo de esos ojos de reptil que colgaban de las paredes agrietadas.

—Aún hay electricidad aquí —dijo Bonin, con nerviosismo. Mkoll asintió.

—¿Cómo es posible después de tanto tiempo?

Mkoll se encogió de hombros.

—Creo que son luces naturales. Alimentadas químicamente con una combustión lenta, no con un generador ni una batería. De todas formas, están casi apagadas.

Bonin suspiró.

—¿Soy yo o se van haciendo más brillantes de vez en cuando?

Mkoll volvió a encogerse de hombros.

—Eres tú —le respondió.

—Mirad, sí que es una mujer —anunció Maggs detrás de ellos—. Es una vieja vestida de encaje negro.

Había rascado con el guante parte de la mugre que había en la pintura. Mkoll y Bonin volvieron a su lado. El rostro de una mujer, pálida e inexpresiva, les devolvió la

mirada desde el lienzo.

—Fantástico —dijo Mkoll—, ¿podemos irnos ya?

—¡Vaya! —exclamó Maggs.

Estaba volviendo a frotar el retrato y el antiguo lienzo de la pintura había cedido de pronto bajo sus persistentes dedos. Se desintegró como el polvo y dejó un agujero donde había estado el rostro de la mujer que los miraba. A través de él, Maggs pudo ver la pared de piedra de la que estaba colgado.

—¿Ya estás contento? —preguntó Mkoll, marchándose.

Maggs levantó su arma de repente y apuntó al cuadro.

—Pero ¿qué Feth estás haciendo? —preguntó Bonin.

Maggs dio un paso hacia atrás y bajó el rifle. Negó con la cabeza, consternado.

—Nada —dijo—. Nada, lo siento. Ha sido una tontería.

—Empieza a moverte para algo útil, Maggs —le ordenó Mkoll.

—Si, señor. Claro —asintió Maggs.

Por un momento, por un instante fugaz, el retrato desintegrado pareció estar sangrando. Un fluido oscuro y cremoso había rezumado del agujero como sangre brotando de una herida en carne viva. Pero sólo había sido un efecto del polvo y la imaginación de Maggs. Se sintió estúpido. No había sangre, sólo polvo.

«Calaveras en un valle polvoriento con las tapas serradas». Polvo, sombras y su estúpida imaginación.

Mkoll y Bonin habían avanzado hasta la portilla interior. Empezaron a tirar de la palanca de metal.

—Venga, abramos esto —gruñó Mkoll.

—Si, vamos —dijo Wes Maggs, apresurándose a unirse a ellos.

• • • • •

—Están tardando demasiado —dijo Tona Criid. El polvo los había rodeado y la visibilidad se había reducido a tan sólo cuatro metros. Las compañías más avanzadas se habían detenido a medio kilómetro de Hinzerhaus, esperando a que la avanzadilla volviera a informarles. Sólo estaba a medio kilómetro, pero ninguno de ellos podía ver la casa.

—Esperemos un poco más —dijo Gaunt.

—¿Cree que debería enviar un destacamento de apoyo, por si acaso? —preguntó Gol Kolea. Al igual que los demás, llevaba subida la capa de camuflaje para protegerse la boca y la nariz.

—Esperemos —repitió Gaunt. Se tocó el auricular de la oreja, lo cogió y lo miró. Luego dirigió la mirada al oficial de radio—. ¿Me he muerto o es que no se oye nada por aquí? —preguntó.

—Está bien vivo, señor —respondió Beltayn, ajustando los diales del radiocomunicador—. Seguimos sin señales de la avanzadilla.

Gaunt frunció el ceño.

—Hazles una llamada, por favor.

—Si, señor —dijo Beltayn. Se puso los auriculares, sacó el micrófono y se lo acercó a la boca, protegiéndolo del polvo con la mano izquierda—. Fantasma a Fantasma Uno, Fantasma a Fantasma Uno. Aquí Nalwood. Fantasma a Fantasma Uno, esto es una llamada de comprobación, por favor, respondan.

Beltayn miró a Gaunt.

—Nada.

—Sigue intentándolo, Bel —dijo Gaunt.

—Fantasma a Fantasma Uno, Fantasma a Fantasma Uno. Aquí Nalwood…

Gaunt miró a Kolea.

—Gol, reúne a un equipo de apoyo por si acaso. Que se preparen, pero mantenlos en formación hasta que yo dé la señal.

—Si, señor.

—Mkoll sabe lo que hace. Esto es sólo un fallo de transmisión, nada más.

Kolea asintió y se marchó abriéndose paso entre el fuerte viento que venía del barranco. Pudieron oírlo gritando las órdenes así como el ruido de los hombres poniéndose en formación.

—Vamos a tener problemas —gruñó el comandante Rawne.

—Eli, no empieces —dijo Gaunt.

Rawne hizo un gesto de fastidio, pero se calló.

Gaunt esperó. El tiempo pasaba lentamente, como si aguardase su propia muerte de forma inevitable. Deambuló un poco por el terreno, con la cabeza gacha, mirando la forma en que sus botas creaban hoyos en el polvo y maravillándose en cómo volvían a llenarse instantáneamente. El viento musical preservaba Jago. No quería dejar que nada cambiara.

—Hay ciertos…

Gaunt se volvió. Ludd había empezado a hablar y entonces, por alguna razón, se lo había pensado mejor.

—¿Qué ibas a decir, Nahum? —preguntó Gaunt.

Ludd tosió, y su voz quedó amortiguada por la capa que le cubría la boca.

—Nada, señor. No es nada.

—Venga, ahora quiero saberlo. ¿Hay ciertos… qué? —sonrió Gaunt. Ludd volvió la mirada hacia la corpulenta figura de Viktor Hark.

—Escúpelo, Ludd —dijo, asintiendo con la cabeza.

Ludd tragó saliva, no sólo por el polvo que le había entrado en la garganta.

—Señor, iba a mencionar que a veces, en momentos de estrés, pueden emplearse ciertos métodos para calmar los nervios.

—¿Piensas que estoy mostrando signos de nerviosismo, Ludd? —preguntó Gaunt.

—De hecho, señor, ése es el motivo por el que he dejado de hablar. Me he dado cuenta, aunque un poco tarde, de que no era de mi incumbencia insinuar tal cosa, señor.

—Feth, no me jodas, Ludd —musitó Hark.

—Bueno —dijo Gaunt—, en términos de moral y respeto, seguramente hayas hecho lo correcto al callarte. No está bien que un soldado de bajo rango le diga a su superior que debe calmarse.

—Eso pensé yo, señor —reconoció Ludd—, aunque un poco tarde.

—Oigamos esos métodos que tienes —lo instó Gaunt en un claro tono jocoso—. Seguro que a algunos nos vendrán bien. ¿Verdad, Eli?

Rawne inclinó la cabeza hacia Gaunt, lentamente. Detrás de las gafas, sus ojos mostraban una mirada de sarcasmo.

—¿De verdad quiere qué…? —tartamudeó Ludd.

—Por el Trono Dorado… —suspiró Hark, dirigiéndose a nadie en particular.

—Hazlo, Nahum. Creo que deberías mostrarnos esos métodos. —Gaunt miró alrededor, al resto de soldados presentes—. ¿Quién sabe? Puede que nos sean útiles.

—¿No podríamos dejarlo correr? —preguntó Ludd.

—Sobrevivir a la vergüenza fortalece el carácter, Nahum —respondió Gaunt—. Vamos, empieza contándonos de dónde salen esos métodos.

Ludd miró al suelo y murmuró algo.

—Más alto, por favor.

—Me los enseñó mi madre.

Tona Criid empezó a reírse socarronamente. Varl, Beltayn e incluso Rawne, pese a los esfuerzos por contenerse, empezaron a reír también, pero fue la fuerte risa de Tona la que llenó el silencio. Hizo que Hark se estremeciera. Conocía aquel sonido, la risa falsa para acallar el dolor.

Gaunt levantó la mano para calmar al coro de risas.

—Seriedad, por favor —dijo—. Dejemos que Nahum siga, por favor.

—Si no le importa, preferiría dejarlo, señor. He hablado sin permiso.

—Considéralo una orden.

—Está bien, señor. Bueno, mi madre solía hacer cuentas para templar los nervios. Cuentas uno, dos, tres… y tomas aire con cada número.

—¿Con esta polvareda? —espetó Criid. Se bajó la parte de la capa que le tapaba la cara, carraspeó y escupió un gargajo de color grisáceo. Ludd miró a Gaunt y levantó los hombros.

—Solía repetir las palabras «Trono de Terra» entre los números: «Uno, Trono de Terra, dos, Trono de Terra, tres»…

—¿Puedo preguntarte algo, Nahum? —lo interrumpió Gaunt.

—Por supuesto, señor.

—¿Tu madre era una mujer especialmente nerviosa?

Ludd se encogió de hombros. Unas partículas de polvo salieron volando de su

chaqueta de cuero.

—Supongo que sí. Por lo que recuerdo, siempre estaba nerviosa. Los nervios le daban muchos problemas; era una persona delicada. Aunque no lo sé muy bien. La última vez que la vi tenía ocho años, me enviaban al campo de adiestramiento. Creo que murió.

Criid dejó de reír de repente.

—Yo también era joven cuando perdí a mi madre —declaró Gaunt. Puede que estuviera mintiendo, pero nadie estaba en posición de contradecirle—. Nahum, ¿te parezco yo una mujer preocupada?

—Claro que no, señor.

—Claro que no. Pero soy un comandante preocupado. ¿Te importa si uso el juego de cuentas de tu madre?

—No. En absoluto, señor.

Gaunt se dio la vuelta y situó la mirada en el camino hacia la casa invisible.

—Uno, Trono de Terra, dos, Trono de Terra… —empezó. Al llegar al décimo «Trono de Terra» volvió a girarse y siguió contando mirando a los soldados.

La intensidad del viento disminuyó hasta pasar a ser una leve brisa. El polvo cayó al suelo. Salió el sol.

Eszrah du Nocte, que había estado en silencio todo ese tiempo, colocó la mano en el brazo de Gaunt y volvió la mirada hacia el camino.

—*Mirem, amicus.*

Vieron la casa por primera vez.

Punto de encuentro de Elikon, punto de encuentro de Elikon, aquí Nalwood, repito, aquí Nalwood. Objetivo alcanzado. Zona asegurada en torno al ocaso. Sin contacto hostil por ahora.

Aquí Nalwood, corto y cierro

(Fin de la transmisión.)

Transcripción de comunicación por radio

Mes quinto de 778



TRES
FANTASMAS EN LA CASA

Durante los diez minutos de silencio sin polvo ni canción que siguieron, los Fantasmas pudieron echar su primer vistazo decente al lugar que más tarde vibraría con los sonidos de sus muertes.

Hinzerhaus.

No había mucho que ver, una casa de guardia fortificada, construida en las bases de los enormes acantilados y, sobre ella, varias filas de casamatas y otras estructuras saliendo de la pared de roca como palcos de teatro. Más arriba, en la cresta del acantilado, había señales de tejados, así como de largos pasajes enlazados y de torres robustas. A cada lado de la propia casa, la pared rocosa se veía plagada de torretas y pequeñas fortificaciones, como verrugas y ampollas en una piel marchita.

Una casa fortificada, una fortaleza hogareña. Un bastión excavado en la roca.

—¡Feth! —exclamó Dalin Criid.

—¡Silencio en las filas! —gritó el oficial de compañía.

Dalin se mordió el labio. Los demás hombres estaban pensando justo en lo mismo, pero Dalin era el Fantasma más joven y novato, y todavía estaba aprendiendo a controlar el estoicismo y las formas en el campo de batalla. Durante un instante, se sintió como un completo estúpido.

Lo peor de todo era que sabía que todos lo estaban mirando. Dalin había ocupado un lugar especial en el regimiento, uno con el que no se sentía muy a gusto. Primerizo, amuleto, sangre fresca. Era el chico que había cumplido, el primer hijo de los Fantasmas. Y aquel pedrusco de Jago era su primer destino de combate como parte de los Primeros y Únicos de Tanith, lo que convertía la situación en una especie de ritual de acceso, en una iniciación. Dalin Criid tenía un gran legado al que hacer honor.

Dos grandes legados, de hecho: el del regimiento y el de su padre. El receptor de radio crepitaba según llegaban señales del grupo de mando. Los oficiales estaban bajando del precipicio, transmitiendo las órdenes verbalmente a las compañías en espera.

Dalin formaba parte de la compañía E, lo que lo convertía en uno de los hombres del capitán Meryn. Flyn Meryn, nacido en Tanith, era un hombre apuesto y de facciones duras, uno de los capitanes más jóvenes del regimiento. Se podría decir que Meryn era un Rawne en preparación, vestido de la misma forma salvaje que el oficial. Con el tiempo, Dalin aprendió a lidiar con su carácter y dejó de hacer tanto caso a los agudos rasgos de Rawne… bueno, puede que no, pero al menos sobrevivió a la experiencia. Sea como fuere, Meryn era cada vez más cortante, como si apuntara a conseguir el premio al mayor imbécil del ejército. Dalin hubiera preferido ser asignado a cualquier otra compañía, incluso a la de Rawne, pero había cierto aspecto de obligación de por medio. La compañía E tenía una vacante y, en opinión de todos excepto del propio Dalin Criid, sólo él podía ocuparla.

Meryn se acercó a la tropa.

—¡Avance por compañías! —gritó, repitiendo la orden con la misma tonadilla con que se la habían pasado a él—. ¡Compañía E, arriba y a formar!

La compañía se levantó y formó una fila. Tras ellos, los hombres de las compañías G y L se pusieron en pie y se sacudieron el polvo de las capas mientras sus respectivos oficiales los llamaban a formar.

—¡Compañía, presenten armas! —ordenó Meryn.

Dalin le quitó la funda a su rifle láser. Lo había hecho miles de veces, instrucción tras instrucción, y no era más lento que cualquiera de los hombres que tenía a cada lado. La funda, replegada como una media, fue a parar a uno de sus bolsillos.

Había mucho ruido a su alrededor: oficiales gritando instrucciones y el constante ajetreo de las tropas que se preparaban para el avance. Dos mil quinientos soldados de la Guardia Imperial formaron una enorme fila dispuesta a avanzar.

—¡Bajad la voz! —gritó Meryn.

Del barranco llegaba también más ruido. La sección de mando, apoyada por las compañías A, B y D, empezaba ya a subir el desfiladero hacia el fuerte.

—¡Compañía, preparados para marchar! —vociferó Meryn.

—¿De verdad vamos a encontrar tanto peligro? —susurró Cullwoe. Estaba en la fila contigua, a la derecha de Dalin.

Este miró en la dirección a la que apuntaba Cullwoe. Los grupos de armamento pesado y de apoyo del regimiento habían empezado a colocarse a los lados del acantilado, rodeando la casa de guardia. Se oyó el sonido de los seguros y el chasquido de las recámaras según preparaban las armas.

—Eso parece —contestó Dalin a su compañero.

—Sigo oyendo cháchara —bramó Meryn, yendo hacia atrás en la fila. Se acercó a ellos.

—¿Has sido tú, Criid?

—Si, señor. Lo lamento, señor. —Dalin no vio sentido a mentirle.

Meryn lo miró un momento y entonces, mientras Dalin pensaba «no lo hagas, por favor», asintió con la cabeza. Dalin odiaba que hiciera eso. Odiaba el hecho de que Meryn se lo perdonara todo por ser quién era.

—Habla más bajo, Dalin, ¿de acuerdo? —dijo Meryn en un tono dolorosamente paternal.

—Si, señor.

«Cabrón, cabrón, cabrón. Trátame como al resto, trátame como a los demás, no como si fuera… no como si fuera el fantasma de Caffran»…

—Tiene que ser una ilustre patada en los huevos, caballero —le susurró Cullwoe —. Que haga eso, quiero decir.

Dalin sonrió, era una gracia recurrente entre ellos dos. Khet Cullwoe era su colega. Hicieron amistad muy pronto, desde el mismo momento en que el otro fue asignado a la E. Cullwoe era de Belladon, un joven delgado, pecoso y pelirrojo casi

cuatro años mayor que Dalin. Tenía una sonrisa burlona a la que no podías más que sumarte. Cullwoe era lo que lo mantenía cuerdo. Era el único que parecía entender la asquerosa posición en que se encontraba Dalin. «Una ilustre patada», en todas sus infinitas variaciones, era su chiste privado más recurrente. La clave era incluir siempre en la frase las palabras «ilustre», «patada» y «caballero».

A la izquierda de Dalin se encontraba Neskon, el lanzallamas. Durante las últimas semanas había oído suficientes bromas entre Cullwoe y Dalin como para encontrarlo gracioso. Neskon apestaba a promethium, y el olor escapaba de su armadura en forma de un fétido sudor químico.

—¿Preparado, chico? —le preguntó.

Dalin asintió.

El canoso soldado, con la cara y el cuello envejecidos prematuramente por la acción del calor, hizo que los tanques gorgotearan y activó el fuego del lanzallamas. El aparato tosió y lanzó un eructo al producirse la ignición.

—Parece contento —murmuró Neskon, ajustando el nivel de combustible—. Tú quédate a mi lado, chaval. Yo te cubro.

Dalin volvió a asentir. Se sintió extrañamente seguro y miró a ambos lados. A uno, su colega, y al otro, un ogro amistoso; los dos con intención de protegerlo por ser quién era: el hijo de Caffran. El hijo de Criid y Caffran, sacado del fuego de la Colmena Verdun para convertirse en Fantasma ocupando el lugar de su padre adoptivo.

El lanzallamas de Neskon regurgitó combustible y tartamudeó. El soldado lo ajustó de manera experta y redujo la llama hasta que sólo quedó un hilillo de líquido.

—¡Compañía E, preparaos para el avance!

Dalin estaba tenso esperando la orden, la orden que sentía haber estado esperando toda su vida.

—¡Plata pura! —gritó Meryn.

Era el momento. La mano izquierda al cinto, sacar el cuchillo, girarlo y encajarlo en el rifle. Treinta centímetros de machete bien equilibrado, el arma por excelencia de los Fantasmas de Tanith.

Dalin Criid sintió una ferviente oleada de orgullo. Tenía el rifle en las manos. Era un Fantasma, y había colocado por primera vez la plata, la plata pura, con furia en su arma.

—¡Adelante! —ordenó Meryn.

—Vamos allá —dijo Neskon.

• • • • •

La plata pura no era para todos. Los tiradores no tenían por qué acoplarla. Cuando la

orden se extendió por todas las compañías, Hlaine Larkin no hizo movimiento alguno. Su preciado rifle largo láser, milagrosamente recuperado de los pantanos de Gereon, estaba ya a la altura de su barbilla y listo para entrar en acción.

Larkin era viejo. Con la excepción de Zweil y Dorden, es probable que fuera el más viejo del regimiento y también el que tenía mejor puntería. Feth, y tanto que la tenía.

Larkin era delgado y enjuto, con la cara áspera como el cuero. Había estado presente en todas y cada una de las batallas en que habían luchado los Fantasmas, y también había sobrevivido a muchos buenos amigos.

El tirador esperó, olisqueando el aire. Por una vez, tenía la cabeza despejada, algo ciertamente excepcional. Era un esclavo de las migrañas. Se volvió con inquietud; aún no se había acostumbrado al pie. Había optado por uno ortopédico en vez de hacerse un implante, y eso le había dejado una cierta cojera. Un pie de madera de nal, nada menos, el Trono sabe qué hilos había movido el jefe para conseguírselo. Larkin creía que Gaunt se sentía culpable por su pie. Había hecho lo correcto, por supuesto, y Larkin lo sabía, pero entendía que el jefe se sintiese culpable. Después de todo, fue él quien le cortó el pie con su espada.

Quinientos setenta metros de distancia, apuntar, quitar el seguro. Larkin dirigió lentamente la mira. Ignoró el barullo de cuerpos que avanzaban y se centró en las paredes de la fortaleza y las ventanas. Buscaba movimiento, buscaba peligro con aquel ojo tan bien entrenado, buscaba los problemas que el mayor Rawne estaba seguro que encontrarían.

Su respiración se había vuelto muy lenta. Podía matar a cuatro mil metros de distancia, había conseguido hacerlo un par de veces. Fue como si tuviera una especie de ángel que mirara por él y lo guiara al apuntar. Un ángel especial. Llegó a verlo una vez, incluso.

Una vez fue suficiente.

Larkin siempre pensó que no creería nada hasta que lo viera a través de la mira. Mientras los Fantasmas avanzaban, él observaba para ver qué era real, a la vez que hacía su trabajo como tirador de apoyo.

Allá iban todos… Daur, Kolea, Kamori, todos dirigiendo a sus tropas hacia la entrada. Larkin siguió moviendo la mira. Vio a Caober, a Brostin y a Varl. También al viejo padre Zweil, subido en una roca para usarla como púlpito y bendecir a los soldados mientras pasaban. Larkin sonrió, Zweil era un tipo increíble. Era el hombre más viejo que había conocido, pero seguía tan activo como siempre.

También vio a Wheln, a Melwid, Veddekin, Derin, Harjeon y Burone. Allí estaban Tona Criid y Nahum Ludd. Lubba, Dremmond, Posetine y Nessa. Divisó a Bragg, a Noa Vadim y a Bool. Cerca estaban Vivvo, Lyse y la sexi Jessi Banda. Luego estaba…

¡Alto! ¡Rápido, vuelve atrás!

«Feth, Feth, Feth, no»…

En medio de todos ellos, de todas esas figuras… ¿estaba Bragg?

No, sólo fue una jugarreta del ojo, una ilusión de la mira, un desliz de la mente. Bragg no estaba allí, era algún otro Feth. Ningún Bragg a la vista.

Fue una estupidez pensar que estaba presente.

Larkin ajustó la mira, que soltó un chasquido.

• • • • •

El comisario Viktor Hark deslizó su considerable equipaje por la estrecha abertura y entró en la vieja casa de guardia. Los hombres se estaban reuniendo dentro, esperando, mirando a su alrededor, charlando con calma. El capitán Daur se quedó al lado de la entrada, despachando a los hombres que esperaban hacia el interior del edificio.

—¡Silencio! —dijo Hark. El murmullo cesó de pronto, como si una espada lo hubiera cortado en dos.

—¡Siguiente equipo de asalto! —llamó Daur, consultando un fajo de papeles que llevaba en el macuto.

Cinco Fantasmas se separaron del grupo, hombres de la compañía C liderados por Derin.

—Recto, cuarenta metros, tomad el giro a la izquierda. Apoyad a los equipos de la galería y avanzad. —Daur señaló a través de la entrada mientras daba las instrucciones.

—Si, señor —respondió Derin.

—Llamad si ocurre cualquier cosa —dijo Daur.

Derin asintió. Dijo «sí, señor», pero lo que decía su cara era que quería quedarse dentro, a cubierto de la polvareda.

—Avisa si ocurre cualquier cosa, Derin —insistió Hark al pasar por detrás de ellos —. Este no es un lugar seguro hasta que el jefe diga que lo es.

Derin y sus hombres pusieron de pronto sus caras de acción.

—Estoy de acuerdo, comisario, señor.

—Tan pronto oigas el pedo de un ratón, quiero que nos llames, Derin —remarcó Hark—. Vigilad la retaguardia, estad atentos a las señales y que nadie me diga que una zona está despejada a menos que pueda garantizarlo personalmente por el honor inmaculado de su hermana pequeña.

Había veces en que Derin se sentía lo bastante atrevido para recordarle al comisario que cualquier hermanita que hubiera tenido había muerto hace mucho entre las cenizas de Tanith. Pero ésta no era una de esas ocasiones.

—Entendido, comisario.

—Y ahora, marchaos.

El grupo de Derin salió del edificio. Hark pudo oír sus pisadas por el suelo de

piedra.

—¡Siguiente equipo de asalto! —llamó Daur. Otra serie de hombres se separó del grupo principal y avanzó hacia el capitán.

—¿Cómo de preciso crees que es el mapa? —le preguntó Hark.

Ban Daur arrugó la nariz y miró el fajo de papeles que sujetaba. Varios oficiales, incluido Hark, habían recibido una copia de los planos del objetivo en el punto de encuentro de Elikon.

—Bueno, es bastante viejo y parece como si lo hubieran dibujado de memoria —afirmó Daur con recelo—. O siguiendo las suposiciones de alguien. Así que…

—Es justo lo que pensaba —asintió Hark—. Me parece que nos vamos a encontrar muchas sorpresas. —Se quitó el gorro y las gafas. Tenía los ojos resecos.

—¿Se encuentra bien, comisario? —preguntó Daur—. Parece agotado, si me permite decirlo.

—No he estado durmiendo muy bien, que digamos. Dile al siguiente equipo que se mueva, nosotros los cubriremos.

Más y más tropas seguían entrando y reuniéndose en el recibidor de la casa. Hark siguió vigilando y esperando mientras Daur juntaba, daba instrucciones y enviaba tres equipos más al interior de la casa. Entretanto, Hark sacó su propio fajo de papeles y encontró el plano de la planta central. La descripción de Ban Daur sobre la cartografía había sido bastante precisa.

—No consigo situar este suministro de agua —le dijo a Daur.

—¿El pozo?

—Si.

—Creo que está en el fondo del nivel central. Al menos se supone que debería estar ahí. He enviado al equipo de Varl a inspeccionarlo.

Hark asintió.

—Voy a buscarlos. Si alguien pregunta por mí, dile que estoy allí.

—Si, comisario. —Daur se lo quedó mirando—. ¿Quiere una escolta, señor?

—¿Tengo pinta de necesitarla, capitán? —preguntó Hark.

—No ha tenido pinta de necesitar una escolta desde el día que lo conocí, señor —respondió Daur.

—Buena respuesta, capitán. Nos veremos luego. —Hark se dirigió entonces hacia el interior del complejo.

• • • • •

Un ancho pasillo conducía desde el recibidor hasta el centro de la casa. Tenía forma de octógono con un corte transversal, y el suelo estaba pavimentado. Las paredes y el techo estaban cubiertas de un material oscuro pero brillante que Hark imaginó que

sería una aleación desgastada o algún tipo de madera noble lacada y descolorida. Se trataba de un lustroso marrón oscuro, como la concha de una tortuga o un escupitajo de tabaco. Había un leve rastro de grabados en las secciones a la altura del hombro, pero nada que la vista o el tacto pudieran leer.

Hark avanzó por el pasillo. Cada veinte metros, más o menos, un pequeño grupo de escalones de piedra subía la altura del túnel en un metro, con lo que resultaba imposible ver claramente el pasadizo en toda su longitud.

Por primera vez en varias semanas, Hark se sintió completamente solo. Puede que fuera por primera vez en años. No había más sonido que el de sus propias pisadas y su respiración, y el suave crujido de su chaqueta al moverse. No había ruido de movimiento ni voces, y se había metido tanto en la roca que el sonido del viento ya no se oía. Las luces eran bastante extrañas: globos luminosos de un blanco apagado que salían de tubos anchos y mustios, similares a arterias enfermas. La luz iba y venía en una especie de pulso lento, de más brillante a más suave. Ponía nervioso. Las paredes marrón satinado parecían absorber la luz, de forma que el pasillo quedaba inundado de una cálida penumbra, borrosa y algo espesa, como la luz de las estrellas en una noche de verano.

Hark se detuvo y miró el lento latido de las luces durante un momento. Aquello le recordaba algo. Le recordaba a un profundo dolor que lo punzaba y le llegaba hasta el hueso, una sensación que había conocido en la batalla de Herodor cinco años atrás. Cinco años ya. ¿De verdad había pasado tanto tiempo? Hark se dio cuenta de que estaba sudando. Otro recuerdo espontáneo había vuelto a surgir, y no era la primera vez que lo hacía. No era del extremo dolor que sufrió en Herodor, ni el persistente dolor ilusorio por el miembro que perdió allí. Aunque en cierto modo, era una mezcla de ambas cosas. Estaba ligado a ellas, provocado por ellas. Era como un sueño, olvidado al despertarse, pero del que venían fragmentos de forma aleatoria y confusa. Un sentimiento de tristeza, de remordimiento y de dolor persistente. Si, de eso también.

• • • • •

Hark tragó saliva. Casi deseó poder retener la sensación, identificarla y percibirla claramente por una vez. Le había estado viniendo repetidamente durante meses, puede que años, cada vez de forma más y más frecuente. Al dormir, sobre todo, se despertaba con una sensación de desconcierto. Algunas veces le llegaba cuando estaba despierto, un picor que no podía rascar, un regusto en la boca, un recuerdo en la mente. Dorden, el antiguo médico, le advirtió a Hark que los traumas serios del tipo que estaba sufriendo solían dejar un residuo indeleble en la víctima. No hablaba sólo del síndrome del miembro fantasma, se refería a una cicatriz mental, el camino

abrasado de la sinapsis, quemado y fundido por el momento de la agonía.

—Algunos pacientes dicen notar un regusto metálico, Viktor —le explicó Dorden.

—Será por la comida del comedor.

Dorden sonrió.

—Un regusto metálico. A veces puede ser un olor, el recuerdo de un olor, puede que de la infancia. Jabón, el perfume favorito de tu madre…

—Mi madre era una campeona de lucha libre de las FDP —contestó Hark—. No le iba mucho eso de los perfumes.

—Estás de broma —dijo Dorden.

—Si.

—Bien, bromea lo que quieras, si es así como quieres superarlo. Todos desarrollan sus propias estrategias. Pero tú me has pedido ayuda.

—Lo que le he pedido es opinión médica, doctor —dijo Hark. Entonces, hizo una pausa—. Lo siento. Disculpe, doctor. ¿Qué decía?

—¿Es un sabor extraño? ¿Un olor? ¿Un recuerdo?

—Es… un sueño. El eco borroso de un sueño que no consigo recordar. Está fuera de mi alcance, siempre fuera de mi capacidad para recordarlo.

—¿Lo has soñado? ¿De verdad lo has soñado o sólo es la sensación de haberlo hecho?

—Últimamente estoy soñando mucho. —Hark hizo una pausa antes de contestar —. Duermo muy mal, pero no sabría decir por qué.

—Te pasará con el tiempo —le aseguró Dorden.

Pero no fue así. Hark sabía que no pasaría. A veces se despertaba mordiéndose el labio para no gritar. Otras, cuando ya estaba despierto del todo, le volvía la sensación: una capa de suavidad, amorfa e incomprensible, como el humo o una almohada que lo presionaba. Pero había algo duro escondido entre tanta suavidad, algo que lo empujaba desde detrás de la almohada.

Las luces se movían lentamente, como si la propia casa tuviera la suave respiración de alguien que duerme. Justo así, precisamente así. ¿Qué era aquello? Por el Trono, ¿qué Feth era…?

• • • • •

—¿Hark?

Hark se volvió de golpe, con la mano buena en la empuñadura de su pistola de plasma.

Un equipo de asalto liderado por Ferdy Kolosim lo había seguido hasta allí. Los hombres se quedaron atrás mientras el oficial, de Belladon, avanzaba hacia él con la frente arrugada. El sudor había formado algunos surcos en el polvo que Kolosim tenía

en la frente.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó Kolosim.

—Intento orientarme —respondió Hark. Sacó los planos y se los enseño.

—¿Seguro? —Kolosim era un buen tipo, una valiosa adición a los altos rangos de los Primeros y Únicos de Tanith.

—Pues claro —dijo Hark, forzando una sonrisa—. Este sitio… Menuda casa, ¿no?

—Pero se agradece estar a cubierto de ese asqueroso viento de fuera, ¿verdad?

—Tienes toda la razón —contestó Hark—. Aunque ha dejado de oírse tan de repente que me he perdido un poco.

—Sé lo que quieres decir —asintió Kolosim, bajando el rifle y mirando al techo del túnel—. Este sitio parece…

—No lo digas —le advirtió Hark con una sonrisa burlona.

—No lo haré, ya sé lo que ha ordenado Gaunt. Pero es así, ¿no te parece?

—Si, un poco —asintió Hark—. Vamos, seguid.

—¿Seguro?

—Seguid adelante, chicos.

El equipo de asalto lo adelantó y siguió avanzando por el pasillo. Hark se miró la mano izquierda. La piel de la muñeca, escondida bajo el pesado guante negro, le picaba horrores. Le habría gustado arrancarse el guante y rascarse, pero como bien sabía, no había piel que rascar, sólo huesos y tendones implantados; cables, goma y dispositivos varios.

Hark se volvió, intentando ignorarlo, y siguió caminando.

• • • • •

El largo pasadizo conducía a la sala baja del edificio. A izquierda y derecha se extendían galerías laterales que lo acompañaron mientras caminaba por el pasillo. Eran túneles largos y con fuertes corrientes de aire que llevaban a las fortificaciones y baluartes de la planta baja. El viento soplaba a través de ellas en forma de brisa, forzado a pasar por rendijas y hendiduras lejanas. Hark pudo oler el polvo que portaba.

El comisario alcanzó un vasto conjunto de escalones. El pasillo se ensanchaba tomando forma de vestíbulo. El suelo ya no estaba pavimentado, sino embaldosado con la misma sustancia marrón que cubría las paredes. Resonaba al pisar con las botas, suave y reluciente como el cuero lustroso. La escalera pasaba por debajo de un enorme arco de madera acribillado de madrigueras de gusanos. El arco tenía grabados ornamentales, como el portal de un templo, con figuras que se retorcían y entrelazaban en patrones en forma de pergamino, desgastados por el tiempo hasta mostrar figuras sin sentido.

La sala baja era un sótano circular de piedra de cincuenta metros de ancho y a cuatro plantas de profundidad. Una enorme escalera de madera en espiral subía desde el centro hacia los pisos superiores de la vivienda. Al nivel del suelo, y en cada uno de los niveles que recorría, había pasillos que llevaban a las secciones laterales del complejo. Habían colocado centinelas en todas las plantas. Las luces de la sala baja colgaban de unos tubos en el techo, como ojos flácidos y pesados que colgaran de sus nervios ópticos. Estos también tenían un ritmo latente: lento, muy lento. El viento corría también por la sala baja, soplando a través de las puertas abiertas de cada nivel. Le daba al aire un cierto olor a polvo.

—¿De dónde viene ese viento? —preguntó Hark.

—Debe de haber un… pg… pg… postigo abierto, señor —respondió el soldado que vigilaba el fondo de la escalera. Hark conocía la voz y la cara descompuesta.

—¿Un postigo, soldado Merrt?

Merrt asintió. El soldado tenía mucho cuidado con el comisario. Hark había enviado a Merrt a hacer tareas del RIP de camino a Ancreon Sextus, aunque Merrt no hizo nada por evitar el trabajo. Sabía que se lo merecía. Como resultado, Merrt fue enviado a tomar parte en la ofensiva de liberación de Gereon, en su parte final.

Rhen Merrt fue una vez un hombre destacado, sólo superado en técnica por Larkin el Loco. Pero un disparo en Monthax, hacía ya varios años, acabó con esa especialidad. Merrt era ahora el orgulloso propietario de un feo implante en la mandíbula que le hacía parecer una horripilante mezcla entre persona y calavera. El daño había arruinado su puntería, y sufrió mucho por ello. Ahora era sólo otro del montón, y su habilidad había quedado en el pasado distante.

—Si, un pg… pg… postigo, señor —dijo Merrt. Tenía problemas para articular la mandíbula artificial. Su habla había quedado mermada y ralentizada.

Hark asintió.

—Bueno, tendré que ir a mirar. Si alguna parte de esta fortaleza está lo bastante abierta como para que entre el viento, el Trono sabe qué más podría entrar.

Merrt le dio la razón. Un par más de soldados llegaron a la sala principal y se acercaron a la escalera.

—Por cierto, me alegro de volver a verte, Merrt —le dijo Hark.

—¿Señor?

—Este es tu sitio, aquí es adonde perteneces, a los Primeros y Únicos. Intenta no volver a cagarla.

—Soy un… gn… gn… hombre nuevo, comisario.

—Me alegro de oírlo. Me voy al pozo.

—Siga el pasillo, señor —respondió Merrt, señalando con el pulgar por encima de su espalda.

Hark siguió dejando atrás la enorme escalera. Había un agujero en el suelo, una trampilla de metal que alguien había levantado. Hark se colocó en el borde y miró hacia abajo.

Oscuridad.

Había varios equipos de los soldados abandonados al lado del agujero. Hark buscó entre las pertenencias hasta encontrar una linterna. La encendió. El rayo de luz era caliente y amarillento, en contraste con el brillo lechoso de las luces del lugar. Volvió al agujero y apuntó la luz hacia abajo. Había una desvencijada escalinata de hierro. Hark bajó poco a poco por ella.

• • • • •

—Si las sacudes, se vuelven más brillantes —afirmó el soldado Twenzet, agitando una de las luces de la pared.

—No hagas eso —dijo Varl.

—¿Por qué no?

—Porque si no… te disparo —contestó.

—Buen argumento —admitió Twenzet.

La sala era húmeda y fría. Era la parte más profunda del edificio, muy por debajo de la superficie, o al menos eso decían los planos. Varl confiaba muy poco en ellos.

Lideraba un equipo de asalto de seis hombres de la compañía B, todos bajo el mando de Rawne: Brostin, Laydly, Twenzet el de las luces, Gonlevy, LaHurf y Cant. Sus órdenes, salidas de la boca del propio Gaunt en persona, eran encontrar y asegurar el suministro de agua del objetivo.

Ceglan Varl era de la vieja escuela de Tanith, uno de los primeros soldados que hubo. Era bastante popular por ser bromista y embaucador, pero también poco apreciado curiosamente por las mismas razones. Varl era flaco y estirado, como una cuerda tensada. Los hombres que lo acompañaban eran casi todos recién llegados de Belladon, excepto Brostin, el del lanzallamas, que también venía de la vieja escuela de Tanith.

Brostin y Varl combatieron juntos por primera vez en Gereon. Ya se conocían de vista, y tuvieron muchas discusiones durante aquel periodo.

Las órdenes venían acompañadas de planos, unos finos folios de papel que los condujeron a lo que Brostin estuvo encantado de describir como «el agujero del culo de la casa».

Estaban a mucha profundidad en el interior de la roca. La humedad formaba gotas en los muros. Una temblorosa escalera de hierro los había llevado a lo hondo de aquel foso.

Siguieron avanzando, moviendo las linternas a un lado y a otro como espadas de luz. Las luces allá abajo eran muy débiles. La sala tenía una forma oval y estaba excavada en la propia piedra. El suelo estaba cubierto de unos finos tablones barnizados. Había un gran tubo de hierro con una tapa de latón en el centro de la sala.

Un complejo sistema de cadenas corría desde el mecanismo de la tapa hasta las poleas del techo.

—Así que esto es el pozo —dijo Varl, apuntando su linterna hacia él.

—Mi gozo en un pozo —bromeó Twenzet.

—Eh, los chistes los hago yo —le espetó Varl.

—Es verdad, pero ¿por qué tú? —preguntó Laydly.

—Porque si no… os disparo —respondió Varl.

—De nuevo, buen argumento —contestó Twenzet.

—Abridlo —ordenó Varl.

Gonlevy y Cant empezaron a tirar de las manivelas de la tapa.

—No se mueve, capitán —dijo Cant.

—¿Por qué no?

Cant hizo una pausa. Sabía muy bien lo que iba a pasar.

—No creo que consiga mover estas palancas, sargento.

—¿Por qué?

Cant murmuró algo por lo bajo.

—No se te oye —insistió Varl.

—Porque no puedo, sargento.

—¡Ah! Con que no puedes, ¿eh? ¡Estaba «cantado» que no ibas a poder, Cant! —dijo Varl. Todos empezaron a reír a carcajadas.

—Si, ja, ja —replicó Cant, que no le veía la gracia a la broma desde hacía mucho —. Todo menos ayudarme a…

—Twinsy tiene razón —dijo Brostin desde el fondo de la sala.

—Que no me llames así —repitió Twenzet—. Ya te lo he dicho.

—Twinsy se ha enfadado, Varl —insistió Brostin.

Varl miró entonces hacia él. El soldado estaba agitando una de las luces de la pared con el dedo.

—Si que se vuelven más brillantes —sonrió Brostin.

—¡Ya vale! —gritó Varl—. ¡Vamos! ¡Se supone que somos…!

—¿… vagamente competentes?

Todos se quedaron parados. El comisario Hark estaba bajando las escaleras de la sala.

—Señor —saludó Varl.

—¿Es éste el pozo, Varl?

—Si, señor.

—¿Lo habéis abierto?

—Aún no, señor. Lo lamento.

—Pues abridlo.

—Les estaba diciendo que las manivelas están bloqueadas, comisario —informó Cant.

Viktor Hark levantó la mano izquierda. Sus dígitos mecánicos se cerraron como

un torno alrededor de la manivela.

—Por supuesto que lo están. Estaba cantado —insistió en la broma Hark.

—No, otro que tal… —se quejó Cant.

Hark hizo fuerza. Con un quejido chirriante, los mecanismos se movieron y la tapa empezó a abrirse.

Las cadenas se agitaron en la oscuridad que se cernía sobre ellos. Un fétido olor seco salió del agujero del pozo.

—¿Has sido tú, Brostin? —preguntó Varl.

—Esta vez no —gruñó este, tapándose la nariz con los dedos.

Varl, Hark y Brostin se colocaron al lado del pozo y miraron hacia abajo. Varl apuntó con la linterna. El rayo de luz sólo les mostró musgo y líquenes negros. No conseguían ver el fondo.

Brostin sacó una anilla, un pequeño objeto de latón acordonado, y lo lanzó al pozo.

—Uno, Trono de Terra… Dos, Trono de Terra… Tres, Trono de Terra… —empezó Hark.

Llegó a dieciséis Tronos de Terra. No hubo chapoteo alguno, sólo una serie de impactos secos producidos por el contacto de la anula con la roca. Hark miró a Varl.

—¿Ves? Esto —le dijo—, esto es justo lo que me temía.

Día siete (fuera de la división metropolitana de Elikon).

El sol sale a las cuatro y diecinueve. Tormenta de arena toda la noche. Los últimos del regimiento llegaron justo antes de la medianoche. No he dormido nada. Los escuadrones hacen guardia para asegurar el objetivo. Este sitio es un laberinto. Tiene poco o ningún parecido con los esquemas que tenemos. Seguimos encontrando nuevas salas y cámaras. K. ha encontrado toda una ala avanzada hacia el este, una que no aparecía en ninguna versión de los planos.

Curiosamente, el objetivo parece tanto muerto como vivo, ambas cosas a la vez. Está seco y vacío, pero sigue habiendo electricidad y hay algunos signos de asentamiento. El mayor problema es que no hay suministro de agua alguno, a pesar de lo prometido. El pozo está seco. Hemos intentado contactar con Erikon para ayuda. G. está preocupado. El suministro de agua es esencial si vamos a tener que quedarnos aquí durante un tiempo. Hay rumores de un segundo pozo que no conseguimos encontrar. Los planos no sólo no coinciden con la ~~disti~~ distribución real del lugar, sino que tampoco coincide los unos con

los otros, según hemos descubierto. Enviaremos una queja formal a la oficina de estrategias por este error.

No puedo librarme de la sensación de que hay un ~~sueño que intenta conseguir algo en mi cabeza que~~

El equipo médico informa de una gran numero de infecciones oculares entre las tropas debido al polvo.

Diario de campo, V. H.
Mes quinto, 778



CUATRO

ESCRITO EN EL POLVO

Había unos ecos extraños en Hinzerhaus, ecos a los que costaba un poco acostumbrarse. Si estaba solo en una sala, un hombre podía escuchar los pasos de un compañero dos plantas por encima y a cien metros de distancia. El sonido se expandía.

Baskevyl pensó que si el viento consiguiera entrar dentro, armaría un enorme alboroto.

Iba vagando por la casa en busca de la sala del generador. A cada esquina o bifurcación, consultaba el mapa. Mkoll le había anotado las direcciones para llegar hasta allí, ya que no se podía confiar en los planos. La noche anterior, Daur y Rawne se pusieron a discutir sobre la localización de una habitación marcada como «salón inferior». La situación se puso bastante fea (Baskevyl estaba seguro de que Daur estuvo a punto de propinarle un puñetazo al otro) hasta que Gaunt señaló que, por una parte, los planos de Daur y de Rawne presentaban diferencias notables y que, por otro lado, estaban discutiendo en el propio salón inferior.

Recordando la escena, Baskevyl se dio cuenta de que quizá lo más preocupante durante la discusión fue el comportamiento de Daur. Ban Daur, un hombre bien cuidado y temeroso del Trono, era un oficial modelo, la última persona que esperaría ver atacando a un superior.

Era porque todos estaban asustados, todos y cada uno de ellos. Algunos lo admitían y otros no, pero todos se sentían inquietos en aquel alejado pedrusco, dentro del laberíntico edificio. Había algo en el aire, algo palpable, una tensión aplastante.

«Calaveras en un valle polvoriento con las tapas serradas».

Fuera lo que fuese, no estaba en el agua, porque no había. El pozo estaba seco. Estaban sobreviviendo con las botellas y raciones que llevaban. Ludd quedó encargado de marcar todas las botellas de agua con un pedazo de tiza y anotar el nombre de cualquiera que bebiera demasiado. Como resultado, todo el mundo «amaba» a Nahum Ludd.

Baskevyl tenía la boca tan seca como el forro de un abrigo, y la lengua tan áspera como un trozo de cincha. Sólo había dormido dos horas desde que entró en el edificio, y ocupó los ciento veinte minutos soñando con una fuente llena de un líquido puro y refrescante.

El soldado inspeccionó de nuevo los papeles. Los planos le indicaban que bajara las siguientes escaleras, y así lo hizo. Los muros estaban revestidos de un material oscuro y lustroso que a su vez estaba cubierto por una fina capa de polvo. Las blancas luces de las paredes se agitaban lentamente.

Oyó pasos que se acercaban y se paró para ver quién bajaba las escaleras que había dejado atrás. Nadie apareció. Era sólo otro eco transmitido a través del laberinto de paredes. Durante los diez minutos que había avanzado desde que dejó la escalera principal había oído todo tipo de cosas: pisadas, voces y el ruido del traslado de cajas.

Una vez llegó a escuchar un trozo de conversación, tres hombres quejándose del racionamiento de agua. Las voces iban y venían, como si los hombres hubieran pasado a su lado.

Cuando llegó al siguiente recodo encontró a dos soldados haciendo guardia, Tokar y Garond, de la compañía J. Los dos se sobresaltaron visiblemente cuando lo vieron, y lo saludaron con una risa nerviosa.

—¿Os he asustado? —preguntó.

—Pensábamos que sólo era otro eco —dijo Garond.

—No dejamos de oír ruidos, pero luego no aparece nadie —confirmó Tokar—. Feth, nos ha dado un buen susto.

—Lo lamento —se disculpó Baskevyl—. ¿Sabéis dónde está el generador?

—Bajando por aquí, señor —respondió Garond, indicando la estrecha escalera que había tras ellos.

Baskevyl asintió.

—¿Algo de lo que queráis informar, aparte de los ruidos?

Tokar y Garond negaron con la cabeza. Baskevyl asintió otra vez y echó un vistazo rápido a su alrededor.

—¿Y qué hay de eso? —preguntó.

—¿De qué, señor? —inquirió Tokar.

—Eso. —Baskevyl señaló a la pared opuesta.

—No veo nada —dijo Tokar.

—En el polvo —insistió el mayor.

Los soldados forzaron la vista.

—¡Ah! —exclamó Garond de repente—. ¡Quiere decir ese dibujo! Gak, ni me había fijado. ¿Tú lo habías visto, Tokar?

—Me acabo de dar cuenta de que estaba ahí.

—¿Lo habéis dibujado vosotros? —preguntó Baskevyl.

—No —respondieron los dos a la vez.

Baskevyl estaba seguro de que no mentían. Estaba dibujado en el panel marrón satinado de la pared, pero hacía mucho tiempo que las líneas habían quedado cubiertas por el polvo. Era la imagen de un fantasma, una cara humana, ni masculina ni femenina, con la boca abierta. No tenía ojos. La habían dibujado sobre el polvo con trazos lentos y torpes. De algún modo, Baskevyl sintió que ciertamente lo habían dibujado de forma lenta y torpe.

—¿Qué Gak es eso? —preguntó Garond.

—No lo sé. —Baskevyl se quedó mirando la cara, era un dibujo inquietante.

—¿Será posible? —se extrañó Tokar—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? Si llevamos aquí más de dos horas.

—Ni idea —replicó Baskevyl. El mayor cogió una bocanada de aire—. Limpiadlo.

—¿Con qué, señor? —preguntó Garond.

—¿A escupitajos? —sugirió Tokar.

—Pues borradlo. Usad las capas.

Los soldados obedecieron y fueron hacia la pared con sus capas de camuflaje. Baskevyl se dio cuenta de su duda: ninguno de los dos quería ser el primero en tocarlo.

• • • • •

—Aquí no, por favor —dijo Dorden mientras entraba en una sala de techo alto.

Gaunt se detuvo antes de vaciar en el suelo una considerable cantidad de polvo y arena de su bota.

—¿Por qué no, hay alguna razón médica?

—Si esto va a ser la estación de campo, tengo que mantenerlo libre del polvo —dijo Dorden mientras bajaba un cargamento de medicamentos.

—¿La estación de campo? —preguntó Gaunt.

—Si —asintió Dorden.

Como Gaunt no respondió, el otro levantó la vista para mirarlo. Vio cómo Gaunt arqueaba las cejas en un gesto sarcástico. Miró la vieja silla de cuero en la que estaba sentado, el antiguo escritorio que había tras él y los montones de petates y cajas de munición.

—¿Es que esto no era la estación de campo? —preguntó.

—Yo más bien diría que es mi oficina.

—La estación de campo está tres salas más adelante, a la derecha.

—Estos mapas de Feth. ¿Le servirán a alguien de algo? —Dorden negó con la cabeza.

—Todavía no sé de nadie a quien le hayan servido —dijo Gaunt, haciendo el mismo gesto. Con cierta satisfacción, vertió el polvo de la bota, que cayó formando una larga y polvorienta catarata.

Dorden miró a su alrededor. La habitación era oscura y alta y estaba cerca del centro del complejo. Unos contornos en los paneles de la pared mostraban donde una vez se colgaron unos cuadros. Hacía tiempo había sido un salón impresionante, muy elegante. Ahora parecía más bien una cueva, iluminada por el leve brillo de las lámparas.

Con un poco de retraso, Dorden se dio cuenta de que no estaban solos. Había una tercera persona en la habitación. Eszrah du Nocte estaba sentado en una esquina, leyendo pacientemente un viejo libro a la luz de la lámpara de la pared bajo la cual se encontraba. Movía el dedo siguiendo el texto, parándose en las palabras difíciles.

El noctugane había desarrollado una sed insaciable por el conocimiento, y Gaunt le había enseñado su alfabeto. Sin embargo, nadie había conseguido convencerlo de que llevar gafas de sol en el interior no era buena idea.

—¿Qué es lo que lees, Eszrah? —le preguntó Dorden. El viejo doctor aún no había conseguido pronunciar bien su nombre.

—*Nomine El espejo de humo est* —respondió, levantando la mirada del libro.

—Ah —exclamó Dorden. Miró a Gaunt, que estaba ocupado evacuando la mugre de su otra bota—. Es uno de tus favoritos.

—En efecto —asintió Gaunt.

—¿Cómo es esa frase tan famosa? «Muriendo terminamos con nuestro servicio al Emperador» o algo así.

—Creo que te refieres a «Sólo en la muerte termina el deber» —dijo Gaunt. El comandante comisario estaba mirándose los pies descalzos. Los dedos pulgares le sobresalían de sendos agujeros en ambos calcetines. Los movió divertido.

—Eso es —respondió Dorden.

—Pero no es original del autor, claro está —afirmó Gaunt, ocupado con sus pies —. Es un proverbio antiguo.

—Y bastante desalentador —asintió Dorden.

Gaunt levantó la vista.

—¿Desalentador? ¿No quieres morir al servicio del Dios-Emperador? ¿Hay algo que quieras decirle al comisario, Tolin?

—¿Sabes lo viejo que soy, Ibram? —se rio Dorden.

Gaunt se encogió de hombros.

—Bueno —dijo Dorden—, digamos que si hubiera decidido retirarme a la edad establecida por los edictos, haría ya trece años que sería un hombre ocioso.

—Feth, ¿en serio?

—Por supuesto, la jubilación es voluntaria. —Tolin Dorden sonrió—. Pero ¿dónde acabaría un tipo como yo?

Gaunt no contestó.

—¿Sabes cómo veo mis últimos días? —continuó Dorden—. Como médico rural, trabajando en alguna comunidad perdida de un mundo colonial. Eso pegaría conmigo. Cuando llegue el día en que me haga demasiado viejo para seguir el ritmo de los Primeros de Tanith, será cuando os diga adiós. Llévame entonces a algún sitio, ¿vale? Algún sitio donde pueda tratar esguinces, gripes y resfriados, las típicas fracturas o los cólicos. Algún lugar tranquilo. ¿Harás eso por mí cuando llegue el momento?

—Siempre estarás con nosotros —le respondió Gaunt.

—Eso me temía.

Gaunt se lo quedó mirando.

—¿Lo temías?

—¿Cuánto más durará esto, Ibram? —suspiró Dorden—. ¿Cuántos años más, cuántas batallas más? Todos morimos algún día. Yo he visto morir mi mundo, y ahora voy de guerra en guerra, viendo perecer a los pocos que quedan de mi gente, uno a uno. No quiero ser el último hombre de Tanith, Ibram, escupiendo sangre en

una mesa de operaciones mientras se llevan al penúltimo hombre de Tanith en una bolsa de plástico.

—Eso no pasará… —empezó Gaunt.

—No, no pasará —coincidió Dorden—. Un día seré demasiado viejo e inútil y me echarás del servicio.

—Lo veo difícil, mira a Zweil.

—Si ese viejo chocho se equivoca, no muere nadie —sonrió Dorden. Gaunt se levantó.

—Te encontraré ese mundo colonial cuando llegue el momento —dijo—. Es una promesa. Puede que sea incluso el mundo que Tanith pretende levantar. Nuestra recompensa por el servicio.

—Ibram, ¿de verdad piensas que eso va a ocurrir?

Gaunt se quedó en silencio durante un buen rato.

—No —dijo finalmente. El maestro de guerras Slaydo le había prometido a Gaunt los derechos de ocupación del primer mundo que ganara, como recompensa por la victoria sobre Balhaut y Gaunt siempre había pensado compartir la recompensa con los demás hombres sin hogar procedentes de Tanith—. Dudo que Macaroth cumpla con una promesa que hizo su predecesor —concluyó.

—Si por casualidad lo hiciera —dijo Dorden—, asegúrate de que no ganamos aquí. Los de Tanith te lincharían si tuvieran que vivir en este maldito pedrusco. —Dorden miró los espacios vacíos de las paredes—. Me preguntó qué colgaría de ahí.

—¿Ah, sí? —respondió Gaunt—. Lo que yo me pregunto es… ¿quién se lo llevó?

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Dorden.

—¿De mí? ¿Qué pasa conmigo?

—¿Cómo te ves terminando el servicio?

Gaunt suspiró y volvió a sentarse.

—Tolin, los dos sabemos cómo terminará mi servicio, tarde o temprano —dirigió la mirada a sus calcetines—. ¿Tienes hilo y aguja para dejarme? Si, seguro que sí.

—¿Sabes hacer un remiendo, por casualidad? —preguntó Dorden con una sonrisa maliciosa.

—Aprenderé a hacerlo. Esto no es propio de un hombre de mi rango.

—¿No tienes calcetines de repuesto?

—Estos son los de repuesto.

—Dickerson.

—¿Qué?

—Dickerson, ese tipo alto de Belladon en el grupo de Arcuda. He oído que remienda calcetines por unas monedillas. Es bueno, era costurero antes de hacerse soldado. Seguramente te los coserá gratis.

—Gracias por el consejo.

Eszrah se levantó de repente, con la ballesta en alto. Gaunt y Dorden se volvieron. El que entró era Rawne.

—Sólo es Rawne —dijo Gaunt a Eszrah. El guerrillero no bajó el arma.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Rawne.

—Criid cree que ha encontrado algo —le contestó este.

• • • • •

El cálido hedor del lugar recibió a Baskevyl mientras entraba en la sala del generador.

La sala era larga y rectangular, con el techo inclinado. Estaba dominado por la mole del mecanismo de energía, una especie de caldera de hierro del tamaño de una cápsula de escape. La energía salía de la caldera hacia la cúpula del techo, y unas rendijas en los laterales mostraban un brillo que coincidía con el suave ritmo de las luces de la casa. Baskevyl podía sentir el cálido pulso del aparato. No emitía ningún sonido. Cualquiera que fuera la reacción que generara en su interior era curiosamente silenciosa.

El equipo asignado a la vigilancia de la sala había estado jugando a cartas en un corrillo al pie de los escalones de la entrada. Los soldados se levantaron cuando llegó, pero Baskevyl les hizo una señal para que volvieran a su juego, con una sonrisa.

—¿Cómo va por aquí? —le preguntó al capitán Domor.

Shoggy Domor estaba a cargo del equipo de asalto. Caminó con el mayor hacia el aparato mientras los soldados se enfrascaban de nuevo en su partida. Sus protuberantes ojos biomecánicos produjeron un suave zumbido mientras enfocaban a Baskevyl.

—No sabría decirle, señor.

—¿Y eso?

—No sé lo que es esto. Actúa de manera autónoma. Ha estado funcionando durante muchísimo tiempo y continúa haciéndolo. Pero no tengo ni idea de cuál es el proceso que usa para ello.

—¿Ni idea? —Baskevyl frunció el ceño. Si había alguien en los Fantasmas que supiera de sistemas de ingeniería, ése era Shoggy.

—Creo que es algo químico, pero no estoy seguro. —Domor señaló hacia el brillo que salía de la caldera enfrente de ellos—. Dudo que el jefe me diera las gracias si intentara abrirla para averiguarlo.

—¿No se alimenta de nada? ¿No tiene suministro de combustible? —preguntó Baskevyl.

—No, señor.

—Necesitamos a un técnico, a alguien del Adeptus Mechanicus —murmuró Baskevyl. Presionó las manos contra la oronda panza de la caldera y las apartó de inmediato. El hierro había latido al tocarlo, como si estuviera vivo. Se volvió y miró a Domor—. De momento, sigue vigilándolo como hasta ahora. No sabremos cómo

funciona, pero al menos lo hace y nos da luz. Enviaré una cuadrilla para que os releve en digamos… ¿unas tres horas?

Domor asintió.

—¿Qué hay de los ruidos, señor?

—Tú también, ¿eh? —dijo Baskevyl—. Creo que este sitio tiene unas cualidades acústicas bastante peculiares. Transporta el sonido. Intenta que no te asuste demasiado.

Domor lo miró poco convencido.

—¿Qué? —preguntó Baskevyl.

Domor inclinó a un lado la cabeza para indicar que deberían alejarse un poco. Rodearon la caldera de forma que quedara entre ellos y los soldados de las escaleras. Domor bajó la voz para que sus chicos no pudieran oírles.

—Pasos y voces, ¿no? —le preguntó.

—He oído las dos cosas. Como digo, creo que el sonido…

—¿Y qué hay del otro ruido? —preguntó Domor.

—¿Qué otro ruido?

—Va y viene de vez en cuando. —Domor se encogió de hombros—. Es una especie de sonido chirriante.

—No he oído nada de eso —le aseguró Baskevyl.

—Venga conmigo —dijo Domor con tranquilidad. Avanzó un poco y llamó a sus soldados—. Chiria, te dejo al mando. Voy a enseñarle los talleres al mayor.

—A la orden —respondió la aludida.

Había una puerta en la pared más alejada de la sala del generador. Domor abrió los oxidados pestillos que la cerraban. El capitán condujo a Baskevyl por una serie de cuatro pequeñas salas de piedra que una vez fueron talleres. El aire de su interior era mucho más frío que en la habitación principal. Eran frescas y olían a cerrado, como si fueran despensas. Había bancos de madera pegados a las paredes, con la superficie desgastada. Los estantes de las paredes guardaron herramientas varias en algún tiempo, pero hacía ya mucho que habían desaparecido. Bajo los ganchos se podía apreciar la silueta de las sierras, los alicates y las llaves inglesas. Baskevyl paseó por los distintos talleres. Estaban comunicados por arcos de piedra. Domor echó el pestillo de la puerta.

—Escuche —le dijo.

—Yo no oigo nada —protestó Baskevyl.

—Escuche —insistió Domor.

• • • • •

Gaunt siguió a Rawne subiendo una larga y destartalada escalera de madera hacia la

parte más alta del complejo. Llegaron a una habitación con forma de campanario, una sala circular con techo abovedada donde el viento sonaba de forma estridente a través de unos postigos de metal parcialmente abiertos. El viento aullaba como un perro apaleado.

«Calaveras en un valle polvoriento con las tapas serradas».

—¿No podemos cerrarlas? —preguntó Gaunt, levantando la voz para hacerse oír.

—No —respondió Criid—. Los mecanismos están bloqueados.

Gaunt miró alrededor. La base de la bóveda tenía ocho grandes postigos en su circunferencia, todos ellos operados por manivelas de latón. Años y años de polvo acumulado habían bloqueado los mecanismos. Los postigos quedaron parados en varias posiciones, como los párpados entrecerrados de un hombre que se muere. Unos remolinos de polvo se alzaron en los alféizares y cubrieron el suelo ya polvoriento.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Gaunt.

—Criid lo llama «cúpula del viento» —dijo Rawne—. Mira.

El centro de la sala estaba dominado por una percha enorme, un árbol de metal oxidado hecho con viras gruesas de hierro de donde una vez se colgaron cosas. Había excrementos de pájaro en el suelo, y también restos de cestas de comida.

—Creo que aquí guardaban pájaros, señor —apuntó Criid, presionando el cuello de su capa contra la boca y la nariz—. Pájaros mensajeros. Ya sabe, para enviar mensajes.

—Entiendo el concepto —dijo Gaunt. Se fijó en el tamaño de los postigos, imaginándolos abiertos del todo—. Serían pájaros muy grandes —murmuró.

Se acercó a la contraventana más cercana y se agachó, intentando asomarse por la rendija que quedaba abierta. El viento le estampó el polvo en la cara. Retrocedió tosiendo.

—Sería una bonita vista si no fuera por este viento de Feth.

Rawne asintió, él pensaba lo mismo.

—Pero eso no es lo que quería enseñarle —dijo Criid, llamando su atención.

—Entonces, ¿qué?

La soldado señaló hacia arriba. Había algo colgando de la rama más alta de la percha.

—Eso —gritó Criid.

Era una máscara de hierro negro que se balanceaba suavemente por el viento. La máscara tenía una nariz ganchuda y una expresión poco amigable. Era uno de los grotescos objetos del Pacto Sangriento.

Gaunt dijo algo.

—¿Qué? —gritó Rawne para hacerse oír por encima del viento.

—Que ahí tienes los problemas de los que hablabas —repitió Gaunt.

• • • • •

Baskevyl dio una pequeña vuelta mientras contemplaba el techo del taller.

—¿Lo ha oído, no? —susurró Domor.

Baskevyl asintió. Tenía la boca seca, y no era sólo por el racionamiento de agua. Había oído el ruido claramente. Era un sonido estridente, tal como Shoggy lo había descrito. Sonaba como… Bueno, Baskevyl no estaba seguro de poder decir con seguridad a qué sonaba, pero en el momento en que lo oyó, una imagen ocupó su mente, una imagen que no le gustó nada. Era algo enorme y viscoso, como una serpiente; algo cilíndrico y de tejido brillante, como la médula espinal, frotándose y deslizándose por un profundo túnel de piedra muy por debajo de ellos, como un gusano gigantesco en la tierra.

Lucien Wilder, mucho tiempo atrás, decía siempre que Baskevyl había nacido con una imaginación que sería mejor quitarle.

—¿Qué cree que es? —preguntó Domor.

Baskevyl no respondió. Intentó borrar la imagen de su cabeza con cierta urgencia. Pasó por el arco de piedra al taller contiguo, luego al siguiente, y así hasta terminar en la última sala. Las paredes estaban cubiertas con los paneles de material marrón satinado, como en todas partes.

El ruido volvió a sonar. Vértebras retorcidas cubiertas de tendones grises y húmedos arrastrándose por la sucia piedra. Se deslizaba rápido, fluido, como una serpiente del desierto. Al despertar de su ensimismamiento, Baskevyl pudo oír cómo aquella cosa rozaba la arenilla y los guijarros. Tenía la espalda empapada de un sudor frío. El sonido cesó de repente.

—¿Y bien? —preguntó Domor.

—¿Alimañas? —replicó Baskevyl. Domor se lo quedó mirando. Los ojos mecánicos lo enfocaron, como observándolo con desprecio.

—¿Alimañas? —repitió—. ¿Ha visto algún bicho por aquí?

Baskevyl negó con la cabeza.

—Este sitio está seco y muerto —afirmó Domor—. Aquí no hay alimañas, ni insectos, ni restos de comida. Si alguna vez hubo alimañas, mayor, está claro que abandonaron este sitio hace mucho.

Tenía razón. Baskevyl se sintió estúpido por sólo haber sugerido la idea. No tenía sentido intentar engatusar con mentiras evidentes a hombres inteligentes como Shoggy Domor.

Volvió a oír el ruido brevemente, un serpenteo que se paró casi instantáneamente. Baskevyl avanzó hacia la pared. El panel marrón satinado parecía cálido y orgánico al tacto. Lo palpó, notando el sonido de la piedra tras él. Entonces, al retirar la mano, oyó un sonido hueco.

Se volvió a mirar a Domor, que lo miraba a él.

—Aquí detrás no hay nada —afirmó.

—¿Qué?

—Detrás de este panel no hay nada, escucha —volvió a palparlo, obteniendo un sonido a hueco—. Trae aquí a tu equipo —dijo Baskevyl. El ruido regresó de nuevo y el mayor se puso rígido. No podía evitar visualizar esa horrible columna viscosa reptando en la oscuridad—. Shoggy, ¿podrías…? —empezó a decir.

Entonces se oyó otro sonido de repente: un breve "crack", como alguien haciendo crujir los nudillos. «Qué extraño». Baskevyl miró arriba y abajo, estudiando la lustrosa superficie del panel.

Había un pequeño agujero en la pared a la altura del pecho, justo a su derecha. Un agujero, de apenas medio centímetro de diámetro que estaba seguro de que no estaba allí antes. Los bordes del agujero todavía desprendían un poco de humo.

—¿Shoggy? —dijo, y entonces notó de repente una intensa sensación de dolor. Se miró al brazo derecho. Tenía una herida en el hombro. Lo que había provocado la herida había quemado la chaqueta y la camisa y había penetrado en la piel dejando a la vista un reguero de sangre oscura—. ¡Mierda! —exclamó, dando un paso hacia atrás—. ¡Shoggy, creo que me han disparado! —Se volvió, un poco mareado por el impacto. El disparo había atravesado la pared, el brazo y…

Domor estaba apoyado en el banco de trabajo que había tras ellos con una pose extraña. Estaba mirando a Baskevyl con los ojos artificiales, que salían y se retraían, incapaces de enfocarlo correctamente. Estaba intentando decir algo, pero todo lo que conseguía era aspirar sangre. Tenía un punto negro y sanguinolento en medio del pecho.

—¡Por el Trono! ¿Shoggy? —gritó Baskevyl, y corrió hacia él.

Domor, ladeando la cabeza, consiguió por fin encontrar una palabra y hablar. La palabra era «agáchese». Salió de sus labios acompañada de un hilillo de sangre. Baskevyl cogió a Domor y lo echó al suelo del taller.

Un segundo después, empezaron a aparecer más agujeros en el panel: dos, tres, doce, veinte, cuarenta…

Al otro lado de la pared, alguien había empezado a disparar en modo automático.

¡P. M. de Elikon, P. M. de Elikon, aquí Nalwood, repito, aquí Nalwood! ¡Contacto hostil! ¡Repito, hemos encontrado contacto hostil!

¡Nalwood, corto y cierro!

(fin de la transmisión)

Transcripción de comunicación por radio,
Mes quinto de 778



CINCO

Alimañas

El taller se llenó de repente de ruido. Los disparos atravesaban el panel, cruzaban la sala y se estrellaban contra la pared contraria, destrozando los estantes y las perchas para herramientas.

Baskevyl intentó arrastrar a Domor bajo el pesado banco de trabajo. Sacó la pistola, aunque el brazo le dolía como si lo tuviera en llamas. Domor estaba inerte, mortalmente inerte.

—¡Shoggy! —gritó Baskevyl.

Más disparos atravesaron la pared, agrandando los agujeros que ya habían hecho otras balas y llenando el aire con el olor de la pólvora. El mayor empezó a disparar también con una mano mientras agarraba a Domor con la otra. Se preguntó si debería arriesgarse a coger el rifle de Domor, que estaba cerca, en el suelo, pero decidió que era una mala idea. Volvió a disparar, haciendo más agujeros en la pared.

—¡Contacto! ¡Tenemos contacto hostil! —gritó por el micrófono. El intercomunicador se volvió loco, con voces que graznaban y gritaban a la vez.

La puerta de los talleres se abrió de golpe y el equipo de asalto de Domor irrumpió en la sala liderado por la imponente cabo Chiria. Las viejas cicatrices de batalla que cruzaban su cara pusieron fin hacía mucho a cualquier rasgo del que pudiera estar orgullosa, pero ahora estaba especialmente poco atractiva. Sorpresa y alarma, en cantidades proporcionales, habían desfigurado sus heridas formando una mueca rosada.

—Pero ¿qué Feth…? —empezó a decir.

—¡Ayudadme! —le gritó Baskevyl. Intentaba que se acercara y lo ayudara a sacar a Domor de allí.

Pero Chiria tenía otra idea en mente. Apoyó el rifle contra su hombro y disparó a la pared, iluminando la penumbra con los fogonazos del arma.

—¡Coja a Shoggy y sáquelo de aquí! —gritó mientras disparaba. Domor estaba muerto, lo tenía bien claro. Un vistazo fue todo lo que necesitó para comprenderlo. Tenía un disparo en el corazón.

Esos cabrones pagarían por ello.

Ezlan estaba detrás de ella, y también Nehn y Brennan. Los cuatro rifles láser dispararon con furia al panel agujereado. Provocaron un ruido seco y resonante, como haría un bastón golpeando repetidamente contra un suelo de piedra.

—¡Basta, basta! ¡Alto el fuego! —gritó Chiria.

Los Fantasmas dejaron de disparar.

—¿Qué pasa? —preguntó Nehn.

—Esperad… —dijo Chiria.

Nada, no había fuego de respuesta, sólo el viento soplando por los cientos de agujeros que había en la humeante panel de la pared.

—Ayudadme con él —dijo Baskevyl, intentando incorporar a Domor. Nehn y

Chiria se apresuraron a ayudarlo. Ezlan y Brennan siguieron con las armas preparadas apuntando a la pared perforada.

Las manos de Baskevyl estaban cubiertas con la sangre de Domor. Había estado intentando contener la hemorragia de la herida.

—Vigilad la zona —le dijo a la cabo—. Si algo se mueve, pegadle un tiro. Yo llevaré a Shoggy a…

—Usted vigilará la zona —lo replicó Chiria de forma tajante—. Yo me llevo a Shoggy. Nehn, cógelo de los pies.

Dejó el rifle al lado de Baskevyl. Este no la contradijo. El mayor era lo bastante sabio para reconocer que, respecto a la lealtad y los vínculos, a veces era mejor si las órdenes iban al revés de la cadena de mando. Le pareció correcto que fuera Chiria quien llevara a Shoggy Domor.

Rápidamente, Chiria y Nehn sacaron del taller el cuerpo inerte de Domor. Baskevyl ajustó el arma de Chiria y comprobó el seguro. El aire estaba invadido por el polvo, chamuscado en su mayoría. La pared estaba repleta de agujeros, como una de esas dianas de un campo de tiro.

Baskevyl miró a Ezlan y a Brennan.

—¿Alguno de los dos tiene una granada? ¿Una bomba de mano?

—¿Para qué? —preguntó Ezlan, nervioso.

—Nada, sólo preguntaba —dijo Baskevyl.

• • • • •

—¡Aquí, por aquí! ¡Dejadlo abajo! —gritó Ana Curth.

Había salido de la estación de campo a causa del barullo, a tiempo para ver a Chiria y a Nehn entrando en la sala principal con lo que parecía el cadáver de Shoggy Domor. Chiria y Nehn dejaron a Domor en el rellano de las escaleras, tal como les habían ordenado. Curth se arrodilló junto a él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mientras le cortaba la camisa y la túnica con unas tijeras que sacó del maletín.

—Contacto hostil —respondió Chiria, que estaba apoyada en el pasamanos intentando recuperar el aliento. Habían llevado el cuerpo del capitán durante un buen trecho sin parar y a bastante velocidad. Apenas podía hablar.

—Explíquese, por favor —exigió Curth—. Desde el principio, cabo.

—Estaban en las paredes —contestó Chiria falta de aire, con la voz entrecortada —. En las paredes, como alimañas. —Entonces miró a Curth—. Está muerto, ¿verdad?

Curth estaba demasiado ocupada para responder. A falta de una sierra, tuvo que usar el cuchillo de combate de Nehn. Este no tuvo tiempo para objetar. Hizo un gesto de dolor al ver cómo Curth clavaba la hoja en la carne del capitán. Las manos de la

doctora se llenaron de sangre. Se oyó un feo crujido al seccionarle el esternón.

—¡Chayker, Lesp! ¿Dónde os habéis metido? —gritó—. ¡Tenemos que llevárnoslo a la estación de campo ahora mismo!

Chayker y Lesp, los camilleros, fueron corriendo a la sala llevando una camilla y un botiquín quirúrgico. Dorden se materializó detrás de ellos, intrigado y medio dormido.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, adormilado. La escena lo despertó en seguida—. Feth, ¿ése es Shoggy?

—Hay que hacerle una punción en la zona superior del torso —afirmó Curth mientras trabajaba con desespero, lanzando a un lado el cuchillo de Nehn e intentando insertar separadores costales del botiquín que Lesp le había traído—. ¡Gasas! ¡Olvidaos de moverlo, necesito gasas! ¡Montones de gasas! —gritó.

Dorden se abrió camino hasta Curth y se arrodilló a su lado.

—Por el Trono, qué desastre…

—Puedes taponar la herida con los dedos o salir de aquí, ¡pero no molestes! —le ladró Curth mientras preparaba con frenesí el hilo y la aguja. Dorden se colocó un guante, se acercó y taponó la herida.

—Hay un segundo agujero en la aorta —dijo, agachándose.

—Gracias por recalcar lo evidente —contestó Curth, desgarrando el envoltorio del paquete de gasas—. ¡Estas no van a ser suficientes! —miró hacia arriba—. ¡He dicho que necesito más! ¡Más! ¡Y también antisépticos!

Lesp salió corriendo hacia la estación de campo.

—Está perdiendo pulso —murmuró Dorden.

—¡Ya casi está! —espetó Curth, intentando apuntar con la aguja.

—Cose por aquí. ¡Por aquí, maldita sea! —ladró Dorden.

—¡Pues aparta los dedos! —Curth se acercó a la cavidad con el aparato quirúrgico.

Cogiendo con cuidado el corazón de Domor mientras Curth cerraba la herida, Dorden levantó la vista hacia Chiria.

—¿Cómo se ha hecho esto? —preguntó.

—Tuvimos un contacto hostil —respondió Chiria.

—¿Dónde? —inquirió una voz seca desde detrás de ellos.

Chiria se volvió. Larkin había llegado cojeando a la sala acompañado de Raess, Nessa Bourah y Jessi Banda. Los cuatro llevaban las armas colgadas del hombro. Los tiradores habían estado deambulando por el edificio, buscando posiciones estratégicas o, mejor aún, objetivos a los que disparar.

—Bajo la sala del generador —respondió Chiria.

Larkin cogió el rifle y lo cargó. Entonces, se volvió hacia sus colegas tiradores.

—Salgamos de caza, ¿os parece?

Sus compañeros asintieron.

Larkin miró a Curth. Durante un instante fugaz, ésta levantó la vista del cuerpo ensangrentado y se dio cuenta de su mirada. Hlaine Larkin pensaba que había

perdido para siempre su preciado rifle láser de francotirador durante la nefasta misión de Gereon, pero el año anterior formó parte del equipo de extracción que había rescatado a Curth. Para su sorpresa y deleite, descubrió que la doctora había estado guardando su rifle por él durante todo ese tiempo, con la esperanza de poder devolvérselo a su regreso.

Larkin le hizo una breve señal con la cabeza, como diciendo que haría útil su esfuerzo por custodiar su arma.

Se oyeron pasos en las escaleras. Gaunt, seguido de Rawne, Criid y parte de su grupo de la compañía P, se dirigieron volando a la sala, bajando los escalones de dos en dos.

—¡Informe de la situación! —ordenó Gaunt.

—Le han disparado —dijo Dorden, señalando al cuerpo despatarrado de Shoggy Domor.

Gaunt se quedó mirando a Domor. Podía verle el corazón, latiendo como una bolsa de cuero rojizo, mientras Dorden y Curth trabajaban en él.

—¿Sobrevivirá? —preguntó.

—Será mejor que piense que sí —contestó Curth—. ¡La pistola de sutura! ¡Rápido, Chayker!

Gaunt respiró hondo.

—¿Alguien puede explicarme qué es lo que ha ocurrido?

—Contacto hostil en los talleres que hay bajo la sala del generador, señor —respondió Chiria, dando un paso al frente—. El mayor Baskevyl sigue apostado en el lugar de los hechos.

—¡Llévanos allí, vamos! —ordenó Gaunt. Rawne, Criid y los hombres de ésta ya estaban saliendo.

Gaunt dudó un momento y miró a Curth. No había vuelto a recuperar el peso que había perdido durante su estancia en Gereon. Mostraba una figura muy frágil y se le marcaban los pómulos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No es a mí a quien han disparado —le contestó ella en un tono ácido, demasiado ocupada para mirarlo.

Gaunt hizo una pausa, asintió y se volvió para salir corriendo junto a Rawne y Criid.

• • • • •

Chiria les indicó el camino. Tenía las manos teñidas con la sangre del oficial.

—La sala del generador —repitió—. ¡Siganme!

—¡Alto, esperad! —gritó Larkin.

Todos se detuvieron para escucharlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaunt.

—¿Qué ocurre, Larks? —insistió Rawne.

Larkin hizo un gesto con la cabeza, y levantó un dedo para pedir silencio.

Entonces lo oyeron: el ruido lejano de disparos.

—Eso no es en la sala del generador —dijo Larkin—. Viene de algún sitio encima de nosotros.

• • • • •

El pasillo, largo e invadido por las corrientes de aire, parecía vacío.

Se extendía todo lo lejos que podía apreciar la vista: era un corredor ancho y cubierto de paneles marrones, con el techo interrumpido por cúpulas de fortificación separadas a intervalos regulares.

El equipo de asalto de la compañía E estaba en la parte más alta del edificio, justo debajo del lateral de la cresta de la montaña, donde el viento soplaba por los fríos e inactivos pasillos. Cada torreta que encontraban tenía una cúpula de hierro oxidado. Las complicadas manivelas de las paredes habían sido presa de la mugre y el tiempo. Ningún esfuerzo las hubiera inducido a girar y abrir los postigos que había arriba.

El equipo se paraba bajo todas las cúpulas, mirando las manivelas bloqueadas, moviendo las linternas en todas direcciones e intercambiando insinuaciones de camino sin salida.

Meryn había inspeccionado con cuidado todas y cada una de las manivelas.

—Tienen que abrirse —anunció—. Estas manivelas están diseñadas para abrir los postigos, de forma que los tiradores puedan apostarse arriba y apuntar —agarró entonces una de las manivelas de latón, que se negó a ceder estoicamente—. ¡Feth! ¿Por qué no se mueven?

—Porque están bloqueadas —dijo Fargher, el ayudante de Meryn. No era la observación más brillante que hubiera hecho, pero concordaba con su nivel. Sería la última reflexión que jamás volvería a proferir.

—Muchas gracias, señor cerebrito —respondió Meryn—. Eso ya puedo verlo. ¿Por qué Feth construiría alguien un fuerte en este sitio, en medio de todo este polvo? —dirigió la mirada a su equipo, uno de los soldados había murmurado algo—. ¿Qué habéis dicho? ¿Has hecho algún comentario, soldado Cullwoe?

—No, señor —dijo Dalin—, he sido yo. Decía que quizá este sitio fue construido antes de que hubiera polvo alguno del que preocuparse.

—¡Menuda tontería! —replicó Fargher.

—No, es posible que el chico tenga razón —admitió Meryn, mirando con melancolía los postigos de la cúpula que había sobre ellos—. ¿Quién en su sano juicio

construiría una fortaleza con postigos así en este sitio tan polvoriento de Feth?

—Podríamos engrasar las manivelas —sugirió Neskon—. Tengo grasa de promethium, eso servirá.

Maryn pensó en la idea.

—Puede que… —empezó a decir.

Y entonces, cual truco de magia, el pasillo dejó de estar vacío.

Dalin parpadeó. El tiempo parecía haberse ralentizado, un fenómeno que una vez escuchó de boca del comisario Hark que lo llamó «tiempo de combate». El silencio se llenó de repente con el ruido de los disparos: rifles y metralletas zumbando a su alrededor como un espectáculo de fuegos artificiales. Swaythe cayó a un lado con un gruñido al recibir un disparo en el brazo. Fargher dejó escapar un breve y triste sonido antes de caer de espaldas. Mientras el ayudante caía, con los brazos temblando, Dalin pudo ver cómo le salía parte del cráneo, en forma de astillas blancas, por detrás del cuero cabelludo. Había una oscura marca de abrasión en la frente de Fargher, en el lugar por donde había entrado la bala.

Dalin empezó a disparar varios segundos antes de que Meryn diera la orden. Cullwoe se unió a sus esfuerzos. El arma del capitán empezó a disparar también, y los otros seis hombres del equipo iniciaron su ofensiva. Todos menos Neskon, que se puso a preparar rápidamente su lanzallamas.

No había dónde cubrirse. Los disparos volaban libremente en ambas direcciones. Cardy cayó de espaldas con una tos seca después de que un proyectil lo alcanzara en el cuello. Seerk gritó al recibir dos disparos en el estómago. Cayó de rodillas, y sus gritos cesaron de pronto al darle otra bala en la cabeza.

—¡Feth! —rugió Meryn—. ¡Matadlos, acabad con ellos! ¡Vamos!

Ni siquiera veían lo que se suponía que estaban matando. Ante ellos sólo había una oscuridad y un vacío que no presagiaban nada bueno, eso además de los destellos de las armas con que les disparaban.

Dalin Criid se agachó e hizo lo que le enseñó Driller Kexie en el RIP. Apuntó a los destellos, la fuente de los disparos, y descargó la munición contra ellos. Los paneles reventaban a su alrededor. Venklin retrocedió lentamente hacia una pared y se dejó caer contra ella. Sangre y humo salían de su sorprendida boca.

—¡Apartaos! ¡Fuego, fuego! —gritó Neskon, avanzando con el lanzallamas por fin preparado.

—¡Agachaos y cubríos! —ordenó Meryn—. ¡Fuego!

Soltaron las armas y se cubrieron la cara con las manos. La llamarada de Neskon tosió un momento antes de hablar, antes de aullar.

Un fuego salvaje invadió el pasillo formando un fiero cono abrasador. Dalin estaba seguro de haber oído gritos.

Cuando el fuego amainó, lo único que se oía era el crepitar de los paneles de la pared.

—Feth… —dijo Meryn. Miró a su alrededor. Cardy estaba muerto. También

Fargher, su ayudante, Venklin y Seerk. Swaythe estaba muy malherido—. ¡Atención, aquí Meryn! —empezó a balbucear el capitán a su radio—. Contacto hostil, en el pasillo… ¿Dónde Feth estamos? ¡Fargher!

—Está un poco muerto, señor —dijo Cullwoe.

Dalin se agachó y sacó los planos del bolsillo de Fargher. La cabeza del ayudante se desplomó de manera desagradable mientras Dalin sacaba los papeles.

—¡Dalin, date prisa! —lo apremió Meryn.

El soldado giró los planos, intentando encontrarles algún sentido.

—Estamos en el pasillo… dieciséis de la zona superior oeste, señor.

—¿Dieciséis superior oeste? ¿Estás seguro?

—Si, señor.

—Contacto hostil, pasillo dieciséis de la zona superior oeste —ladró Meryn por el micrófono—. ¡Necesitamos refuerzos de inmediato! —Meryn miró al resto de su equipo—. En seguida llegará la ayuda —dijo.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó Cullwoe. Las manos le temblaban mientras recargaba el arma.

Meryn se quedó dudando. Su equipo había quedado dividido por la mitad en menos de cincuenta segundos. Parpadeaba de prisa, y mostraba demasiado blanco alrededor de las pupilas. Antes de que pudiera pensar en nada para decir, oyeron pasos que se acercaban por su espalda y se volvieron de inmediato, con las armas en ristre. El eco de una docena de botas corría hacia ellos a bastante velocidad. Esperaron a que apareciera alguien, pero no vieron a nadie.

Las pisadas pasaron de largo y desaparecieron.

—¿Qué Feth pasa aquí? —murmuró Neskon.

—Debajo —dijo Dalin—. Deben de estar debajo de nosotros, en un nivel inferior.

—Si, claro. Debajo de nosotros. Eso es lo que pasa —asintió Meryn. Neskon levantó una de sus mugrientas pezuñas.

—Escuchad.

Más pasos. Sonaban lejanos, iban y venían.

—Esta vez estaban encima de nosotros —advirtió Cullwoe.

—Si, pero es que arriba no hay nada —respondió Dalin con calma.

—¿Meryn? —lo llamó una voz. Todos se sobresaltaron como idiotas. El capitán Obel estaba plantado justo detrás de ellos, a la cabeza de un equipo de apoyo cuyos pasos no habían oído en ningún momento. Obel y sus siete soldados se habían situado detrás de ellos sin que ninguno de los subordinados de Meryn se hubiera dado cuenta.

—¿Por dónde Feth habéis venido? —soltó Meryn.

Obel miró por detrás del hombro, confuso, como sospechando que fuera una pregunta con trampa. El pasillo que había tras ellos era largo y estaba visiblemente vacío.

—Hemos venido a ayudaros —respondió.

Obel miró las paredes destrozadas y los cuerpos de los Fantasmas fallecidos con una eficiencia carente de sentimientos.

—¿Has decidido empezar la guerra sin nosotros, Meryn? —preguntó—. ¿Qué demonios habéis…?

Meryn ladeó la cabeza en dirección al pasillo.

—«Ellos» lo han hecho —recalcó con acidez.

—Vayamos a mirar —decidió Obel. El oficial hizo unas señales de instrucción con la mano libre. «Avanzad con cuidado». Dejó que uno de sus hombres se cuidara de Swaythe y se encargara de su herida. El resto avanzó por el pasillo, con Meryn y Obel al frente.

El pasadizo estaba tan vacío como lo había estado antes del ataque. Una fina corriente sopló a través de algún postigo entreabierto. El viento gimió suavemente. El polvo se arremolinó en el suelo, cerca de donde estaban. Pudieron ver marcas de fuego en las paredes y el techo, allí donde Neskon había dejado su duradera impresión.

—¿Os han disparado? —preguntó Obel.

—Feth, pues claro —contestó Meryn.

—Y vosotros habéis devuelto el fuego, ¿no? —dijo Obel, bajando la voz.

—¡Por supuesto! —respondió el capitán.

—Entonces, ¿dónde están los cuerpos?

Día ocho. El sol sale a las cuatro treinta y dos, la mañana se presenta con cielo despejado. Esta noche nos han atacado en dos lugares distintos. Cuatro hombres muertos, dos heridos, uno de ellos en estado crítico.
No se divisó al enemigo en ninguno de los dos ataques. Siguen estando aquí dentro, con nosotros.
El regimiento al completo está en estado de alerta. Hemos empezado un sistema de división defensiva del objetivo. G. ha ordenado cerrar algunos túneles y pasillos, asi como levantar barricadas. Hay un profundo sentimiento de inquietud entre las tropas, como si esperaran a que estalle la tormenta.
G. ha enviado un menaje a Elikon pidiendo reservas de agua y refuerzos.
Ha dedicado su tiempo a recorres las posiciones principales para levantar la moral de los soldados. Se acerca la batalla. Puede que pronto veamos los primeros desertores.
¿Desde cuándo estamos malditos los fantasmas?

Diario de campo, V. H.
Mes quinto, 778



SEIS
Disparando a las sombras

Gaunt cogió el mensaje que Beltayn le había entregado, lo leyó rápidamente y se lo devolvió. Siguió su camino por la sala principal hacia el pasillo que conducía al salón inferior.

Había un gran bullicio en la sala principal. Ludd, Daur y Kolosim estaban coordinando el despliegue de las tropas menos experimentadas a los pasillos de las alas exteriores. Iban sacando a los soldados de las salas que habían sido designadas como alojamientos. La mayoría tenían cara de muerto a causa de no dormir y beber poco. Gaunt saludó a unos cuantos mientras pasaba por allí. Muchos estaban arrastrando tablas de madera y paneles de las paredes para construir las barricadas en las alas exteriores. Otros destacamentos recorrían la casa de guardia vaciando equipajes y rellenándolos de polvo que recogían con palas, a modo de sacos de arena. Los soldados que se encargaban de esto quedaban cubiertos de pies a cabeza del blanquecino polvo, y los sacos parecían la producción de un molino de harina.

Los oficiales más veteranos estaban esperándolo en el salón inferior. Era una sala oscura y vacía, con los paneles del techo sujetos por seis largas vigas de madera. Hubo una vez algo encadenado en el centro de la habitación, pero ya no había forma de saber qué podría haber sido.

Rawne había llevado allí una mesa la noche anterior, de forma que tuvieran algún sitio donde poder celebrar reuniones, pero la mesa había desaparecido, requisada para hacer una barricada en alguna parte. Los oficiales se apiñaron formando un extraño corrillo. Gaunt los miró a todos: Rawne, Hark, Kolea, Mkoll, Baskevyl, Kamori y Theiss. Los demás oficiales tenían tareas más urgentes que les habían impedido estar allí con ellos. Tendrían que hacer así la reunión. Gaunt confiaba en que el grupo presente informara más tarde a los demás oficiales del regimiento de lo que iban a hablar.

—Tenemos noticias de Elikon —dijo Gaunt, sin más preámbulos—. Nos han prometido más agua en las próximas veinte horas. Recibiremos más indicaciones cuando se acerque la hora.

—¿Qué hay de los refuerzos? —preguntó Theiss.

Gaunt se sorbió la nariz.

—No hay nada confirmado, la conversación fue bastante breve. Creo que las cosas están complicadas por allí. Beltayn ha oído muchos informes de combate, parece que hay varios enfrentamientos serios en la zona principal. Elikon necesita que hagamos un informe completo de las posibles amenazas antes de considerar el envío de refuerzos.

—Eso podría tardar varios días —dijo Rawne—. Semanas, incluso. ¿Es que no entienden que no podemos ver siquiera a qué nos enfrentamos?

—Esta tarde tengo programada una charla directa con Van Voytz —contestó Gaunt—. Intentaré explicarle la situación.

—Ya hablo yo con él, si quieres —murmuró Rawne.

Muchos de los oficiales se rieron ante el comentario…

—Quiero que las cosas vayan a mejor —dijo Gaunt—, no a peor. ¿Cómo está Domor?

—Estable —respondió Baskevyl.

—¿Y Swaythe?

—Tiene un brazo roto y algunas heridas más, pero está bien.

—¿Y tu brazo?

Le habían cosido la herida, pero se negó a ponerse un cabestrillo.

—No es nada.

—Bueno. ¿Alguna señal de los que han sorprendido al equipo de Meryn? —preguntó Gaunt.

—Ni rastro —respondió Kolea—. Los chicos de Meryn debieron de acertarle a algo con su contraataque, pero no hay rastro alguno, ni siquiera manchas de sangre donde deberían haber caído los cuerpos. Yo personalmente me llevé un equipo a inspeccionar el lugar. Si no fuera por el hecho de que les han dado una paliza, diría que estuvieron disparando a las sombras.

—¿Adónde lleva ese pasillo? —preguntó Gaunt.

—A un almacén de cajas —dijo Kolea—, a medio kilómetro de distancia de donde tuvo lugar el ataque.

—¿Algún otro acceso en ese tramo? —preguntó Kamori.

—Dos escaleras de mano y otra normal que bajan al pasillo dieciséis inferior, y una rampa que va al pasillo catorce inferior —contestó Kolea—. Pero ambos caminos tenían hombres estacionados en las entradas cuando atacaron al equipo de Meryn. Cualquier enemigo huyendo en esa dirección se hubiera encontrado con ellos.

—Entonces es que se mueven por las paredes —dijo Baskevyl con una certeza solemne—. Paneles falsos, túneles.

—No hemos encontrado ninguno —replicó Mkoll—. Y hemos mirado por todas partes. Eso fue lo primero que se me ocurrió después de tu percance en la sala del generador, Bask. Pero mis chicos no consiguieron encontrar ningún panel falso ni trampillas en toda Hinzerhaus.

—Será mejor que mires de nuevo —intervino Gaunt.

Hubo una pausa. Parecía impensable que Gaunt cuestionara el trabajo de su jefe de exploración. Mkoll, sin embargo, asintió. Si no había ningún punto de acceso secreto, la única alternativa era algo de lo que Gaunt les había prohibido hablar.

—¿Qué hay de la sala del generador? —preguntó Gaunt.

—Criid le está esperando para echar un vistazo —respondió Hark.

• • • • •

La compañía P había pasado varias horas colocando barricadas en la entrada de los talleres de la sala del generador. Colocaron dos filas de sacos y tablones, una para cubrir la puerta hacia los talleres y la otra para proteger el dispositivo generador de energía. Dos ametralladoras colocadas en trípodes de hierro vigilaban la entrada.

Los Fantasmas de servicio saludaron a Gaunt, Mkoll, Kolea y Baskevyl al entrar en la sala.

—¿Y Criid? —preguntó Gaunt.

Uno de los hombres señaló la puerta de los talleres.

—Ahí dentro, señor.

Baskevyl los dirigió con cierta sensación de inquietud. Ya no se fiaba de las paredes, de ninguna de ellas. Estaba esperando volver a oír el chirriante sonido de deslizamiento. El pasadizo de los talleres era frío, y en el interior soplaba una corriente de aire. Habían levantado otra barricada en el tercer taller, de cara al arco que conducía al cuarto y último de ellos. Criid y algunos de sus hombres los estaban esperando allí.

Baskevyl se puso tenso. Por un instante, todo lo que pudo ver era la tormenta de balas que salían de la pared hacia él y Domor. Entonces, la otra imagen invadió de nuevo su mente, la del horrible gusano gigantesco que se arrastraba entre las rocas en la oscuridad.

—¿Estás bien? —le preguntó Kolea.

—Si —dijo él.

Habían retirado los paneles perforados, dejando al descubierto un hueco en la pared de roca que había detrás. El agujero era del tamaño de una puerta, y un viento frío salía de él. Los soldados habían apilado sacos de arena para bloquear el paso. El agujero no parecía haber sido cavado, sino que era más bien un vacío natural en la roca de la montaña.

—¿Simplemente tocaste y lo encontraste? —preguntó Mkoll.

—Estaba hueco, lo noté vacío —asintió Baskevyl.

Mkoll miró a Gaunt.

—Nosotros no hemos encontrado ningún otro panel hueco —dijo—. Todos tienen pared detrás. Créeme, lo he comprobado.

—¿Ha entrado alguien ahí? —le preguntó Gaunt a Criid.

—Yo y Febreen, señor —asintió Hwlan, el explorador principal del grupo de Criid —. No hemos avanzado mucho, sólo un poco.

—¿Y bien?

—Un pasadizo muy angosto, señor, y bastante bajo. Conduce al oeste.

—¿No hay más rutas, alguna bifurcación?

—Ninguna que pudiéramos ver, señor. Pero no hemos creído conveniente adentramos mucho aún. —Hwlan hizo una pausa—. Hay un fuerte viento en el interior —añadió—. Creo que podría conducir a la superficie.

Mkoll se descolgó el rifle del hombro.

—Vayamos a comprobarlo —dijo.

• • • • •

Gol Kolea siguió a Mkoll por el agujero. Gaunt fue tras ellos.

—Señor… —empezó Criid.

—Sólo voy a echar un vistazo —la cortó Gaunt.

Baskevyl se quedó dudando. No tenía ningunas ganas de adentrarse en la oscura cavidad. Había oído lo que había abajo, ese sonido de rozamiento en la oscuridad. Se puso a temblar.

—¿Bask? —lo llamó Gaunt.

—¿Señor?

—Quédate aquí y vigila —le ordenó Gaunt mientras desaparecía de la vista. Baskevyl dejó escapar un largo suspiro de alivio. Jamás había desobedecido una orden en toda su carrera, pero si Gaunt le hubiera dicho que lo siguiera, no estaba seguro de lo que habría hecho.

Tal y como Hwlan lo había descrito, el túnel era bajo y estrecho. Parecía extrañamente oscuro. Gaunt se agazapó, arrastrando las botas por el suelo seco.

El contacto de sus dedos con la pared desprendía polvo y guijarros al apoyarse para avanzar. Una fría ráfaga de viento le dio en la cara, soplando desde las profundidades que tenían ante ellos.

Mkoll y Kolea encendieron sus linternas. Dos rayos de luz amarilla iluminaron el polvo que flotaba en el aire delante de Gaunt.

—Aquí el suelo va cuesta abajo —advirtió Mkoll—. Vigilad por dónde pisáis. —Gaunt oyó el rodar de las piedrecitas cuando Mkoll y Kolea avanzaron por la pendiente.

Era cierto que estaba empinado. Gaunt casi pierde el equilibrio mientras intentaba seguirlos con cuidado. Al pie de la rampa, Kolea se volvió e iluminó a Gaunt.

—¿Todo bien, señor?

—Tranquilo.

Kolea hizo una pausa y luego dirigió la linterna hacia la pendiente por la que habían bajado, hacia las paredes.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaunt.

—Este túnel lo han escarbado —dijo Kolea.

—¿Escarbado? ¿Quieres decir «excavado»?

—Si —contestó. Estiró el brazo y tocó la pared granular—. Eso son marcas de picos.

—¿Estás seguro? —dijo Gaunt.

—Del todo, mirad aquí —asintió Kolea.

Cerca de la base de la pared, su linterna captó algo metálico, y luego otro objeto idéntico un poco más lejos. Eran pernos de hierro de cabeza retorcida. Estaban colocados a intervalos por todo el lateral de la cuesta.

—Los fueron colocando mientras bajaban —afirmó Kolea—. No hay duda de que pasaron algún tipo de cuerda a través de los orificios de los pernos para ayudarse a subir más fácilmente.

Se volvieron y siguieron para alcanzar a Mkoll.

El túnel subió un poco y avanzaron otros diez metros más o menos. El techo seguía siendo bajo, así que tuvieron que ir encorvados todo el camino.

—Tened cuidado aquí —los avisó Mkoll cuando se acercaron a él. Parte del suelo y las paredes del túnel se habían derrumbado formando una grieta profunda e impenetrable. Había que arrastrarse para poder pasar por el resquicio que quedaba.

—Es profundo —afirmó Kolea—. Puedo notarlo. Una fisura natural que se formó mientras estaban excavando este túnel.

Se reunieron con cuidado cerca de la grieta.

—Esto sugiere que la roca no es muy estable —aventuró Mkoll.

—Está claro —respondió Kolea—. Si fuera una construcción nueva, habría evacuado a todos los trabajadores hasta haberlo asegurado por completo.

En algún lugar, algo hizo un ruido. Algo que se arrastraba en la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gaunt.

• • • • •

Baskevyl había estado escuchando en la entrada del agujero. Se apartó con un respingo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Criid.

—Nada —dijo él. Estaba mintiendo. Entonces volvió a oír el ruido.

• • • • •

Hark había salido a dar una vuelta para inspeccionar la casa. Mientras avanzaba por el largo pasillo de la sala principal, vio a unos hombres que llevaban sacos en dirección opuesta. Se paró a darles unas pocas palabras de ánimo. Muchos eran de la compañía de Arcuda, que había quedado encargada de rellenar los sacos. Estaban cubiertos de polvo por su labor en el exterior, batidos por el viento.

El suelo, sobre todo en la entrada, estaba repleto de huellas blancas y regueros del polvo blanco. Hark podía oír el viento silbando por la rendija de la puerta.

Los hombres de Arcuda habían conseguido abrirla casi del todo, pero eso sólo había facilitado que el polvo entrara con más fuerza. Improvisaron una cortina de capas encima de la entrada para evitar que entrara más del necesario.

—¿Ha sido idea tuya? —le preguntó a Maggs, que estaba a cargo de la seguridad de la puerta.

—Era eso o quedar sepultados por el polvo —respondió el otro. La cortina se levantó al entrar varios Fantasmas con sacos en los hombros. Ascuda iba con ellos.

—No sé cuánto tiempo más podremos seguir así —dijo Arcuda—. Sin agua…

—Lo sé —asintió Hark. Pensó en añadir alguna frase de ánimo.

—¡Feth! —exclamó Maggs de repente. Hark y Arcuda se volvieron sobresaltados. El explorador había apartado las cortinas con el arma en alto.

—¿Maggs? —lo llamó Hark—. ¿Qué ocurre?

El de Belladon no respondió. Soltó la cortina y desapareció en el exterior. Hark y Arcuda se miraron el uno al otro y salieron a por él.

Fuera había una fuerte tormenta de arena. Se colocaron las gafas para intentar ver algo.

El viento silbaba a su alrededor y, a pesar de que había bastante luz, la visibilidad era de apenas una decena de metros. Hark podía ver las siluetas de los hombres que estaban llenando sacos a la entrada de la casa de guardia. Si no fuera por la urgente necesidad que tenían de preparar sacos, la actividad habría resultado una locura, el capricho de un comandante sádico que les hubiera encomendado un castigo que les destrozara el cuerpo y el alma.

—Por Terra bendita —murmuró Hark, levantando una mano para cubrirse del viento. Maggs estaba delante, en zona abierta, con el rifle láser en alto. Estaba buscando algo—. ¿Maggs? ¿Maggs?

Maggs se dejó caer de rodillas para inspeccionar el suelo, como si esperara encontrar huellas u otro rastro.

—Maggs, ¿qué Feth estás haciendo? —le gritó Hark al llegar a su lado.

—He visto algo —contestó Maggs. Todavía seguía mirando a su alrededor.

—¿Qué es lo que has visto? —le preguntó Arcuda, levantando la voz para hacerse oír sobre el viento.

Maggs respondió algo que sonó como «la he visto salir por aquí».

—¿”La”? —gritó Hark.

Maggs se levantó y puso las manos alrededor de la boca para que pudieran oírlo mejor.

—Alguien que no he reconocido —bramó—. Han salido de la casa por aquí.

Hark negó con la cabeza; él no había visto a nadie. ¿Por qué estaba tan seguro de que Maggs había dicho «la»?

—¿Maggs?

Wes Maggs no respondió. Se sentía excesivamente estúpido y avergonzado de que Arcuda y el comisario hubieran presenciado su irracional comportamiento.

No podía contarles la verdad, sabía que no le creerían. Pero no era la primera vez que veía aquella silenciosa figura de negro, y tuvo la horrible sensación de que volvería a verla tarde o temprano.

• • • • •

Eszrah du Nocte caminó por el salón inferior, echó un vistazo con su balista al hombro, y siguió caminando.

Nahum Ludd estaba acurrucado en una esquina del salón, comprobando listas de turnos en un esfuerzo por olvidar lo sediento que estaba.

—¿Eszrah? —lo llamó. Ludd se levantó y corrió hacia la puerta a tiempo para ver a Eszrah avanzando a grandes zancadas por un pasillo hacia el este—. ¡Eszrah! ¡Espera!

El ayatani Zweil salió de la habitación de Gaunt y casi choca con Ludd.

—¿Qué le pasa a Eszrah, padre? —le preguntó el joven.

—Eso quisiera saber yo —contestó Zweil—. Estábamos tan tranquilos leyendo, como tú. Le estaba enseñando a conjugar el pluscuamperfecto, y de pronto se ha puesto en pie de un brinco, ha cogido la ballesta de la mesa y se ha ido corriendo.

—Quédese aquí, padre —le dijo Ludd, y salió a por el guerrillero.

—No pienso quedarme aquí sin más —protestó Zweil.

—¡Entonces, dese prisa! —respondió Ludd, mirando por detrás del hombro.

Zweil suspiró y fue tras él.

—¿Ves? Ya estoy aquí.

—¡Busque a alguien y dígale lo que pasa!

—¿A quién?

—¡A alguien útil! —gritó Ludd.

Eszrah contaba con una buena ventaja sobre el cadete y se movía con la típica velocidad y vigor de un noctugane. Ludd se dio cuenta de que no tenía sentido llamarlo. Corriendo, consiguió ganar cierto terreno, en parte porque Eszrah se paró a inspeccionar una sala. Varl apareció un momento después de que Eszrah saliera.

—¿Qué le pasa a Ez? —preguntó mientras Ludd llegaba corriendo—. Ha entrado, nos ha apuntado con la ballesta y luego se ha ido.

La compañía de Varl estaba reunida en la sala. Muchos de sus hombres estaban saliendo de sus sacos de dormir, desconcertados.

—Ha visto algo —le informó Ludd—. O ha oído algo, no lo sé.

Varl cogió su arma y siguió a Ludd en su persecución. Llamó a un equipo de asalto para que los ayudaran. Ludd oyó el ruido de las botas avanzando tras ellos.

Llegaron a una bifurcación. El camino principal llevaba hacia el este, y el otro pasillo secundario hacia el sur. Una escalera subía hacía las galerías superiores. Varl y Ludd se detuvieron.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó este último.

Varl negó con la cabeza. El equipo de asalto (compuesto por Twenzet, Kabry, Cant, Cordrun y Lukos) llegó corriendo desde el pasillo que habían dejado atrás. Varl encendió su radio.

—Atención, centinelas de las galerías superiores este y principal este. ¿Habéis visto algo? ¿Alguien ha visto al noctugane?

Hubo un cacareo de respuestas negativas.

—Puede que sólo le haya dado un ataque de nervios —sugirió Twenzet.

—No —respondió Varl con firmeza.

—¿Por qué no?

—Porque… si no, te dispararé —dijo Varl.

—¡Me cago en Feth! —exclamó Lukos de repente. Eszrah había reaparecido en silencio por el pasillo sureste. Se quedó observándolos un momento con las gafas de sol y con su balista contra el pecho.

—¿Eszrah? —preguntó Ludd.

Sin proferir respuesta alguna, el noctugane se dio la vuelta y subió las escaleras hacia las galerías superiores.

—¡Seguidlo! —ordenó Varl.

Subieron cuatro plantas por las oscuras escaleras. El guerrillero llegó al final y siguió por el pasillo doce de la zona superior este, uno de los puntos más protegidos de ese lado de la casa. El pasillo estaba bloqueado en varios puntos por barricadas y los vigilantes de las bóvedas. Sintieron una suave brisa.

Como una tormenta de botas, un segundo equipo de asalto se les unió desde el oeste. Eran seis hombres, liderados por Rawne.

—El viejo Zweil dice que Eszrah está actuando de una forma extraña —dijo Rawne sin rodeos.

—Ha ido por ahí —asintió Ludd.

El noctugane estaba ya casi fuera de la vista. Los dos equipos de asalto empezaron a moverse y echaron a correr por el pasillo. Rawne cogió su radio y ordenó a otros equipos que subieran desde las galerías inferiores y cortaran los accesos a las escaleras cercanas.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Varl—. Ya no lo veo. —Bajaron el ritmo hasta ir caminando.

—No puede habernos despistado —dijo Ludd—. Ni a ellos.

Señaló a un punto cercano. Treinta metros más allá, un grupo de figuras se movía hacia ellos. Estaba claro que era otro grupo de asalto, que iba en dirección oeste desde una de las otras escaleras.

—¿Dónde Feth se ha metido? —se extrañó Varl.

—Olvidad a ese noctugane de Feth —gruñó Rawne—. Esos no son de los nuestros.

• • • • •

La oscuridad se disipó. Una luz apareció en la penumbra. Gaunt pudo oler el aire frío y sentirlo en la cara. El túnel se hizo más ancho al acercarse a la salida. Había una especie de blanca cicatriz vertical en la oscuridad que tenían enfrente.

—Parece que sí conduce al exterior —dijo Mkoll.

Avanzaron por la irregular abertura, sorteando una cuesta de rocas caídas y tierra dura.

El viento dio un suspiro espeluznante al entrar en la cavidad. Mkoll alcanzó el labio de la boca de la cueva y se estiró para ayudar a subir a Kolea y a Gaunt. Estaban bajo la luz del día. Una pequeña repisa en la entrada se había llenado de polvo, y tiras de mugre ondeaban en los bordes y grietas de la roca.

Los tres treparon hacia la salida. Les costó un momento ajustarse las gafas y mirar a su alrededor. Habían salido a través de la pared del precipicio en el lado más alejado del peñasco que contenía Hinzerhaus. El suelo terminaba en un amplio barranco, lleno de rocas y pedregales. Más allá, a través de la niebla de arena, pudieron ver una explanada de suelo rugoso.

Gaunt se volvió y miró hacia arriba, evaluando la cara norte de la fortaleza de piedra. El acantilado iba de este a oeste, tan indomable como una cortina de hierro. Se podían ver varias torretas de defensa a unos cien metros más arriba.

La envergadura del muro era enorme, muchísimo más grande y sobrecogedora que en el lado sur, por donde se habían acercado a la casa de guardia. La gran cresta de rocas que conformaba Banzie Altids bajaba como un gigantesco escalón hacia la hostil meseta que había detrás. Meseta no, era un desierto, un desierto en un maldito pedrusco. Gaunt se sintió diminuto. Los tres hombres eran sólo pequeños puntos al pie del elevado y polvoriento contrafuerte.

Gaunt oyó a un perro ladrando en el viento, un poco más lejos. Estaba a punto de mencionarlo cuando se dio cuenta de que no podía ser un perro, y no lo era.

Era el sonido de un disparo.

Las balas se estrellaron contra la cara del precipicio que había sobre ellos haciendo un sonido similar al de un taladro.

—¡Agachaos! —gritó Mkoll, pero Gaunt ya estaba advertido.

P. M. de Elikon, P. M. de Elikon, aquí Nalwood, repito, aquí Nalwood. Necesitamos apoyo inmediato. Ataque múltiple de fuerza desconocida. El objetivo no puede considerarse seguro. Repito, necesitamos apoyo inmediato.

Nalwood, corto y cierro.

(Fin de la transmisión)

Transcripcion de comunicación por radio,

Mes quinto de 778



SIETE
El primer asalto

Las descargas de disparos que golpeaban la pared rocosa eran intensas y continuadas. La superficie quedó acribillada por los proyectiles, que desaparecieron tan rápido como habían aparecido, cruzando el polvo que flotaba en el aire. Gaunt, Mkoll y Kolea estaban apretujados detrás de una pila de rocas. De vez en cuando, el enemigo apuntaba un poco más bajo y las balas impactaban contra la parte de arriba de la pila machacando la piedra.

—Nos han pillado —gruñó Kolea.

Mkoll corrió a cuatro patas buscando un camino por el que salir de allí.

—Nada por aquí —informó.

Gaunt sacó la pistola, la levantó sobre su cabeza y disparó un par de veces al aire. El enemigo dejó de disparar. Gaunt miró a Kolea, y éste se encogió de hombros. Un segundo más tarde, los dos se sobresaltaron al ver que el enemigo volvía a disparar, esta vez con más urgencia.

—Genial —murmuró Gaunt—, ahora los he hecho enfadar. —El jefe encendió la radio—. ¿Baskevyl? Tenemos fuego enemigo. ¡Envía unidades de apoyo, por favor!

• • • • •

Baskevyl miró a Criid, y ella lo miró a él.

—Recibido, señor. ¿Dónde está? —contestó por el micro.

—El túnel conduce hacia el exterior —le siseó el receptor en la oreja—. Nos han pillado en espacio abierto. Necesitamos cubrirnos del fuego de la boca de la cueva si queremos volver.

—Entendido.

—Tomad precauciones —advirtió la voz de Gaunt.

—De acuerdo.

—Bueno —dijo Criid, que seguía mirando a Baskevyl—, ¿a qué esperas?

«¿A qué espero?» —se preguntó Baskevyl—. «¿A qué estoy esperando? A encontrar cualquier excusa para no meterme en ese maldito agujero, a eso espero».

Criid sacudió la cabeza, desconcertada, y se metió en la cueva ella sola, pegando el rifle al cuerpo.

—¡Vosotros seis, venid conmigo! —ordenó.

—¡Un momento, un momento! —gritó Baskevyl. Sacó la pistola y se puso al frente del grupo—. Seguidme —ordenó. Se paró un momento, con una mano agarrando el borde de la entrada. La oscuridad se cernía en el espacio enfrente de él. Tomó una bocanada de aire—. Vamos —dijo, y se sumergió en las tinieblas.

• • • • •

Rawne tenía razón.

A treinta metros de distancia, entre la penumbra del pasillo, las figuras avanzaban hacia ellos. Sólo eran sombras, media docena de siluetas casi insustanciales, pero no eran Fantasmas. Ludd lo tenía muy claro. Era evidente que no se trataba de otro equipo de asalto que venía respondiendo a la orden de Rawne.

Rawne y Varl abrieron fuego sin dudarlo. El sonido de sus ametralladoras resonó por todo el pasillo. Los Fantasmas que tenían a su lado empezaron también a disparar.

La descarga fue ensordecedora e hizo que la vista de Ludd se cegara por un momento. Se apoyó contra una pared y buscó en su pistolera, intentando encontrar su arma.

No conseguía ver bien las figuras que los atacaban. Era como si se hubieran marchado, disipado como el humo.

Pero no era así.

Respondieron aumentando el fuego contra los Fantasmas. Alguien gritó al recibir un balazo. Los proyectiles golpeaban las paredes y el techo, algunos de ellos rebotando salvajemente por el interior del pasillo, casi de forma cómica, como insectos furiosos intentando escapar de allí. Una de las luces de la pared se incendió a causa de una lluvia de chispas provocada por el impacto de las balas.

—¡Contacto hostil! —gritó Rawne—. ¡Tenemos contacto hostil en el pasillo doce de la zona superior este!

• • • • •

En el exterior, al alcance del viento, Hark giró la cabeza con rapidez.

—¡Repite! ¡Repite el mensaje! —gritó. La señal era pobre y lo que oía era poco más que ruido.

—¡Hay contacto enemigo en la casa! —gritó Arcuda, y señaló en dirección a la puerta de entrada.

Hark se volvió hacia el grupo que estaba trabajando.

—¡Dejad el trabajo, dejad el trabajo! ¡Volved a la casa!

Los hombres apenas pudieron oírlo con el viento. Algunos miraron hacia arriba, intrigados, bajando los sacos y las herramientas. Hark movía los brazos mientras corría hacia ellos.

—¡Vamos, dejad lo que estéis haciendo y volved adentro!

Algunos de ellos empezaron a correr, comprendiendo por fin lo que estaba diciendo. Cogieron las herramientas y los sacos y corrieron en dirección a la fortaleza.

Uno de ellos se cayó al suelo.

—¡Levántate! ¡Vamos, levanta! —gritó Hark mientras se acercaba al hombre. A unos cinco metros, Wes Maggs empezó a disparar—. Maggs, pero ¿qué Feth estás…? —Hark miró al hombre del suelo y entendió lo que su compañero ya había comprendido. El soldado estaba cubierto de polvo, pero el viento aún no había ocultado la mancha roja que tenía en la espalda—. ¡Nos atacan! —gritó Hark—. ¡Tenemos contacto hostil!

• • • • •

Baskevyl podía oír el chirrido en la oscuridad. Podía oír cómo se arrastraba la piel nudosa del monstruo, avanzando entre las rocas.

—¿No puedes ir más de prisa? —se quejó Criid detrás de él.

Pero no, no podía. Era todo lo que Baskevyl podía hacer para evitar dar la vuelta y apartarlos a todos en un esfuerzo desesperado por volver a los talleres. Se dijo a sí mismo que todo era cosa de su imaginación. Se dijo que era el viento, o el extraño eco de los disparos del exterior, o el ruido de las botas magnificado por el pequeño túnel que los iba exprimiendo a medida que avanzaban por él.

Pero si eran las botas, o el viento, o los disparos, ¿por qué podía oírlos resoplar? ¿Por qué podía oír en la piedra el sonido de una inhalación mucosa? En nombre del Emperador, ¿por qué podía oírlo respirar?

—¡Cada vez vas más lento, Feth! —gruñó Criid.

—¡Está bien, está bien! —respondió Baskevyl y retomó el camino con más velocidad.

Tarde o temprano se encontraría al gusano gigantesco, pensó. El monstruo lo encontraría en algún momento, y cuando lo hiciera, sería el fin. Sería mejor que se hiciera a la idea.

• • • • •

Hark sacó la pistola de plasma mientras corría hacia Maggs.

—¿Dónde están?

—¡Por todas partes! —respondió Maggs—. No puedo captar el sonido de los disparos ni el destello de las armas con este viento… No puedo ver nada. ¡Pero están ahí, lo sé!

—¡Agáchate, vamos! —le ordenó Hark—. ¡Estamos demasiado a la vista!

Los dos empezaron a correr. Unos zumbidos pasaban por su lado: balas perdidas que podían oír durante una fracción de segundo. Hark divisó el brillo de una explosión antes de que hiciera volar el suelo que había delante de ellos.

Muchos de los hombres que había fuera habían llegado ya a la fortaleza y se estaban protegiendo en su interior, pero el fuego enemigo había abatido a dos de ellos en el camino. Arcuda y Bonin estaban de pie junto a la cortina, disparando al viento. Maggs y Hark se dejaron caer a su lado. El arco de la entrada les proporcionaba, al fin, un poco de protección.

—¿Veis algo? —preguntó Hark.

—Nada de nada —respondió Bonin, negando con la cabeza—. Creo que son francotiradores apostados en las rocas.

—¿Qué te hace pensar eso? —dijo Hark.

—La forma en que han caído vuestros chicos —contestó Bonin—. La forma en que se han doblado y dejado caer… Les han dado desde un ángulo elevado.

—Voy a pedir refuerzos —dijo Arcuda—. Larkin ya viene hacia aquí.

—¡Él tampoco conseguirá ver nada! —se quejó Maggs.

—A veces no lo necesita —respondió Hark.

—¿Vuestros chicos están todos dentro? —preguntó Bonin.

—Si —confirmó Arcuda.

—Entonces, ¿quién Feth son esos de ahí? —exclamó Bonin, intrigado.

A cincuenta metros de la puerta, las figuras de unos hombres se arrastraban hacia ellos en medio de la tormenta, moviéndose tan rápido como podían por las dunas de arena. Decenas de figuras que gritaban. Hark oyó gritos de guerra proferidos por voces furiosas, y también el sonido de cornetas de batalla.

—Vamos a tener un día muy ocupado —dijo.

• • • • •

El tiroteo en el pasillo doce de la zona superior este era una locura. Al poco de empezar, Ludd se preguntó cómo era que no habían muerto todos en apenas un segundo. Los disparos se dispersaban en todas direcciones; era una peligrosa combinación de fuego directo y proyectiles que rebotaban siguiendo trayectorias aleatorias. El humo se arremolinaba de forma que no dejaba ver la salida. Los destellos de las armas hacían alternar luz y sombra. Allí no había más que una enorme conmoción, el tipo de alboroto que oirías si estamparas la cabeza contra un tambor mientras alguien toca un interminable redoble. Rawne estaba gritando órdenes, como si una situación como aquélla se pudiera controlar a base de órdenes…

—¡Basta! ¡Alto el fuego! —gritó Varl.

El grupo dejó de disparar. Los Fantasmas estaban apelotonados contra las paredes del pasillo o aplastados contra el suelo, desde donde disparaban con frenesí. Unas columnas de humo ascendían con pereza por el aire.

—O los hemos matado… —susurró Varl.

—O han huido —terminó Rawne. Llamó a otros equipos para que se dirigieran allí, advirtiéndoles de proteger su avance contra cualquier enemigo en dirección este.

Tres equipos respondieron en rápida sucesión.

—Plata pura —ordenó Rawne. Colocaron sus cuchillos en los encajes bajo los cañones de las armas. Dos de los hombres de Rawne habían muerto, y uno de los de Varl, Twenzet, estaba herido—. Ayúdalo —le ordenó el mayor a Ludd.

Le habían acertado a Twenzet en las costillas, era una herida leve pero que sangraba en abundancia. El soldado sonrió tímidamente mientras Ludd lo ayudaba a incorporarse, pero su valiente sonrisa se vio distorsionada por pinchazos de dolor.

Con una señal de la mano de Rawne, el equipo avanzó.

—Mirad, ahí —susurró Varl.

Habían encontrado cadáveres. En contraste con el similar y brutal encuentro que tuvo Meryn la anterior noche, esta vez los cuerpos enemigos no habían desaparecido. Había cuatro muertos en el suelo del pasillo a veinticinco metros de ellos Todos llevaban uniformes mal emparejados y bolsas de cuero. Llevaban la cara escondida detrás de una máscara de metal negro de expresión maliciosa.

Pacto Sangriento.

—Son cuatro —dijo Casa—. Yo he contado bastantes más.

—Yo también —confirmó Varl.

Rawne encendió la radio y repitió su mensaje de alerta a los otros equipos que se acercaban al pasillo. Escuchó sus respuestas y luego miró a Varl.

—El equipo más cercano es el de Caober, que está en lo alto de las próximas escaleras. No hay otras salidas ni escaleras entre ellos y nosotros, así que los tenemos rodeados.

Varl estaba escuchando su propia radio.

—Mayor, hay… Estoy oyendo que hay un ataque en la puerta principal. Es un asalto a la fortaleza.

Rawne puso mala cara y curvó los labios.

—¡Feth! Pues tendrá que encargarse otro. Nosotros estamos ocupados aquí.

—Vale —asintió Varl, luego dijo a los hombres—. Avanzad lentamente. Manteneos juntos.

Rawne llamó al grupo de Caober para advertirlos de que iban hacia allí.

—Con calma —repitió Varl susurrando—. Cuando los encontremos se va a montar un buen follón.

—Siguenos —le dijo Rawne a Ludd. Este intentó agarrar a Twenzet de forma que pudiera apoyarse en él más cómodamente.

—Coge mi arma —le dijo el herido.

—No, yo…

—Cógela. Yo no puedo disparar con una mano, y tu pistola de juguete no servirá una mierda cuando nos ataquen. Ya has oído a Varl. Los tenemos acorralados y se va a montar una buena.

No muy convencido, Ludd se guardó su arma y se colgó el rifle de Twenzet en el hombro izquierdo.

—Sangre —avisó Cant.

Había manchas en el suelo. Un rastro que se alejaba de ellos.

—Debemos de estar cerca —susurró Varl—. ¿Por qué no los vemos aún?

—Caober, ¿ves algo? —preguntó Rawne a través de su micro.

—Negativo, señor.

Varl levantó la mano. Todos se pararon.

—Cuarenta metros —susurró Varl con la cabeza gacha—. Veo movimiento —levantó el rifle a la altura de la barbilla y apuntó—. Fuego a la de tres. —Los Fantasmas levantaron las armas y apuntaron—. Tres, dos…

—¡Esperad! —gritó Rawne.

—¿Qué pasa? —murmuró Varl.

—¿Caober? —llamó Rawne en voz alta.

Hubo movimiento donde estaban apuntando.

—¿Mayor? —les contestó una voz.

—¡Por el Trono, hemos estado a punto de disparar al grupo de Caober! —exclamó Cabry.

—¿Adónde Feth han ido? —preguntó Rawne—. A ver, ¿adónde Feth se han ido los muy hijos de Feth?

• • • • •

Baskevyl sintió una brisa en la piel y oyó el sonido de disparos cercanos. Aunque no del todo, había conseguido no hacer caso del ruido que hacía al arrastrarse aquel grotesco ser que lo aguardaba en la oscuridad.

—Preparaos —le oyó decir a Criid, dando órdenes a los hombres que tenían tras ellos.

Baskevyl tragó saliva, la linterna le temblaba en la mano. Sacó la pistola de la funda. Pisando con cuidado el suelo del túnel, una traicionera superficie casi invisible en la oscuridad, consiguió llegar hasta el final. El túnel se hundía un poco más luego se ensanchaba.

Y allí fue donde lo vio al fin.

Se le paró la respiración en un grito entrecortado. Estaba justo delante de él, mirándolo en la penumbra: una columna retorcida de huesos y cartílagos,

desenroscándose desde una grieta en el suelo. Los segmentos de su cuerpo, costroso y de color pálido, se arrastraban por las negras rocas mientras se desenredaba, cubriéndose de polvo y mugre. Dejó escapar un seco cascabeleo, como una cuenta dentro de una cáscara. El mayor sintió cómo el aliento del gusano lo golpeaba en la cara, una exhalación de vapor frío de amoníaco.

—¿Mayor? —dijo Criid, agarrándolo.

«¿Por qué no podía verlo? ¿Por qué no le estaba disparando? ¿Es que era un espectro reservado sólo para su vista?»

—¡Mayor Baskevyl! —gritó Criid.

Y así, sin más, el gusano desapareció. No más monstruo, no más columna gigantesca de carne. Todo lo que había era la salida al mundo exterior, una grieta vertical de luz diurna que abría la oscura cueva.

—La mente a veces juega malas pasadas —susurró Baskevyl.

—¿Qué? —preguntó Criid.

Él no respondió. Corrió hacia la grieta luminosa.

—Moveos juntos, por parejas —ordenó—. Preparaos para hacer fuego disuasorio. Seguidme. —Baskevyl se agachó en la entrada de la cueva y echó un vistazo. El aire del exterior estaba lleno del polvo blanquecino, pero podía ver a través de las rocas—. Fantasma Uno, aquí Fantasma Tres. Responde —le dijo a su micro.

—Fantasma Tres, aquí Fantasma Uno. Me alegro de oírte. ¿Posición?

—En la boca de la cueva, encima de vosotros. Os estoy buscando.

—Fantasma Tres, estamos justo debajo, a la izquierda.

—Allí —dijo Criid, agachándose al lado de Baskevyl y apuntando hacia abajo.

Gaunt, Kolea y Mkoll estaban agazapados detrás de una pila de rocas unos veinte metros por debajo y a la izquierda de la fisura de la cueva. Disparos de rifle y de ametralladora salían desde la meseta rocosa que había más lejos y se estrellaban contra la roca generando un sonido similar al de una bofetada.

Baskevyl miró alrededor. Dos grandes rocas ofrecían protección inmediata enfrente de la cueva. Tácticamente, sabía que tenía que desarmar a tantos enemigos como pudiera. La boca de la cueva sólo era lo bastante ancha para dos tiradores, uno a cada lado. Pero quería que dispararan los ocho que formaban su grupo, si es que era posible.

—Id al lado de esa gran roca —le dijo a Criid—. Llévate a Kazel y a Vivvo. No disparéis hasta que yo os lo diga.

Criid asintió y alejó su cuerpo de él arrastrándose. «Como una serpiente», pensó, y de inmediato desechó la idea de su mente. Vivvo y Kazel la siguieron. Baskevyl les indicó a Starck y a Orrin que llenaran el hueco entre las dos rocas. Miró a Pabst y a Mkteal y les hizo un ademán para que lo siguieran.

Baskevyl se agachó a la izquierda de la roca situada más al este y echó un vistazo desde su nueva posición. Ahora podía ver a qué se enfrentaban. Veía el fogonazo de un rifle, algo montado en un trípode que disparaba a unos cien metros de la posición

del jefe. Los disparos de los tiradores impactaban contra la superficie de las rocas haciendo de apoyo a su compañero.

—Hay uno grande, a cien metros a la izquierda —informó por micro.

—Lo he visto —respondió Criid—. Hay otro a cincuenta metros de ese. Ahora ha dejado de disparar. Creo que está reponiendo munición.

—Hay otros quince… no, dieciséis objetivos —dijo Vivvo.

—Dieciocho —corrigió Mkoll por su radio—. He estado escuchando. Hay dos fuentes a mi derecha que han dejado de disparar hace cinco minutos. Vigiladlos bien, es posible que estén intentando flanqueamos.

—Esos son para ti, Criid —dijo Baskevyl—. Nosotros atacaremos al cañón principal. ¿Starck, Orrin? Aseguraos de que todos se agachan, por favor.

—Recibido —respondieron.

—Los Primeros y Únicos —arengó Baskevyl.

Todos empezaron a disparar. Baskevyl, Pabst y Mkteal dirigieron sus disparos directamente a la fuente del fuego principal, destrozando las rocas alrededor del punto de origen de los destellos. Starck y Orrin se encargaron de hacer fuego rápido por toda la zona. Baskevyl vio una figura que se levantaba, se retorcía y caía. Uno menos, seguramente gracias a Orrin. Criid, Vivvo y Kazel empezaron a realizar disparos selectivos a la zona pedregosa que había a la derecha, intentando hacer salir a algún enemigo.

Tras un minuto de disparos continuos por parte del grupo de Baskevyl, el cañón principal dejó de hacer fuego. Las descargas esporádicas que se centraban en la roca de abajo iban dirigidas ahora a las dos grandes rocas donde se cubrían los recién llegados.

—Hola —dijo Pabst, y apretó dos veces el gatillo de su arma—. Bueno, creo que ha muerto —señaló. Unos momentos después, Orrin acabó con otro enemigo.

El fuego empezó a llegar desde la derecha. Criid se agazapó, buscando la fluente de los disparos. Eran dos francotiradores, acostados en el lecho del barranco. La sargento sonrió para sus adentros. Mkoll tenía razón, como de costumbre. Apuntó hacia la zona y esperó. Un fogonazo, una columna de humo. Eso determinaba la posición y la distancia. Un segundo disparo lo confirmó. Una bala pasó cerca de su oreja. Tercer disparo.

—Bang —dijo, y descargó una serie de seis balazos que sacaron al tirador de su escondite y lo dejaron muerto en la roca. Se escondió en seguida para evitar que el compañero aplicara el mismo truco con ella. Dos disparos impactaron en la roca donde se estaba escondiendo—. Tened cuidado —informó—, son buenos.

—Es posible, pero ahora son menos —respondió Starck, después de acertarle a un contrario.

—No os confiéis demasiado —dijo Gaunt.

—Como si lo hiciéramos a menudo —le contestó Criid, buscando los destellos del otro francotirador.

La segunda arma pesada empezó a disparar otra vez, concentrando el fuego en la roca que cubría a Baskevyl, Pabst y Mkteal, forzándolos a agacharse. Desintegrando el polvo y las piedrecillas que había encima de la roca, la ráfaga subió y continuó impactando en la cara del peñasco, sobre la boca de la cueva. El fuego del enemigo se concentró entonces en esa zona.

—¿Empezamos? —le preguntó Kolea a Gaunt, escuchando el cambio en el ritmo de los disparos.

—Por supuesto.

Se levantaron, se apoyaron en las piedras y empezaron a disparar, con pistola y rifle a izquierda y derecha, respectivamente. Gaunt vio unas siluetas negras moviéndose entre las rocas y apuntó hacia allí. Disparó de nuevo, y vio a una figura roja y negra estrellándose de espaldas contra una roca.

—Señor, ¿sabe adónde ha ido Mkoll? —preguntó Kolea de repente. Gaunt sonrió y disparó otra vez.

• • • • •

Salidos del polvo, cuál bestias, los del Pacto Sangriento asaltaron la puerta principal de Hinzerhaus.

—Vamos a necesitar apoyo —dijo Hark por radio—. Traed a tantos hombres como podáis. —Su pistola de plasma disparó desde la entrada, incinerando los torsos y las cabezas de tres de los asaltantes en rápida sucesión. Sus cuerpos cayeron como fardos en la arena. Además de Hark, Maggs, Arcuda y Bonin estaban disparando también contra el enemigo.

—Sabía que este sitio nos iba a traer problemas —se quejó Arcuda.

—Ama a la Guardia y ella te amará a ti —lo reprendió Bonin.

Maggs estaba extrañamente silencioso, como intimidado por lo extremo de la situación.

—¡Apoyo! ¡Necesitamos apoyo en la entrada principal, por el amor del Trono! —gritó Arcuda por el micro de forma impaciente.

Los del Pacto Sangriento se acercaban como la marea a una orilla. Mientras aparecían de la sábana de polvo, parecían especialmente negros y harapientos, como si hubieran salido de alguna materia oscura completamente opuesta a Jago, donde todo quedaba teñido de blanco por la eterna polvareda. Gritaban y bramaban a través de las finas bocas de sus horribles máscaras de hierro. Varias tiras de tela raída, de cuero y de cotas de malla se arrastraban tras sus torpes figuras. Muchos de ellos portaban viles estandartes: tótems obscenos o banderas montadas en varas muy altas, adornados con largas puntas negras que ondeaban con el viento. Otros tocaban notas estridentes con enormes trompetas que se enroscaban alrededor de sus cuerpos.

Algunos blandían picas, alabardas o hachas; otros portaban grandes lanzallamas. La mayoría disparaba sus rifles mientras se acercaban.

—¿Sabes? —dijo Hark—. Podríamos aprender mucho de estos infieles.

—¿En qué sentido? —respondió Arcuda, enfrascado en sus disparos.

—Respecto a… Bueno, ya sabes: terror.

—Creo que ya he aprendido más de lo necesario —afirmó Bonin, realizando un doble disparo que impactó en uno de los porteadores.

Wes Maggs no dijo nada. Apuntaba y disparaba, una y otra vez, con eficiencia mecánica. Estaba buscando a la mujer entre las tropas enemigas, seguro de que estaría allí, aquella vieja dama vestida de encaje negro. Él la conocía, la conocía muy bien. Sabía lo que quería, lo sabía perfectamente. No había duda de que vendría. Había estado merodeando por el lugar. La había estado viendo ir y venir desde que llegaron, y no perdería una oportunidad como esta. Ella vendría, y entonces todos quedarían reducidos a polvo, como los otros pobres infelices que durante siglos habían intentado mantenerse vivos, sin éxito, en aquel maldito pedrusco de Jago.

«Calaveras en un valle polvoriento, con las tapas serradas».

Eso a no ser que Maggs la viera primero. A no ser que la viera venir y tuviera el suficiente tiempo y valor para dispararle en esa cara podrida que tenía.

A su lado, Hark disparó y vaporizó las piernas de uno de los trompeteros. El hombre cayó rodando, con el instrumento aún lanzando discordantes sonidos cual griterío de un animal herido.

La cortina que tenían detrás se levantó tanto que se soltó de su sitio. Los Fantasmas salieron al exterior.

—¡Ya era hora! ¡Formad una línea! —ordenó Arcuda—. ¡Desplegaos!

Los soldados, preparando sus armas mientras se movían, se desplegaron para hacer frente al enemigo.

—¡Haced sitio! —gritó Seena mientras ella y Arilla sacaban su ametralladora. Maggs empezó a ayudarlas a prepararla y a fijar el trípode en arena—. Podemos solas —le dijo Arilla en un tono cortante, fijando la primera caja de munición en el cañón.

—Está bien —contestó Maggs mientras disparaba—. Pero aseguraos de dispararle si la veis.

—¿A quién? —preguntó Anua mientras quitaba la cubierta del cañón.

Maggs no respondió. Había vuelto a su posición y estaba ocupado disparando otra vez; había demasiado ruido para seguir hablando. La ola de atacantes ya estaba cerca, sólo a diez metros de distancia. Hark sabía que, a pesar del número de Fantasmas que se habían incorporado, estaba a punto de llegarles la hora de la verdad.

Arcuda también lo sabía.

—¡Plata pura! —ordenó.

El cañón cobró vida. Hizo un zumbido, como una gigantesca lavadora. Su repiqueteo detuvo el avance del frente enemigo. Mientras Anua la alimentaba, Seena movía la ametralladora con pericia de lado a lado acribillando a los del Pacto

Sangriento. Los destrozó por completo, arrancando brazos y piernas en el proceso.

Hark lanzó un suspiro, había llegado el momento de combatir. Por fin había llegado. Lo había estado esperando, esperaba que empezara de una vez. Todo parecía haberse ralentizado. Las balas se movían como lenguas de fuego, suspendidas en el aire. Los guerreros del Pacto Sangriento, alcanzados por el fuego de Seena, caían de espaldas muy lentamente, con los brazos abiertos y los dedos curvados, como si intentaran agarrarse al aire. La sangre les brotaba como flores que se abren con pereza a la luz del sol. Una de las grotescas máscaras voló por el aire como un pesado asteroide. Incluso el polvo danzarín parecía haber reducido su velocidad hasta detenerse, dando la impresión de quedar suspendido.

Hark se animó a sí mismo. Sintió curiosidad por saber si, a pesar de la situación, la galaxia funcionaba al fin como debía. En los bordes de la línea, más allá del cono de fuego de la ametralladora, la ola de asaltantes se encontró por fin con los Fantasmas.

Era la famosa «hora de la verdad». Era el punto donde ya no se podía rechazar a un enemigo sólo con disparos. Era el punto de impacto, cuerpo a cuerpo.

La marejada golpeó a los Fantasmas en un choque estremecedor. La plata pura se encontró con las cotas de malla, y las hachas y lanzas se encontraron con las corazas. Las hojas cortaban y se clavaban en la carne. Hubo cuerpos empalados, cortados a tajos y golpeados por el impacto de la brutal colisión. Pero no todos los cuerpos eran de guerreros del Pacto Sangriento.

Bonin se vio inmerso en el cruento enfrentamiento. Apuñaló a uno de los asaltantes con su cuchillo y luego se vio obligado a matar al siguiente a patadas porque su arma estaba incrustada en la columna vertebral del primero. Liberándolo al fin, lo balanceó y atravesó una tráquea. Un chorro de sangre caliente le mojó la cara. Se volvió de nuevo y consiguió esquivar, a duras penas, la arremetida de una lanza. Agachándose, rodó y destrozó varias rodillas y espinillas con sus disparos.

Hark derritió una de las máscaras (incluyendo la cabeza que había detrás) con uno de los disparos de su potente pistola. La punta de una lanza se clavó en su brazo izquierdo, pero no sintió ningún dolor. Flexionó rápidamente el brazo mecánico, rompiendo la lanza que lo había atacado. Se dio la vuelta y terminó con el propietario del arma con otro de sus disparos de plasma. Por un momento, en medio de aquel rifirrafe, pensó haber oído una melodía distante, como una gaita sonando. Sería el instrumento de alguno de los enemigos, pensó mientras rompía el cuello de un hombre con un golpe de su brazo izquierdo.

Pero no era así. Era una antigua canción, un himno imperial. No, una canción de Tanith…

«Pero ¿qué Feth…?»

No tuvo tiempo de reflexionar sobre ello. Una corriente de aire caliente le pasó por delante de la cara y dos de los Fantasmas que tenía a su lado quedaron consumidos por sendas de fuego, gritando mientras perecían. Hark cayó al suelo, su capa había prendido.

—¡Fuego, fuego! —gritó alguien.

Hark rodó en el polvo, intentado apagar el de su espalda. Alguien se echó encima de él, apagándolo por fin. Era Arcuda.

—¡Arriba, comisario! ¡Nos van a achicharrar con los lanzallamas! —Arcuda levantó a su compañero, que se encontraba un poco mareado. El tiempo de combate se había convertido de pronto en un extraño sabor bastante mal recibido. Se sintió descolocado, le dolía la espalda. Estaba herido. Se dio cuenta de que iba a desmayarse.

● ● ● ● ●

Hlaine Larkin cojeó hacia la entrada y se tomó un momento para observar el caos que había ante él. Entonces se arrodilló y colocó la culata del rifle a la altura de la barbilla. A través de la mira, observó la lucha que había frente a él.

—¡Fuego! —gritó alguien.

En efecto, había un asaltante abrasando a los Fantasmas con su lanzallamas. Larkin apuntó, y el rifle le golpeó en el hombro al disparar.

—Uno —murmuró Larkin. Cambió el cartucho y movió la mira hasta encontrar otro lanzallamas. Apuntó a la cabeza. Bang—. Dos. —Recargó, movió la mira y apuntó al tercer lanzallamas—. Al tanque —dijo. Bang. A unos veinte metros, el tanque cargador del guerrero recibía una bala y explotaba, duchando a sus compañeros cercanos con promethium ardiendo. Los soldados del Pacto Sangriento cayeron gritando, envueltos en llamas—. Tres. —Larkin recargó, buscó y apuntó—. Al trompeta —decidió. El guerrero se convulsionó mientras una bala le hacía estallar la cabeza. Cayó al suelo. Su trompeta hizo un extraño sonido antes de callarse.

«Nada más placentero que darle a uno con lanzallamas», decidió, y volvió a tal deporte.

Recargar, apuntar, fuego.

—Cinco. —Recargar, apuntar, fuego—. Seis.

—Sigue así, Larks —dijo una voz detrás de él.

Larkin miró al hombre que le hablaba. Prueba otra vez Bragg sonrió con calma a su viejo amigo.

—Vamos, sigue a lo tuyo —le dijo Bragg—. Recargar, apuntar y fuego; ya conoces el ritmo.

Larkin notó un nudo en la garganta provocado por el miedo. Se forzó a apartar la vista de la cara sonriente de su amigo en la mira.

—Ahora no —rogó, respirando con dificultad—. Por favor, ahora no.

• • • • •

—¿No ha pasado nadie por aquí? —preguntó Rawne.

—Nadie, señor —respondió Caober.

—No lo entiendo —se extrañó el mayor.

Sopló una fina brisa por el pasillo. Las luces de la pared bajaron de intensidad suavemente y luego volvieron a su estado natural.

—Volved —le dijo Rawne a Caober—. Volved a las escaleras. Nosotros iremos por donde hemos venido. Feth, tienen que estar en algún lado.

—¿Y qué hay de…? —empezó a decir Caober.

—¿Qué hay de qué?

—Están atacando la puerta principal. Por lo que he oído, parece una ofensiva muy intensa.

El mayor miró a Caober.

—Escucha. Si hay una posibilidad, por mínima que sea, de que los del Pacto Sangriento hayan aparecido mágicamente dentro de este lugar donde estamos nosotros, defender la puerta principal se convierte en un objetivo secundario, ¿no os parece?

—Visto así tiene razón, mayor Rawne —asintió Caober.

—Pues sigamos con el plan —dijo este.

Con Varl a su lado y el resto del equipo siguiéndole, Rawne volvió sobre sus pasos por el pasillo. Ludd se quedó en la retaguardia, ayudando a Twenzet. Detrás de ellos, el equipo de Caober volvía a las escaleras. Habían caminado durante un par de minutos cuando Varl empezó a gruñir.

—¿Qué pasa? —dijo Rawne.

—¿Dónde están? —preguntó Varl.

—¿Dónde está quién?

—Los cuatro cabrones que habíamos dejado aquí —dijo Varl, señalando al suelo.

Rawne miró al suelo vacío. No había duda de que aquél era el lugar, pero no había rastro alguno de los cadáveres enemigos que habían dejado allí.

—Esto está empezando a ponerme de los nervios, Feth —gruñó Rawne.

En la parte de atrás del grupo, Twenzet llamó la atención de Ludd.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

—¿Olor? —repitió Ludd, haciendo un esfuerzo por mantener erguido al soldado herido, aunque no estaba muy seguro de si debía estar en esa posición.

—Huele como a… sangre. ¿No lo notas? —preguntó Twenzet.

Ludd se hizo el loco. No quería señalar que la fuente del olor fuera seguramente el propio Twenzet.

—Yo… —empezó a decir.

Pero un guerrero del Pacto Sangriento lo interrumpió con un resoplido mientras salía de las sombras enfrente de ellos. Su hacha se dirigió hacia Ludd, pero éste cayó hacia atrás soltando a Twenzet, y la hoja no le cortó la oreja por muy poco. Ludd se arrastró para protegerse y cogió el rifle de su compañero, que llevaba colgando del hombro. Lo levantó para protegerse del atacante. El guerrero se abalanzó hacia Ludd y se clavó él mismo el cuchillo del rifle en el cuello. Su hacha hizo un fuerte sonido seco al caer en el suelo. Hizo unos gorjeos y falleció allí mismo. El peso de su cuerpo le arrancó el rifle de las manos a Ludd.

Twenzet, estirado allí donde su compañero lo había dejado caer, se estaba retorciendo de dolor. Ludd fue a su lado, confuso, preguntándose cómo era que nadie había ido a ayudarlos.

Pronto se dio cuenta de que los demás estaban demasiado ocupados con sus propios problemas.

Ocho guerreros del Pacto Sangriento habían emboscado al equipo, saliendo de las sombras con hachas y garrotes. Todo se había convertido en un frenesí de movimientos que, al mismo tiempo, parecía extrañamente tranquilo.

«¿Cómo lo llamaba el comisario Hark? —pensó Ludd al llegar al lado de Twenzet —. Si, tiempo de combate».

Rawne dejó escapar un sonido de sorpresa cuando el primer asaltante salió de la oscuridad hacia él. Su instinto le hizo recibirle con el rifle, y clavó la hoja de su cuchillo en la boca de la máscara de hierro. Rawne siguió empujando hasta que el cráneo del enemigo se estampó contra la pared del pasillo.

Varl reaccionó tan rápido como siempre, agachándose al paso de una maza y disparando dos veces al estómago de su propietario. El enemigo cayó pesadamente.

—¡Están aquí! ¡Nos atacan! —empezó a gritar Varl. Se volvió, pero demasiado lento como para bloquear un gancho que le hizo un corte en la nuca. Se oyó un sonido. Sput.

El guerrero del gancho dio un salto repentino hacia atrás: tenía una saeta clavada en el ojo izquierdo. Se dobló y se derrumbó como un árbol podrido.

El sonido se repitió. ¡Sput, sput, sput! El asaltante que atacaba a Kabry se encogió de repente, con una saeta en el estómago. Cant se cayó al suelo, incapaz de reaccionar a tiempo, y entonces vio que el garrote que se dirigía hacia su cara se paraba cuando su portador recibió una saeta en el cuello. Cordrun sintió el golpe de un hacha en el dorso de su armadura y luego, de pronto, se sintió libre de nuevo, comprobando que el guerrero del Pacto Sangriento tenía una saeta en medio de la frente de su máscara. Rawne y Varl acabaron rápidamente con los otros dos enemigos con unos brutales disparos a quemarropa que los dejaron estampados contra la pared.

—¿Qué Gak ha sido eso? —preguntó Varl.

Eszrah du Nocte se dejó caer en medio de ellos, como salido de la nada. Llevaba consigo su famosa balista.

—¿De dónde Feth has salido? —preguntó Rawne.

—*Hic estaba, amicus* —dijo Eszrah, señalando a las bóvedas que había sobre ellos, como si eso lo explicara todo.

• • • • •

Mkoll se agazapó detrás de los dos guerreros del Pacto Sangriento que manejaban las ametralladoras. Uno alimentaba con diligencia la máquina mientras que el otro apuntaba y la disparaba. Mkoll los observó durante un rato, admirando su técnica y disciplina, y se acercó a ellos por detrás, haciéndose pasar por un tercer miembro del grupo.

Entonces los mató y el arma se quedó en silencio. El jefe de los exploradores esperó un momento, agachado en su posición contra la roca. Le llegó el sonido de unas voces guturales. Un guerrero del Pacto Sangriento, con el raído uniforme maloliente por el sudor y la sangre seca de sus rituales, llegó para investigar por qué había dejado de disparar la ametralladora. Mkoll lo mató sin dudar. También mató al que vino después de este. Entonces sacó con cuidado un explosivo de la mochila, le quitó el seguro y lo lanzó en dirección a la otra ametralladora, que había empezado a disparar otra vez. La onda del estallido voló hacia él, junto con una lluvia formada por trozos de la roca despedazada. Durante un minuto no hubo más que silencio, a excepción del continuo sonido del viento que soplaba en el lugar. Mkoll encendió su radio.

—Creo que ya hemos terminado.

Gaunt y Kolea subieron la cuesta que llevaba a la boca de la cueva donde Baskevyl, Criid y el resto de su equipo los esperaban detrás de un par de rocas.

—Gracias por la ayuda —dijo Gaunt.

—Lamento ser portador de malas noticias, pero parece que tenemos problemas en la puerta principal —informó Baskevyl, haciendo un gesto de reconocimiento.

—¿Problemas? —preguntó Kolea.

—Eso iba a explicar. Es un ataque frontal.

Tanto Kolea como Gaunt encendieron sus radios y escucharon.

—Feth —murmuró Gaunt después de un momento—. Así que son capaces de venir por ambos lados… ¿En qué Feth de trampa para ratones nos ha metido Van Voytz?

—En una de las peores —sugirió Criid.

—¿Hay de otro tipo? —preguntó Mkoll, subiendo la cuesta para reunirse con ellos.

—Buen trabajo —le dijo Gaunt.

—No ha sido nada, señor —respondió Mkoll. Estaba mintiendo. Si había sido algo, lo había sido todo. Desde el momento en que entró en la casa dos días antes,

Mkoll había estado entre la espada y la pared. Un demonio lo estaba persiguiendo, un demonio hecho de miedo e incertidumbre, dos cualidades generalmente ajenas a su estado mental. Empezó a sentirse incapaz de nada. De hecho, había empezado a desconfiar de sus propias habilidades. Fue una buena idea salir y probarse a sí mismo.

—Vayamos adentro —dijo Gaunt.

—¿Preparo unos explosivos para bloquear esta cueva? —preguntó Kolea.

—Por supuesto —contestó Gaunt.

• • • • •

Al final, parecía no haber claridad o determinación, ni victoria ni derrota. La marejada de guerreros del Pacto Sangriento se rompió y se retiró de nuevo a las nubes de polvo de donde habían salido.

Y eso fue todo.

Hark respiró con dificultad, con la pistola de plasma bien agarrada en la mano derecha. Estaba exhausto. El tiempo de combate empezaba a transformarse de nuevo en tiempo real, y eso siempre era duro, especialmente en esta ocasión, donde el tiempo real le estaba haciendo notar el dolor de las quemaduras en la espalda.

Las dunas de fuera de la casa estaban cubiertas de cadáveres. Haciendo una estimación aproximada se diría que cinco de cada seis cuerpos eran del enemigo. Hark miró a su alrededor, reconociendo a algunos viejos camaradas entre los fallecidos. No estaba seguro de qué era peor, ver el cadáver de alguien a quien podías reconocer o ver uno tan atrozmente destrozado que no pudieras identificar. Había cuerpos de los dos tipos ante la puerta de Hinzerhaus. Unos cuarenta Fantasmas fallecidos, por lo menos. Para ser una simple escaramuza, había resultado ser un infierno de batalla, y Viktor Hark sabía, en su corazón, que sólo había sido eso: una escaramuza, un preludio.

Hinzerhaus sería la tumba de todos ellos. Si se quedaban allí, acabarían muertos y reducidos a bajas, nombres tachados en los registros del Imperio.

«Calaveras en un valle polvoriento, con las tapas serradas». Lo recorrió un escalofrío.

—¿Viktor?

Miró a su alrededor, Curth estaba a su lado. Los médicos habían llegado para atender a los heridos. Lesp y Chayker se marcharon rápido con un hombre cargado en una camilla.

—Viktor, estás herido. Tienes quemaduras —le informó Curth. Él hizo un gesto de asentimiento, comprendiendo.

—Un momento. ¿Arcuda?

—¿Si, señor? —Arcuda levantó la vista del Fantasma al que estaba ayudando.

—¿Había alguien tocando una gaita?

—¿Qué?

—¿Había alguien tocando una gaita, Arcuda? Durante el ataque, una gaita de Tanith.

—¿Durante el ataque?

—Si.

—No lo creo, señor.

Hark se volvió hacia Curth.

—Creo que me estoy volviendo loco —le dijo—. ¿Puedes tratar eso?

—Deje que le cure primero las heridas —le contestó, y dejó que fuera hacia la entrada.

Mientras caminaban por la arena teñida de sangre, Curth colocó su fina mano sobre la de Hark, y éste empezó a temblar. El viento volvió a soplar y envió el polvo hacia ellos.

—Tranquilo —dijo Curth—. Todo va bien.

Hark miró a Larkin, sentado en el suelo al lado de la puerta, con su rifle pegado al pecho y los ojos abiertos como platos tras las gafas. También vio a Wes Maggs, en posición de alerta con el arma en alto, como vigilando a la espera de algo.

—No, Ana —replicó Hark—. Nada va bien.

¿Somos los últimos que quedamos vivos? ¿De verdad? ¿Hay alguien ahí? Responded, por favor. ¿Hay alguien? ¿Somos los únicos que quedamos vivos?

(Fin de la transmisión)

Transcripción de comunicación por radio

Mes quinto de 778



OCHO

RUIDO

Las voces salen de la nada. No tienen origen ni fuente alguna. Son sólo un susurro, un siseo que parece tan antiguo como la propia casa. Suena como sí hubiera estado mudo durante mucho tiempo, y sólo ahora ha sido capaz de recordar cómo se habla.

¿De dónde vienen? ¿De las paredes del edificio? ¿Están impresas en la construcción de la casa? ¿Será que el contacto con nosotros las ha molestado, las ha despertado, las ha activado como si fueran una vieja reproducción sonora? ¿O es que vienen de otro lugar? ¿Del pasado? ¿Del presente? ¿Del futuro? ¿Del futuro de quién?

Es un murmullo estático, un suave eco al final de la frecuencia. Se apaga, vuelve de nuevo, y se apaga otra vez, deforma incoherente. Se apaga vuelve en sincronía con el lento pulso de las luces del edificio. Se escucha siguiendo un ritmo respiratorio, el pulso de Hinzerhaus.

¿Son palabras o sólo sonidos? Si son palabras, ¿qué están diciendo? ¿A quién le hablan? ¿Están mintiendo o cuentan una terrible verdad?

La frecuencia se desajusta, cambiando de canal en canal, dejando escuchar ruido unas veces y mensajes en otras. Una mano coge el dial y…

● ● ● ● ●

Lo apaga.

Beltayn se quitó los cascos y se recostó en su silla. Tragó saliva.

—Pero ¿qué Feth …? —susurró. Se acercó de nuevo y encendió la radio. Se puso uno de los auriculares en la oreja derecha y escuchó mientras respondía—. ¿Hola? ¿Quién es? ¿Quién usa este canal?

Nada, sólo ruido.

—¿Va todo bien? —preguntó Gaunt, dándole una palmada en el hombro. Beltayn se sobresaltó.

—Perdona —se excusó Gaunt, sorprendido por la reacción de su ayudante—. Cálmate, Bel. ¿Cómo es que estás tan asustado?

—No es nada, señor. No se preocupe. Sólo era un… murmullo. —Beltayn cogió aire.

—¿Qué clase de murmullo?

—Nada importante, señor. —Beltayn se encogió de hombros—. Sólo ruido. Estoy recibiendo una señal extraña en la frecuencia de Elikon.

—¿Qué clase de señal? —insistió Gaunt.

—Una voz, señor. Va y viene todo el tiempo. Está… pidiendo ayuda.

—¿Dónde está?

—No hay coordenadas ni código. Creo que sólo es un eco.

—¿Un eco?

—Ocurre a veces, señor. Una señal antigua que rebota y reaparece.

—Vieja o no —Gaunt hizo una pausa—, ¿qué es lo que decía?

—Sólo dice: «¿Somos los últimos que quedamos vivos?» —Beltayn soltó un suspiro—, y variaciones de ese tema en particular. No deja de repetirse.

—¿Y no es de Elikon?

—No, señor. Recibo señales superpuestas de allí. Esto se oye de fondo. He tenido que cambiar la frecuencia a la longitud de onda más ruidosa para poder oírlo mejor.

Gaunt frunció el ceño.

—Bueno, sigue con eso y avísame si descubres algo. Pero ahora necesito hablar con Van Voytz.

—En seguida lo preparo, señor. Usted vaya a su oficina.

Gaunt cruzó la sala principal mientas Beltayn empezaba a ajustar los diales de su radio.

Los ánimos de la tropa estaban por los suelos: Había sido un mal día, y Gaunt se maldijo a sí mismo por haberse perdido lo peor de él.

Cuarenta hombres muertos en la entrada, según el informe de Ascuda, y doce heridos, incluido Hark. El regimiento entero estaba en alerta roja.

Varl lo estaba esperando en la puerta de su habitación. El sargento lo saludó mientras se acercaba.

—El mayor Rawne pide su atención, señor —dijo Varl—. Requiere su inmediata presencia en el pasillo doce de la zona superior este.

—Dije que estaré allí en treinta minutos, Varl —respondió Gaunt—. Apenas acabo de llegar. Tengo que arreglar todo este follón, y además tengo una charla con el general.

—Se lo diré, señor —asintió Varl—. Pero es importante, el mayor me ha pedido que me asegure de hacérselo saber.

—Considérame advertido —dijo Gaunt—. ¿En el pasillo doce, has dicho? Habéis tenido una emboscada allí, ¿verdad?

—Ha sido un intento de infiltración —afirmó Varl—. Creemos saber cómo están entrando.

—¿En serio? —preguntó Gaunt—. Mira, ahora tengo esa llamada, pero iré arriba lo antes posible.

Varl saludó de nuevo y se marchó.

Gaunt entró en su oficina. No había señales de Eszrah. El lugar estaba frío y vacío. Las luces se atenuaron suavemente y volvieron a su intensidad habitual.

Gaunt deseó con cada una de las fibras de su cuerpo que dejaran de hacer eso. Se sentó en el escritorio. Oyó a un hombre en el pasillo quejándose por el dolor, uno de los heridos en la batalla exterior. Gaunt vio la luz roja parpadeando en la radio de su mesa. Se levantó, caminó hasta la puerta de la oficina y la cerró, acallando el sonido de

los gritos. Entonces volvió a su mesa, se sentó y se colocó los auriculares. Pulsó el botón de conexión.

—Señor, tengo al general a la espera —le informó Beltayn, con cierto ruido de fondo.

—Gracias, pásamelo —le dijo Gaunt por el micro, colocándolo cerca de la boca—. Hola, ¿Elikon? Si, señor. Aquí Gaunt. Si, le oigo alto y claro…

• • • • •

—¿Se pondrá bien? —preguntó Ludd.

Dorden miró hacia arriba al comisario en funciones y sonrió de forma tranquilizadora. La sonrisa mostró varias arrugas alrededor de los ojos del doctor.

—Por supuesto —dijo.

Twenzet estaba tumbado en la camilla que había entre ellos, con el torso al aire y las costillas vendadas. Dorden le había dado algún tipo de fármaco y el soldado estaba sonriendo medio atontado.

—Gracias, colega —le dijo a Ludd.

—No hay de qué.

—Gracias por ocuparte de mí, muchísimas gracias. Eres un tío muy grande.

—Un par de días de reposo y el señor Twenzet estará fresco como una lechuga —le dijo Dorden—. Mientras tanto, lo mantendré feliz y libre de dolor con mis medicamentos.

—Esta cosa sienta genial —anunció Twenzet—. Me siento de maravilla, deberías probarla tú también.

—No es para divertirse, Twenzet —lo amonestó Dorden—. Recemos por que el señor Ludd no se encuentre en situación de necesitarlo.

—Claro, claro —asintió el de Belladon—. De todas formas, te lo agradezco. Muchas gracias, tío. De verdad.

—He dejado tu arma en el almacén —le dijo Ludd—. Puedes pedirla cuando te den el alta.

—No, no. Quédatela —insistió Twenzet—. Por favor, quiero que te la quedes. Necesitarás más potencia de tiro si pretendes aguantar todo esto, tío.

Ludd sonrió, pensando que una sonrisa terminaría con la discusión.

—No debería llamarte «tío», ¿verdad? —dijo el soldado con cierta preocupación —. Lo siento, perdona. No quería faltarte al respeto. Eres comisario y todo eso. Esto que me ha puesto el doctor hace que se me vaya un poco la cabeza. Debería mostrarte respeto. Por el Trono, espero que no me pongas una amonestación por tratarte de forma tan familiar.

—Twenzet —repuso Ludd—, descansa un poco. Yo volveré luego a ver cómo te

encuentras, ¿qué te parece?

—Genial, tío. Digo… señor. Digo…

—Nahum. Me llamo Nahum.

—¿Ah, sí? Bueno, yo soy Zak, como el impacto de una bala. Eso solía decir mi padre: «Zak, como el impacto de una bala».

—He oído que los hombres de tu escuadrón te llamaban Twinsy —dijo Ludd.

—Zak —dijo Twenzet, frunciendo el ceño—. Odio cuando me llaman Twinsy.

—Zak, entonces. Que te mejores, volveré a ver qué tal estás.

Ludd se apartó de la camilla. La estación de campo estaba abarrotada. Había una docena de hombres acostados en las camillas, todos ellos (excepto Twenzet) heridos en la batalla de la entrada.

Dorden se había alejado para tratar a un soldado que gritaba y se retorcía por el dolor.

El hombre había perdido una pierna. El muñón se movía en el aire, como intentando apoyar un pie que ya no estaba ahí. Ludd se volvió y vio a Hark.

El corpulento comisario estaba acostado boca abajo en una camilla de la parte más alejada de la sala. Lo habían dejado en ropa interior y Ana Curth le estaba aplicando unos apósitos en las quemaduras de la espalda y las piernas. Tenía la carne extrañamente pálida. Ludd se acercó a él.

—No me tapes la luz —le dijo Curth. Ludd se movió hacia un lado.

Hark parecía medio inconsciente. Sin la ropa, se veía claramente el implante mecánico. Ludd apartó la mirada de él, del armazón de metal negro que le habían implantado en el hombro y que hacía las veces de brazo. Los servomecanismos a la vista chirriaban y ronroneaban mientras la mano artificial se abría y se cerraba. Ludd siempre quiso saber cómo había perdido Hark el brazo. Nunca había tenido el valor de preguntarle.

—¿Cómo está? —inquirió tímidamente.

—¿Cómo te parece que está? —le respondió Curth.

—No muy bien —repuso Ludd—. Pero preguntaba por un diagnóstico médico más específico.

Curth lo miró con una expresión dura en los ojos.

—Ha recibido el ataque de un lanzallamas. Tiene un treinta por ciento del cuerpo quemado, en la espalda y las piernas. Está sufriendo mucho. Espero que podamos conservar la piel sin necesidad de hacer un injerto.

—¿Por qué?

—Porque aquí no puedo hacerlo, no tengo el material necesario. Si Viktor termina necesitando uno, tendrán que llevárselo a Elikon o morirá. ¿Qué te parece el diagnóstico?

—Perfecto —respondió Ludd—. ¿Puedo señalar que su trato con la gente deja mucho que desear?

—Bah —se lo sacó de encima Curth volviendo a sus vendajes.

—Una cosa —gruñó Hark—: Puedo oír lo que estáis diciendo.

—Señor.

—Ludd. —Hark le hizo una señal para que se acercara.

—¿Si, señor?

El comisario le soltó una sonora bofetada.

—En primer lugar, la doctora está haciendo todo lo que puede, así que no la hostigues.

—Entendido, señor —respondió Ludd, con la mejilla roja.

—Ludd. —El aludido volvió a acercarse, y Hark le dio una segunda bofetada.

—No te hagas amigo de las tropas, Feth. No te juntes con gente como Twenzet. Él es de infantería y tú del comisariado. No te mezcles con ellos. No lo hagas tu nuevo amigo. Tienen que respetar la separación de autoridad.

—Si, señor. Yo no quería… Quiero decir, yo sólo…

—Ya te he oído. —Hark volvió a propinarle una bofetada—. Lo primero son los rangos. Él es un soldado raso y tú eres la columna vertebral del grupo. Él no es tu amigo. Ninguno de ellos es tu amigo. Son soldados y tú eres su comisario. Tienen que respetarte completamente.

—Lo… entiendo, señor.

—Pues yo no —intervino Curth mientras sacaba una nueva venda—. ¿Por qué no puede hacer amigos el chico? La amistad, la camaradería. Son vínculos importantes en tu grupo, ¿no?

—¿En mi grupo? —se rio Hark—. Ana, ¿tanto tiempo en el regimiento y todavía no lo has entendido?

—Ilumíname —lo invitó ella con tono ácido.

—Nahum es un comisario, tiene que comandar con una autoridad completa y suprema. Tiene que ser una figura de miedo y poder para las tropas, no puede permitirse el lujo de tener amigos o hacer favoritismos.

—De hecho, señor —apuntó Ludd—, sólo soy un comisario en funciones así que… ¡ay!

Hark lo había abofeteado de nuevo.

—Ludd —dijo Hark—, ¿te parece que tengo pinta de poder ir a algún sitio? Curth me está cubriendo el culo de vendas y es probable que muera.

—¡Eh, un momento! —protestó Curth.

—Cállate, Ana. Estoy fuera de juego, Nahum. El regimiento se ha quedado sin oficial político. Este es tu momento de gloria, chaval. Ascenso en campaña, de efecto inmediato. Ahora eres el comisario de los Fantasmas, Ludd. Tienes que mantenerlos a raya. Yo no puedo hacerlo desde una camilla.

—¡Oh! —exclamó Ludd.

—Cuento contigo, no la cagues.

—No lo haré, señor.

—Más te vale.

Curth se quitó los guantes ensangrentados y los echó a una cesta para que Lesp los recogiera.

—Ya he terminado —anunció—. Volveré dentro de cuatro horas para cambiarte las vendas. —Entonces miró a Ludd—. Felicidades por el ascenso, comisario. Espero que puedas cargar con la responsabilidad. —Sin previo aviso, inyectó un calmante en la nalga derecha de Hark—. Esto te ayudará a dormir.

—¡Ay! —gruñó Hark.

—Cuidará bien de él, ¿verdad? —le preguntó Ludd a Curth mientras ésta se marchaba. La doctora se volvió para mirarlo con una expresión que decía «¿Estás insinuando que no cuido bien de mis pacientes?»—. Si, claro que lo hará —dijo Ludd.

—Ludd.

—¿Señor?

—Hazlo bien, ¿vale?

—Lo mejor que pueda, señor —respondió Ludd.

Hark empezaba a entrar en el mismo mundo de felicidad en el que se encontraba Twenzet.

—Ludd.

—¿Si, señor?

—Gaitas.

—¿Disculpe?

—Gaitas, gaitas de Tanith. Escúchalas.

—No tenemos a nadie que toque la gaita, señor.

—Escúchalas, Ludd… Escucha… las gaitas… Son… una señal, la señal…

—¿Señor?

Hark cayó dormido. Ludd se levantó y salió de la estación de campo. Detrás de él, el hombre sin pierna seguía gritando.

• • • • •

—¿Disculpe? —dijo Dalin.

—He dicho que ahora que Fargher ha muerto necesito un ayudante, alguien capaz —repitió Meryn—. Necesito un hombre avispado que me haga de mano derecha. Tú conseguiste leer los planos ayer en el pasillo, fuiste de gran ayuda.

—Señor, yo…

—¿Estás rechazando mi ofrecimiento, Dalin?

—No, señor.

—Esto significará un aumento en tu salario, soldado.

—Capitán, no estoy dudando por eso. Soy el miembro más joven e inexperto de su compañía. Soy un pipiolo comparado con el resto. ¿Por qué no se lo pide a Neskon

o a Harjeon? O a Wheln.

—Neskon es de los que usan lanzallamas. Están todos un poco pirados, ya lo sabes. De Harjeon no me fío, es de la Colmena Vervun, menudo vago. Wheln es de la vieja escuela, pero… está demasiado acartonado. No sería buen ayudante, jamás, a pesar de su estatus de veterano. Pero tú eres bueno, eres muy inteligente. Por eso te lo pido, Dalin.

Dalin se encogió de hombros. «Y mi padre es Caffran y mi madre es Criid, y hacerme tu ayudante te hace ganar puntos en el regimiento, ¿verdad?»

—Esto no tiene nada que ver con quién era tu padre —dijo Meryn—. Sácate esa idea de la cabeza, si es que lo has pensado. Me da igual quién Feth fuera tu padre o quién sea tu madre. Te quiero a ti porque eres la mejor opción.

—Sólo espero que esta decisión no se vuelva en su contra y termine atacándolo por la espalda —respondió Dalin.

—Entonces, asegúrate de que no ocurra tal cosa, ayudante —le advirtió Meryn con una sonrisa maliciosa.

• • • • •

—El objetivo… —repitió Gaunt.

—Ibram, escúchame —le dijo la voz—. Todo lo que te pido es que protejas el flanco este.

—Barthol, entiéndalo, por favor. Esta misión es un suicidio. Los del Pacto Sangriento ya se han metido dentro de la casa. Acaban de atacarnos en la entrada principal, la del sur.

Hubo una pausa.

—Por favor, repite lo último que has dicho.

—He dicho que nos acaban de atacar en la puerta sur del objetivo. El enemigo nos tiene rodeados. Estamos protegiendo un objetivo que está en peligro.

La radio estuvo en silencio durante otro largo momento. Hubo ruido de interferencias.

—¿Sigues ahí? —preguntó Gaunt—. Elikon, ¿seguís ahí?

—Perdona, Ibram. Estaba consultando con los oficiales tácticos. Mira, la campaña no va bien. Los cabrones están defendiendo su posición con éxito. Intentamos atacar duro desde aquí, pero el frente se está ensanchando y no parece que podamos irrumpir.

—Eso son malas noticias, señor —dijo Gaunt por el micro—, pero eso no tiene nada que ver con el problema que tengo aquí. Los informes en que basó nuestras órdenes debían de ser poco precisos o no estar actualizados. La línea este está ocupada. Los del Pacto Sangriento habían penetrado en las montañas mucho antes de

que aseguráramos el objetivo. No creo que el enemigo tenga aquí un gran potencial, pero no tardará en ser así. En una semana o dos, barrerán el oeste y atacarán por ese lado, y entonces esta casa ya no será el instrumento que esperábamos para detenerlos.

—Entiendo tu planteamiento, Ibram. Para ser sincero, ya esperaba algo así.

Gaunt no respondió.

«Lo sabías y aun así nos enviaste aquí a morir, Barthol. ¿Verdad, cabrón? No es que los informes estuvieran incompletos ni desactualizados, tú ya lo sabías».

—¿Ibram? ¿Sigues ahí? Contesta.

—Sigo aquí, señor. ¿Cuáles son las órdenes? ¿Tenemos permiso para retirarnos?

—Negativo, Ibram. No puedo permitir que el flanco este quede abierto.

—Sólo somos un regimiento, Barthol…

—Lo sé, os enviaré apoyo.

—Deme más detalles.

—No puedo. Esta línea podría no ser segura, y ya he dicho demasiado. Quedaos ahí de momento. Considerad un cambio en la misión, explorad todas las posibilidades que ofrecen Hinzerhaus y sus alrededores geográficos para hostigar y entretener al enemigo.

—¿Quiere que los… mantengamos ocupados?

—Todo lo que podáis. Te lo pido como favor personal, Ibram. Mantenlos ocupados, retrásalos.

—¿No puede decirme nada más?

—Por esta línea, no.

—De acuerdo. Pero necesito provisiones si tenemos que sobrevivir aquí.

—Define "provisiones".

—Agua. Y también apoyo, como he dicho. Mucho apoyo.

—Te he organizado un envío de agua para esta noche o mañana. Recibirás más información cuando llegue el momento.

—De acuerdo, mis hombres lo agradecerán mucho.

—Tengo que irme, Ibram. Que el Emperador te proteja. Mantén ocupados a esos cabrones.

—Puede que sea lo último que haga —replicó Gaunt.

Pero la radio ya se había apagado.

• • • • •

En el pasillo doce hacía frío y estaba lleno de corrientes, plagado de agujeros de bala y un olor subyacente que Gaunt tardó en reconocer como de sangre quemada.

Mientras avanzaba por el pasillo, bajo las cúpulas de las inútiles defensas que había en el techo, Gaunt vio marcas de disparos en las paredes, provocadas por el

tiroteo reciente.

Ludd y Baskevyl iban con él. Sus pisadas resonaban en el suelo, y el sonido volvía a ellos más fuerte cada vez que pasaban por debajo de una de las bóvedas.

—¡Saluden! —gritó Baskevyl. Más adelante, un equipo de asalto se dio la vuelta para recibirlos. Eran Rawne, Varl, Mkoll y una docena de soldados más.

—Barthol nos envía recuerdos, ¿no? —dijo Rawne.

—Luego te lo cuento —respondió Gaunt—. Bueno, ¿qué queréis enseñarme?

—Hemos identificado la forma en que el enemigo está entrando y saliendo de aquí —dijo Mkoll.

—Los paneles de las paredes, ¿verdad? —preguntó Baskevyl—. Lo sabía, sabía que eran los paneles.

—No son los paneles —le corrigió Rawne.

—Palpa las paredes, si quieres —sugirió Mkoll. Era lo más parecido a un sarcasmo de lo que nadie le había oído decir jamás. No era propio de Mkoll, pensó Gaunt. En absoluto. Si Oan Mkoll estaba molesto por algo, lo mejor sería ponerse la pistola en la boca y decir adiós.

—¿No son las paredes? —preguntó Gaunt—. Entonces, ¿qué?

Mkoll movió los ojos hacia arriba, en dirección a la bóveda que había sobre ellos. El viento de fuera metía el polvo por las escotillas de combate casi cerradas.

—Es tan evidente que no hace ni puñetera gracia —dijo el jefe de los exploradores.

—Pero dan ganas de reír, ¿verdad? —remachó Varl. Pero nadie parecía dispuesto a ello—. Bueno, igual no —añadió con desánimo.

—Tenía entendido que los postigos no se abrían —apuntó Gaunt—. He leído el informe de Meryn, los mecanismos están bloqueados por el polvo.

—«El mecanismo» es lo que está bloqueado por el polvo —matizó Mkoll—. No es lo mismo. Se lo enseñaré. Rawne, ayúdame.

—Claro —respondió éste sin moverse—. ¿Varl?

Varl soltó un suspiro, se cargó el rifle a la espalda y se arrodilló con las manos entrelazadas.

Mkoll colocó el pie en las manos de Varl y aprovechó el impulso para subir a la bóveda. Una vez allí, empujó la escotilla con las manos, y ésta se abrió hacia fuera sin un chirrido. Mkoll sacó la cabeza. Después de salir volvió a cerrarla.

—Por el Trono de Terra… —murmuró Gaunt—. ¿Es así de simple?

Rawne asintió.

—El mecanismo está bloqueado, ¿ve? —dijo Varl, señalando una de las manivelas en la boca de la bóveda—. Pero lo han desenganchado de las escotillas y ahora se abren libremente.

—¿Todas? —preguntó Baskevyl.

—No —contestó Varl—. No, no todas, pero sí unas cuantas a lo largo del pasillo. Y seguramente pase lo mismo en otros.

—Tenemos a unos escuadrones comprobándolo —informó Rawne.

—¿Se han metido aquí y han desconectado los mecanismos para conseguir puntos de entrada y de salida? —preguntó Gaunt, con los ojos abiertos como platos por la idea.

—Deben de estar aquí desde hace semanas. Meses, incluso —afirmó Varl—. Trasteando con los mecanismos y fisgoneando otras cosas.

—¿Soy el único al que le preocupa qué más pueden haber «fisgoneado»? —preguntó Baskevyl.

—No —dijo Gaunt, negando con la cabeza—. Este sitio es un colador. No, un colador sería aún más fácil de defender. Por el Trono de Terra, y yo que pensaba que la cosa ya iba bastante mal. ¿Cómo espera Barthol van Voytz que…?

—¿Qué es lo que espera? —preguntó Rawne.

—No importa. ¿Cómo os habéis fijado en esto?

—Como consecuencia de nuestra reciente acción contra los del Pacto Sangriento —declaró Rawne.

—¡Vamos, dile la verdad! —lo instó Varl. Rawne le lanzó una mirada de odio.

—Eszrah es quien lo ha encontrado —le dijo a Gaunt.

—¿Eszrah?

—Si —asintió Rawne—. Salió corriendo y subió hasta aquí. Nosotros lo seguimos.

—Yo le seguí —afirmó Ludd, pero nadie prestó mucha atención.

—Creo que Ez oyó algo —apuntó Varl—. Ya sabes que tiene un quinto sentido.

—¿Quinto, Varl? ¿Cuántos sentidos tienes tú? —preguntó Gaunt.

—He dicho sexto, ¿no?

—Eso quisieras —lo pinchó Rawne.

—Bueno, la cuestión es que nos rodearon —siguió Varl—. Teníamos a los del Pacto Sangriento encima como una red. Entonces Ez salió de la nada como… bueno, como un noctugane, ya me entiende. Y se los fue cargando con la balista.

—¿Había salido por una de las escotillas? —preguntó Gaunt.

—Se lo habría figurado —reconoció Rawne, a regañadientes—. Apareció igual que lo hicieron ellos. Emboscó su emboscada.

Gaunt sonrió. A su lado, Ludd dio unos pasos al frente, mirando hacia arriba.

—¿Y eso es todo? —preguntó—. Aún le estaba dando vueltas al tema pensando de dónde habría salido.

—Pero si estaban aquí… los del Pacto Sangriento, digo. —El nuevo comisario miró a Gaunt—. Si han estado aquí todo este tiempo, ¿por qué no han tomado el lugar?

—¿Qué? —preguntó Rawne con desdén.

—¿Por qué no han tomado el lugar? —insistió Ludd, dándose la vuelta para mirar al mayor—. Han tenido todo el tiempo del mundo. ¿Por qué no lo han asegurado y ocupado? Podríamos haber llegado hace tres días y encontrarlos defendiendo Hinzerhaus.

—Pues no sé.

—Ludd ha pensado algo interesante —afirmó Gaunt.

—A lo mejor querían jugar al escondite con nosotros —sugirió Varl.

—A lo mejor había algo aquí que no les gustaba —apuntó Baskevyl—; Puede que aquí haya algo que los asuste.

—Eso son chorradas —protestó Rawne. Baskevyl se encogió de hombros.

—Si aquí hay algo de lo que tengan miedo los del Pacto Sangriento —dijo Varl—, entonces estamos jodidos.

—Quiero verlo —Gaunt miró a la bóveda—. Quiero ver adónde ha ido Mkoll.

—No creo que… —empezó a decir Ludd.

—Era una orden, no una reflexión.

Rawne encendió su micro.

—¿Mkoll? El jefe quiere echar un vistazo ahí fuera.

—Ya me lo imaginaba —respondió la voz—. Está bien, aquí está todo despejado. Que suba con gafas, pero sin gorra.

—Rawne, échame una mano —dijo—. Gaunt se quitó la gorra y se la entregó a Ludd. Se colocó las gafas que Baskevyl le había ofrecido.

—Claro —dijo Rawne—. ¿Varl?

Varl soltó un suspiro, se echó de nuevo el rifle al hombro y se arrodillo con las manos entrelazadas.

—Mayor Rawne —insistió Gaunt—, écheme una mano.

Varl se levantó con una sonrisa divertida. Con un brillo de malicia en los ojos, Rawne se agachó y entrelazó las manos.

—Gracias, Eli —dijo Gaunt, y se impulsó hacia arriba.

• • • • •

La escotilla se cerró y Gaunt desapareció tras ella. Los demás, mirando a la bóveda, esperaron.

—Bueno, tengo entendido que ahora que Hark está herido y todo eso te han hecho comisario —le dijo Baskevyl a Ludd, intentando entablar conversación.

—Eh… Si, así es, mayor.

Hubo un largo silencio.

—No debe de ser fácil —dijo Baskevyl.

—No, señor —respondió Ludd. El viento sopló en el pasillo—. Así que… er… será mejor que os comportéis —añadió.

Varl empezó a sacudirse, como atacado por la tos o una picazón. Sólo pasaron unos diez segundos hasta que el temblor se convirtió en una risilla.

—Lo siento —dijo Varl—. Lo siento, de verdad. Yo sólo… —La risilla se convirtió en una risotada. Los demás soldados a su lado empezaron a reír también.

—¿Quieres que les dispare? —inquirió Rawne—. A lo mejor así aprenden algo de disciplina.

—No será necesario —dijo Ludd, y se marchó.

• • • • •

Si hubiera un infinito en Jago, se podría ver desde allí.

Gaunt se puso de pie. El viento, como anticipando su entrada, se redujo a una suave brisa. El polvo empezó a caer. Al oeste, justo encima de la espina que formaba Banzie Altids, se alzaba la luna. El cielo tenía un color amarillento, como la turba. Unas nubes se concentraban en el norte, bajas y espesas como el merengue. Justo debajo del peñasco, unas cortinas de niebla blanca cubrían el paisaje. Hacía frío. Gaunt avanzó y su pie golpeó unas piedrecitas que cayeron pared abajo hacia la sábana de niebla.

—Vigile dónde pisa —dijo Mkoll, apareciendo al lado de Gaunt y agarrando su brazo—. Si quiere ver esto, tendrá que hacer lo que le diga.

—Entendido.

En excursiones previas en el exterior, Mkoll había preparado una red de cables alrededor de la bóveda. Colocó una cuerda de seguridad en el cinturón de Gaunt, igual que la que él mismo llevaba.

—Es una caída peligrosa —dijo.

—Si que lo es. —Se quedaron quietos un momento y miraron el cañón que había detrás de la cordillera, en la zona del desierto.

—Desde luego, esa gente tiene pelotas —dijo Mkoll.

—Ya lo creo —asintió Gaunt.

—Hemos encontrado pruebas de uso de equipo para escalar, pero la mayoría han subido sólo con las manos.

—Vaya.

—Deben de haber tenido un fuerte entrenamiento.

—Desde luego.

El trecho hasta el suelo era inmenso y la pared muy vertical. Gaunt miró hacia abajo. La distancia era enorme y vertiginosa. Sólo unas pocas horas antes había estado en el fondo de aquel precipicio, inmovilizado junto a Mkoll y Kolea.

Miró hacia arriba y pensó que si hubiera intentado tomar Hinzerhaus desde el norte, lo último que les hubiera sugerido a sus hombres habría sido escalar el acantilado. Ni hubiera esperado siquiera que pensaran en la idea. La tenacidad del Pacto Sangriento era digna de admirar. No había miedo ni limitaciones en su resistencia.

Miró a su derecha. La cadena montañosa se enroscaba al extenderse, un poco

hacia el norte y luego hacia el suroeste. Estaba llena de bóvedas defensivas y torretas, cúpulas, de hierro y puestos de vigilancia que la salpicaban durante al menos dos kilómetros. En el exterior, las bóvedas como la que habían usado para salir estaban destrozadas por la acción erosiva del viento y el polvo.

Gaunt miró a su izquierda. Allí, la cresta se alzaba formando un pico.

Las torretas subían por ella y luego bajaban por el otro lado. En la cúspide vio una cúpula, la cumbre de Hinzerhaus. En la cima había clavado un poste de metal. Gaunt pensó que en aquel punto debió de ondear alguna vez una bandera o un estandarte.

—No te gusta este sitio, ¿verdad? —le preguntó a Mkoll.

—No mucho —suspiró este—. La verdad es que no se me ocurre otro lugar que me importara menos defender. Hay algo extraño en él.

—¿Y eso te está afectando?

—¿Se ha dado cuenta? Si, este maldito sitio me pone de los nervios, y no sé por qué. Nunca un lugar me había alterado tanto. No pensaba que fuera de esos que se asustan por tonterías, pero parece que me equivocaba. Me está haciendo dudar de mí mismo.

—Lo comprendo.

—Me siento distraído y en baja forma. —Mkoll miró a Gaunt—. Si pienso en ello, me asaltan las sombras. Odio esa sensación. No puedo confiar en mí mismo. Este sitio me hace sentir como un idiota, y los idiotas son los que mueren antes.

—Si te consuela, que sepas que no te pasa sólo a ti. —Gaunt hizo un gesto de asentimiento—. Todos sienten algo parecido. Bueno, menos Rawne, seguramente. Ese no siente nada.

Mkoll sonrió.

—Hay algo extraño en Hinzerhaus —siguió Gaunt—, y está jugando con nuestros nervios. Sólo tenemos que aprender a ignorarlo. Esto sólo es una fortaleza perdida en el culo del universo.

—Es posible —admitió Mkoll—. Pero desearía poder deshacerme de la sensación de que ninguno de nosotros va a salir vivo de aquí.

—¿Te preocuparía saber que yo tengo la misma sensación, Oan?

—Sin duda, señor. Así que no me lo diga.

• • • • •

Oyeron un grito, parecido al de un pájaro, y Gaunt pensó por un momento que los residentes de la fortaleza habían vuelto.

Pero era una voz humana modificada por el viento. Tres figuras aparecieron al lado de una bóveda unos cien metros al oeste de donde estaban ellos.

—¿Son de los nuestros? —preguntó Gaunt mientras forzaba la vista.

—Si —dijo Mkoll—. He enviado a unos hombres a buscar por el exterior de la cordillera, a cortar cualquier cuerda que pudieran estar usando los del Pacto Sangriento.

Soltaron las cuerdas de seguridad y subieron por la pendiente natural de la roca hacia los otros. Gaunt sentía alivio cada vez que llegaban a otra bóveda donde poder agarrarse y descansar unos momentos. El alarmante vacío que había bajo las nubes le recordó a Phantine y la vista del Scald. A pesar del frío, estaba empezando a sudar. No tenía ningunas ganas de estar donde estaba, sobre todo sin estar amarrado, si volvía a levantarse el viento. Tras cinco minutos de esfuerzos consiguieron llegar hasta los demás. Los exploradores Caober y Jajjo los saludaron. Eszrah du Nocte esperó en silencio tras ellos.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Gaunt.

—Había toda una red de cuerdas y amarraderas a medio kilómetro de aquí. —Jajjo señaló al oeste—. Bonin y Hwlan han ido a cortarlas.

—Ahora la pregunta es: ¿qué hacemos con las fortificaciones? —preguntó Caober—. Si no las ocupamos, seguirán siendo puntos débiles.

—Podríamos intentar bloquearlas —sugirió Jajjo.

—Les pondremos vigías —decidió Gaunt—. Si este sitio es una fortaleza, ocupémosla como tal. Pongamos a hombres en las defensas. Si el enemigo se acerca por allí, se encontrará una buena sorpresa. —Gaunt miró a Eszrah. El guerrillero, todavía con las gafas de sol que Varl le había dado, estaba mirando a la malevolente luna amarilla.

—Has hecho un buen trabajo —dijo Gaunt.

—*¿Amicus?*

—Buen trabajo, por descubrir lo de las escotillas. Y creo que el equipo de Rawne te debe una también.

Eszrah se encogió de hombros.

—Hay algo más, señor —dijo Caober.

Los hizo rodear la bóveda hacia la cara sur del terraplén. Estaban enfrente de lo que Gaunt pensaba que era la parte frontal de Hinzerhaus. Había un paso estrecho que conducía al edificio, aunque era difícil llegar hasta allí a esa distancia.

Inmediatamente debajo de ellos, las secciones principales de Hinzerhaus sobresalían de la cara de la montaña: secciones de tejado antiguo y las torretas construidas en el peñasco.

—Allí, señor —advirtió Caober, señalando.

Gaunt pudo ver algo muy abajo de la ladera, en la zona inferior de la parte sur de la casa. Parecía un gran techo cuadrado rodeado por otro techo de tejas rojas en dos de los lados y roca de montaña en los otros dos.

—¿Lo ve? —preguntó Caober.

Gaunt sacó sus prismáticos y los ajustó para ver mejor. No era un tejado cuadrado, sino un patio pavimentado a cielo abierto. Gaunt bajó los prismáticos.

—¿Hay alguien que haya informado de haber encontrado un patio?

—No —respondió Mkoll.

—Entonces, ¿hay un patio en medio de los niveles inferiores del sur y no lo sabíamos? —Gaunt hizo una pausa—. Eso significa que hay partes de este maldito lugar que aún no hemos encontrado.

Día nueve. El sol sale a las cuatro cuarenta y uno, cielo despejado. Me han dicho que me ocupe de mantener este diario de campo mientras H. está incapacitado.

Las actividades del día se dividen en dos. Unos equipos están encargados de continuar asegurando el objetivo, lo que incluye tomar posiciones defensivas en las fortificaciones superiores y los puestos de vigilancia que cubren la entrada principal. Las otras tareas consisten en seguir avanzando por el objetivo en busca de zonas «secretas», lo que incluye una especie de patio.

Por lo que a mi respecta, lo único que me preocupa es mi falta de autoridad. No puedo culpar a los hombres por ello. He seguido los consejos de H. y he intentado ejercer mi autoridad. Hasta el momento, lo único que tenían que hacer los demás era aguantarme o ignorarme. Sinceramente, no se qué hacer. Desearía delegar mis tareas como oficial político, sobre todo en un momento como este, pero no puedo forzar a los demás a que me respeten. Tendré que consultar con G.

Pronto llegará el suministro de agua.

Diario de campo, N. L. en sustitución de V. H.
Mes quinto, 778



NUEVE

MU3R73

El viento aulló por el hueco del puesto de vigilancia número seis. Larkin había dejado abierta la escotilla principal con un taco de madera. Con las gafas puestas y la boca y nariz escondidas tras su capa de camuflaje, dirigió la mira hacia la tormenta de arena.

—¿Ves algo? —preguntó Banda. Había dejado su puesto de vigilancia y se había retirado a la parte trasera del compartimento para limpiar el polvo de la mira. Apoyó el arma contra la pared de piedra que tenía detrás. Hacía frío en el búnker, sobre todo con el postigo abierto, y el polvo entraba flotando en una fina neblina. Banda sintió un escalofrío. Se tomó un trago de sacra. Muchos de los Fantasmas habían empezado a llenar de licor sus cantimploras vacías con suministros que habían traído de contrabando. Algo para beber era mejor que nada, ahora que ya no quedaba agua.

—¿Quieres un poco? —le preguntó a Larkin, mostrándole la petaca. Larkin negó con la cabeza.

—Eso te dará más sed aún —la advirtió desde detrás de la capa cubierta de polvo —. Si te deshidratas y sigues bebiendo, te atrofiará el cerebro.

—Ya, bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros con indiferencia. Levantó la petaca y tomó otro sorbo.

—Además, así no conseguirás acertarle a nada.

—¿Va a chivarse, señor gran francotirador? ¿Eh? ¿Va a hacer un informe?

Larkin no respondió. No le importaba demasiado si Jessi Banda se emborrachaba. Y la verdad es que no quería tomarse la molestia de redactar un informe sobre su irresponsabilidad. ¿De qué le serviría hacerlo?

El puesto número seis era una de las principales fortificaciones sobre la casa de guardia en la ladera sur de Hinzerhaus. Cuando el polvo amainaba, proporcionaba una excelente vista del paso más abajo. Cuando el polvo volvía a levantarse, no proporcionaba nada.

Kolea entró por la escotilla y Banda guardó en seguida la petaca.

—¿Larks?

—Hola, Gol.

—¿Alguna novedad?

—Creo que hace un rato he visto algo de polvo —dijo Larkin, haciendo un gesto de negación.

Kolea dejó escapar una sonrisa. Como muchos de ellos, tenía los labios cortados y resecos y los ojos enrojecidos por el polvo. No había suficiente líquido en el lugar para mezclar con los colirios.

—Beltayn ha oído algo por la radio. Pensábamos que sería el famoso envío de agua, pero no ha podido fijar la señal.

—Pues no puedo ayudarte —dijo Larkin—. Lo siento.

Kolea sonrió y se dio la vuelta para marcharse.

—No trabajes demasiado, Banda —la saludó, mientras pasaba por su lado. Tan

pronto como desapareció de la vista, Banda le hizo «la raíz», un gesto con la mano popular entre los verghastitas que no encontraban palabras para mostrar su desagrado.

—¡Eh! —exclamó Larkin de repente. Volvió a levantar la mira, concentrándose en lo que veía—. ¡Eh, Gol! ¡Gol!

Kolea volvió corriendo. Banda se había puesto de pie.

—¿Qué pasa? —preguntó Kolea.

—El viento ha amainado —dijo Larkin—. Hay visibilidad. El cielo se está despejando. Creo que he visto… Espera… —La mira hizo un zumbido—. Si —afirmó con deleite—. Veo dos objetos volando hacia aquí, a ocho kilómetros de distancia. Vienen desde el sureste.

• • • • •

—Aquí Nalwood, repito, aquí Nalwood. Contesten, por favor.

Beltayn escuchó con atención el ruido de la radio. Gaunt, Daur, Criid y Kolosim estaban a su lado, esperando. Varias secciones de soldados, cuarenta en total, estaban armados y listos para marchar, congregados justo debajo de ellos en el nivel inferior de la sala principal.

—Aquí Nalwood, repito, aquí Nalwood. Por favor, contesten —insistió Beltayn. La radio resopló como un bebé roncando en su cochecito.

Kolea llegó bajando a toda velocidad la escalera principal y corrió al lado de Gaunt.

—Hemos tenido contacto visual. Unos cargueros se dirigen hacia aquí.

Gaunt asintió.

—Bel, ¿podrías…? —Pero éste no miraba, había levantado la mano para pedir silencio.

Una voz salió del auricular:

—Nalwood, aquí transporte K862 volando hacia vuestra posición. Estimamos cuatro minutos para la llegada. Traemos el agua solicitada. Cambio.

Los Fantasmas de abajo profirieron un grito de celebración. Gaunt y sus oficiales intercambiaron varias sonrisas de alegría. Beltayn se ajustó el micro.

—K862, aquí Nalwood, repito, aquí Nalwood. Nos alegramos de oírte. Cambio.

—Hola, Nalwood. Necesitamos que determinéis el lugar de descarga. Por favor, indicad localización con señales de humo o de luz. Cambio.

Beltayn mirando a Gaunt.

—¿Qué les digo?

—Ya tengo ambas señales preparadas —comunicó Ban Daur—. ¿Dónde las hacemos?

—El viento ha amainado, podemos hacerlo en terreno abierto —sugirió Kolea—. No perdamos el tiempo. Que descarguen en la puerta principal y que los equipos entren los suministros, así ahorraremos tiempo.

—Adelante —asintió Gaunt. Kolea, Criid, Daur y Kolosim corrieron a unirse a las secciones que esperaban abajo a recibir órdenes. Los hombres empezaron a desfilar hacia la entrada.

—K862, K862, estad atentos a las señales de humo —dijo Beltayn por el micro—. Mirad hacia el principio del paso. El lugar de descarga es la zona llana frente a la casa de guardia. Repito, la zona llana frente a la casa de guardia. Cambio.

—Gracias, Nalwood. Cambio y corto.

Gaunt activó su intercomunicador.

—A todas las unidades, aquí Fantasma Uno. Van a descargar en la entrada. Alerta máxima, cubrid la zona. Esto va a verse mucho. Tenéis permiso para disparar ante cualquier señal de peligro.

Un equipo de asalto dirigido por la cabo Chiria había cubierto la puerta principal mientras Daur y los demás llegaban.

—Unidades uno y dos, encargaos de recoger la carga —ordenó el capitán—. Tres y cuatro, dispersaos y cubrid la zona.

Daur salió y corrió hacia el exterior. La luz del sol era blanca y brillante, y sólo una suave brisa se atrevía a levantar un poco de polvo del suelo. Pero las botas del oficial formaban pequeñas nubes mientras corría. Se sintió peligrosamente expuesto. Partes de armas y armaduras del Pacto Sangriento seguían descansando en el polvo desde el día anterior, aunque el enemigo había recuperado los cadáveres bajo el manto de la noche. Estaba corriendo en terreno abierto. Las dunas y las rocas cubrían los alrededores. En su imaginación, ocultaban a varios grupos de enemigos que ya lo apuntaban con sus armas. Daur estaba completamente convencido de que su imaginación no andaba desencaminada.

No podía ver el transporte, pero podía oír el zumbido de los motores sobre las montañas. A cincuenta metros de la entrada, se puso de rodillas y se quitó la mochila del hombro. Sacó el tubo de metal para las señales luminosas, quitó la tapa y lo encendió. Empezó a emitir un suave gorjeo y una luz parpadeó en la boca del cilindro. Daur lo enterró en la arena en posición vertical. Luego sacó las bengalas de humo y las lanzó una por una, formando una especie de círculo en el suelo. El humo se alzó formando nubes verdes que se fueron alejando de la entrada.

—Ban, ya vienen —informó Criid. Daur se volvió y corrió hacia la puerta. El ruido de los motores se oía cada vez más alto.

Dos aviones aparecieron de repente en dirección al peñasco. Sus enormes sombras se proyectaban sobre la blanca superficie del suelo. Viraron hacia el este al pasar Hinzerhaus, desapareciendo de la vista durante unos segundos, y luego volvieron otra vez en formación, perdiendo velocidad y altitud.

El avión más grande era un Destrier, un carguero enorme pintado de color crema

y con una marca en el flanco que rezaba «K862». Era el que hacía más ruido, y sus motores aullaron cuando el piloto hizo descender el aparato con una pronunciada curva.

El otro avión era un carguero de asalto, un Valkyrie. Se trataba de un transporte de morro ganchudo de un tamaño de apenas un tercio del de su compañero. El Valkyrie era de color caqui con la base también de color crema. La cola tenía unos motivos rojos y unas letras que decían «52.º DE CADOGUS».

—¡Salid y preparaos! —gritó Daur a sus hombres a través de la puerta.

El aterrizaje de los aviones creó una tormenta de polvo frente a la zona de la entrada, y el humo verde se vio obligado a subir formando una extraña espiral geométrica.

El Valkyrie se alejó unos treinta metros y dejó que el Destrier bajara primero. La máquina descendió suavemente y levantó una gran polvareda. La boca del carguero se abrió de inmediato con un chirrido de mecanismos.

—¡Vamos, vamos! —apremió Daur.

Las unidades lideradas por Daur y Kolea salieron disparadas hacia el avión más grande con la cabeza gacha. Corrían con las armas sujetas a la espalda. Las otras dos unidades, bajo el mando de Criid y Kolosim, se desplegaron simultáneamente alrededor de la zona, con las armas preparadas y vigilando las rocas atentas a cualquier movimiento o ataque. Daur fue el primero en alcanzar el carguero. La compuerta estaba levantando una gran cantidad de polvo, y el aire olía a metal caliente. Tres oficiales del Munitorum aparecieron en la zona de carga, agarrando el primero de los muchos palés que había dentro. Daur se quedó mirando lo que traían.

—¿Cuántos hay? —gritó.

—Una docena como éste —le contestó uno de los presentes. Los palés consistían en una fina plataforma de tablas que hacía de base con varias filas de garrafas amontonadas en ella, unas veinte garrafas por palé.

—¿No traéis nada para trasladarlos? —preguntó el mismo que había respondido.

Daur sacudió la cabeza en señal de negativa.

—¡Habrá que sacarlos a mano! —gritó. El capitán sacó su cuchillo y desgarró el envoltorio que mantenía sujetas las garrafas del primer palé. Según iban llegando sus hombres, cada uno cogía tantas como podía y volvía de nuevo a la entrada. Muchos podían llevar un par en cada mano. Algunos de los más grandes, como Brostin, consiguieron llevar tres, incluso. Todos se esforzaron mucho, sabían que la velocidad era primordial—. ¡Vamos, la segunda tanda! —ordenó Daur. Él y Kolea sacaron fuera el primer palé, ya vacío, mientras el grupo de transportistas empujaba el siguiente.

«Lento, vamos demasiado lento», pensó Daur. Los primeros soldados apenas estaban llegando a la entrada. El gran peso de las garrafas combinado con el mullido suelo de arena hacía del proceso de descarga un duro castigo. Los hombres volvían corriendo desde la entrada, ya con las manos vacías, para recoger la siguiente tanda. Estaban sin aliento y encorvados por el esfuerzo.

—¡Venga! —gritó Kolea, sacando las garrafas que Daur le pasaba y dándoselas a cada hombre que llegaba.

A la izquierda del Destrier había aterrizado el Valkyrie. Bajó con un chirrido de los motores, dentro del perímetro de Criid.

—¡Derin, vigila esas rocas! —ordenó Criid, y corrió hacía la polvareda que rodeaba al Valkyrie. Un soldado abrió la puerta del compartimento de pasajeros y dos hombres saltaron al suelo de arena. Avanzaron agazapados, con las manos levantadas para protegerse los ojos del polvo. Uno iba vestido de color caqui y el otro de negro. El hombre de negro llevaba una bolsa muy pesada—. ¡Por aquí! —gritó Criid, haciendo un gesto para que la siguieran.

Fueron hacia ella. Cuando se hubieron acercado, Criid levantó los brazos para hacer señales al piloto del Valkyrie. Podía verlo dentro de su cabina, asintiendo con la cabeza, oculto tras un casco de colores brillantes. El Valkyrie echó a volar de nuevo y los motores se quejaron como si les doliera. Se alzó rápidamente y empezó a girar a unos trescientos metros, con el morro bajo.

Criid saludó a los hombres que la habían acompañado. El que iba vestido de caqui era de corta estatura, delgado y de piel blanca. Por un momento, Criid pensó que era Caffran, que había vuelto de entre los muertos.

—Mayor Berenson, del 52.º regimiento de Cadogus —gritó para hacerse oír sobre el ruido del avión—. Él es mi asesor táctico. Le presento mis respetos a su comandante y solicito una audiencia con él.

—Criid, de los Primeros y Únicos —contestó ella, dándole la mano—. Sigame, señor. Aquí estamos demasiado expuestos. —Se volvió y corrió hacia la puerta. Los dos hombres corrieron tras ella.

• • • • •

Iban por el tercer palé. Los transportistas lo estaban sacando del avión. Daur miró a su cronómetro: cuatro minutos. Lento, demasiado lento. Los hombres, que volvían para recoger la siguiente tanda de garrafas, estaban exhaustos y sin aliento.

Kolea cortó el envoltorio con el cuchillo, y empezó a pasar las garrafas mientras se acercaban pesadamente.

—¡Vamos, vamos, vamos! —los apremió, gritando para hacerse oír sobre el ruido de los motores.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Daur dándose la vuelta.

—¿El qué? —respondió Kolea, aún sosteniendo las garrafas para dárselas a los soldados.

—¡He oído un ruido! —gritó Daur. Había sido un sonido seco, como un impacto.

—Feth —murmuró—. ¡Tenemos una fuga! —El agua, clara y cristalina, se

escapaba de una de las garrafas del tercer palé, mojando copiosamente la arena como si de una fuente se tratara—. ¡Tenemos una fuga de Feth! —gritó de nuevo, yendo hacía la garrafa e intentando detener el chorro con los dedos.

Entonces sonó otro impacto. A un metro a la derecha de Daur, otra garafa empezó a perder agua por una «perforación» en el costado.

—¡Nos están…! —empezó a gritar mirando a Kolea.

Una bala impactó contra la compuerta del carguero. Dos más resonaron en el lateral del Destrier. Uno de los oficiales del avión cayó de rodillas mientras una gran mancha roja se extendía por su espalda. Cayó redondo, dándose un golpe contra el palé y luego contra el suelo. Un Fantasma, con una garrafa en cada mano, giró y cayó de lado, con un disparo en la cabeza.

—¡Contacto! —bramó Kolea—. ¡Tenemos contacto enemigo!

• • • • •

Rhen Merrt se dio la vuelta. Estaba ocurriendo algo. Formaba parte de la sección de Criid, que se había distribuido por el perímetro. El carguero, a su espalda, hacía muchísimo ruido.

—¿Qué ha sido eso? —le gritó a Luhan.

—¿El qué? —preguntó este.

—¡Kolea ha gn… gn… gritado algo!

—¡Ni idea! —le respondió Luhan.

Merrt vio destellos en las rocas que había delante de él. Sabía lo que significaban. Les estaban disparando desde los peñascos del paso. No podían oír el sonido de los disparos por el ruido del motor.

—¡Nos atacan! —gritó Merrt. Levantó su rifle y disparó en dirección a las rocas. No pasó nada. Tenía el arma atascada.

Los disparos iban en su dirección. El enemigo no disparaba a Merrt y a los suyos, sino al carguero. El soldado vio disparos láser y de munición estándar silbando en el aíre por encima de su cabeza. Se puso en seguida a limpiar su arma.

El rifle láser de Merrt era particularmente viejo y no se podía confiar en él. Lo recogió durante la salvaje lucha callejera en Gereon después de perder el suyo. Estaba bien ensamblado y tenía un adorno amarillo en la culata. Era propiedad de un soldado del Imperio, pero Merrt tenía la ligera sospecha de que durante un tiempo lo usó el enemigo. Un arma robada a un ladrón, y no particularmente en ese orden. Solía quejarse por ello. A veces pensaba que el tiempo que había pasado en malas manos, literalmente, la había maldecido. Eran cuatro kilos de mala suerte colgando de una correa. Sabía que podría haberla cambiado por una nueva en el almacén de suministros del Munitorum. Debería haberles pedido a los monjes la historia del

arma y dejar que la destruyeran. Pero no lo hizo, y sabría contestar por qué si se lo preguntaran. En su interior había un pensamiento que lo incitaba a creer que él y el rifle estaban hechos el uno para el otro, un rifle maldito para un hombre maldito.

Se concentró en desatascar el arma, la cual parecía cooperar. Merrt la ajustó y disparó. Esta vez sí funcionó, pero el rifle vació toda la carga en un desastroso vómito de energía. La ráfaga lanzó a Merrt hacia atrás. El disparo golpeó las rocas veinte metros más allá y éstas explotaron cómo si les hubieran lanzado dinamita, expulsando al aire una gran cantidad de piedras y polvo. Merrt rodó por el suelo y miró a su alrededor, mareado. Vio cómo un Fantasma caía abatido, uno de los hombres en el grupo de descarga que corría desde el avión a la puerta. Las garrafas que llevaba cayeron en la arena vertiendo el agua en el polvo, a ambos lados del cuerpo. Otro miembro del equipo cayó también mientras corría, se levantó y cayó de nuevo cuando un segundo disparo atravesó una de las garrafas y su cintura. Merrt se levantó y cogió su rifle. Apretó el gatillo y, milagrosamente, el arma disparó.

—¡Funciona! —gritó—. ¡Fn… fn… funciona!

• • • • •

El fuego enemigo se estaba concentrando en ellos. La compuerta del carguero estaba hecha un colador y el tercer palé de agua, ya medio vacío, vertía su contenido a través de decenas de agujeros de bala.

—¡No podemos quedarnos aquí! —le gritó a Daur uno de los dos oficiales del Munitorum que quedaban.

—¡Tenéis que quedaros! ¡Necesitamos el agua!

—¡Lo sentimos! —El oficial negó con la cabeza—. ¡El piloto dice que nos largamos! ¡Apartaos!

—¡No! —gritó Daur, perdiendo el equilibrio. Los oficiales sacaron fuera el tercer palé y volvieron al interior del avión. La compuerta empezó a cerrarse y el Destrier se alzó en una nube de polvo mientras los disparos golpeaban el casco.

—¡No! ¡Volved, cabrones! —aulló Daur.

—¡Ban, olvídalos! —le dijo Kolea, cogiéndolo del brazo y levantándolo—. ¡Si nos quedamos aquí, somos hombres muertos! ¡Volvamos a la entrada!

Daur corrió, con Kolea pisándole los talones. Los equipos de descarga y de protección volvían a la fortaleza perseguidos por los disparos. Sobre ellos, los puestos de defensa del sur y las torretas de Hinzerhaus empezaron a verse ocupadas. De las escotillas salió una ráfaga de disparos que barrieron toda la zona rocosa del escarpe.

Daur recuperaba el aliento en la puerta de entrada.

—¿Cuánto hemos sacado? —dijo medio ahogándose—. ¿Cuánto?

—Dos palés y medio —respondió Kolosim.

—¿De una docena? —se escandalizó el capitán—. ¡Por Feth, eso no es suficiente! ¡Y hemos dejado medio palé tirado en la arena!

—No hemos podido hacer más, Ban —le dijo Kolea con calma—. No teníamos elección. Vamos, entra. Tenemos que cerrar la puerta.

• • • • •

—K862, K862, necesitamos esa carga. Cambio —dijo Beltayn por la radio.

—Lo sé, Nalwood, pero la zona de descarga no es segura. Estoy volando en círculos.

Beltayn miró a Gaunt. Este estiró la mano y Beltayn le pasó el micro.

—Destrier K862, soy el coronel comisario Gaunt, comandante de este regimiento. Cambio.

—Le recibo. Cambio.

—Nos hemos quedado sin agua y necesitamos vuestra carga. Cambio.

—No lo dudo en absoluto, señor, pero el lugar es peligroso. Hay mucho fuego enemigo, me ha costado la vida de uno de mis soldados. Treinta segundos más ahí abajo y se hubieran cargado mis motores. No podía quedarme allí. Cambio.

—Necesitamos esa agua, K862. Cambio.

—Sugiero que nos den un punto de aterrizaje alternativo, señor. Cambio.

Gaunt miró a Beltayn.

—¿En la parte de atrás, señor? Podemos acceder por el túnel de los talleres.

—No, lo sellamos anoche —contestó Gaunt. Volvió a hablar por el micro—: Espera un momento, K862.

—Sigo dando vueltas, Nalwood. Advierto que la carga de combustible sólo me permitirá quedarme otros seis minutos. Luego tendré que irme. Cambio.

—¿Y qué tal el patio? —preguntó Beltayn.

—K862, K862, sugerimos que uses un patio en la cara sur —dijo Gaunt—. Seguro que puedes verlo mejor que nosotros desde ahí arriba. Cambio.

—Esperad, Nalwood. Ha vuelto a levantarse el polvo.

—¿K862?

—Un momento, de pronto ha empezado a soplar muy fuerte. De acuerdo, ya lo vemos. Vamos hacia allí. Cambio.

—Gracias, K862. Cambio. —Esperaron unos instantes. Un viento fuerte atravesó la sala principal.

—Nalwood, tenemos el patio a la vista. Es demasiado pequeño para el aterrizaje. Cambio.

—K862, ¿podríais soltar la carga? Cambio —preguntó Gaunt.

—No es la mejor opción, pero lo intentaremos, Nalwood. Manteneos a la espera.

Gaunt miró a Beltayn. Los dos esperaron en silencio. Parecía que el tiempo se hubiera detenido.

—Uno, Trono de Terra. Dos, Trono de Terra… —empezó a susurrar Gaunt. La radio volvió a llenarse de voces.

—Nalwood, Nalwood, aquí K862, aquí K862. Acabamos de soltar el cargamento. Desde aquí parece que parte se haya perdido. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido. Cambio.

—Muchas gracias, K862. Podéis marcharos. Cambio.

—Recibido, señor. Esperemos que les sirva. Aquí K862. Corto y cierro.

—Ahora… todo lo que tenemos que hacer es encontrar ese maldito patio —dijo Gaunt, devolviéndole el micro a Beltayn.

• • • • •

—Ahora estoy un poco ocupado —dijo Beltayn—. ¿Qué es lo que quieres? —Estaba saliendo de la sala principal para trabajar con los planos en la oficina de Gaunt cuando Dalin le detuvo. Este movió la mano.

—Nada, señor. Sólo quería pedirle consejo.

—¿Sobre qué?

—El capitán Meryn me ha designado como su ayudante y no estoy seguro de qué es lo que tengo que hacer. Pensé que podría pedirle consejo.

Beltayn sacudió la cabeza.

—¿Que Meryn te ha hecho su ayudante? Pobre de ti. ¿Qué ha pasado con Fargher?

—Ha muerto —dijo Dalin.

—Ah, sí, es verdad. Me lo dijeron el otro día. —Beltayn miró a Dalin de arriba abajo, pensativo—. ¿Puedo preguntarte algo, Dalin?

—Por supuesto.

—¿Crees que Meryn te lo ha pedido por ser quien eres?

—¿Está de broma? Estoy convencido de que fue lo primero que pensó al considerarme.

—¿Y no te importa? —sonrió Beltayn.

—Más bien me irrita. Me molesta que nadie me hable sin pensar en quién soy. Por otra parte, estoy seguro de que moriría antes de conseguir que los demás dejaran de pensar en ello, así que he aprendido a convivir con esa carga.

—Muy bien —admitió Beltayn—. Y dejando eso aparte, ¿por qué crees que te pidió que fueras su ayudante?

—Porque sabe que soy inteligente. Porque sabe que puedo hacerle hacer un buen tipo. Y porque sabe que sé leer un mapa mucho mejor que él —contestó Dalin.

—Leer un mapa, ¿eh? —Beltayn se quedó pensando en ello—. ¿Eres bueno con los planos? —preguntó—. Sigueme.

• • • • •

Merrt se juntó con el resto de miembros de su unidad. Las cuatro secciones habían recibido órdenes de volver a la sala principal. Los que habían estado cargando con las garrafas estaban sentados en el suelo, exhaustos por el ejercicio. Algunos tuvieron que apartarse para dejar paso a los heridos, que eran llevados en camilla por los enfermeros. De los pisos superiores de la casa de guardia se oía el fuego continuo de las casamatas.

Merrt se sentó y miró con furia a su rifle. El muy cabrón se había encasquillado dos veces durante la batalla. Si estaba maldito, y le estaba trayendo mala suerte. Quería deshacerse como fuera de él, pero sabía que no podía. Aún tenía mucho que probarles a los oficiales, a hombres como Hark. Merrt estaba en examen de valía, y estaba decidido a no cagarla. Se lo había prometido a Hark. Si aquéllos como él, como Gaunt o como Rawne descubrían que estaba llevando un arma propiedad del Archienemigo, si admitía algo así y se enteraban de que ya conocía el dudoso linaje del rifle, ése sería su fin. Si tenía suerte, sólo lo enviarían a un regimiento penal. Pero Rhen Merrt no era un hombre con suerte. No sabía qué hacer. Tenía miedo del arma y estaba convencido de que ésta disfrutaba de su miedo. «No seas idiota, sólo es un rifle». Frotó la culata amarilla del arma. No le había prestado mucha atención al grabado que la adornaba. Sólo era un código de serie del Munitorum, casi borrado.

Pero no del todo. El código decía: «MU3R73».

Merrt parpadeó, alucinado. Sintió una ansiedad fría recorriendo su garganta como una barra de hielo. MUERTE, allí ponía MUERTE, estaba segu… No, sólo era un código del Munitorum. MU3R73. Al estar medio borrado, los números parecían leerse como «MUERTE».

Merrt cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. «Seré idiota… "MUERTE". Menudo estúpido, asustándome a mí mismo. Tengo que dejar de pensar en cosas así. Tengo que olvidar todo este sinsentido de armas malditas. Sólo es un rifle, un cacharro de metal». Merrt oyó voces y levantó la mirada.

—Buen trabajo, chicos —les dijo el capitán Daur, caminando entre ellos—. Bien hecho. Ha sido duro, pero lo habéis hecho muy bien. Me han dicho que han conseguido entregar el resto del agua. Brindemos por ello.

Merrt ignoró el insufrible buen humor de Daur y colocó su peligroso rifle en el suelo, a su lado. Lo miró con miedo, de reojo, como si fuera una serpiente venenosa.

«Vas a ver, MU3R7E. Voy a vencer a tu mala suerte y acabaré con tu voluntad de matarme. Voy a dominarte y a probar lo bueno que soy. Eso, o me matarás sin

remedio».

• • • • •

—Señor, éste es el mayor Berenson —anunció Criid—. Y éste es el oficial táctico Karples.

—Bienvenidos a la fiesta —los saludó Gaunt. Le dio la mano a Berenson y dirigió un rápido saludo a su ayudante—. Hablemos en mi oficina. Muchas gracias, Criid. Puedes retirarte.

Criid asintió con la cabeza y vio a los tres hombres salir de la sala hacia uno de los pasillos. Cerca de ella, vio a Kolea mirándolos también.

—Qué extraño, ¿verdad? —le dijo.

—Perdona, Tona, ¿cómo dices?

—Ese Berenson. Se parece mucho a Caff, ¿no te parece?

—¡Gak, es eso! —Kolea levantó las cejas—. No sabía decir qué era lo que me inquietaba de él.

—Son clavados. Podría ser su hermano.

Kolea la miró.

—¿Estás bien?

—Yo siempre estoy bien —respondió—. Dime, ¿qué hay del agua?

—Estamos en ello —dijo Kolea.

• • • • •

—No esperaba un envío de personal —manifestó Gaunt, mientras llevaba a Berenson y a su ayudante a la oficina. En una esquina de la habitación, Beltayn estaba trabajando con un montón de planos repartidos sobre una pequeña mesa. Dalin, Rerval, Fapes y Bonin estaban reunidos con él.

—¿Necesita la habitación, señor? —preguntó Bonin.

—Si, por favor —contestó Gaunt.

El grupo recogió los planos, las brújulas y los lápices de cera y abandonaron la oficina. Dalin le echó una mirada de incertidumbre a Berenson mientras salía.

Gaunt acompañó a éste y al oficial táctico a su escritorio y les ofreció unos asientos. Berenson y el oficial se sentaron en dos sillas de madera, mientras que Gaunt lo hizo en el borde de la mesa.

—Creo que podemos ofreceros un poco de cafeína si esperáis un poco, cuando encontremos algo con qué mezclarla.

—Se lo agradezco, señor —dijo Berenson.

Se quitó el casco y limpió el polvo que lo cubría. Gaunt entendió de pronto la mirada de fascinación de Dalin. El hombre tenía un sorprendente parecido con Caffran.

—Como he dicho, no esperaba un envío de personal.

—Ha sido una decisión de última hora —explicó Berenson. Su voz se mostraba un poco entrecortada—. El mando de Elikon estaba preocupado por si había espías escuchando la comunicación.

—Hemos tenido varios pinchazos —informó el oficial táctico.

—Se acordó que siguiera al cargamento de suministros y apremiar su entrega.

—Aprecio el gesto. Aquí nos encontramos bastante aislados.

—Ya veo por qué —apuntó Berenson con una media sonrisa. Miró a su alrededor —. Es un sitio curioso, esta Hinzerhaus. Debo decir que tiene una atmósfera muy peculiar. No es muy agradable, que digamos. Más bien… amenazante.

—Es una mierda de sitio en una mierda de pedrusco —afirmó Gaunt—. Supongo que os ha enviado Van Voytz.

—Es muy consciente de la situación en la que les ha colocado, señor —asintió Berenson—. Muy consciente. Les envía sus más sinceras disculpas. De hecho, su mensaje se centraba básicamente en eso. Los sumarios tácticos dejaban bastante que desear.

—Las disposiciones de los enemigos son difíciles de interpretar —apuntó el oficial, molesto—. Estamos revisando los documentos.

—Karples piensa que nos echarán del departamento por haber realizado un mal trabajo —sonrió Berenson—. Pero yo le digo que no ha sido un fallo táctico. El enemigo nos ha sorprendido. Estaba escondiendo montones de tropas en la Cuenca de Kehulg.

—Enseñadme lo que tenéis —pidió Gaunt.

Karples se levantó y sacó un proyector holográfico de su bolsa. Lo colocó en la mesa y apuntó la lente a la pared de la oficina. El aparato hizo un zumbido y proyectó un gráfico tridimensional en el aire. Karples avanzó hacia él y empezó a señalar ciertos puntos.

—Los principales elementos de nuestra oposición fueron identificados por satélites espía bastante viejos, y según los datos que nos proporcionaron, estimamos que se escondían aquí, en las tierras bajas de Jaagen y en las provincias menores. Se eligió Elikon por ser el lugar idóneo para el aterrizaje y la dispersión. Aquí tuvo lugar un gran combate a nivel de brigada acorazada, y también por aquí y en las tierras bajas. Hubo cierta preocupación por si los elementos enemigos se desplazaban hacia el este e intentaban penetrar a través de Banzie Akids, y es por eso que el general lo envió aquí.

—Pero ahora la cosa ya no va así, ¿verdad? —apuntó Gaunt—. Lo hemos comprobado por nosotros mismos.

Karples miró a Gaunt, con su cara puntiaguda iluminada por las luces de colores provenientes del dispositivo.

—No. Tiene razón, coronel comisario. Sin que lo detectaran los satélites, el enemigo ha trasladado una fuerza considerable aquí, aquí y aquí, incluso antes de que aterrizáramos: Estas fuerzas se han dispersado por toda la zona y han conseguido hacer pinza en el frente de Elikon.

—Son muy malas noticias, señor —confirmó Berenson—. La lucha en esa parte es especialmente encarnizada. Puede estar agradecido de no estar allí ahora mismo.

—No estoy nada agradecido —protestó Gaunt—. El enemigo también está aquí.

—Están mucho más avanzados de lo que sospechábamos —asintió Karples—. Ahora creemos que han estado planeando esto durante meses. Los ataques sorpresa a nuestro flanco este son la base de su estrategia. Hinzerhaus es la mayor proyección de sus ataques, pero ahora resulta crucial. No piensan hacer un contraataque aquí, señor. Este es el camino de su ofensiva principal.

—Imagina la gracia que me hace eso —gruñó Gaunt, sentándose en su silla.

—Está claro que nosotros mismos nos hemos colocado de manera muy poco ventajosa —aseguró Berenson—. Pero si estoy aquí, es para decirle que dentro de poco dejará de ser su problema.

—¿De verdad?

Berenson sonrió. «Igual que Caff», pensó Gaunt.

—El 52.º de Cadogus se ha dispuesto en configuración total de ataque. Veinte mil hombres, más la artillería, acorazados y psíquicos de combate. Por suerte, se retrasó nuestra salida, gracias a eso no nos han enviado a la zona de Jaagen. Doy gracias al Trono porque no haya sido así. Eso le dará más flexibilidad a nuestro lado táctico. Mi regimiento está operativo y avanza rápidamente por el campo este de Elikon, con la intención de encontrarse con la ofensiva enemiga más adelante. Muéstraselo, Karples.

—Aquí, y también aquí, aquí y aquí —dijo el táctico, señalando diversos puntos de la imagen tridimensional.

—El combate principal se dará seguramente en el paso de Banzie —dijo Berenson —, pero no podemos ignorar Hinzerhaus y sus alrededores. Cinco compañías de infantería mecanizada llegarán aquí en los próximos tres días. Apoyo completo. A partir de entonces, los relevaremos en su misión. Los encontraremos y los machacaremos. Todo lo que tienen que hacer sus… Fantasmas, creo que los llaman, todo lo que tienen que hacer sus Fantasmas es defender esta posición hasta entonces y mantener al enemigo contenido y ocupado.

Gaunt asintió.

—Y estoy aquí para ayudarlo en tal empresa —concluyó Berenson, satisfecho.

—Entonces, espero que sepas disparar —le espetó Gaunt.

Día diez. El sol sale a las cuatro cincuenta y tres, cielo despejado, o eso me ha dicho A. C. Estoy aburrido de estar en la estación de campo. Ojalá pudiera moverme. Me duele la espalda.

Boca abajo en una camilla, asi es como me veo el resto de mi carrera. L. viene a visitarme de vez en cuado. Puedo ver que es infeliz. Imagino que los hombres son menos que cooperativos. Pobre desgraciado.

Ayer hubo un envío de agua, pero parece que ahora nadie consigue localizar el puñetero cargamento. Estoy tan reseco que creo que voy a morirme. La garganta me duele más que la espalda, y eso que A. C. dice que mejor no me la vea.

He pasado otra mala noche. He ~~soñado que con las voces de mi cabeza y las gaitas que~~ dormido bastante mal y me he despertado muchas veces. Sigo ~~escuchando la gaitas tocando en mi cabeza~~ despertándome, preocupado. Hay algo que me inquieta. G. ha venido a verme, pero no ha hablado mucho.

Shoggy Domor ha muerto durante la noche. Dos veces. D. consiguió resucitarlo con el desfibrilador.

Temo por la vida de Shoggy. Necesita cuidados en un hospital de verdad. Estando aquí no aguantará mucho más.
He empezado a odiar Hinzerhaus. Cada vez estoy más convencido de que intenta matarnos a todos.

Diario de campo, V. H.
Mes quinto, 778



DIEZ

Cinco treinta y siete

Era pronto, muy pronto. Hacía frío en el interior y las luces parecían especialmente tenues. Fuera, el viento seguía murmurando.

La vieja dama vestida de negro y sin carne en el rostro volvía a deambular por allí. Maggs podía oír sus pasos y sentir su presencia.

Por el Trono, qué ganas tenía de verlos muertos a todos. Ese era su trabajo. Cuando cerraba los ojos, podía ver su cara, un rostro que ya no era tal.

Maggs tenía órdenes de cubrir un puesto de madrugada en la fortificación del pasillo quince de la zona superior oeste. Al principio, el equipo de seis hombres que había formado hacía turnos para vigilar por las escotillas mientras los otros descansaban, pero no había nada que vigilar excepto el polvo, así que dejaron de mirar. Habían cerrado los postigos y colocado cuerdas trampa de forma que supieran si alguien intentaba abrirlas desde fuera.

Los pasos resonaron por el silencioso pasillo que había tras ellos. Eran unos pasos lentos que se arrastraban. Maggs miró hacia arriba y levantó el arma.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gansky.

—Nada —respondió Maggs. Ya no podía oír los pasos. Se levantó y comprobó las cuerdas—. ¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cinco veintidós —dijo Lizarre, mirando su reloj, medio dormido.

Maggs bajó por el pasillo y echó un vistazo alrededor. Nada, ni rastro de nadie.

Aunque eso era bueno. No tenía ningunas ganas de encontrarse cara a cara con ella.

• • • • •

Baskevyl se despertó y se incorporó con un bostezo. El suelo bajo su saco de dormir era duro y bastante incómodo. Recordó dónde se encontraba.

El mayor se sentó. Sabía que algo lo había despertado, un ruido. No estaba seguro de sí había sido en su sueño o era real. Se levantó y dejó la sala de descanso. Unos pocos Fantasmas gruñeron en sus sueños mientras pasaba por su lado. Había otros sesenta hombres en la sala, y sabía que necesitaban descansar todo lo que pudieran.

Fuera, en el recibidor, se apoyó contra uno de los paneles satinados de la pared y se bebió la botella de agua que tenía. El líquido que habían conseguido entrar durante la entrega del día anterior había sido cuidadosamente racionado. Sabía de maravilla, pero ahora le quedaba muy poco. Necesitaría otra ración para el desayuno. Las estimaciones variaban bastante, pero el cálculo era que, con estrictos niveles de racionamiento, el agua que tenían les duraría al menos cuatro días. Nadie había

conseguido localizar el resto de la entrega o el esquivo patio donde se hallaba. Gaunt había enviado ya a Elikon una petición para recibir más suministros, un mensaje que aún no habían contestado.

El brillo de las luces de las paredes se atenuó poco a poco. Parecía que se tomaban un buen rato para volver a brillar. Baskevyl las miró con fascinación. El ritmo con que se apagaban y volvían a brillar era más lento de noche, como si la casa respirara más lentamente porque estaba durmiendo.

Pero había algo que no dormía. Oyó un ruido y supo que era el mismo que lo había despertado. Lo escuchó con atención; era un sonido muy lejano. Un eco suave como de algo que se arrastraba, un sonido que venía de las profundidades de la tierra.

El gusano monstruoso seguía ahí, y estaba buscando su rastro.

• • • • •

—¿Somos los…? —empezó a preguntar la voz de la radio, pero entonces las palabras se perdieron en un ruido estridente.

—Repetid, por favor. ¿Hola? —Beltayn ajustó los diales, con los cascos pegados a la cabeza. Ruido, un murmullo similar al de las ventiscas. Beltayn lo intentó de nuevo, paciente—. Elikon, Elikon, aquí Nalwood. Repito, aquí Nalwood. Solicito respuesta a la anterior transmisión pidiendo más agua. Cambio. —Más ruido. Cuando el viento soplaba por la noche, cortaba las comunicaciones.

Beltayn se sentó y se quitó los cascos. Eran las cinco treinta y tres. Le había prometido a Gaunt que se levantaría temprano y comprobaría la radio. La sala principal estaba vacía y era toda para él. Sólo oía los pasos de un centinela moviéndose de un lado para otro en el piso de arriba. Unos pasos lentos que se arrastraban. «El pobre infeliz debe de estar cansado», pensó Beltayn. Todos estaban agotados. Se quedó mirando su botella de agua. La mitad de su preciada ración de la noche seguía ahí. Se estaba controlando todo lo que podía.

—¿Ayudante? —Beltayn se volvió y vio a Dalin acercándose, bostezando. Llevaba un fajo de planos en las manos.

—¿Qué haces levantado?

—No podía dormir —afirmó Dalin, sentándose a su lado—. He estado pensando en los mapas toda la noche.

—Pero hombre… —dijo Beltayn.

La frustración de los esfuerzos de la pasada noche lo había desesperado por completo. Junto a Dalin, Bonin y algunos de los demás ayudantes y exploradores más capaces, había reunido todos los mapas de Hinzerhaus que habían repartido a los soldados y los estudiaron línea por línea, buscando el patio legendario. Así es como habían empezado a llamarlo: «el patio legendario». Las contradicciones de los mapas

se habían vuelto aparentes de inmediato. Ninguno de ellos coincidía. Algunos, incluso, parecían de otros complejos fortificados totalmente diferentes. Beltayn se preguntó a qué demonios pensaba el técnico que estaban jugando. ¿Cómo podían tener una docena de planos diferentes de un mismo objetivo? ¿No se habían dado cuenta?

El equipo de Beltayn trabajó en ello durante horas, caminando a veces por los pasillos sólo para terminar deambulando en círculos sin rumbo. Mkoll se había unido a ellos, intentando emplear su inefable bastón de Tanith como ayuda. Sabían dónde debía de estar el patio legendario. Sabían dónde tenía que estar según los informes de los exploradores que lo vieron dos días atrás, pero no conseguían encontrar el maldito patio ni rastro alguno de una sala o pasadizo que llevara hasta allí. Al final, el sueño los venció y tuvieron que dejarlo.

—El agua no va a irse a ningún sitio —dijo Mkoll, estoico—. Vayamos a descansar un poco.

Beltayn quedó particularmente desarmado ante las palabras de Mkoll. Se dio cuenta de que el jefe de los exploradores odiaba sentirse inútil.

¿Cuándo había sido incapaz él de encontrar algo? Era como si la casa les escondiera el patio deliberadamente.

Por supuesto, eso no tenía sentido, porque para pensar eso habría que creer que estaba… viva.

Dalin distribuyó algunos de los mapas en la mesa, al lado de la radio de Beltayn.

—He tenido una idea —dijo—. ¿Y si todos los mapas son correctos?

—¿Qué? Mira chico, creo que necesitas dormir un poco.

—No, no. Escuche. ¿Y si están todos en lo cierto? Quiero decir… es posible que todos tengan algunas partes correctas, aunque mucho de lo que muestren sea erróneo. Deberíamos mirar las partes que están claras y que concuerdan con la forma real del sitio.

—Eso ya lo hemos intentado —dijo Beltayn—. ¿No te acuerdas? —No estaba de humor para aquello. El chico se estaba esforzando por impresionarlo, y tenía que concederle el mérito por ello, pero Dalin estaba perdiendo el tiempo.

—Escúcheme —insistió Dalin—. Esto es lo que me ha mantenido despierto. No importa lo diferentes que sean los planos, todos tienen ciertas partes en común. Los mapas de Gaunt muestran la sala principal y las salas de la zona, igual que los de Rawne. En los de Hark también salen, pero no aparecen el salón inferior y estas galerías de aquí. Los de Kolea tienen galerías por todas partes que no aparecen en ninguno de los demás. Todos los planos muestran el pozo, y seis de ellos marcan la sala del generador, aunque…

—Veo que has trabajado mucho en esto.

—Gracias. Los de Daur muestran la sala del generador en un nivel equivocado, pero son los únicos que indican una zona que podría ser el patio.

—El patio legendario. Dalin, anoche acordamos que los mapas de Daur eran los

más disparatados de todos. Aparte de un par de detalles, parecía que los hubieran hecho de memoria. Casi podrían ser de otro sitio y todo.

—Si, lo sé. Pero… ¿y si todos fueran correctos?

—Y dale con eso —suspiró Beltayn—. ¿Qué quieres decir?

—¿Cuántos años tiene este sitio?

—No lo sé.

—Pero es viejo, ¿verdad? ¿Muy viejo?

—Si —respondió Beltayn.

—Seguro que lo han modificado y han construido muchas más cosas en todo ese tiempo. Imagine que todos estos planos fueran correctos y precisos… cuando fueron dibujados.

—Está bie… ¿Qué? —Dalin sonrió.

—Puede que cada plano refleje con precisión la estructura de este lugar en el momento en que fue dibujado. A lo mejor, éste… —Dalin sacó un mapa de forma aleatoria—. A lo mejor éste es de hace doscientos años, y éste de hace quinientos. ¿Quién sabe? De todas formas, ninguno de ellos muestra cómo es el lugar ahora, sólo cómo era cuando ese mapa en particular fue dibujado.

—La verdad es que no es una idea disparatada. —Beltayn se quedó dudando.

—Si, Dalin ha dado con algo muy interesante —lo apoyó Mkoll.

Tanto Beltayn como Dalin se sorprendieron. No lo habían oído llegar.

—Feth, qué susto me has dado —exclamó Beltayn.

—Perfecto, parece que aún no he perdido del todo mi habilidad —asintió Mkoll, y se sentó con ellos. Su cara estaba pálida, como si el sueño lo hubiera estado evitando durante meses. Se estiró y cogió algunos de los planos—. Entonces, ¿estás sugiriendo que fueron hechos en diferentes épocas? ¿Que una galería en este plano, por ejemplo, se podría haber construido después de que dibujaran este otro?

—Eso es lo que creo —asintió Dalin—. Se construyeron algunas partes, o se demolieron, o se cerraron. Algunas salas se añadirían o cambiarían de sitio. Contando siempre, por supuesto, con que pueden haber errores reales. Son mapas hechos a mano.

—Muy bien pensado —lo felicitó Mkoll.

—Es un chico listo —afirmó Beltayn.

—Habrá salido a su padre —declaró Mkoll.

—Pero eso sigue sin explicar por qué nos han dado estos planos —concluyó Dalin.

—¿Un error de archivo? —Beltayn se encogió de hombros—. Los tácticos pidieron planos de Hinzerhaus y alguien introdujo el código equivocado, de forma que nos entregaron la historia del sitio en forma de mapas en vez de las copias de la versión más reciente.

—Tiene sentido. —Mkoll asintió con la cabeza—. Parece una explicación lógica y normal. Por Feth, me alegro de que algo de esta tumba empiece a tener sentido.

—No digas tumba —le reprendió Beltayn.

—Lo siento.

—Entonces… ¿podemos usar esto? —preguntó Dalin—. Quiero decir, ¿podemos sacar un uso práctico de esto?

—Si —dijo Mkoll—. Dalin, ve y despierta a Bonin. Dile que reúna a un equipo de exploración.

Dalin se quedó parado.

—¿Qué despierte a Bonin?

—Si, eso he dicho.

Dalin tragó saliva. La idea de intentar despertar a un soldado de Tanith parecía poco menos que suicida.

—Está bien, ya lo hago yo —dijo Mkoll, y se levantó—. Nos vemos en el pasillo cuatro de la zona oeste en cinco minutos. Traed los planos.

Salió de la sala principal.

—Lo has hecho muy bien, Dalin —lo felicitó Beltayn—. Mkoll está impresionado.

—¿En serio? No lo parecía.

—¿Estás de broma? Es la primera vez que lo veo a punto de saltar y darle a alguien unas palmaditas de felicitación. Hazme caso, le has causado una buena impresión. —Dalin sonrió—. Bueno, vamos allá. —Beltayn se puso en pie—. Coge los mapas.

Dalin empezó a reunir los planos. Beltayn se volvió para observar la radio. Vio que una de las agujas del medidor de volumen estaba saltando. Salió disparado a ponerse los casos y encendió el micro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dalin.

—Creo que tengo algo, por fin. Una señal —dijo Beltayn. Activó un dial y escuchó con atención.

—¿Somos los únicos que quedamos vivos? —le susurró una voz al oído. Beltayn se quedó helado.

—¿Quién es? ¿Quién habla?

—¿Hay alguien? ¿Somos los únicos que quedamos vivos?

—¡Responded! ¡Responded, por favor! —La voz se apagó y Beltayn se quitó los cascos.

—¿Ha podido oír algo? —preguntó Dalin.

—No —respondió Beltayn—. Nada importante.

• • • • •

El MU3R7E lo miró a la cara, a su horrenda cara. Merrt se levantó y cogió el rifle.

Era pronto, las cinco y veinticinco. La casa estaba silenciosa como un cementerio, pero había algo extraño en el aire. Merrt tuvo un mal presentimiento, una sensación

típica de los viejos combatientes de la que una vez estuvo tan orgulloso. El solo sabor de su instinto perdido hizo que su corazón cantara de gozo.

Se había mantenido despierto durante horas, mirando el grabado del MU3R7E en la penumbra de la sala de descanso. Salió al recibidor y esperó. Una figura apareció de entre las sombras a su izquierda, moviéndose lenta y silenciosamente. Era el noctugane. Se acercó él, con la balista preparada en sus manos. Eszrah reconoció a Merrt a través de sus gafas de sol.

—Tú también, ¿eh? —preguntó Merrt.

Eszrah asintió.

—Vm… vm… vamos —susurró el soldado. Eszrah asintió de nuevo, pero Merrt le estaba hablando en realidad a su arma.

• • • • •

Bragg se había sentado a su lado hacía una hora o dos, en medio de la noche, tal y como siempre hacía cuando los dos tenían que hacer ronda de noche. Este no dijo nada, y Larkin tampoco le habló. Ni siquiera lo miró. Sólo se había sentado allí, en el puesto de vigilancia número seis, mirando las escotillas mientras el viento de afuera las golpeaba, consciente de la presencia que había detrás de él. Tenía la espalda fría por el sudor. Podía escuchar a Banda roncando desde la parte de atrás, así como su propia respiración acelerada, junto con un tercer sonido de inhalación, lento y tranquilo, muy suave.

Era Bragg, no había duda. Larkin había reconocido su olor, la sacra de su sudor, el particular almizcle de su olor corporal. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio a su querido amigo. Parte de él quería volverse y saludarlo, abrazarlo y preguntarle dónde había estado. Pero Larkin sabía adónde había ido, y no se atrevía a volverse por miedo a lo que podía ver. Bragg murió en la operación de Phantine, a manos del cabrón monstruoso con el que el propio Larkin terminó con su arma en Herodor. Bragg no podía estar allí detrás de él, no «debía» estar allí. Aquello iba contra todas las leyes de la razón, pero Larkin podía olerlo y oír cómo respiraba.

El tirador había echado de menos a su amigo mucho más de lo que podía decir. La idea de volver a encontrarlo le parecía maravillosa. Pero no así. Así no, por el Trono.

«Así no».

Justo antes de las cinco, Larkin oyó a Bragg ponerse de pie con un gruñido y marcharse. Larkin esperó un momento y luego se volvió lentamente. Allí estaba Banda, dormida en una esquina. Pero nadie más. Larkin se levantó e intentó despertarse la pierna dormida. Había estado sentado demasiado tiempo, encogido por el miedo. Vio una botella. Estaba en el suelo del cobertizo, a unos pocos metros de él. Se acercó y la cogió, para abrirla. Sacra. Dulce y deliciosa, de la mejor calidad. Ningún

capullo del regimiento había hecho una sacra así desde hacía años. Larkin sabía lo que significaba aquello: era un regalo.

—Gracias —dijo, y tomó un trago. Sabía a gloria.

Banda se despertó y lo miró.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

—¿Esto es tuyo? —le preguntó Larkin, mostrándole la botella.

—No.

—Ya lo pensaba. Sigue durmiendo.

La soldado obedeció. Estaba confusa y con resaca. Empezó a roncar otra vez. Larkin tomó un último trago y volvió a tapar la botella, que acto seguido se guardó en la bolsa. Se sentó de nuevo. Miró la hora. Eran las cinco veintiséis.

Alguien se apoyó en la pared de la caseta y empezó a gritar:

—¡Preparaos!

Larkin se volvió y miró alrededor. No había nadie allí, pero reconoció la voz perfectamente. Un miedo atroz le recorrió la columna. En toda su vida sólo había conocido a una persona que pudiera estar tan alegre y despierta a las cinco y veintiséis de la mañana; sólo una persona estaba dispuesta a hacer las rondas, preparar a su grupo y relevar a los centinelas a esas horas; sólo una persona poseía esa voz.

Y el nombre de esa persona había sido Colm Corbec.

• • • • •

—¿Qué hora es? —preguntó Hark.

—Pues… cinco minutos más tarde desde la última vez que me lo ha preguntado —contestó Ludd—. Las cinco veintisiete.

—Vaya —dijo Hark.

La estación de campo estaba en silencio. Los demás heridos están dormidos, ya fuera naturalmente o por el dulce efecto de los calmantes para aliviar el dolor. Desde donde estaba sentado, al lado de Hark, Ludd podía ver a uno de los enfermeros, Lesp, dormido en una de las sillas. Ludd sabía que el personal médico había estado despierto gran parte de la noche.

—Mire, es demasiado temprano —dijo Ludd—. Debería estar durmiendo. Puedo volver dentro de una hora.

—No, no. Siéntate —insistió Hark—. Sólo he preguntado porque el tiempo aquí pasa muy lentamente. Se mueve como un glaciar. Me alegro de tener compañía, no consigo dormir bien.

—Está bien.

Hark apoyó la cara sobre la cama. Tenía encima una sábana fina que le cubría la espalda y las piernas, proporcionándole un poco de calor. Ludd pudo ver las oscuras

manchas de las vendas a través de la sábana, y también oler el hedor de la carne quemada.

—Termina el informe, Ludd.

—No queda mucho más. Nadie requiere amonestación, la disciplina general es buena, a pesar de la situación.

—¿Te están dando problemas?

—¿Qué? No, señor.

—¿Es porque te has situado en una posición donde no puedan darte problemas?

Ludd no respondió en seguida.

—No puedes ser blando, Ludd. Tienes que ponerte delante de ellos y mantenerlos firmes.

—Esa… ésa es mi intención, comisario.

—Te van a pisotear si no lo haces —insistió Hark—. Lo digo en serio, te van a machacar. Tienes que enseñarles quién manda.

Ludd asintió.

—¿Qué?

—Nada, señor.

—¡Venga, dame algo en lo que pensar, Feth! —explotó Hark—. ¡Dame un problema que pueda solucionar mientras esté aquí postrado!

Curth entró en la sala y miró a Ludd con desaprobación. Este la saludó y sonrió.

Ella frunció el ceño y salió de nuevo.

—Está molestando a los demás —susurró Ludd.

—Entonces, habla conmigo.

—Dice que tengo que enseñarles quién manda. —Ludd soltó un suspiro—. Bueno, quién manda es Gaunt… Rawne… Kolea… pero no yo.

—Los oficiales tienen que apoyar a su comisario —dijo Hark.

—Los oficiales piensan que soy un crío. Se ríen de mí.

—¿Quién se ríe?

Ludd se encogió de hombros, intentando evitar la pregunta.

—¿Rawne?

—Si, y lo hace a propósito. Los demás, incluso Gaunt, no creen estar siendo maleducados, sólo es que no pueden evitarlo. No tengo ninguna autoridad.

Hark se giró un poco, haciendo un gesto de dolor.

—No dices más que chorradas, comisario. Dame papel y bolígrafo.

—¿Señor?

—Que me des papel y bolígrafo, y algo en qué apoyarlos.

Ludd le entregó lo que pedía. Le dio el diario de campo para que tuviera algo en qué apoyarse. Hark, tumbado sobre su barriga, escribió furiosamente en el papel y gruñó por el esfuerzo. Ludd pudo ver quemaduras en el brazo orgánico del comisario.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que está escribiendo, señor?

—Cállate. —Hark terminó, dobló el papel y se lo entregó a Ludd junto al bolígrafo

—. La próxima vez que te sientas incapaz de ejercer tu autoridad, dale esto a Gaunt.

—¿Puedo leerlo?

—No, tú dáselo y punto.

Ludd guardó el bolígrafo y el papel doblado en el bolsillo de la chaqueta.

—Toma esto también —dijo Hark, lanzándole el diario de campo.

—Ah, quería preguntarle también sobre eso, señor —anunció Ludd.

—¿Sobre qué?

—Sobre el diario de campo, señor. He intentado mantenerlo al día, como me dijo.

—¿Y qué?

—He leído sus anotaciones, para adaptarme a su estilo. —Ludd tragó saliva—. Y me he dado cuenta… ¿Cómo se lo digo?

—¿Rapidito?

—Me he dado cuenta de que hay algunas tachaduras. Algunos cambios donde había escrito y luego ha cambiado las palabras.

—Es un diario, Ludd —dijo Hark—, funciona así. El informe final estará en limpio.

—Pero no he podido evitar leer… algunas de las cosas que tachó. Las palabras eran legibles. Sobre sus sueños, señor.

—Eso eran anotaciones privadas que borré porque no tenían lugar en el informe.

—Aun así, me preocupan. Sus comentarios sobre los sueños y su inquietud. Dijo que no podía dormir y que…

—Es suficiente, Ludd. Olvida lo que has leído. No es de tu incumbencia.

Ludd se levantó, saludó, se puso la gorra y se volvió para marcharse. Entonces se volvió a sentar.

—¿Sabe qué? Voy a seguir su consejo. Si que es de mi incumbencia. Es de mi incumbencia como oficial el que esté tan preocupado por sus sueños que no pueda contárselo a nadie. Por el bien del regimiento, le ordeno que se explique.

Hubo un largo silencio.

—¿Has terminado ya? —preguntó Hark.

—Si.

—Pues lárgate.

—No, no creo que lo haga. —Ludd se acercó más y le habló en susurros—. ¿Qué te pasa, Hark? ¿Qué es lo que te preocupa desde antes incluso de que llegáramos?

—No tienes derecho a pregunt…

—Tengo autoridad sobre ti, Hark. Tú me la has dado, ¿te acuerdas? ¡Y ahora, empieza a hablar!

—Muy bien. —Hark se echó a reír—. Has estado muy bien, Nahum. Estoy impresionado. Así es como tienes que mostrarte ante Rawne y los demás.

—Muchas gracias. Pero sigo esperando. —Hark se calló de repente—. ¿Tengo que redactar un informe sobre su mala conducta? —preguntó Ludd.

Hark volvió la cabeza y lo miró. Sus ojos negros eran aún más oscuros por la falta

de sueño y algo más.

—No he dormido bien desde hace años, Nahum. Desde hace cinco, por lo menos. Los sueños vienen y me atacan mientras duermo.

—¿Pesadillas?

—No, no es nada tan grandioso ni evidente. Sólo es una sensación desagradable. El patrón ha variado. Ha habido épocas en que no los notaba. Eran meses de maravillosa tranquilidad. Pero hace poco han vuelto de nuevo, y se han vuelto peores desde que estamos en Jago, y peores aún desde que estamos en este maldito lugar.

—Siga. ¿Recuerda algo de esos sueños?

—No —dijo Hark, cerrando los ojos—. Es como… ¿Sabes cuándo recuerdas un sueño horas después de haberte despertado?

—Conozco esa sensación.

—Pues algo así —asintió Hark—. Un recuerdo repentino de tristeza y dolor.

—¿Se lo ha dicho a alguien más?

—He hablado con Dorden. Cree que es el efecto de un trauma por la pérdida del brazo.

—¿Cómo ocurrió?

Hark abrió los ojos y volvió a mirar a Ludd. Había un visible sufrimiento en sus pupilas.

—Fue en la batalla de Herodor, luchando junto a los Santos. Nos atacaron unos mercenarios; ellos me lo arrancaron.

—Vaya.

—Nunca me habías preguntado por ello, Nahum.

—No me atrevía, señor.

—Bueno, de todas formas, no tiene nada que ver con eso. —Hark se apoyó en la barriga, mirando al infinito—. No es por el brazo, ojalá lo fuera. Es otra cosa. A veces, sobre todo en estas últimas semanas, me viene también mientras estoy despierto. Aparece de repente. Así es como oí las…

—¿Las gaitas de Tanith? —lo interrumpió Ludd.

—Eres un chico listo. ¿Ya te lo había mencionado?

—Cuando estaba bajo el efecto de los calmantes, señor.

—Gaitas de Tanith —suspiró Hark—. Las oigo, y cuando lo hago, sé que va a empezar la masacre.

Hubo un largo silencio. Uno de los heridos al otro lado de la sala se despertó y empezó a quejarse.

—¿Qué hora es, Ludd? —preguntó Hark.

—Las cinco treinta y uno —respondió.

—Ve a hacer la ronda. —Ludd se levantó.

—Antes de irte —dijo Hark—. Devuélveme el papel que te he dado.

Ludd se sacó el papel del bolsillo, lo desdobló y lo leyó. Escrito con una caligrafía temblorosa, ponía: «Al comisario coronel Gaunt. Si Nahum Ludd le entrega esta nota,

significa que es completamente incapaz de ejecutar sus tareas como comisario del regimiento. Haga el favor de meterle un tiro en la cabeza y de lanzar su miserable cuerpo a los cuervos. Saludos, V. H».

—Un mensaje divertido —comentó Ludd.

—Pues iba en serio —respondió Hark.

—Por eso es divertido.

—Anda, dámelo.

—Ni hablar —se negó Ludd—. No quiero que se lo dé a otro. Creo que me lo guardaré. Y quizá, sólo quizá, no redacte un informe de amonestación por esto. —Ludd hubiera asegurado que Hark estaba riendo, aunque tenía la cara girada hacia el otro lado—. Voy a darle una orden —continuó Ludd, agachándose sobre Hark.

—¿Ah, sí?

—Si. Como comisario del regimiento, le ordeno que se quede aquí descansando. ¿Cree que podrá hacerlo? —Hark le dijo a Ludd por dónde podía meterse la orden. Ludd sonrió—. Bien, creo que los dos sabemos qué tenemos que hacer —dijo, y salió de la sala.

• • • • •

La cuerda se puso tensa durante un instante y luego se aflojó. Entonces, volvió a tensarse.

Wes Maggs se dio la vuelta para encontrar una posición más cómoda en la pared donde se encontraba durmiendo.

• • • • •

Mkoll levantó la linterna y alumbró el camino que tenían delante. Las luces de las paredes en aquel tramo de la casa parecían haberse apagado por completo.

—¿Y bien? —preguntó.

Dalin y Beltayn iluminaron los planos con la luz de la linterna que el primero llevaba en la mano.

—Un momento —dijo Beltayn—. Aquí hay algo mal.

—¿Otra vez? —preguntó Bonin, soltando un bostezo—. ¿Me habéis despertado para esto?

—Espera un poco —le dijo Mkoll.

El grupo de exploradores, dirigido por Hwlan, reapareció desde el final del pasillo.

—Ahí no hay nada, jefe —informó este, cansado.

—Pero el mapa… —empezó a decir Beltayn.

—A lo mejor es una puerta oculta —sugirió Dalin—. Podríamos intentar palpar las paredes.

—Tú también no, por favor —protestó Mkoll—. No me seas como Baskevyl.

—¡Esperad, esperad, esperad! —dijo Beltayn—. Este es el ocho central este, ¿verdad?

—El nueve central este —lo corrigió Bonin.

—No, el ocho este —protestó Hwlan.

—¡Callaos ya! —los cortó Beltayn—. Mirad, juntemos estos dos planos —sacó dos de los mapas para su inspección—. Debería haber una bifurcación justo aquí, hacia el sur.

—¡Ahí no hay nada! —gruñó Mkoll.

Dalin se estremeció. Odiaba la idea de tener enfadado al jefe de los exploradores, y todo esto había sido idea suya.

—¡Nada! —ladró Mkoll de nuevo, estrellando el puño contra el panel satinado—. ¿Lo veis?

—Er… jefe… —intervino Bonin.

Mkoll se volvió lentamente y golpeó otra vez con los nudillos contra el panel marrón.

Le devolvió un sonido a hueco.

—Por el Trono sagrado… —masculló Mkoll, tragando saliva—. No me lo puedo creer.

—¡Palancas! —gritó Bonin—. ¡Traed palancas en seguida!

• • • • •

Cinco treinta y tres. Larkin fue a las escotillas y levantó una de ellas. Fuera, el viento había amainado hasta convertirse en un simple murmullo. El polvo había desaparecido. Dirigió la mira al exterior. Podía ver con claridad el paso hacia la casa, con los peñascos iluminados por el frío sol del alba. Todo estaba cubierto aún por la penumbra, quieto como el hielo.

«Ahí abajo hay algo»… No, sólo eran los restos de la entrega del día anterior, abandonados en la arena desde entonces. Y también algunos cuerpos, los fríos cadáveres de amigos y camaradas.

Larkin volvió a la puerta de la caseta y miró fuera, a izquierda y derecha. No había nada, y las luces seguían con su vaivén habitual. Ni Bragg ni Colm Corbec. Ningún fantasma a la vista. Cogió su arma, ajustó la mira y le dio una patada a Banda. Esta se despertó agitada.

—Arriba —dijo.

—Que te den por Gak.

—Que te levantes, Feth. Ya vienen, lo noto.

—Limpiate el culo.

Larkin cogió su botella de agua, sacudiendo lo que le quedaba de la ración de la noche. Se la pasó a su compañera.

—Bébete esto, por lo que más quieras. Necesitas hidratarte, y yo que estés lúcida. —Banda se tragó el contenido de la botella y se levantó. Larkin estaba ya mirando por la escotilla. La soldado puso el rifle a su lado y sacó la tapa de su mira.

—¿Qué has visto? —le preguntó, arisca.

—Nada aún. Pero sigue mirando.

• • • • •

El pasillo tres central oeste, alejado de la sala principal, estaba en silencio. Merrt avanzaba con sigilo por el pasillo hacia el cruce, con el MU3R73 en las manos.

De pronto escuchó un ruido. Merrt se volvió rápidamente y apuntó con el arma pegada al hombro.

—¡Eh! —gritó Ludd, apareciendo por la esquina y deteniéndose de pronto—. ¿A qué Feth juegas?

La mandíbula mecánica de Merrt hizo un sonido gutural mientras éste guardaba rápidamente su arma.

—Lg… lg… lo siento, señor.

Ludd dio un paso hacia atrás, perplejo.

—Te he hecho una pregunta, soldado. ¿Qué cojones piensas que estás haciendo?

—Es que hg… he… he oído algo.

—Si, a mí —soltó Ludd, tocándose el pecho con el dedo índice—. ¿Quién te ha dado permiso para recorrer los pasillos con un rifle… cargado, por lo que veo…, a estas horas de la mañana?

—Es que he oído algo —repitió Merrt.

—Tendrás que esforzarte más para convencerme —exclamó Ludd—. Pudiste haberme disparado.

Merrt sabía que podría haberlo hecho. O al menos, su MU3R73.

—Estaba preocupado por si había algún ing… ing… intruso. Estaba investigando.

—¿Y no se te ha ocurrido avisar por radio?

—No. —Merrt se levantó y bajó el arma a su lado—. No he caído en ello, por desgracia.

—Soldado Merrt, ¿verdad? —preguntó Ludd.

Sabía muy bien quién era él. Con esa mandíbula, sólo podía ser el desgraciado más feo del regimiento.

Durante la liberación de Gereon, Ludd había trabajado con el comisario Hark para ayudar a Merrt con sus problemas de ludopatía en las naves de las tropas. Como resultado, Merrt había terminando realizando tareas para el RIP.

Ludd siempre había sentido lástima por Merrt, por sus heridas, por su mala suerte, por lo que tuvo que pasar en el RIP y por las órdenes inflexibles que el comisario le había impuesto como castigo. Pero ahora mismo no sentía especial lástima por él.

—Puedo meterte un buen paquete por esto, Merrt —lo amenazó Ludd, invocando un poco de rabia en su voz—. Ahora mismo podría sancionarte.

—Vamos, hombre. —Merrt se lo quedó mirando.

—¡Ahora soy comisario, Merrt! ¡Tienes que dirigirte a mí correctamente y con respeto!

—Cállate, anda. Sólo eres un cg… cg… crío.

Ludd sintió que la rabia lo invadía. Había salido de la sala lleno de confianza. Merrt había elegido un mal momento para faltarle al respeto. Si Ludd se hubiera parado a pensarlo, habría reconocido la mala suerte de Merrt en el momento. Pero el comisario no pensaba, estaba completamente encendido. Sacó la pistola.

—¡Ponte contra la pared, soldado!

Merrt no se movió.

Ludd lo apuntó con la pistola. ¿Qué era lo que había dicho Hark? ¿Ser firme? ¿Ejercer y enfatizar su autoridad? «Tienes que ponerte delante de ellos y mantenerlos firmes». Como comisario, tenía todo el derecho a dispararle al soldado. La lista de cargos era más que suficiente: falta de respeto a un oficial de alto rango, negación a obedecer una orden directa, mofa de una autoridad superior, poner en peligro la vida de un oficial con un arma cargada, portar un arma poco fiable sin permiso, omisión de alerta por actividad sospechosa… Desde luego, era más que suficiente, pero…

—No vas a dng… dng… dispararme, mocoso. —Ese «mocoso» fue la gota que colmó el vaso. Ludd no pudo más.

—¡Por la autoridad que me confiere el Trono sagrado, te…! —empezó a decir. Pero Eszrah salió de pronto de entre las sombras y estampó a Ludd contra la pared. Este se resistió, pero el noctugane había conseguido quitarle la pistola de la mano—. ¡Ay, ay! —gritó Ludd.

—Silentio, *amicus* —dijo Eszrah—. *Audite…*

• • • • •

Baskevyl se volvió y avanzó por el pasillo. El sonido de la masa que se arrastraba era cada vez más fuerte. Iba hacia él, por debajo del suelo. Aquel temible gusano en la oscuridad que…

«¡Basta!», se dijo Baskevyl. Pero de todos modos, sacó la pistola.

• • • • •

—¿Puedes verlos? —dijo Larkin, observando por la mira.

—Si —respondió Banda.

—Cazador uno, cazador uno —comunicó Larkin por el micro—. Cazador uno a todas las unidades. Contacto en la puerta principal. Son las cinco treinta y siete. Moved el culo. —Se volvió y miró a Banda—. ¿Empezamos? A la de tres…

• • • • •

La cuerda se tensó y la escotilla empezó a abrirse lentamente, accionada desde el exterior. Una cara lo miró. Por un momento, le pareció ver el rostro sin carne de la vieja dama vestida de negro. Pero no era ella. Era la grotesca máscara de un guerrero del Pacto Sangriento.

Wes Maggs disparó y, la cara del otro explotó.

• • • • •

Mkoll caminó hacia los restos del panel satinado y se asomó por el agujero.

—Huelo el aire —dijo.

—¿Si? Pues vamos allá —asintió Beltayn.

—Él es quien da las órdenes, Bel —advirtió Bonin a este último.

—Da a un espacio abierto —señaló Mkoll—. Huele a polvo. —Entonces se volvió hacia Dalin—. Creo que has acertado, chaval.

Dalin sonrió. Pero su gozo duró poco. Mkoll se pegó el rifle al pecho y miró hacia arriba.

—Eso ha sido fuego láser —afirmó.

—Si, no hay duda —contestó Bonin.

—¡Vamos! —gritó Mkoll.

• • • • •

—Aquí vienen —murmuró Larkin, preparándose para realizar el primer disparo.

—¡Por el Trono, hay demasiados! —dijo Banda.

—Tú ve cargándotelos uno por uno —contestó Larkin, y entonces disparó.

El día diez continúa.

He vuelto a escuchar las gaitas. Son las cinco treinta y seis.

Creo que van a ~~hata~~ atacarnos.

Por favor, Trono, haz que me equivoque.

Diario de campo, V. H.
Mes quinto, 778



ONCE

El segundo asalto

Bajo la fría luz de la mañana, los guerreros del Pacto Sangriento atacaron la casa del fin del mundo por dos frentes. Una fuerza de unos tres mil hombres llegó desde los peñascos del paso y cargó en masa contra la entrada y la elevación sur.

Simultáneamente, una fuerza de ataque de al menos cuatrocientos hombres atacaba las bóvedas y los búnkeres de las galerías superiores del lado norte tras haber escalado los escarpados precipicios que había detrás de Hinzerhaus.

Despertando rápidamente de un sueño ligero, Gaunt se puso su chaqueta y tomó decisiones tan pronto como Rerval, el ayudante de Kolea, le informó de la situación.

—Que la compañía C se reúna en la puerta —ordenó Gaunt—. H y J en la línea superior oeste. Cualquier otra compañía libre, que vaya a ayudar a las fortificaciones.

Rerval transmitió las órdenes rápidamente por su intercomunicador. Torrentes de hombres atravesaron la sala principal en dirección a los niveles superiores o inferiores. La casa se había despertado de golpe. Había un enorme griterío. Fuera y arriba se oía también un gran escándalo.

—¿Tiempo? —preguntó Gaunt.

—Despejado, señor. El polvo ha bajado unos momentos antes de que empezara el ataque —respondió Rerval.

—¿Por qué demonios habrán esperado a tener buen tiempo? —se preguntó Gaunt en voz alta—. El polvo es su ventaja principal, podrían haberse escondido en él y pillarnos por sorpresa.

—Creo que ésa podría haber sido su intención, comisario coronel —dijo Karples, entrando en la sala principal junto a Berenson.

—¿A qué te refieres?

—Es posible que el ataque de la entrada estuviera programado para empezar una vez los elementos asaltantes de los peñascos norte estuvieran listos y en posición —dijo el táctico en un tono llano—. Escalar los barrancos debe de haberles costado más de lo previsto porque sus exploradores cortaron todas las cuerdas de las laderas. Para cuando llegaron a su posición, el sol ya había salido y el viento amainado. Aun así, es evidente que decidieron presionar de todas formas.

—Esperemos que ese compromiso les cueste caro —sonrió Berenson. Llevaba una carabina láser último modelo—. ¿Dónde quiere que me sitúe?

—Donde pueda verte —respondió Gaunt, distraído—. ¿Kolea?

—¡Salimos! —gritó Kolea desde la parte inferior de la sala principal.

—¿Rawne?

—¡Me llevo a las unidades a la estación! —respondió éste con un grito desde la escalera.

—¡Te toca la puerta principal, Eli! —gritó Gaunt—. ¡Yo me quedo el ático!

—¡Pues buena suerte! —respondió Rawne mientras desaparecía por las escaleras con sus hombres.

Rerval estaba guardando sus cosas para seguir a Kolea.

—¿Dónde está Beltayn? —le preguntó Gaunt.

—No lo sé, señor. Aunque sus cosas están aquí, donde las dejó.

—Necesito hablar con él —dijo Gaunt, exasperado.

—Yo me ocupo de eso —se ofreció Karples.

—Bien. Coge ese intercomunicador y ven conmigo. ¡Criid!

—¡Señor!

—¡Reúne a tu compañía y sígueme hasta arriba!

• • • • •

En las profundidades de la casa, Mkoll dejó de correr y se dio la vuelta.

—Vuelve —ordenó.

—Gaunt me necesita —protestó Beltayn.

—Ya hablo yo con Gaunt —dijo Mkoll—. No importa qué esté ocurriendo allá abajo; tenemos que asegurar esa agua. Llévate a Dalin y ve a buscar ese puñetero patio mientras nosotros nos ocupamos de todo. Bonin, tú ve con ellos. Hwlan, Coir, vosotros también.

Beltayn y Dalin dieron media vuelta con los tres exploradores y volvieron por donde habían venido.

—¡Venga, démonos prisa! —urgió Mkoll al resto del equipo. Llegaron a unas escaleras y ascendieron dos niveles. En la segunda planta, el griterío y el ruido de los disparos que se producían arriba se oía sorprendentemente alto—. Al oeste —decidió Mkoll—. Hacia el ático.

Subieron los escalones de dos en dos. Cuando llegaron a la planta que enlazaba con el pasillo tres central oeste, se encontraron a la compañía L. Se apartaron para dejar paso a la tropa. Mkoll vio a Ludd, a Merrt y al noctugane siguiendo a la unidad.

—¡Comisario! —lo llamó.

—¿Señor? —Ludd se acercó, esquivando al torrente de soldados.

—Me voy arriba —dijo Mkoll—. Es posible que Beltayn haya encontrado el lugar donde se encuentra el agua. ¿Puedo sugerirle que vaya con ellos y se asegure de si es así?

—Por supuesto —respondió Ludd. Estaba secretamente agradecido de que el jefe de los exploradores se le dirigiera con el debido respeto. No había duda en las palabras de Mkoll de que Ludd era el comisario del regimiento—. ¿Dónde están?

—¡Mklane! —Mkoll llamó a uno de sus soldados.

—¡Señor!

—Enséñale al comisario el camino.

—Si, señor.

—Necesitamos esa agua —le dijo con calma a Ludd—. Los hombres no pueden luchar secos.

—Entendido —dijo Ludd.

—Excelente. —Ludd sonrió y salió tras Mklane. Mkoll llamó a Eszrah mientras éste pasaba por su lado—. Cuida de Ludd —le susurró.

—*Non preocupare, amicus* —le contestó Eszrah, con una especie de mutuo entendimiento.

Mkoll se volvió e hizo una señal a los demás soldados para que siguieran a la compañía hacia arriba.

—¿Adónde vh… vh… voy yo, señor? —preguntó una voz.

Mkoll miró por encima del hombro y vio a Merrt. El jefe de exploradores se encogió de hombros. Por experiencia, sabía que ahora mismo el pobre desgraciado no serviría para mucho.

—Quédate con el comisario. Puede que le haga falta gente para sacar las garrafas.

—Si, señor —respondió. Merrt se dio la vuelta.

Mkoll y los exploradores desaparecieron por las escaleras, y el resto de la compañía L los siguió. Estaba solo. El sonido de fuego distante resonó en el pasillo vacío. Merrt levantó el rifle y bajó las escaleras, siguiendo el camino por el que se había ido Ludd.

• • • • •

Las casamatas y torretas del sur de Hinzerhaus estaban iluminadas por los fuertes destellos de los disparos. Los torrentes de fuego concentrado salían disparados de las fortificaciones en la cara del peñasco e impactaban en las infanterías enemigas.

Los Fantasmas le devolvieron el favor al enemigo por el asalto sorpresa. En los primeros cuatro minutos de acción, los tiradores y equipos de apoyo apostados dentro de los puestos de defensa pasaron a la carga. Cientos de los soldados del archienemigo cayeron abatidos. Los disparos de los militares, saliendo en ráfagas de las fortificaciones, acabaron con unidades enteras. Los cuerpos cayeron en el blanco polvo. Aquellos con lanzacohetes disparaban a la masa asaltante, y los misiles levantaban por los aires a figuras ardiendo con cada impacto. Los disparos de los tiradores más expertos cruzaban el aire y terminaban con los guerreros de un solo tiro. Durante unos diez minutos, la fortaleza de Hinzerhaus cumplió con su papel de manera formidable. Seguros dentro de las antiguas casetas, los Fantasmas defensores hicieron una masacre enfrente de la entrada, y acabaron con cada ola de enemigos que se acercaba.

—¡Estoy vacía! —gritó Banda, apartándose del resquicio que utilizaba para disparar—. ¡Munición!

—Usa la mía —dijo Larkin, apartándose también. Su arma también acababa de negarse a disparar. Hora de recargarlas.

Banda cogió cuatro de los cargadores de Larkin y metió el primero en su rifle. Volvió a su posición y disparó.

—¡Mierda! —masculló.

—¿Has fallado? —preguntó Larkin. Mirando en su bolsa en busca de otro cañón —. Concéntrate, idiota. Y aprende… a no emborracharte mientras estás de guardia.

—¡Cierra la boca! —contestó Banda, apuntando a otro objetivo. Volvió a disparar —. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Estás malgastando munición —le reprochó Larkin mientras fijaba el cañón en el arma—. No me seas inútil o te echaré ahí abajo.

—¡Que te den, Larks! —respondió Banda, colocando otro cargador—. Puedo hacerlo.

—Pues enséñamelo —la desafió Larkin. Comprobó su rifle: estaba listo—. ¡Traed munición! —gritó por encima del hombro—. ¡Y también cañones! ¡Vamos! —metió uno de los cargadores que quedaban y se acercó a la escotilla. Apuntó y aguantó la respiración. El rifle le golpeó en el hombro. Un portaestandartes, bastante alejado, cayó redondo en la arena—. Por fin se ha callado.

—¡Bang! —anunció Banda a su lado. Puso su arma a un lado y miró a Larkin—. ¿Lo has visto? ¿Has visto eso? Un disparo limpio. —Los dos recargaron.

El soldado Ventnor, que repartía munición en la sexta planta, abrió la puerta de su caseta. Estaba exhausto, sin aliento. Dejó caer una gran bolsa en el suelo.

—¡Cargadores! —anunció.

—¿Y cañones? —preguntó Larkin sin dejar de apuntar.

—No —respondió Ventnor.

—¡Necesito cañones! ¡Ve a por ellos! —ordenó Larkin. Bang. Otro blanco en la cabeza.

—Espera —respondió Ventnor, exasperado, y desapareció.

—¡Bang! —exclamó Banda, con gran satisfacción—. ¿Te has fijado? ¿Has visto ese disparo?

—Si —contestó Larkin, colocando el siguiente cargador y buscando más objetivos con la mira—. Bien.

—Mierda, se ha jodido el cañón —maldijo Banda, apartándose de la ventana.

—Tengo dos más en la bolsa de atrás, coge uno —le ofreció Larkin. Bang.

El tiro le acertó a un oficial del Pacto Sangriento, con la espada en alto y a punto de gritar. Sería imposible arreglar su máscara de hierro. Banda se arrodilló para cambiar el cañón del arma.

—Date prisa —la apremió Larkin, disparando otra vez. Demasiado bajo, había calculado mal. Un guerrero perdió la cadera en vez del cráneo. Aun así…

—¿Qué pasa?

—¡Se ha encasquillado! ¡No puedo sacarlo!

Larkin se volvió para ayudar a Banda. El cañón de su rifle láser se había atascado de verdad, pues la base se había fundido con el cuerpo del arma. Los dos lo forzaron hasta que consiguieron sacarlo. Banda colocó el nuevo cañón.

—¡Munición y cañones! —gritó Larkin—. ¿Y Ventnor? ¡Nos estamos quedando sin munición!

Banda y Larkin recargaron a la vez y volvieron a sus puestos. «Busca, busca»…

—¡Bang! —se congratuló Banda.

El rifle de Larkin también acertó a su objetivo.

—¡Cañones! —gritó el ayudante, volviendo a asomarse por la puerta.

—Ya era hora —dijo Larkin.

—Agachaos —añadió el soldado.

Larkin se volvió.

—¿Qué? —preguntó. Su voz se apagó al terminar de pronunciar la palabra.

Colm Corbec le estaba sonriendo.

—Agáchate, Larks. Y haz que la señorita se agache también, ¿vale?

—Feth —se quejó Larkin. Se echó sobre Banda y la apartó de su puesto en una especie de placaje.

—¡Eh! ¡Ay! —se quejó ésta mientras caía.

Un segundo más tarde, el techo de la caseta, justo encima de ellos, recibía el impacto del primer obús de la artillería enemiga.

• • • • •

En lo alto de la fortaleza, cerca de la cúpula y las demás bóvedas de la cordillera, la lucha era a más corta distancia.

Los asaltantes del Pacto Sangriento habían intentado entrar en silencio por las escotillas, igual que habían hecho varias veces en los últimos días. Pero se encontraron los postigos vigilados y listos para el contraataque. Los soldados no dudaron en disparar. Tan pronto como se asomaba alguien abrían fuego, abatiendo a los asaltantes más cercanos a distancia de quemarropa. Sin tener adónde huir y con un precipicio a sus espaldas, el enemigo intentó irrumpir en las bóvedas y ganar por superioridad numérica.

Dentro de cada fortificación había un humo y un ruido infernales. Los Fantasmas habían construido plataformas durante la noche, la mayoría con tablones colocados encima de los sacos de arena, de forma que pudieran estar a la altura de las escotillas.

Los oficiales contaban con poca visibilidad, y tenían que confiar en los informes por radio que les enviaban los hombres allí apostados, disparando frenéticamente contra el enemigo. Los oficiales intentaban crear zonas de fuego entre las bóvedas y casetas adyacentes para abortar el asalto, pero muchos de los puntos de conflicto,

sobre todo en los niveles superiores del ala oeste, se vieron pronto abarrotados con turbas de guerreros y montones de cadáveres.

Allí donde las defensas eran más fuertes, con tres bancos de bóvedas vigilando la ladera del peñasco, los hombres apostados en los niveles más altos procuraban dirigir su fuego a los enemigos que atacaban las posiciones inferiores. Sin embargo, había pocas oportunidades de hacer fuego directo. La batalla en la cumbre era frenética, una tormenta de disparos desesperados y rápidas recargas.

Después de siete minutos de brutal confrontación, el enemigo logró entrar. Un guerrero del Pacto Sangriento, ya herido, se escondió detrás de una pila de cadáveres cerca de una bóveda de la zona oeste y consiguió colocarse en el interior. Rodando sobre su malherido estómago, soltó unas granadas bajo la escotilla más cercana. La explosión acabó con la vida de los ocho Fantasmas que ocupaban el puesto. Antes de que el humo tuviera tiempo siquiera de dispersarse, los asaltantes del archienemigo entraron por la brecha y se dispersaron por el pasillo interior. Con la confusión, consiguieron abatir también a los hombres de la bóveda contigua, realizando un ataque sorpresa por detrás. Como resultado, crearon un segundo punto de entrada.

Dos minutos más tarde, una granada perdida entró milagrosamente por una escotilla del nivel catorce y sacó a los defensores de la plataforma que ocupaban. De nuevo, el enemigo se infiltró por aquel punto eliminando salvajemente a los Fantasmas, aturdidos por la explosión. Una terrible lucha, parte de ella cuerpo a cuerpo, tenía lugar ahora en dos pasillos diferentes de las galerías superiores.

Para cuando Gaunt consiguió llegar a esos niveles, el Pacto Sangriento ya había hincado sus colmillos en ellos y mordía bien fuerte. Gaunt bajó al pasillo dieciséis oeste con la compañía de Criid, reforzando cada bóveda que se encontraban con parte de su fuerza. Tenía que gritar para que entendieran lo que decía.

La lluvia de disparos acribillando la cubierta de las bóvedas sonaba como granizo apedreando una lámina de metal. Una capa de humo formó una espesa niebla en los pasillos. Cada pocos segundos se oía el seco estruendo de una granada detonando. El aire caliente llenaba los espacios cerrados creando una mayor sensación de agobio. Las voces de los hombres, gritando por la angustia, por la confusión o por el dolor, sonaban tan fuertes como el ruido de los disparos.

—¿Ha oído eso? —gritó Berenson. Gaunt lo miró con el ceño fruncido, como señalando que no había más que alboroto a su alrededor. Berenson insistió con los ojos muy abiertos—. ¡Escuche! —gritó. Gaunt le hizo caso.

Había un sonido distante, diferente al incesante bullicio de la guerra cercana. Un silbido, la marca inconfundible de la artillería pesada, llegando desde la cara sur de la casa. Inmediatamente, la radio se llenó de gritos e informes.

—¿Rawne? —gritó Gaunt con urgencia por el micrófono—. ¡Rawne! ¡Fantasma Dos, aquí Fantasma Uno! ¡Responde!

—¡… otra descarga! —respondió Rawne, pero la señal estaba llena de interferencias—. ¡Nos atacan con artillería pesada desde el paso! ¡Repito, artille …!

—¿Fantasma Dos? ¡Repite!

—¡… o aguantaremos! ¡Están atacando muy fuerte! ¡Feth, vamos a…! —La conexión se cortó, no había ninguna señal. Gaunt oyó más obuses impactando contra el otro lado de la fortaleza. Esta vez sintió cómo el suelo se sacudía un poco.

—Por el Trono sagrado —exclamó Karples—. ¡Esto es una locura! —Iba a añadir algo más, pero Gaunt ya no pudo oírlo porque Criid, Berenson y algunos de los demás soldados habían empezado a disparar.

Aullando sus gritos de guerra, los miembros del Pacto Sangriento arremetieron contra ellos.

Gaunt sacó su espada, la espada de Hieronymo. La había recibido tras su exitosa defensa en otra lucha sangrienta: la batalla de la Colmena Vervun.

—¡Hombres de Tanith! —gritó. No tuvo tiempo de añadir nada más. Armados con hachas, ganchos, bayonetas y pistolas, los enemigos fueron a por ellos.

• • • • •

Dalin podía oler el aire fresco. También podía oír el estruendo de los obuses, de forma mucho más clara que Gaunt.

—Nos están atacando con todo lo que tienen.

—Eso parece —respondió Beltayn—. Sigue avanzando.

Dalin miró a Bonin, a Coir y a Hwlan. Los tres exploradores que Mkoll le había dejado se intercambiaban miradas de preocupación. Dalin sabía que estaban deseando encontrarse en cualquier otro lugar, alguno donde resultaran útiles.

Eran tres de los mejores hombres del regimiento, y se estaban perdiendo una batalla importante para llevar a cabo lo que podría considerarse una misión de abastecimiento.

—¿Por qué no os vais? —sugirió Dalin.

—¿Qué? —preguntó Bonin.

—Beltayn y yo podemos encontrar el agua. ¿Por qué no os vais y ya está?

—Mkoll nos ha dado una orden —dijo Coir.

—Pero…

—Mkoll nos ha dado una orden —repitió Bonin—. Y punto.

Habían entrado por el agujero de la pared y ahora avanzaban por un corredor que no había visto vida desde hacía mucho. Estaba hecho de piedra y el suelo pulido estaba cubierto de una gruesa capa de polvo. Había algo extraño en las luces de aquella sección.

Eran del mismo estilo que las de otras partes de la casa, colgadas de las paredes por sus pesadas trompas metálicas, pero éstas brillaban con un resplandor anaranjado que no se apagaba, que no temblaba como las demás. Ardían como viejas lámparas

cuyo fuego había llegado al final de su mecha.

—¿Queréis saber lo poco que me gusta esto? —murmuró Beltayn.

—¿Quieres saber lo poco que me importa? —respondió Bonin. Avanzaron lentamente, dejando tras ellos cinco rastros de huellas en el polvo. Se levantó un viento frío. Proveniente de algún lugar más adelante, oyeron los brutales impactos de los obuses.

El sonido no quedaba amortiguado de ningún modo por las paredes o las puertas.

—¿Concuerda esto con alguno de los planos? —preguntó Hwlan.

—Es difícil de decir… —comentó Dalin tras estudiar la colección de mapas que llevaba.

Hwlan le dirigió una mirada de furia.

—Lo siento —dijo Dalin.

—Eso no basta —insistió Hwlan.

El pasillo giraba a la izquierda y se ensanchaba un poco. Llegaron a un pequeño corrillo de escalones. Las paredes estaban cubiertas con los mismos paneles marrones que había por toda la casa, pero allí había más grabados y marcas en las franjas que se hallaban a la altura del hombro. Beltayn dirigió la luz de su linterna hacia ellos. Ninguna de las decoraciones parecía tener sentido.

—Ojalá supiera qué significa esto —dijo.

—Ojalá supieras también lo que significa esto —replicó Bonin.

—Puertas —intervino Hwlan.

Más adelante, justo en el límite del alcance de las linternas, había dos puertas, una a cada lado del pasillo.

—Vayamos a mirar —propuso Bonin. Su voz era un susurro.

Se acercaron a la puerta de la izquierda. Era sólida y de madera. Bonin fue primero, aguantando el rifle con una mano mientras cogía el pomo con la otra. Coir se colocó a su derecha, con el arma también preparada. Hwlan se quedó detrás de Bonin, con una granada lista en la mano. Bonin abrió la puerta de golpe y entró rodando, para acabar de rodillas en posición de ataque. Coir se deslizó tras él, apuntando hacia arriba. Hwlan cubría sus espaldas.

—¡Feth! —exclamó Bonin, levantándose y bajando el arma—. ¡Mira esto, Bel!

Beltayn y Dalin se abrieron paso entre los exploradores.

—Madre mía —exclamó Beltayn.

La sala era larga y alta, doblándose un poco hacia el sur desde la mitad de la misma. Estaba iluminada por el brillo anaranjado de las luces de las paredes.

Desde el suelo hasta el techo, la habitación estaba repleta de estantes, estantes llenos de libros polvorientos, manuscritos y tomos varios. Había varias mesas de lectura en el centro de la sala.

—Es… una biblioteca —dijo Beltayn. Entraron observando, dirigiendo sus linternas a las esquinas oscuras del techo, donde la luz de color ámbar no llegaba. Podían ver el polvo flotando en los rayos luminosos de las linternas.

Miles de libros, pizarras y pergaminos llenaban los estantes de las paredes.

—Entonces, ¿no hemos encontrado el patio? —preguntó Bonin.

—No, pero esto es todo un hallazgo —afirmó Beltayn, pasando la mano por los lomos de los libros de la estantería más cercana—. Tenemos que…

—Tenemos que encontrar el agua —insistió Bonin.

—No, esperad —se resistió Beltayn—. Esto es…

—Tenemos que encontrar el agua, Bel. Los libros son libros. Seguirán aquí cuando terminemos de luchar.

Beltayn miró a Dalin.

—Mirad por allí —ordenó Bonin.

Coir y Hwlan se dirigieron al fondo de la sala en busca de más puertas.

—Nada —indicó Hwlan.

—No hay más salidas —confirmó Coir.

—Bien, pues miremos por la otra puerta —decidió Bonin, y los dos exploradores se dirigieron hacia la salida.

—Deberíamos revisar estos libros en algún momento —apuntó Dalin.

—¿Por qué?

—Porque podríamos averiguar algo sobre este lugar —respondió. Bonin le sonrió, aunque no era una sonrisa muy amigable.

—Ya sabemos todo lo que teníamos que saber. Este maldito lugar es una trampa mortal, y vamos a morir todos aquí a menos que consigamos algunas cosas básicas como agua y un perímetro de defensa decente. Ya aprenderemos más sobre la historia de este sitio en otro momento, soldado Criid, cuando no tengamos el culo en peligro.

—Pero…

—No vuelvas a discutirme o te machaco.

Dalin se calló rápidamente.

—El chico tiene razón —intervino Beltayn.

—A ti te digo lo mismo —le contestó Bonin—. ¡Hwlan!

—Listo, Mach. —Hwlan y Coir se habían puesto en posición, uno a cada lado de la puerta que quedaba.

—Adelante —ordenó Bonin con una señal de la cabeza.

Hwlan abrió la segunda puerta, con Coir a su espalda.

—¡Por Feth! Es un arsenal, Mach.

—¿Un qué?

—Un arsenal. Ven y verás.

Bonin cruzó el pasillo con Dalin y Beltayn detrás, y entró en la segunda sala después de Coir y de Hwlan.

Iluminada por el mismo resplandor anaranjado, la larga sala tenía también un techo alto y estaba lleno de perchas. Montones de armas antiguas, muchas de ellas enormes, de calibre cincuenta por lo menos, los esperaban colgadas en perchas de madera. Eran de guerreros muertos hacía ya tiempo, guerreros que no volverían a

usarlas. El espacio de la sala lo llenaban varios baúles metálicos.

—¿Qué Feth es esto? —Hwlan había cogido una de las armas, y gruñó al notar su peso.

—¿Son láser? —preguntó Bonin.

—Si, eso creo —respondió Hwlan, abriendo el compartimento de carga del arma que había cogido.

—Son de un solo disparo, al viejo estilo, como las pistolas láser de antes. Feth, cómo pesa esto.

—Son armas de pared —les aclaró Coir.

—¿Qué? —preguntó Bonin.

—Armas de pared —repitió Coir, cogiendo una de las perchas. Dec Coir era bien conocido en el regimiento por sus conocimientos sobre las armas de fuego antiguas. Llevaba una antigua pistola láser como arma de apoyo.

—Si, grande y pesada. Está claro —dijo, examinando la que tenía en las manos—. También se las llaman armas de muralla. Toman su nombre del sitio donde las apoyaban. Son grandes, pesadas y de largo alcance. En las batallas, las usaban para la defensa.

—Tiene sentido —dijo Dalin—. Por la naturaleza del lugar, digo.

—Seguramente construyeron las casetas para disparar estas preciosidades —asintió Coir—. Las construyeron pensando en un ejército armado con esto. Ese es el motivo de que levantaran este lugar.

—¿Para defenderse de qué? —preguntó Bonin.

—No sabría decirte —respondió Coir. Estaba estudiando el arma que había cogido, intrigado—. Por el Trono, seguro que estos bichos harían buenas heridas. Y matarían a muchos, también. Son de fuego lento, pero su potencia…

—¿Y la munición? —preguntó Bonin. Hwlan se apresuró a abrir una de las carboneras. Estaba llena de perdigones, marrones y del tamaño de un globo ocular.

—¿Esto es la munición? —preguntó.

—Si, exacto —respondió Coir, mirando con tristeza el contenido del baúl—, pero parece inservible. Supongo que lleva demasiado tiempo ahí dentro.

Dalin cogió una de las bolas. Pesaba bastante. Mientras la sostenía, empezó a brillar débilmente.

—¡Mierda! —exclamó.

—El calor de tu mano está calentando la capa volátil —le explicó Coir—. Vuelve a dejarla en su sitio, soldado Criid.

Dalin dejó la bala junto a lo demás, y la luz se apagó inmediatamente.

—Esto sigue sin ser el agua —insistió Bonin.

—Si, pero… —empezó a decir Coir.

—Si, pero nada —replicó Bonin—. Dejad eso y salgamos de aquí.

Con pesar, Coir dejó el arma de pared en la percha. Hwlan hizo lo mismo.

—Sigamos el rastro de aire fresco —sugirió Bonin.

• • • • •

La furiosa artillería del Pacto Sangriento propinó una sonora bofetada a la cara de Hinzerhaus. Unos destellos anaranjados, vivos y ardientes, iluminaban los peñascos del sur cuando los obuses chocaban y explotaban. Parte de la roca salió volando y dejó expuesta la esquina anteriormente poblada por casetas de vigilancia. Dos de las fortificaciones sufrieron golpes directos y sus estructuras metálicas se partieron en pedazos. La furia de las descargas forzó a muchos de los Fantasmas defensores a buscar refugio.

De pronto, sólo un hilo de fuego defensivo estaba golpeando a la infantería enemiga que cargaba contra la puerta principal. El enemigo había cogido mucha ventaja.

La primera ola del Pacto Sangriento había llegado por fin a la entrada. Una segunda ola arremetió después de ésta y empezó a dirigirse hacia las fortificaciones inferiores de la cara sur. Una tercera ola llegó más tarde, portando un gigantesco ariete de hierro por la blanca arena. Unos cuarenta hombres lo colocaron contra la puerta, y empezaron a golpearla con él.

Los impactos sonaban como el tañido de una campana fúnebre. Dentro de la casa de guardia, a lo largo de los pasillos que conducían a la sala principal, esperaban varias unidades de Fantasmas, pegados contra las paredes con las armas listas, estremeciéndose con el sonido de cada golpe. Kolea, Baskevyl y otros oficiales de compañía intentaban mantener firmes a sus hombres.

—Aguantad —gritó Kolea por encima del ruido atronador de las explosiones—. Aguantad, no podemos dejar que pasen.

—La puerta aguantará, ¿verdad? —preguntó Derin.

—Pues claro —respondió Kolea.

¡Clang, clang, clang!

—Prepara los lanzallamas —le ordenó Kolea a Baskevyl, éste asintió y se marchó a buscarlos.

Todos podían sentir el inmenso poder de los obuses estrellándose contra la casa.

El polvo caía del techo con cada impacto. Algunos de los hombres se alarmaron cuando una gran cantidad de mugre les cayó encima. Los paneles del techo estaban partidos o caídos, como si el peñasco se fuera a derrumbar en cualquier momento.

—¡Seguid aguantando! —gritó Kolea.

Los impactos se detuvieron.

Los hombres en el túnel intercambiaron miradas de asombro. No se oía nada más que el polvo cayendo desde el techo y los golpes del ariete contra la puerta.

—¿Rawne? —preguntó Kolea por el transmisor—. ¿Rawne? ¿Qué está pasando? ¿Rawne?

• • • • •

Pero el mayor Rawne no podía oírlo. Uno de los primeros obuses que habían lanzado contra la cara sur lo había hecho caer al suelo y perder su intercomunicador.

—¡Pasadme un transmisor! ¡Necesito un transmisor ahora mismo! —le gritó a nadie en particular tan pronto como se puso de pie.

Pasó los siguientes minutos corriendo a ciegas de caseta en caseta. El aire estaba lleno de humo y los proyectiles hacían impacto cada pocos segundos. Rawne cometió el error de asustar a unos guardias en la oscuridad e intentó calmarnos de nuevo. Abrió una puerta y vio una de las fortificaciones con el techo abierto formando una pequeña cueva llena de pedazos de cuerpos humanos. Otro obús estalló cerca, y Rawne cayó de espaldas, cubriéndose de mugre.

—¡Levantaos! —les gritó a unos soldados que había cerca—. ¡Volved a vuestros puestos!

—¡Nos están bombardeando, señor! —protestó uno de ellos.

—¡Ya me he dado cuenta, imbécil! ¡Vuelve a tu posición! —Se metió en otro de los búnkeres. El techo empezaba a partirse y se veía el refuerzo de acero del interior. El humo atrapado se arremolinaba en los rincones de la maltrecha caseta.

—¿Larks?

—¡Estoy bien! —le respondió. Estaba sacando el cuerpo inconsciente de Banda por la puerta.

—¡Mierda! ¿Está…? —empezó a decir.

—Inconsciente, sólo inconsciente. No te preocupes por ella.

—Y tú, ¿estás bien? —preguntó Rawne, cogiendo a Larkin del brazo y ayudándolo a mover a Banda. Un reguero de sangre manaba de la cabeza del tirador.

—Si, tranquilo. —Larkin miró a Rawne—. Vamos a morir, ¿verdad? —preguntó —. No podemos hacer nada. —Los dos se agacharon cuando otro obús pasó volando y explotó peligrosamente cerca.

—Olvídate de los proyectiles de Feth —dijo Rawne—. De quienes nos tenemos que preocupar es de las tropas de a pie.

—Si, tienes razón —respondió Larkin, casi riendo. Rawne corrió hacia el departamento contiguo y echó un vistazo.

—¿Crees que estoy de broma? —preguntó. Los proyectiles dejaron de llegar de repente. Larkin se reunió con Rawne y ambos miraron afuera.

—Mierda —dijo.

• • • • •

El enemigo estaba entrando por la cara sur de Hinzerhaus, avanzando como hormigas. La distante artillería dejó de actuar para no terminar también con sus propias tropas de asalto. Los guerreros del Pacto Sangriento iban equipados con escaleras plegables llenas de espinas, que sacudían antes de avanzar. La fina dentadura de anclaje de las escaleras se clavaba en la roca y se mantenía firme. Tan pronto como las aseguraron todas, los asaltantes las subieron en dirección a las casetas y fortificaciones inferiores. Las escaleras chirriaban cuando las espinas se clavaban en la roca con el peso de los hombres que subían por ellas.

Los del Pacto Sangriento llegaron a su primer objetivo e irrumpieron en él. Sus hachas y cuchillos dieron buena cuenta de los pocos y aturdidos Fantasmas que se encontraban en el interior. Con la sangre aún goteando de sus armas, los asaltantes empezaron a presionar por los pasillos inferiores.

Mareados y aturdidos por la acción de la artillería pesada, los Fantasmas se despertaron pronto ante la intrusión. Hubo un intercambio de disparos en los pasillos cuando los soldados respondieron al ataque de los asesinos enmascarados. La compañía de Daur se encontraba en medio de tan brutal combate, abatiendo a los asaltantes mientras éstos aparecían de entre la humareda e intentaban arrinconarlos dentro de las casetas.

—¡Contacto e invasión! —gritó Daur por su intercomunicador—. ¡Contacto e invasión en el nivel cuatro! —Se abrió paso por el túnel, tosiendo por el olor de la sangre y el humo. Estaba medio cegado. Tenía los ojos empañados de lágrimas—. ¡Vamos, chicos! —les gritó a las figuras que lo rodeaban.

Pero no todos eran Fantasmas. Un guerrero enmascarado se acercó a él y dirigió el hacha contra su garganta.

• • • • •

Rawne estaba agachado en una de las fortificaciones. A través del humo, pudo ver a las rojas figuras subiendo por las escaleras clavadas en la roca.

Se acercó corriendo e intentó echar abajo una de ellas, pero estaba demasiado clavada, tanto por los pinchos como por el peso con el que cargaba. Unos disparos pasaron a su lado, en vertical.

—¡Larks! —gritó.

Larkin apareció a su lado, sacando medio cuerpo por la escotilla. Apuntó con su rifle y disparó. El proyectil impactó contra el pecho de un guerrero que subía hacia él, y su cuerpo cayó sobre los dos que estaban subiendo por la escalera. Larkin recargó el arma y disparó de nuevo, apoyándose en el al borde del marco. Apuntó y volvió a disparar contra la escalera, destrozando varios escalones y un lado de la estructura. Lo que quedaba se rompió con la propia tensión y un buen tramo se soltó al fin. Ocho

asaltantes cayeron en picado.

—¡Cógeme! ¡Cógeme, Feth! —gritó. Larkin se había asomado demasiado y había empezado a deslizarse hacia abajo.

—Te tengo —dijo Banda, enroscando los brazos alrededor de sus piernas y tirando de él.

—¡Vienen más! —advirtió Larkin.

—Lo sé —respondió Rawne, que se asomó por el ventanal con una granada en la mano. Sacó la anula y la dejó caer.

—¡Gracias por venir! —gritó, y se puso a cubierto mientras la bomba bajaba.

El casco del guerrero más cercano salió volando por encima de la segunda escalera. La explosión había matado a tres de los asaltantes que subían y había seccionado la escalera, de forma que la parte inferior cayó como una cuerda sin anudar, lanzando, a una docena más de guerreros hacia las mortales rocas que los esperaban abajo.

Rawne miró a Larkin.

—¿Funciona tu radio?

—Eso creo.

—Envía esto por mí. Autoridad dos, Rawne. Acabar con las escaleras. Prioridad.

Larkin encendió su intercomunicador.

—Escuchadme, gente… —comenzó.

• • • • •

Pasillo dieciséis oeste. Con el tiempo, el nombre se añadiría a la lista de localizaciones que albergaron grandes batallas de los Primeros de Tanith, compartiendo lugar con algunas como la entrada de Veyveyr, Ouranberg o el Quinto Compartimento como lugares a ser recordados y honrados por aquellos que algún día oirían hablar de esos nombres.

Gaunt estaba justo allí. Las batallas en túneles son las peores con las que un soldado se puede encontrar. Son claustrofóbicas, demenciales e inflexibles. Las limitaciones de la localización los llevaban a encontrarse cara a cara con los enemigos, quisieran luchar contra ellos o no. El tiempo de reacción era de apenas una fracción de segundo. Todo dependía del instinto y los reflejos, y si uno de los dos fallaba, llegaba la muerte. Era así de simple. No había margen para el error, ni espacio para intentarlo de nuevo. Más de una vez, Gaunt vio disparar a un Fantasma y caer antes de poder realizar un nuevo intento.

No había segundas oportunidades.

Luchar en un espacio tan cerrado tenía sus propios peligros. No sólo estaba el fuego, sino también los proyectiles rebotados. Las balas bailaban su mortal danza, a

veces causada por el espasmo de un hombre que, disparaba mientras caía. Obedeciendo a sus propias dinámicas ocultas, las balas se clavaban en las paredes o en las esquinas, en aparente desafío a las leyes de la balística.

La pistola de Gaunt tenía un gran poder disuasorio, y lo usó a plena potencia. Los asaltantes que avanzaban hacia él caían fulminados por sus disparos, empujando a los que tenían detrás como si fueran bolos. Allí donde el carácter de la batalla había descendido a lo más bárbaro, al nivel de la plata pura y las hachas, su poderosa espada seccionaba brazos, cuchillos, cascos y máscaras.

Sus Fantasmas tenían cierta ventaja. El enemigo había conseguido penetrar con éxito en dos puntos de las galerías superiores, lo que significaba que estaban acorralados por los Fantasmas en cada uno de los lados. Gaunt animó a sus defensas lo mejor que pudo, dadas las circunstancias, intentando aplastar a los insurgentes. Fue una tarea más allá de los límites de su intercomunicador, pero Karples repetía sus órdenes a través del potente transmisor de Beltayn.

Tampoco es que tuviera mucho tiempo ni oportunidades para dar órdenes. Gaunt recordó que Hark había observado una vez un fenómeno al que llamaba «tiempo de combate». Ese estado era el que gobernaba ahora. Gaunt disparó, avanzó, cortó con su espada y permitió que otros avanzaran con él, aplastando a los enemigos insurrectos mientras recargaba.

El tiempo de combate era implacable, agotador y apenas dejaba tiempo para pensar o moverse, pero también era lento, como un fotograma que iba cambiando poco a poco. Era casi hipnótico.

Gaunt vio disparos que se dirigían a él con la velocidad de aviones de papel. Vio chorros de sangre disparados hacia el aire formando ondulaciones. No había ningún sonido aparte del latido de su corazón. Notó que un disparo le rozaba el brazo izquierdo. Vio otro que había hecho él mismo hacía siglos impactar contra una de las máscaras, que se dobló como un libro cerrándose, esparciendo carne y hueso pulverizados como los pétalos de una flor rosada. Vio otro disparo en vertical, efectuado por un hombre que estaba cayendo, y el láser rebotó en el techo en dirección al suelo. Fue del suelo al techo, del techo al suelo, moviéndose como la aguja de un sismógrafo, hasta que finalmente se paró en el cuello de uno de los asaltantes.

Bestias escarlata cubiertas de sangre corrieron hacia Gaunt muy lentamente, según su actual percepción. Sacaban la lengua por los labios metálicos de sus máscaras, con sus cuchillos brillando en la penumbra del pasillo. Gaunt cortó una cabeza en dos con su espada y le disparó a otro guerrero en el pecho.

Entonces se dio cuenta, con bastante calma, de que así era como iba a morir.

• • • • •

Tona Criid había perdido de vista a su comandante. La lucha se había convertido en tal tormenta de confusión que apenas tenía idea de adónde se dirigía.

—¿Gaunt? ¿Dónde está Gaunt? —gritó. El soldado que había a su lado sonrió sin responderle—. ¿Dónde está Gaunt? —le repitió.

Aún sonriendo, el soldado se desplomó sobre ella, con una herida enorme allí donde le habían clavado un hacha.

Criid dio un paso atrás, disparando con su rifle láser a dos asaltantes que habían salido de la nada. Cayeron de espaldas, con los brazos en alto. Unos Fantasmas pasaron por su lado. Miró al soldado muerto y deseó poder recordar su nombre.

—¡Vamos, vamos! —les gritó a los hombres que la seguían, y entonces sacó el transmisor—. ¡Aquí Criid! ¿Dónde Feth está el comandante? ¡Tenemos que protegerlo!

Pero era inútil. No había forma de imponer orden en aquella locura. Los dos Fantasmas que tenía delante cayeron abatidos. Murieron tan rápido que ni siquiera tuvieron tiempo de gritar o decir algo. Todo lo que Criid pudo ver fue una máscara acercándose a ella con un sable en alto.

Levantó el rifle y empaló al asaltante con su plata pura. El guerrero se tomó un momento antes de morir, arrancándole el arma de las manos por el peso. Criid apoyó el pie izquierdo contra él para sacar la cuchilla. Algo la golpeó entonces en un lado de la cabeza. Le dio tan fuerte que se estrelló contra una de las paredes y manchó de sangre el panel marrón satinado.

Se le nubló la vista. La boca le sabía a metal, y oía un sonido apagado. Sabía que estaba en el suelo, pero…

—¡Levántate!

—¿Qué? —murmuró ella.

—¡Levántate, chica! ¡Vamos, están por todas partes!

—¿Cómo? —Tona Criid seguía sin poder ver. Sabía que tenía que correr, pero se había olvidado de cómo funcionaban las piernas.

—¡Vamos! —gritó la voz—. ¿Es así cómo lucha una guerrera de la Colmena Vervun? ¡Levántate!

Criid recuperó la vista. Todavía le dolía aquel lado de la cabeza. Oyó el ruido de un rifle disparando en modo automático.

Caffran estaba de pie a su lado, cuidando de ella, disparando al enemigo.

Acabó con los últimos dos asaltantes con una puntería perfecta y se volvió hacia ella.

—Tona, amor.

—Cali…

—Te pondrás bien, cariño. Te has dado un golpe muy fuerte.

—Caff —Lo miró a los ojos. Eran tan claros como recordaba, tan llenos de ternura como la primera vez que lo encontró, años atrás, en Verghast—. Si habías muerto —dijo ella, simplemente.

—¿Cómo está Dalin? —preguntó él—. Lo he echado de menos. ¿Y Yoncy?
—Si habías muerto —insistió.
—¿Sargento? ¿Sargento Criid?
—¿Caff?
Berenson estaba arrodillado a su lado.
—¿Se encuentra bien? ¿Puede oírme?
—¿Mayor?
—Se ha dado un golpe muy fuerte. Aún sigue aturdida, échese.
—He visto a Caff —dijo.
—¿Quién es Caff? —preguntó—. Mire, será mejor que se tumbe. La llevaré a la estación de campo. ¿Criid? ¿Criid? —Berenson miró a un lado—. ¡Soldado! ¡Que venga alguien! ¡Ayuda!

• • • • •

—¡Por aquí! —gritó Dalin. Corrió escaleras abajo hacia el brillo de la mañana. Unas manos firmes lo agarraron por detrás.
—¡No salgas corriendo así sin más, pequeño idiota! —le susurró Bonin al oído.
—Lo siento —respondió Dalin.
—¿Armas? —preguntó Bonin.
—Listo —respondió Hwlan.
—Listo —dijo Coir.
—Er… listo —añadió Dalin. Los tres exploradores lo ignoraron.
—Vamos allá, caballeros —los invitó Bonin.
Dalin miró a Beltayn.
—Sigámosles —dijo este.
Desde los viejos escalones avanzaron por debajo de un arco de madera hacia el aire libre. El patio estaba pavimentado con piedras grises y rodeado por dos lados por las paredes de la casa. La pared del precipicio limitaba los otros dos lados del patio. El arco que habían atravesado estaba incrustado en una cara del peñasco. El zumbido de los disparos resonaba en el exterior. Pero a pesar de eso, se estaba muy tranquilo allí.
—Toma ya —sonrió Bonin—. ¿Veis eso?
Todos lo veían. Había nueve palés llenos de garrafas de agua en medio del patio. No habían llegado enteros. Había pruebas en el tejado opuesto que sugerían que la carga había chocado al menos una vez contra él. Algunas de las garrafas de la parte inferior del cargamento se habían roto con el impacto, y el suelo del patio estaba mojado con el líquido derramado.
—Está casi intacto —gritó Beltayn.
—Genial —afirmó Bonin. Corrió al lado de la pila, sacó una de las garrafas y quitó

el tapón.

—Brindemos —dijo sonriendo.

Todos se acercaron.

—A ver esos vasos. De uno en uno, por favor —bromeó. El grupo sacó sus recipientes y Bonin los llenó todos, con cuidado de no derramar ni una sola gota de la pesada garrafa. Aquella agua era la cosa más deliciosa que Dalin había probado nunca. Vació el vaso demasiado de prisa.

—Se acabó —le dijo Bonin—. O si no, nos quedaremos pronto sin raciones. Si te dejo engullir más, te la habrás acabado toda para la tarde.

—A pesar de todo —opinó Hwlan—, creo que es algo que deberíamos compartir.

—Por supuesto que lo es —sonrió Beltayn, atesorando su vaso.

—Buen trabajo, chicos —les dijo Bonin a Beltayn y a Dalin. Acto seguido, cayó redondo. Cayó de cara, y chocó contra el borde del palé. Se quedó allí, tieso.

—¿Bonin? —lo llamó Dalin, sorprendido.

Un segundo disparo le quitó de la mano el vaso que aguantaba. El tercero perforó una garrafa al lado de Hwlan.

—¡Contacto! —gritó Coir levantando el arma. Estaba a punto de incorporarse cuando cayó de golpe.

Dalin miró hacia arriba mientras intentaba coger su rifle.

Unos guerreros del Pacto Sangriento estaban disparando desde los tejados del patio. Algunos de ellos estaban preparándose ya para volver a hacerlo. Los proyectiles silbaron a su alrededor. Dalin oyó más golpes secos según los disparos perforaban más garrafas.

—No, de eso nada —gruñó, y empezó el contraataque.

Continuación del día 10.

El infierno se esta desatando sin mi presencia. Las bajas se suceden de manera ininterrumpida.

Acaban de comunicarme que nos estaban atacando desde ambos frentes del objetivo.

No soporto esta impotencia. He intentado levantarme hace un momento, pero A. C. me ha obligado a volver a la cama. Aunque en realidad tampoco creo que hubiera llegado muy lejos. Me duele más de lo que puedo soportar.

Creo que A. C. me ha dado algo para mantenerme tranquilos.

Me siento bastante…

Diario de campo, V. H.
Quinto mes, 778



DOCE

LOS ÚLTIMOS MINUTOS SANGRIENTOS

El ariete arremetía contra la portilla exterior y producía un ruido sordo e incesante. Los Fantasmas aguardaban reunidos en la casa de guardia y a lo largo del túnel de acceso. Nadie hablaba. Nadie susurraba. Estaban sentados en un frío silencio y se estremecían ligeramente con cada golpe. La luz se iba y volvía constantemente.

Baskevyl advirtió que los cortes de electricidad se sucedían al ritmo del martilleo. Aunque el bombardeo ya había cesado, el polvo y la arena continuaban filtrándose a través de algunas grietas del techo. Al caer producían un sonido suave y susurrante; un sonido que a Baskevyl le resultaba desagradablemente familiar. Una voz en su interior le decía que no era un ariete lo que golpeaba la puerta, sino el gusano, que se arqueaba y embestía con su inmensa cabeza acorazada para intentar abrirse paso.

Kolea había llevado los lanzallamas al frente. La casa entera hedía a promethium. Las pequeñas llamaradas azules que salían del extremo de cada una de las armas producían un silbido similar al de una serpiente. Baskevyl podía percibir la tensión de aquellos soldados al ver cómo les temblaban ligeramente las extremidades. El ariete golpeó de nuevo.

—¡La estructura se está combando! —gritó alguien desde la fachada de la torre.

—¡Mantened la posición! —ordenó Kolea—. ¡Poneos en formación y preparaos!

—¡Se está inclinando! —Baskevyl miró a Kolea.

—No los dejes pasar —dijo.

—No lo haré si tú no lo haces —respondió Kolea.

• • • • •

El arma de Daur estaba descargada. Había vaciado toda la célula oprimiendo el gatillo una sola vez. Aparte de él, no quedaba nadie con vida en el túnel secundario. Los cadáveres de los asaltantes yacían esparcidos a su alrededor, incluido el de aquel desgraciado que estuvo a punto de cortarle la cabeza. Acababa de experimentar los quince segundos más intensos de su vida.

Se obligó a sí mismo a salir de su aturdimiento, expulsó el cargador vacío e introdujo uno nuevo. En las estancias y cámaras adyacentes se oían disparos, y Daur empezó a caminar hacia delante.

El túnel conectaba con un pasillo abovedado que también estaba repleto de cuerpos y cubierto de humo. Los cadáveres amontonados eran tanto Fantasmas como miembros del Pacto Sangriento, que yacían codo con codo en la muerte. «Sólo en la muerte», pensó Daur.

Al oír gente acercándose se volvió y vio que Meryn avanzaba por la sala

acompañado de hombres de su propia compañía y algunos de la de Daur.

—¡Daur!

—¿Cuál es la situación?

—Lo mismo te iba a preguntar yo —respondió Meryn. Estaba mugriento y una de sus mejillas estaba salpicada de sangre.

—¿Dónde estabas? —continuó.

—Estaba ocupado —respondió Daur.

—Están escalando los muros de Feth —explicó Meryn—. Rawne quiere a todos los hombres disponibles para cerrarles el paso. Ya hemos despejado los sectores inferiores ocho y nueve.

—Bien. Continuad en esa dirección. Yo me llevaré a los hombres de la compañía G y volveré al siete este.

—Nos vemos en el lugar feliz, Daur —asintió Meryn.

Daur regresó por el túnel con sus hombres. De pronto oyeron una ráfaga de disparos a su espalda. El grupo de Meryn se había topado con algo que venía de la otra dirección.

Haller miró a Daur. Se conocían de toda la vida, desde sus días en las filas del Vervun Primario. El capitán sabía lo que significaba aquella mirada.

—Vamos a seguir avanzando —le dijo a Haller—. Tendrán que apañárselas solos.

Salieron al siete inferior, una estancia que conectaba una serie de casamatas. De cada una de las escotillas salían sonidos de disparos. Al asomarse la primera, Daur vio Fantasmas que disparaban hacia abajo desde una aspillera en ángulos muy cerrados.

—Separaos —ordenó a sus hombres—. Id adonde os necesiten. No dejéis que entren.

• • • • •

—¿Puedo comentar lo poco que estoy disfrutando esto? —dijo Larkin.

—No —respondió Rawne.

Él y Banda llevaban protegiendo el mirador diez largos minutos, desde que se habían empezado a instalar las escaleras. Era una ardua tarea. Tenían que asomarse todo lo posible por la aspillera para disparar a los asaltantes o para cargar contra las escaleras hasta derribarlas. Al asomarse, la persona en cuestión corría un gran riesgo. Los silbantes disparos procedentes de la base del precipicio ascendían y pasaban por su lado de manera incesante. A Larkin lo habían rozado dos veces, y Rawne había recibido un rebote en la parte delantera de su armadura que le había partido la placa por la mitad.

En los últimos minutos se habían unido a ellos dos de los hombres de Rawne y un belladonita de la compañía de Sioman.

Eso les permitió hacer rotaciones en la aspillera y recargar, aunque la presión seguía estando ahí.

—Creo que están perdiendo empuje —dijo Rawne.

—¿Tú crees? —respondió Larkin.

—Un asalto necesita un gran impulso, de otro modo acaba perdiendo intensidad y fracasa. Si hubiesen conseguido dominarnos durante los primeros minutos, ahora tendrían el control, pero no lo han hecho.

—Pues a mí me parece que lo siguen intentando —terció Banda mientras paraba para recargar—. Necesitamos más munición. Los sacos están casi vacíos.

Larkin saltó hacia la puerta de la casamata. En los últimos diez minutos había solicitado dos veces un mensajero, pero no había ni rastro de Ventnor ni de nadie más. Todos los demás miradores y espacios de aquel nivel estaban plagados de Fantasmas que disparaban a destajo desde las aspilleras y el consumo de munición era considerable.

—¡Ventnor! —gritó—. ¡Necesitamos munición! ¡Mensajero! —esperó un momento. Entonces Ventnor apareció arrastrando un pesado saco de lona.

—¿Qué necesitas?

—Estándares y especiales. Y unos cuantos cañones.

—No tengo —respondió Ventnor mientras sacaba unos pocos cargadores estándares del saco—. He enviado a Vadim al arsenal hace diez minutos a por cañones y aún no ha vuelto. Hay mucho jaleo en los niveles inferiores. Esos cabrones consiguieron entrar.

Larkin asintió.

—Pero les habremos echado a patadas, ¿no?

—Estamos en ello —contestó Ventnor.

—¿Y arriba?

Ventnor se encogió de hombros.

—No he oído nada, excepto que la cosa está fatal. Se dice…

—¿Qué se dice?

—Nada, Larks.

—¿Qué se dice?

—Bueno, se dice que Gaunt ha caído —suspiró Ventnor.

—¿Es una broma?

—No. Por lo que parece había una lucha encarnizada en el nivel dieciséis superior oeste. Gaunt estaba en el meollo, como de costumbre y… bueno. No se retiró.

—¿Quién te ha contado eso?

—Un mensajero del ocho que conozco se lo oyó decir a un tipo que se lo había oído a otro que estaba de camillero en los niveles superiores. Uno de los heridos se lo había dicho a él y…

Larkin levantó la mano.

—Ese tipo de rumores, ¿eh? No lo extiendas, Ventnor. No sabemos si es cierto y

no beneficia en nada a los hombres. Márchate ya, te reclaman en otra parte.

Ventnor asintió.

—¿Pues no tienes cañones? —añadió mientras Ventnor se marchaba.

—Lo siento.

—¡Entonces será mejor que me encuentres algo con lo que disparar! —le gritó.

Se dirigió al mirador con los brazos cargados de cartuchos llenos.

—Si que ha muerto —dijo alguien.

Larkin se quedó helado. Conocía aquella voz, y el temor le hizo tragar saliva. Por un momento se olvidó de respirar y cerró los ojos.

—Gaunt está muerto —continuó la voz con un tono bajo y suave—. Lo sabemos porque nos han enviado a nosotros a por él. Fijo que sí.

Larkin abrió los ojos. No había nadie. Temblando, penetró en el mirador.

• • • • •

Dorden se tomó un segundo para respirar profundamente. El hospital de campaña era un caos absoluto. El número de heridos que llegaban pasada la evaluación superaba considerablemente su capacidad para atenderlos. Le rompía el corazón ver a aquellos hombres destrozados, los últimos de los suyos, transportados junto con los camaradas que habían hecho durante todos aquellos años desde Tanith.

Según los últimos cálculos de Foskin habría unos doscientos setenta y dos heridos, de los cuales treinta y ocho estaban graves. La cifra aumentaba a cada minuto. Aquellos hombres iban a morir porque Dorden no podía ayudarlos más de prisa. Ya habían tenido que preparar una segunda sala para acomodar a los heridos en espera, y una tercera para depositar a los muertos.

«Soy demasiado viejo para ver esto —pensó Dorden—. Demasiado viejo. Es demasiado doloroso. Debería haber muerto hace años, junto a Mikal, mi querido hijo. Así habría acabado con el dolor antes de que me superase».

Una camilla se acercó a él Dorden dejó su angustia a un lado.

—¿Dónde la dejo, doctor? —preguntó uno de los camilleros, jadeando y sudando por el esfuerzo.

Dorden miró al herido. Tona Criid yacía inconsciente y uno de los lados de su cabeza estaba cubierto de sangre.

—¡Por el Trono! —exclamó Dorden—. ¡Aquí! ¡Por aquí!

Los portadores dejaron a Criid en una litera y se marcharon a toda prisa con la camilla enrollada. «Vuelven a por más», pensó el médico.

Observó con cuidado la cabeza exánime de Criid. Por fortuna, no era tan grave como parecía en un principio. Se recuperaría, siempre que la herida se limpiase y se cuidase debidamente.

—¡Tolin! ¡Te necesito aquí! —gritó Curth desesperadamente desde el otro lado de la estación. Uno de los heridos profería terribles alaridos de dolor.

—¡Un momento!

—¡Ahora, Dorden!

—¿Puedo ayudar? —preguntó una voz a su lado.

Dorden miró a su alrededor. Zweil estaba allí. Como los medicae, el viejo sacerdote ayatani había acudido a la estación para realizar sus funciones. Portaba un frasco de agua bendita entre sus delgadas manos y sus ojos estaban cargados de un profundo dolor.

—Algunos hombres necesitan tus ritos, Zweil —dijo Dorden.

—Los muertos seguirán muertos hasta que llegue hasta ellos. Los vivos necesitan ayuda más urgente. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Toma esto —asintió Dorden—. Lávale la herida y límpiale la sangre y la suciedad. Hazlo con suavidad y con moderación. Andamos cortos de líquidos.

—Y que lo digas. Estoy muerto de sed.

Dorden se marchó corriendo. Zweil se arrodilló y empezó a limpiar la herida de la cabeza de Criid. Ella se despertó bruscamente.

—Estás bien, Tona. Estás a salvo —la tranquilizó Zweil con voz suave.

—Está muerto —murmuró ella.

—¿Quién?

—Está muerto.

—¿Quién está muerto?

—Gaunt —dijo con un susurro.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el soldado que estaba en la cama de al lado—. ¿Qué ha dicho, padre?

—Está delirando, Twenzet. Tranquilízate.

—Ha dicho que Gaunt está muerto, ¿verdad? —gritó el herido.

De pronto, la estación se quedó en silencio. Todas las cabezas se volvieron en su dirección y empezaron los murmullos.

—¡No hagáis caso! —gruñó Zweil—. Está delirando.

El ambiente se calmó, pero se respiraba una tensión que no había estado presente antes.

—¿Hasta qué punto está delirando? —preguntó Hark.

Zweil alzó la vista. Hark estaba ante él envuelto en una sábana. Apenas se mantenía firme.

—Yo no soy médico —respondió el sacerdote—. ¿No deberías estar tumbado?

—No eres médico —le replicó Hark.

—Ha dicho que Gaunt ha muerto —confirmó Twenzet.

—¡Tú te callas! —le ordenó Hark.

Zweil se puso de pie rígidamente y miró a Hark a los ojos.

—Está delirando —dijo tranquilamente—, pero si tiene razón, Viktor, sabíamos

que este día tenía que llegar antes o después. Nos las apañaremos. Saldremos adelante. También pensamos que Ibram había muerto en Gereon durante un año o más, pero regresó. No es un hombre fácil de matar.

—Pero no es inmortal.

—Entonces será mejor que empieces a pensar lo que les dirás a los hombres —asintió Zweil.

—No sabría por dónde empezar. —Hark respiraba con dificultad—. Tienes razón. Pensamos que había muerto en Gereon y el regimiento lloró su pérdida y siguió adelante. Pero no será tan fácil la segunda vez. No si hay…

—¿Si hay qué?

—Un cuerpo.

—Ah —dijo Zweil.

—Darlo por muerto en Gereon era una cosa. Aún había esperanza, y aquel anhelo acabó haciéndose realidad. Pero aquí…

Zweil lo miró.

—Acabará con nosotros, ¿verdad?

—Acabará con nosotros —afirmó Hark—, y moriremos.

• • • • •

Maggs la veía al fondo de la sala, moviéndose entre los asaltantes del Pacto Sangriento, con sus largas faldas negras a través del humo. La vieja dama sin carne en el rostro había venido hasta ellos. Había venido para reclamar a alguien. Maggs rezó para que no fuese él.

El tiroteo en el túnel era rápido y frenético. Maggs andaba corto de munición y se había visto obligado a cambiar el modo automático de su arma al modo de ahorro. Se pegó a un tramo de escalones y disparó una ráfaga contra los soldados de asalto del Pacto Sangriento, que se encontraban a diez metros de distancia camuflados en el humo. Derribó a uno. No cabía duda. O puede que a dos. Sintió un escalofrío. Había perdido de vista a la vieja dama con el vestido de encaje negro, pero aún oía sus pasos por encima del ruido de los disparos y sentía su frío aliento.

Leyr llegó junto a él y empezó a disparar.

—¿Cuántos? —preguntó.

—He contado ocho, pero seguro que hay más —respondió Maggs.

—¿Lo has oído?

—¿El qué?

—Hace diez minutos, en el dieciséis superior oeste. Gaunt.

—¿Qué pasa con Gaunt?

—Lo han abatido, Wes.

—Mierda. ¿Estás seguro?

—Eso es lo que dicen —afirmó Leyr—. Por lo visto era una carnicería, y él estaba justo en medio.

—¿Quién lo vio?

Leyr se encogió de hombros.

—No es verdad —replicó Maggs—. Se equivocan.

Entonces comenzaron a disparar de nuevo.

«Lo han abatido. —Las palabras de Leyr resonaban una y otra vez en la cabeza del soldado—. No, ellos no lo han abatido. Ha sido ella. Por eso estaba aquí. Sólo aparece cuando alguien verdaderamente importante está destinado a caer».

La vieja dama sin carne en el rostro había cumplido su cometido y todos sufrirían por ello.

• • • • •

Dalin se puso a cubierto tras los palés apilados del depósito de agua. No le gustaba hacerlo porque sólo conseguiría dirigir los disparos hacia los bidones, pero no había ningún otro lugar donde ocultarse en el patio. Disparaba sin descanso a los asaltantes de color carmesí que corrían por el tejado. No acertaba. Apuntaba con demasiadas prisas.

Coir había muerto. Estaba tumbado boca arriba en el patio de piedra y un charco negro de sangre rodeaba su cabeza como un halo. Bonin también había caído. Hwlan y Beltayn se habían arrastrado hasta los bidones de agua junto a Dalin y no cesaban de devolver ráfagas al enemigo.

Para Dalin, lo peor de todo era ver cómo el agua manaba sin cesar de los bidones agujereados.

Hwlan se elevó un poco, consiguió una buena línea de tiro y derribó a dos de los asaltantes del tejado con dos ráfagas sostenidas. Otro se volvió y quedó al descubierto. Dalin lo abatió con tres disparos.

En ese momento se oyó un fuerte estallido. Dalin miró a su alrededor para intentar averiguar de dónde procedía. Entonces advirtió un agujero humeante en el tejado junto a la esquina sureste de los edificios del patio. Los guerreros del Pacto Sangriento estaban descendiendo por la abertura.

Habían volado el tejado con granadas para poder entrar. Estaban dentro de los edificios.

—¡Cuidado! —gritó Dalin—. ¡Están dentro! ¡Ahora vendrán por las entradas del patio!

—¡Lo veo! —respondió Hwlan.

Cinco soldados de asalto del Pacto Sangriento emergieron de una de las esquinas

de la entrada del patio disparando y saliendo a campo abierto. Sus tiros obligaron a Dalin, Beltayn y Hwlan a agacharse. La lluvia de disparos agujereaba los bidones. La valiosa agua no paraba de brotar.

Cargaron contra los asaltantes desde un lado de los bidones y derribaron a tres de ellos. Ludd, Eszrah y el explorador Midane aparecieron disparando por un arco trasero. Uno de los disparos de la balista de Eszrah tumbó a un soldado enemigo. Hwlan, Beltayn y Dalin retomaron los disparos desde detrás del cargamento de agua.

Entonces comenzó un tiroteo encarnizado entre los dos grupos de Fantasmas y las tropas del Pacto Sangriento que había en el tejado y dentro de los edificios. Los rayos láser se entrecruzaban y rebotaban en los muros.

—¿Nos lanzamos a por ellos? —preguntó Ludd a Mklane a la sombra del arco.

—¿Lanzarnos? ¿Es que te has vuelto loco?

—¡El agua es vital! —protestó Ludd. Entonces hizo una pausa y exclamó—: ¿Dónde está Eszrah?

El noctugane había salido al descubierto. Haciendo caso omiso de los disparos que iban en su dirección, corrió hacia un muro y lo escaló palmo a palmo, agarrándose con los dedos de las manos y de los pies a los bordes de las piedras. Subió hasta el tejado y empezó a recorrerlo, directo hacia el enemigo.

Los asaltantes le disparaban, perplejos ante sus esfuerzos y su extraño aspecto.

Corriendo con paso firme sobre las tejas, Eszrah apuntó con su balista y disparó. Uno de los adversarios se desplomó y se deslizó torpemente hasta caer del tejado. Sin dejar de avanzar, el noctugane recargó su arma y oprimió el disparador de nuevo. Otro enemigo se retorció y cayó de espaldas. Eszrah abatió a dos más antes de llegar al agujero del tejado.

—¡Nos está haciendo quedar como unos inútiles! —rugió Hwlan, y se levantó.

Empezó a disparar sin tregua. Dalin se unió a él, y juntos derribaron a otros tres guerreros del Pacto Sangriento. Para entonces, Eszrah ya había descendido por el hueco.

—¡Vamos! —gritó Hwlan.

Los hombres salieron de su guarida y corrieron hacia la esquina más alejada del patio. Ludd y Midane abandonaron el arco y los acompañaron. En la entrada de la esquina se encontraron con dos soldados, pero Mklane y Hwlan se deshicieron de ellos de inmediato.

—¡Quedaos aquí! —gritó Hwlan, dirigiéndose a Dalin, Ludd y Beltayn—. ¡Custodiad el agua!

—Pero…

—¡Custodiad el agua!

—¿Debo recordarte que…? —protestó Ludd.

—No, no debes —respondió Mklane.

—Está bien. —Ludd agachó la cabeza—. Marchaos pues —aceptó a regañadientes.

Hwlan y Mklane continuaron. Dalin, Ludd y Beltayn volvieron a resguardarse tras

el depósito.

De pronto, Bonin se puso de pie.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

Todos lo miraron.

—¿Qué? —preguntó, levantando el brazo hacia atrás para tocarse el cuello.

Las puntas de sus dedos estaban manchadas de sangre.

—Ah, me han alcanzado, ¿verdad? —preguntó, y volvió a dejarse caer pesadamente.

Dalin corrió hacia él y sacó un paquete de gasas.

—Desde luego que sí. ¿Por qué no estás muerto?

—No lo sé, chico. Habré tenido suerte —respondió Bonin. Y perdió el conocimiento.

Dalin hizo lo posible por que estuviese cómodo.

—¿Qué pasa con Coir? —gritó.

Ludd estaba inclinado sobre el otro explorador y negó con la cabeza.

—Nos ha dejado. Pobre cabrón.

—Algo va mal —anunció Beltayn tras ellos.

—¿Qué has dicho, ayudante? —preguntó Ludd mientras rebuscaba en los bolsillos de Coir su identificación.

—¡Vamos! —gritó Beltayn—. ¡A cubierto!

Dalin y Ludd se volvieron y se esforzaron por levantarse.

Cuatro guerreros del Pacto Sangriento avanzaban hacia ellos por el patio emitiendo gritos de muerte en su terrible lengua extraña. Eran muy corpulentos, y sus ropas raídas estaban manchadas de sangre. Las bocas de sus máscaras estaban curvadas hacia arriba y formaban macabras sonrisas. Ya estaban disparando.

Ludd sintió que el abrasador impacto de un rayo le rozaba la mejilla. Él disparaba a ciegas. Beltayn se mantenía sin ceder terreno y disparaba su pistola automática a los asaltantes que se aproximaban, aparentemente ajenos a la lluvia de rayos láser que milagrosamente le pasaban a ambos lados sin tocarlo. Dalin vio cómo el ayudante acababa con uno de los enemigos y tuvo la triste certeza de que aquello sería lo último que haría Beltayn.

Intentó disparar, pero se vio obligado a apartarse violentamente cuando un láser le partió la placa del pecho en dos. El impacto hizo que cayese al suelo y lo dejó sin aliento. Quedó tumbado boca arriba, mirando al pálido cielo. Los disparos láser le pasaban por encima. Rodando y jadeando oyó el chasquido eléctrico sostenido de un láser acompañado de un aullido de dolor.

Beltayn había muerto, y probablemente Ludd también. Dalin intentó levantarse y tragó aire como pudo. Estaba preparado para encajar los disparos mortales que sabía que estaba a punto de recibir.

Se levantó justo a tiempo para ver cómo uno de los asaltantes se abalanzaba sobre su espalda con un agujero en el pecho. Un segundo enemigo ya había caído, y

golpeaba las losas del suelo con los talones de manera espasmódica mientras la vida lo abandonaba.

El adversario que quedaba se volvió en el momento justo para recibir una descarga láser en plena cara. Su cabeza estalló en una nube de sangre y metal, y su cuerpo se desplomó.

—¿Alguien quiere m… m… m… más? —preguntó Merrt mientras abandonaba el arco con la MU3R73 en sus manos.

Ludd lo saludó con la cabeza.

—Nunca pensé que me alegraría de verte, soldado —dijo con los ojos abiertos de par en par y pálido por la tensión.

—Nadie lo piensa, señor —respondió Merrt—. Lo sé por ng… ng… ng… experiencia.

—¡Qué cabronazo! —dijo Beltayn, riendo mientras bajaba la pistola y pestañeaba incrédulo al ver que no tenía ni un solo rasguño.

—Justo a tiempo, Merrt —dijo Dalin con una amplísima sonrisa de alivio.

—Eso está mejor —asintió Merrt mientras daba unas palmaditas en la culata de su arma.

• • • • •

Estaban todos muertos. Todos y cada uno de los soldados del Pacto Sangriento que Hwlan y Mklane se habían encontrado estaban ya muertos, atravesados por una rudimentaria flecha de hierro. Mientras los otros dos soldados de reconocimiento avanzaban por aquella zona inexplorada de la vieja casa contaron trece muertos.

—Hay que quitarse el sombrero con el noctugane —dijo Hwlan.

—Feth, y tanto —afirmó Mklane.

De pronto, una sombra apareció ante ellos. Los dos Fantasmas apuntaron con sus armas.

Era Eszrah.

—*Pacem, ánimas* —los saludó—. *Finis est.*

• • • • •

El ariete golpeó la puerta exterior con un fuerte impacto.

Después se hizo el silencio.

Los Fantasmas que aguardaban en la entrada de la casa corrían nerviosos.

—Preparados… preparados… —les susurró Kolea.

Esperó. Todo ruido se extinguió. Incluso los disparos distantes habían cesado. La respiración inquieta de los hombres se convirtió en el sonido predominante, como el leve susurro de una tela que se desliza, como un vestido de encaje que roza contra el suelo.

No ocurrió nada. Gol Kolea esperó un poco más y, definitivamente, siguió sin suceder nada.

Miró a Baskevyl y elevó una de sus cejas.

Este pulsó el botón de su intercomunicador.

—Aquí puerta. ¿Me escucha alguien desde el mirador?

—Aquí Daur, desde el mirador nueve, te recibo.

—Estamos ciegos aquí, Ban. ¿Veis algo?

Hubo una pausa.

—No mucho, puerta. De repente hay una gran nube de polvo, pero se están replegando en masa. Repito. El enemigo se está retirando. —Entendido. Buenas noticias. Gracias.

Baskevyl se volvió de nuevo hacia Kolea.

—De buena nos hemos librado —dijo.

Continuación del día 10.

Apenas me importa continuar con este diario, pero se que debo hacerlo.

No se que escribir.

No sé que voy a decir. Z. tenía toda la razón. Tengo que decir algo.

Tengo que decir las palabras adecuadas.

~~No puedo creer~~. Me resulta difícil valorar completamente esta circunstancia. Debería responder mejor. He recibido un buen entrenamiento y ~~prt~~ parte de ese entrenamiento incluía estar preparado para esto. Supongo que se debe al dolor que estoy experimentando, pero es una bajeza culpar a mi cuerpo por algo que mi mente no consigue hacer.

Sencillamente, no sé qué voy a decir. No sé si ~~exiten~~ existen las palabras adecuadas para que el golpe sea menos duro.

Necesito estar seguro. Supongo que necesito ver el cuerpo.

Diario de campo, V. H.
Quinto mes, 778



TRECE
Muertos y moribundos

—Esta área no es segura —gritó Varaine.

A su alrededor, los hombres tosían a causa del humo acumulado o se quejaban y lloraban donde estaban tumbados.

—Mírame a la cara —dijo Dorden a Varaine mientras pasaba por su lado.

—¡Doctor!

—Ya le has oído, Varaine —gruñó Rawne, siguiendo a Dorden por el vestíbulo superior en ruinas.

La noche del décimo día se acercaba, y fuera el polvo seguía elevándose. El viento sopló sobre las bóvedas acampanadas y silbaba al pasar por las rendijas de los postigos.

Con las contraventanas de los niveles superiores cerradas, estaban confinados con el característico hedor que sucede a la batalla. Una fetidez atrapada que se volvía cada vez más intensa en las estancias aisladas; un olor compuesto de sangre, humo, ficelina, orina y carne quemada. Rawne arrugó la nariz y se cubrió con la capa. Dorden, sin perder el paso, se colocó una máscara quirúrgica sobre la nariz y la boca.

El medicae caminaba sorprendentemente de prisa para un hombre de su edad.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Rawne.

—Yo creo que sí. Soy el médico oficial del regimiento.

—Entonces ve más despacio.

—De eso nada —respondió Dorden.

—Pues hazlo por mí —se quejó Zweil, que se estaba quedando rezagado.

Dorden se detuvo y esperó a que el anciano sacerdote se uniese al grupo. Al llegar, éste se agarró del brazo del otro hombre.

—Se reirá cuando vea nuestras caras —dijo Zweil.

—Por descontado —respondió Dorden sin sonreír tras la máscara.

• • • • •

Los niveles superiores de la fortaleza habían sido devastados. A pesar de la creciente tormenta en el exterior, los hombres de cinco compañías de los Fantasmas intentaban despejar y proteger esa área. Esforzándose brutalmente habían conseguido echar a los asaltantes, pero aún quedaban algunos grupos reducidos. Por los vestíbulos resonaban de vez en cuando distantes y esporádicos disparos.

Los tapices marrones de seda de las paredes estaban rasgados y agujereados. En algunos puntos habían desaparecido y dejaban al descubierto la pared desnuda de roca. La mayoría de las luces había recibido disparos. Había cadáveres esparcidos por

el suelo y apilados en algunos rincones. Los porteadores recogían a los amigos fallecidos y a los pocos heridos que quedaban. Los Fantasmas, provistos de linternas, avanzaban a través de la devastación y acababan con todo lo que se movía que no fuese de los suyos con un disparo rápido y certero de sus pistolas láser. El humo generaba figuras disformes en los haces de luz. Una condensación rosada goteaba de las húmedas placas del techo. La sangre se coagulaba en charcos al pie de los escalones o se secaba y se volvía negra mientras chorreaba lentamente por los paneles de la pared.

—¿Cuántos calculas? —preguntó Zweil.

Rawne se encogió de hombros.

—Si hemos perdido cuatrocientos, deberíamos considerarnos afortunados.

—Perderemos doscientos más si no conseguimos agua y suministros médicos —dijo Dorden sin dejar de caminar—. Los heridos morirán pronto. Añádelos a tu recuento.

—No se trata de un recuento, Dorden —contestó Rawne. Dorden no respondió. Sólo siguió caminando.

• • • • •

Maggs oyó que unos pasos lentos y arrastrados se aproximaban por el vestíbulo. Los ojos le lloraban por el humo. Le dolía el corazón. «Si piensas salir, hazlo ya».

—Aparta eso, Maggs —dijo Rawne.

—Lo siento, señor. Debemos ser precavidos. Creemos que los hemos expulsado a todos, pero podrían quedar algunos supervivientes.

—Tienes razón. ¿Es éste el dieciséis superior oeste?

—Si, señor. Es… es un desastre.

—Lo comprobaremos, muchacho —le dijo Dorden a Maggs, dándole unas palmaditas en el brazo mientras seguía adelante.

• • • • •

Tolin Dorden había aprendido con la experiencia que las batallas célebres nunca dejaban restos decorosos. La lucha, bajo cualquier circunstancia, era un mecanismo despiadado y cruento que partía los cuerpos en dos de manera indiscriminada y dejaba a su paso un terrible desastre para que hombres como él lo limpiasen.

Las batallas que se hacían un hueco en los archivos, las contiendas conocidas, eran siempre las más terribles. Dorden se había dado cuenta, muy a su pesar, de que todo

combate destinado a ser recordado y celebrado dejaba a su paso inmediato el más atroz de los escenarios.

Los rumores ya habían comenzado a extenderse: el oeste superior dieciséis, el lugar de los héroes, la lucha más encarnizada que se había librado jamás, encerrados en los túneles, hombre contra hombre, espada contra espada. Dorden sabía que más adelante se contarían más historias e incluso se añadirían adornos para consolidar su autenticidad. El oeste superior dieciséis había sido el momento más glorioso para los Fantasmas, un momento decisivo que sería recordado durante toda la existencia del regimiento. Pero la escena que lo recibió no tenía nada de heroico.

Aquel tramo de vestíbulo era un osario. Parecía que un vivisector desquiciado hubiese ido a hacer su trabajo y después hubiese quemado todas sus conclusiones. El aire estaba cargado de vapor y de humo. El humo manaba de los cuerpos chamuscados y el vapor de la humedad. El suelo estaba cubierto de varios centímetros de sangre y de tejidos esparcidos.

Dorden cogió la linterna que llevaba Rawne. Zweil emitió un gruñido y se cubrió la nariz con un pañuelo. El rayo de luz de la linterna se movía. No quedaba ni un sólo cuerpo intacto. Los muertos yacían calcinados y mostraban una sonrisa en sus rostros ennegrecidos y endurecidos por el calor. Los cadáveres yacían reventados como sacos de carne y sus tripas de color amarillo estaban desparramadas por el suelo empapado junto con otras partes del cuerpo: una mano, un pie dentro de una bota, un trozo de carne, parte de una cara, medio gesto.

—Al diablo tú y tu guerra —susurró Dorden.

—No es mi guerra —empezó Rawne.

—No te hablaba a ti.

Al final había habido lanzallamas. Algunas partes del vestíbulo se habían quemado hasta el suelo de roca y, en ellas, la sangre se había cocido y formaba una especie de melaza pegajosa. Las suelas de sus botas se adherían de manera desagradable mientras avanzaban.

Los Fantasmas escarbaban entre los muertos, buscaban con las linternas y, cada cierto tiempo, soltaban un disparo. Dorden sabía que no estaban liquidando sólo a los guerreros del Pacto Sangriento.

«Hay que tener misericordia», se dijo a sí mismo.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó una voz.

Era el mayor Berenson. Le habían disparado en el hombro derecho y tenía el brazo colgando.

Dorden se acercó a él.

—Veamos…

—No me refiero a mí. Me refiero a él.

Berenson señaló con la cabeza al hombre que había desplomado a su lado sobre un montón de cuerpos. Le habían cortado las dos piernas con una espada sierra o algo similar. Aún conservaba los restos de un comunicador cargados a la espalda. Dorden

se agachó.

—¡Botiquín! —gritó.

—¿Torniquetes? No pierdas el tiempo, médico —susurró Karples mientras la sangre le salía por la boca—. Sé que ya estoy muerto.

—Eso lo decidiré yo —respondió Dorden mientras cogía el material médico que le había entregado Rawne.

—No soy estúpido —dijo Karples medio ahogándose—. Sé que no puedo salvarme. ¿Hay algún oficial aquí? ¿Algún oficial tanith?

—Yo soy tanith. —Rawne se arrodilló y se acercó a él.

—Se merece una medalla.

—¿Quién?

—Vuestro… ¡agh! Vuestro comisario coronel —respondió el herido—. Él iba delante todo el tiempo. Jamás había visto tanto…

—¿Tanto qué?

Karples abrió la boca. La sangre brotó como lava saliendo de un volcán.

—¡Karples! —gritó Berenson.

—Lástima —masculló Karples—. Es una lástima que se le tenga que conceder una medalla póstuma.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Rawne.

Pero Karples no respondió. Había muerto.

• • • • •

Maggs iba delante con la luz de la linterna fija bajo la boca de su rifle. Pasaban a través de los Fantasmas desesperados y sollozantes mientras buscaban alguna señal de vida. Una figura se movió en la oscuridad bajo una bóveda acampanada por delante de ellos. Maggs avanzó y levantó su arma. Entonces vio un rostro sin carne y un vestido negro de encaje.

Estaba a punto de disparar, pero Zweil apartó su rifle.

—¡Estúpido! —gritó el sacerdote—. ¡Es Varl!

• • • • •

—Había algo —dijo Varl.

Estaba tan cubierto de sangre que parecía que alguien lo hubiese pintado a propósito. El blanco de sus ojos destacaba entre el rojo y sus negras pupilas dilatadas. Estaba temblando. Dorden lo ayudó a sentarse.

—¿Dónde te han dado? —preguntó.

—¿Ah, me han dado? —respondió Varl con tono sarcástico. Hablaba con una calma sorprendente. Entonces miró a Rawne—. Tenía que pasar algún día, ¿verdad? —dijo.

El mayor no respondió.

—¿Qué ha pasado, hijo? —preguntó Zweil.

—No podría narrarlo como una historia. —Varl se encogió de hombros—. Pasó todo muy de prisa. Sé que le dieron. Estaba a mi lado y lo alcanzaron. Lo oí gritar. Me dijo que continuase. Y entonces… entonces se desplomó. Intenté protegerlo, pero los enemigos avanzaban y nos obligaron a retroceder por el vestíbulo. —Varl se limpió la boca—. Cuando logramos recuperar el terreno, había desaparecido. Era todo un caos, pero entonces lo vi. Lo vi. Lo tenía el enemigo. Seis de ellos se lo estaban llevando. Supongo que lo reconocieron por sus galones y decidieron llevárselo como trofeo. Eso es lo que pensé en aquel momento. —Entonces sacudió la cabeza con tristeza—. Pero yo no se lo iba a permitir. No pensaba permitírselo. Y me lancé a por ellos, yo y un par de compañeros más. Fuimos muy decididos. Por un momento lo perdí de vista, pero entonces volví a verlo. Lo estaban sacando por una de las contraventanas.

Varl dejó de hablar.

—Termina la historia —dijo Rawne con una voz tan vieja y cansada como la casa que los rodeaba.

—Los seguí —continuó Varl amargamente—. Me abrí paso como pude y los seguí por la ventana hacia la cumbre. Había mucho polvo. Al principio apenas veía nada. Los hombres seguían luchando dentro y fuera de las bóvedas. Lo estaban atando a sus cuerdas de escalada para bajarlo por el precipicio. Entonces vi por qué. Estaba vivo. Todavía estaba vivo. Y me vio. Intenté llegar hasta él, pero eran demasiados. Lo estaban arrastrando y lo llevaban atado. Creo que era consciente de lo que estaba sucediendo. Creo que sabía qué destino le aguardaba si conseguían llevárselo. —Varl observó a los hombres que lo estaban escuchando—. Me gritó algo. No sé qué dijo. Aún tenía su espada. De algún modo todavía la conservaba. Mató a uno de ellos con ella, pero todos los demás se abalanzaron sobre él, de modo que… cortó las cuerdas.

Nadie dijo nada.

—Y eso fue todo —dijo Varl—. Todos se despeñaron. Se los llevó a todos con él. Se despeñaron por el precipicio y todo acabó.

—¿Estás seguro? —preguntó Rawne—. ¿Estás seguro de que era él?

Varl mostró algo que llevaba en el mono. Era la espada de energía de Hieronymo Sondar.

—Esto estaba en el saliente. Justo al borde del precipicio —afirmó Varl. Las lágrimas le corrían por el rostro dejando surcos de piel blanca entre la sangre—. Gaunt está muerto.

Punto de encuentro de Elikon, punto de encuentro de Elikon. Aquí Nalwood, aquí Nalwood. Hemos perdido en combate al oficial al mando. Repito. El oficial al mando ha perecido. El objetivo sigue seguro en estos momentos.

Corto y cierro.

(Fin de la transmisión)

Transcripción de mensaje de voz,
Quinto mes, 778



CATORCE
Marchas fúnebres

Les llevó otras cuatro horas asegurar Hinzerhaus. Un puñado de guerreros del Pacto Sangriento dispersos, que no lograron retirarse con sus fuerzas principales, aguardaban escondidos en las subsalas y en los oscuros finales de las solitarias galerías y acabaron cruelmente con los equipos de búsqueda que los descubrieron. Nadie murió sin enfrentarse en una lucha sangrienta. Rawne pensó que aquéllas eran las peores víctimas mortales de los Fantasmas. La batalla había acabado, pero sus hombres seguían muriendo.

«Sus hombres». El pensamiento le provocó un mareo. Tras todo ese tiempo juntos, aquéllos habían acabado convirtiéndose en sus hombres.

• • • • •

Conforme la noche avanzaba, los vientos furiosos de Jago silbaban alrededor de la fortaleza y golpeaban con la peor tormenta de arena a la que los había sometido el peñasco hasta entonces. El polvo penetraba por las muchas contraventanas rotas y dañadas, a pesar de los esfuerzos por sellarlas. El viento ululaba por las salas y las galerías, despejaba el humo y hacía tiritar a los hombres. Sonaba como un lamento; como el grito desesperado de una viuda o de un huérfano.

Entre el ruido, en la noche avanzada, las gaitas de Tanith empezaron a sonar. Hark escuchaba su tono lastimero y claro. Habían trasladado su cama a una sala lateral cuando la estación de campo se había llenado. El dolor se había apoderado de él. Había permanecido de pie demasiado tiempo. Sentía un dolor punzante en la espalda.

Al escuchar las gaitas intentó levantarse. Una mano le tocó el hombro ligeramente y una voz lo instó a permanecer tumbado.

—Oigo la música —dijo.

—Es Caober —dijo Ana Curth.

—Caober no toca —respondió Hark—. En Tanith ya nadie toca la gaita.

—Caober tenía una vieja —explicó ella—, y la está tocando ahora.

Hark volvió a escuchar. No era la misma música que había estado acechándolo. No era demasiado buena. Algunas notas no encajaban y el cambio de tono era más bien pobre. Era el sonido de alguien que no había tocado la gaita en años.

Era una melodía vieja, la antigua marcha de Tanith, pero la tocaba tan despacio que parecía un canto fúnebre, un lamento.

—Lo saben —dijo Hark.

—Todos lo saben —respondió Curth.

• • • • •

Rawne entró en el habitáculo que había sido el despacho de Gaunt. Había unos mapas sobre el escritorio y su mochila estaba apoyada contra la pared. Alrededor había unos cuantos objetos personales: una placa de datos, un cepillo, una lata de limpiametales, una taza de hojalata. Tenía su petate ordenadamente extendido sobre el pequeño catre. Bajo la cama, junto a una de las patas, yacían un par de calcetines que necesitaban un zurcido con urgencia. Rawne colocó la espada de energía sobre el escritorio y se sentó pesadamente. Cogió la taza de hojalata y la puso también sobre la mesa, delante de él. Sacó su botella de agua, desenroscó el tapón y llenó el recipiente por la mitad.

Ahora tenían agua, un pequeño lujo que estuvieron a punto de perder aquel día fatídico. Ludd y Beltayn estaban muy orgullosos de su gran logro. Rawne detestó haber tenido que borrar la sonrisa de sus rostros y el triunfo de sus corazones.

Grupos de Fantasmas habían pasado tres horas arrastrando los bidones de agua desde el patio hasta el interior de la casa. Habían perdido grandes cantidades, pero había suficiente para repartir, lavar las heridas y los cuerpos y para crear colirios con los que tratar a los hombres cegados por el polvo.

Rawne dio un trago. El agua sabía a desinfectante, a los bidones del Munitorum, a nada en absoluto. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Baskevyl se asomó.

—Estamos recibiendo los informes de la compañía, señor —informó—. La relación de bajas y los informes de defensa.

—Recógelos por mí, por favor —dijo Rawne—. Reúnelos todos y házmelos llegar.

Baskevyl asintió. No había dicho ni una palabra respecto a Gaunt en toda la noche ni había comentado nada sobre el ascenso al mando de Rawne. En otras circunstancias, Baskevyl habría tenido todo el derecho del mundo a ser considerado para el puesto, pero Rawne sabía que el mayor comprendía que tenía que ser él. Tenía que ser un tanith.

—Berenson quiere hablar con usted —dijo Baskevyl.

—Dile que espere, por favor.

—Señor. —Baskevyl cerró la puerta al salir.

Rawne dio otro trago de agua. Estaba mareado y era terriblemente consciente de que no tenía ni la menor idea de qué se suponía que tenía que hacer ahora. Le costaba pensar.

—Muchas gracias —le dijo a la espada de energía que había dejado sobre el escritorio, hablándole como si fuese Gaunt—. Muchas gracias por dejarme con toda esta mierda.

Rawne ya no tenía ninguna esperanza de que la cosa acabase bien. Otro asalto como el que acababan de sufrir probablemente acabaría con ellos. Gaunt había informado a Rawne de las instrucciones de Van Voytz. «Mantenedlos ocupados». Lo que se traducía como: «Quedaos ahí y pereced».

Alguien más llamó a la puerta.

—¡Márchate! —gritó.

Hlaine Larkin entró en la sala y cerró la puerta.

—¿Estás sordo? —gruñó Rawne.

—No, sólo soy desobediente —respondió Larkin, negando con la cabeza.

Se acercó hasta el escritorio y se sentó frente a Rawne. Era evidente que la prótesis le rozaba y le hacía daño, porque hizo una mueca de dolor con cada paso que dio y suspiró al sentarse.

—Termínate el agua —dijo.

Rawne vaciló un momento y después bebió de la taza hasta vaciarla.

—¿Hay alguna razón para que estés aquí? —le preguntó Rawne.

—¿Razón? No. ¿Un ángel responsable? Eso me temo. Tú y yo, Eli. Ya no quedan muchos de nosotros y quedan menos cada día que pasa. ¿Recuerdas los Campos Fundadores fuera del Tanith Magna?

—Si.

—Parece algo muy lejano —continuó Larkin mientras sacaba una taza de hojalata de su bolsillo.

—Es que hace mucho tiempo, estúpido.

Larkin rio.

—Aquella fila de tiendas de campaña. Estábamos Bragg, tú, Feygor, Corbec y yo. Todos dispuestos a servir a la Guardia. Jóvenes, ingenuos y vivos y eficaces como la pólvora. Estábamos listos para quemar la galaxia. —Rawne sonrió ligeramente—. Listos para quemar la galaxia y para seguir a un tipo de otro mundo llamado Gaunt hasta la guerra. Y míranos ahora. Bragg hace tiempo que nos dejó. Feygor, el viejo Colm, que parecía que iba a vivir eternamente. Maldita sea, ni siquiera yo estoy tan entero como me habría gustado.

La sonrisa de Rawne se amplió.

—Somos lo único que queda —continuó Larkin mientras sacaba algo más del bolsillo de su chaqueta— de aquella pequeña fila de tiendas de campaña. ¿Y eso nos convierte en los más afortunados o los más desafortunados de todos?

—Yo apuesto por lo segundo —respondió Rawne.

Larkin asintió, le quitó el tapón a la manoseada botella que había sacado y llenó ambas tazas.

—¿Qué es eso? —preguntó Rawne.

—Esto sí que es bebida —respondió Larkin.

Rawne cogió su taza y la olió con recelo.

—Es sacra —dijo.

—No es sólo sacra —respondió Larkin—. Pruébalo.

Rawne dio un trago. Una amplia sonrisa atravesó su rostro.

—¡Serás desgraciado! —exclamó—. ¿Has estado guardando una botella de licor de Bragg todo este tiempo?

—No —respondió Larkin—, pero si te dijera de dónde la he sacado, no me creerías. —Larkin dio un trago y continuó—: Es una bebida especial, para ocasiones especiales.

—¿Por quién bebemos? —preguntó Rawne mientras se levantaba con la taza en la mano.

Larkin se puso también en pie. El brindis tradicional tanith constaba de tres partes.

—Por los viejos Fantasmas —dijo Larkin.

Entrechocaron sus tazas y bebieron.

—Por que sigamos vivos —continuó Rawne.

Y chocaron sus tazas de nuevo. El licor entraba con suavidad, como terciopelo y hielo líquido.

Larkin y Rawne se miraron el uno al otro.

—Por Ibram Gaunt —dijeron ambos al mismo tiempo.

—Que el Emperador proteja su alma mortal —añadió Larkin. Entrechocaron las tazas una vez más y las vaciaron.

• • • • •

Rawne dormía en el antiguo catre de Gaunt y no se enteró de que Eszrah había entrado en la habitación. El noctugane se acercó hasta el escritorio y se sentó. Entonces observó la espada de energía sobre la mesa.

Era la hora más tranquila antes del alba. El viento soplaba alrededor de la fortaleza. Nahum Ludd le había explicado detenidamente a Eszrah lo que había sucedido, usando aquellas palabras de la antigua lengua del partisano que tanto se había esforzado en aprender. Los ojos de Ludd estaban rojos y llenos de lágrimas.

Eszrah tan sólo había asentido, sin mostrar ninguna reacción. Después se había alejado en silencio y había dejado a Ludd con su sufrimiento.

Los sonámbulos no mostraban emociones, formaba parte de su tradición. Los noctugane de Gereon no lloraban, no mostraban dolor, no lamentaban la desaparición. Veían ese comportamiento como una pérdida de tiempo.

Eszrah du Nocte sentía que había fracasado. No había cumplido la última orden de su padre. El hombre al que su padre lo había entregado había muerto porque Eszrah no había cumplido su deber de protegerlo.

Aquello convertía a Eszrah en también un hombre muerto. Sería un marginado,

una deshonra. No entendía por qué algunos de los Fantasmas seguían hablándole o aceptando su presencia. Debían ser conscientes de su estado de desgracia y saber que lo único que le aguardaba ahora era la «via defunctorum», el camino de los muertos. Ahora, el único propósito de su vida era expiar el daño que había permitido que sucediese.

Eszrah pasó los dedos por la hoja de la espada de energía. Sabía lo que tenía que hacer: recuperar el cuerpo para enterrarlo y vengar su muerte diez veces. Se quitó las gafas de sol que Varl le había dado hacía meses y las dejó sobre el escritorio. Ahora necesitaría ver. Ver como un felino que caza en la oscuridad. Cogió su balista y, casi sin pensar, agarró también la espada de energía. No era un espadachín, pero la naturaleza y la auténtica propiedad del arma era importante para el ritual. Tenía que ser el arma del muerto.

Rawne gruñó en sueños y se dio la vuelta. Miró hacia arriba, parpadeando.

Estaba solo en la habitación.

• • • • •

—Sólo te pido una cosa —dijo Dalin en un susurro—. No te mueras tú también. Por favor, no te mueras.

Se sentó junto a la cabecera de la cama de Tona Criid con la cabeza pegada a la suya. Ella no se movió.

—Vuelve conmigo. Ya sé que Caff no volverá, pero tú aún puedes hacerlo. Sabes que puedes hacerlo.

Tona estaba tumbada con la boca abierta.

Los ruidos inundaban la estación de campo. Los médicos seguían trabajando y trataban a todos y cada uno de los heridos. Los ayudantes iban de un lado a otro con paquetes de suministros, vendas estériles y cuencos de agua.

—No te preocupes, Dalin —dijo un hombre—. Se pondrá bien.

Dalin alzó la vista y vio al mayor Kolea a su lado.

—Señor —lo saludó Dalin mientras se ponía en pie.

—Igual que tú, muchacho —terminó Kolea.

Dalin sabía que el mayor había tenido una estrecha relación con su madre y con Caff. Aquel hombre tenía algo que por un lado lo tranquilizaba y por otro lo alarmaba. Kolea trataba a Dalin de manera extraña, no como Meryn y el resto de esos idiotas, que se mostraban exageradamente respetuosos con la memoria de Caffran. Kolea era diferente. Le recordaba a alguien a quien había conocido hacía tiempo en Verghast, antes de la guerra; a algún tío o un amigo de la familia.

—¿Lo conocía mi madre, señor? —preguntó.

—¿Qué?

—Mi madre biológica, no Tona, en la Colmena Vervun, mí lugar de nacimiento. Usted es verghastita. ¿Conocía a mi familia?

Kolea se encogió de hombros.

—Si.

—¿En serio?

—Los conocía muy bien.

—¿Y por qué no me ha hablado de ellos antes, señor? Tan sólo tengo algunos recuerdos borrosos de aquella época, pero si usted los conocía…

—Fue hace mucho tiempo, Dalin —dijo Kolea con voz ronca—. Tona siempre ha sido una madre para ti.

—Ya lo sé —respondió Dalin—, pero… ¿cómo eran mi madre y mi padre? Usted los conocía. ¿Cómo eran?

—Te querían —dijo—. A ti y a Yoncy. Os querían mucho. Y se alegrarían al saber que una mujer como Tona os acogió y cuidó de vosotros.

—Murieron en la guerra, ¿verdad? Mis padres. ¿Murieron en la guerra de la Colmena Vervun? —preguntó Dalin.

—Murieron en la guerra —asintió Kolea.

● ● ● ● ●

El undécimo amanecer llegó sin revelar ningún signo visible. La tormenta de arena del exterior era tan violenta que bloqueaba la luz del día y hacía que la noche se alargase. El ululante zumbido del fuerte viento y del polvo resonaba por los habitáculos y los pasillos como un lamento.

—Bueno, al menos no vendrán a atacarnos con esta ventisca —observó Berenson mientras aceptaba la taza de cafeína que le ofrecía Baskevyl.

—¿Por qué? —preguntó Baskevyl.

Berenson se encogió de hombros, olvidándose por un momento de que tenía un brazo en cabestrillo, e hizo un gesto de dolor.

—Porque hay visibilidad cero. Sería una locura.

—¿Te has enfrentado al Pacto Sangriento antes, mayor? —preguntó Baskevyl, sorbiendo de su taza mientras revisaba algunas transcripciones que su ayudante le había entregado.

—Ayer fue mi primera vez —admitió Berenson.

—¿Y acaso viste ayer en ellos el más mínimo indicio de cordura? —continuó Baskevyl.

Berenson se quedó callado.

—Podrían aparecen en cualquier momento, con o sin tormenta, con arena o sin arena —declaró Baskevyl—. Nada los detendrá excepto nuestras propias fuerzas.

—¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó Berenson.

—Significa que tus refuerzos deberían llegar en los próximos dos días —respondió Rawne mientras se reunía con ellos en la sala principal—. Esta tormenta debería retrasarlos un poco.

Berenson frunció el ceño. Su expresión se parecía de manera alarmante a la que ponía Caffran cuando sentía que se había insultado su honor.

—Vamos, relájate —dijo Rawne mientras se servía algo de cafeína—. No pretendía criticar la reputación o la eficiencia de tu regimiento. Toda esta polvareda demorará sobremanera cualquier avance motorizado. Ningún comandante avanzaría a ciegas. Sería una locura.

—Me remito a mi comentario anterior —dijo Baskevyl a Berenson.

Kolea, Mkoll, Daur, Theiss y Kolosim llegaron a la sala principal, seguidos de cerca por Sioman, Kamori y Meryn. Rawne esperó unos minutos más hasta que todos los oficiales de la compañía estuviesen reunidos a su alrededor.

—Comencemos —dijo—. ¿Cómo andamos de municiones?

—No muy bien, señor —informó Arcuda—. Estamos al cuarenta y ocho por ciento de nuestros suministros. Tenemos suficiente por el momento en lo que a estándares se refiere, y podemos preparar algunas más si es necesario. Pero ayer gastamos más munición sólida, más cargas y más proyectiles de lo que se pudiese imaginar.

—También andamos mal de cañones para las armas más largas —añadió Larkin.

—Ordena un lanzamiento aéreo de suministros —le dijo Rawne a Beltayn, quien estaba tomando notas—. Sé muy específico respecto a lo que necesitamos.

—Nadie conseguirá encontrarnos aquí para el lanzamiento —dijo Kamori en un tono misterioso.

—Y si lo hacen… —comenzó Kolea.

—Si lo hacen, ¿qué? —preguntó Rawne.

Kolea puso una cara extraña.

—Lanzar el agua en el patio era una cosa —dijo—, pero ¿municiones? ¿Cargas y explosivos? Eso podría acabar siendo una malísima idea.

—También lo es quedarnos aquí esperando sin armas y sin fuego de alta potencia —respondió Rawne—, y eso es lo que sucederá si vuelven a atacarnos como ayer. Los rifles y las espadas no serán suficiente contra otro ataque relámpago.

—Tal vez podríamos encontrar un punto de descarga alternativo —sugirió Daur —. Siempre y cuando la tormenta amaine, por supuesto.

—Comenzad a trabajar en planes alternativos para recibir sin riesgos las municiones —ordenó Rawne—. Beltayn, solícita el lanzamiento de todos modos.

—Si, señor.

—Por cierto, ¿cómo está nuestro enlace?

Beltayn negó con la cabeza.

—No podemos contactar con Elikon ni… ni con nadie más en estos momentos,

señor, hay demasiadas interferencias. Seguiré intentándolo —afirmó.

—Hazlo —dijo Rawne—. Y sigue intentando contactar con el regimiento motorizado del mayor Berenson, ¿quieres? Estaría bien que nos proporcionasen una hora estimada de llegada.

—Si, señor.

Rawne dio otro sorbo de cafeína y saboreó la novedad de tener algo caliente que beber. Después se aclaró la garganta y continuó:

—La orden del día es protegernos y mantener la seguridad. La vigilancia es primordial. Todos sabéis cuál es vuestro sitio y vuestra área. Quiero todas las ratoneras, todas las contraventanas y todos los sótanos de este maldito edificio bien sellados. Cualquier contacto, cualquier intento de entrada debe ser denegado con nuestra característica falta de tolerancia. Otro asalto completo ya sería de por sí bastante malo, pero tengo el presentimiento de que volverán a intentar entrar de manera furtiva.

Los oficiales asintieron.

—Comunicádselo a vuestros hombres. Decídselo bien claro —ordenó Rawne—. Sé que la moral está baja, pero ahora tenemos que ser el doble de fuertes. No quiero excusas. Aseguraos de que los hombres son conscientes de que cualquier error que cometamos hoy significará que Gaunt habrá muerto para nada.

Hubo una pausa desagradable. Varl tomó aliento entre dientes mostrando su desaprobación.

—¿Creéis que ha sido un comentario insensible? —preguntó Rawne—. Entonces ninguno de vosotros me conoce bien. No me ando con jueguecitos, porque ellos no están jugando. Y antes de que os lo preguntéis, así es como él habría querido que fuese.

—Eso no lo he dudado ni por un momento —asintió Mkoll.

—Bien —respondió Rawne—. ¿Quién se encargará de la seguridad en la nueva área?

—Dos compañías bajo mi mando —informó Baskevyl.

—Bien. Llévate a Beltayn contigo. Quiero un informe completo sobre esa biblioteca y ese arsenal.

Baskevyl asintió.

—Pues manos a la obra —dijo Rawne.

Los oficiales vacilaron un momento. Rawne los miró y suspiró.

—Ah, y que el Emperador os proteja y que viváis para siempre y todo eso… —añadió, agitando la mano con desdén—. No soy de palabras enardecedoras. Id a vuestros puestos.

Los hombres se volvieron para marcharse.

—Una cosa más, antes de que se me olvide —añadió Rawne, haciendo que todos se volviesen de nuevo—. Anoche alguien se llevó la espada de Gaunt de mi despacho. Supongo que alguien la querrá de recuerdo, habrá sido algún idiota sentimental. La

quiero de vuelta. Sin excusas. Y el que la haya cogido recibirá un severo castigo.

—Yo me encargo de eso, mayor —se ofreció Hark.

En algún momento durante la reunión se había unido al final del grupo. Estaba completamente vestido, con su abrigo contra tormentas puesto, y apoyaba su peso sobre una muleta hecha con la barra de una camilla. Tenía un aspecto pálido y débil.

—¿Te han dicho que puedes levantarte? —preguntó Rawne.

—No —respondió Hark—, pero lo he hecho. Esta situación no va a esperar a que yo me recupere. Curth me ha proporcionado analgésicos suficientes como para veros a todos como un montón de gente encantadora y sonriente. Pero supongo que pronto se me pasará. Tampoco esperéis que yo pronuncie ningún discurso vehemente, pero el mayor Rawne tiene razón. Tenemos que hacer las cosas bien hoy y mañana y pasado mañana. No podemos pararnos a compadecemos de nosotros mismos. A Gaunt no le habría gustado que nos desmoronásemos. Todo lo que luchó por conseguir durante toda su vida se iría al traste.

—¿Lo habéis entendido? —preguntó Rawne—. Bien. Adelante.

Undécimo día. El sol ha salido a las cinco y dos minutos de la mañana y la tormenta de arena continúa desde anoche. Es la peor tormenta que hemos vivido hata el momento.

Admiro a K. Ya se esta enfrentando al trabajo que tenemos por delante y ha distribuido el trabajo pesado y las responsabilidades para distraer a los hombres y a los oficiales del golpe mortal que hemos sufrido. Es el único modo de seguir adelante. Los oficiales no pueden permitirse mostrarse débiles o bajar la guardia. No hay tiempo para lamento o la desesperación. Si tenemos suerte, mucha suerta quizá podamos llorar su pérdida más delante.

El que tengamos agua ahora ayuda sobremanera. Las perspectivas de recibir municiones, refuerzos y de conseguir comunicarnos no son tan esperanzadoras. Dada la situación actual, creo que podríamos sobrevivir a un ataque más.

~~Sigo escuchando ruidos y sonidos extraños en~~ Doy por hecho que las medicinas que me ha proporcionado A. C. para que pueda desenvolverme sin dolor producen algún efecto secundario que genera alucinaciones. De momento pasaré por alto todas estas distracciones.

Tengo la certeza de que el enemigo atacará de nuevo antes de que acabe el día con tormenta o sin ella.

Diario de campo, V. H.
Quinto mes, 778



QUINCE
Después de la tormenta llega la tormenta

Asediada por la tormenta, la casa se cubría los ojos y la boca y aguardaba. Violentas olas de arenilla marrón y de un vapor ligero de polvo blanco rompían contra las murallas y pulían las casamatas de metal. Las contraventanas golpeteaban y traqueteaban y tuvieron que atar algunas desde dentro. Desde el mirador de la casa de guardia, el viento producía un aullido profundo y cortante mientras ascendía por el desfiladero.

En las cámaras base, los comunicadores rugían y bramaban como animales heridos mientras buscaban una señal.

• • • • •

Meryn los estaba llamando. Dalin y Cullwoe terminaron de inspeccionar la sala con sus linternas y regresaron al vestíbulo.

—¿Habéis visto algo? —preguntó el capitán.

—Está vacío, señor.

—Sigamos. Rápido.

—Si, señor —respondió Dalin.

Él guiaba a Cullwoe hacia la siguiente entrada. Meryn retrocedió para comprobar el progreso del resto de su compañía, que se había dividido en parejas para explorar y comprobar la seguridad de las secciones de la casa más allá del patio interior que habían descubierto recientemente. Dio algunas instrucciones.

—¿Capitán? —dijo Baskevyl, que había aparecido tras él.

—Señor.

—¿Habéis encontrado algo?

—Hemos inspeccionado unos ocho o nueve habitáculos hasta ahora —Meryn negó con la cabeza—, y la mayoría conducen a este vestíbulo. Según los hombres de Sioman, hay más por ese lado. Las vamos marcando en el mapa conforme avanzamos.

—¿Están vacías?

—Todo está vacío —asintió Meryn—. No hay ni muebles.

—Supongo que esta área estaría abandonada —aventuró Baskevyl—. Por eso no la encontramos hasta que Mkoll atravesó el panel de aquella pared.

Meryn le miró.

—U oculta —suspiró—. Oculta intencionadamente. Hay una biblioteca y una armería. ¿Por qué iban a querer prescindir de ellas?

—Ojalá tuviese una respuesta, Meryn —respondió Baskevyl—. ¿Tenemos ya alguna idea de los límites del área?

—No, señor. Pero esta zona es diferente, ¿verdad? —insinuó el capitán.

—¿Qué quieres decir?

Meryn señaló con un gesto el aplique más cercano.

—La luz es ámbar, no blanca. Tiene una intensidad más baja, pero no va y viene. Parece que depende de una fuente de alimentación distinta al resto de la casa.

—O que se haya activado una especie de nivel de emergencia, un modo de ahorro de energía —apuntó Baskevyl.

—Puede.

—Voy a volver a la biblioteca. —Baskevyl se colocó su chaqueta de camuflaje sobre los hombros—. Sigue en esta zona e infórmame de todo lo que encuentres.

—No te pierdas —dijo Meryn mientras se daba la vuelta para marcharse.

Baskevyl soltó una carcajada mientras avanzaba en dirección contraria. Para volver a la biblioteca y la armería y, desde allí, al resto de la casa, era necesario atravesar el patio interior. Con la tormenta, aquello no era nada divertido. Baskevyl se colocó sus gafas protectoras y se adentró en el furioso vendaval. La arena lo arañaba y lo pinchaba con sus diminutas garras. Tenía que mantenerse pegado al muro del patio para sentir el camino.

El viento generó un ruido extraño, una especie de grito chirriante, al tiempo que formaba un vórtice en el patio. Sonaba como…

No, no es cierto, se dijo a sí mismo.

Alzó la vista. La mayoría de las tormentas de arena que habían tenido que soportar desde su llegada a Jago habían sido blancas: neblinas cegadoras de polvo blanco ceniciento alumbradas por el brillo del sol.

Aquello era distinto, y había sido diferente desde que comenzó la noche anterior. Era una oscuridad abrasiva, el polvo era marrón oscuro y tóxico, y no había nada que lo iluminase, ni un rastro de sol. En lo alto, el cielo parecía un vacío de alquitrán, ribeteado y jaspeado con irradiantes bandas de oscuridad. A pesar de la falta de luz, unas chispas de luminiscencia parecían atravesarla. «Son relámpagos —supuso Baskevyl—. Descargas eléctricas». El viento sonaba tan fuerte que era incapaz de decir si podía oír el trueno o no.

«Mientras no sea artillería», pensó.

Por fin llegó al otro lado del patio y pasó entre los dos Fantasmas situados allí.

—Manteneos alerta —les dijo. Y comenzó a subir los escalones hacia la biblioteca y la armería mientras se quitaba las gafas y se sacudía la arena de la capa.

• • • • •

Cuando Baskevyl entró en el habitáculo de las armas, Larkin y Maggs se encontraban examinando algunos de los modelos más antiguos bajo la suave luz ámbar.

—Ojalá tuviésemos municiones —expresó Larkin.

—Las tenemos —afirmó Bonin mientras se apoyaba contra un estante de la pared más lejana con los brazos cruzados. Hizo un gesto y señaló los baúles blindados que había en medio del habitáculo.

—Ojalá tuviésemos municiones utilizables —se corrigió Larkin.

—Ah, eso sí —asintió Bonin.

Tenía la parte izquierda del cuello apretadamente vendada, pero el dolor de sus recientes heridas no parecía molestarle.

Baskevyl se arrodilló, levantó la tapa de uno de los baúles y observó los montones de proyectiles de color marrón mate que había en el interior.

—¿Creéis que lo cargaban ellos? —se preguntó—. ¿Creéis que son recargables?

—Coir, que el Trono lo tenga en su gloria, dijo que habían estado guardados demasiado tiempo —respondió Bonin—. Podríamos matarnos fácilmente si utilizamos municiones viejas y exóticas.

—Aun así —repuso Larkin mientras cogía una de las balas marrones y la sostenía en la palma de la mano hasta que empezó a brillar.

—Larks… —le advirtió Bonin mientras se alejaba de la pared y se quedaba de pie.

Baskevyl levantó una de sus manos. Larkin abrió el pesado seguro mecánico del arma que estaba sujetando, metió la brillante bala y cerró el mecanismo. Apuntó con la inmensa pieza hacia la pared vacía del final de la armería y cerró la mano alrededor de la enorme empuñadura.

—Esto no es buena idea —dijo Bonin.

—Venir a este peñasco nunca fue una buena idea —replicó Larkin. Ajustó su agarre y calculó cómo equilibrar el considerable peso del mosquete.

Apretó el gatillo.

Se oyó un silbido vago y hubo un decepcionante destello de luz alrededor de la gruesa boca del arma. Larkin abrió el mecanismo y observó la bala inerte en su interior.

—Bueno, había que intentarlo —dijo mientras bajaba la pesada arma de fuego—. De todas formas se necesita una base para disparar bien esta bestia. Una base y un monópodo.

—¿Cómo este? —preguntó Maggs.

Los estantes bajo las principales filas de armas estaban repletos de finos tubos de latón. Sacó uno. Se desplegaba hasta llegar a la altura del hombro y presentaba un soporte ahorquillado en la parte superior.

—Exactamente como ése —respondió Larkin.

—Lo tenemos todo —dijo Maggs.

—Excepto munición, de modo que no tenemos nada —apuntó Bonin.

—¿Eres de los que ven siempre el vaso medio vacío, Mach? —inquirió Baskevyl.

—En realidad, lo veo más bien medio roto y estampado en la cara de alguien —contestó Bonin.

—Bueno es saberlo —replicó Baskevyl—. Sigue buscando a ver qué encuentras.

—Mirad —exclamó Maggs. Tiró del soporte de latón de nuevo y se desplegó cincuenta centímetros más.

—¿Para qué iban a querer un soporte tan alto? —continuó.

—¿Para disparar hacia arriba? —sugirió Baskevyl, encogiéndose de hombros mientras abandonaba la sala—. Continuad.

• • • • •

Baskevyl cruzó el pasillo hasta la sala de la biblioteca, donde se encontraban trabajando Beltayn, Fapes y otros dos ayudantes.

Beltayn alzó la vista de la pila de libros que estaba analizando en las mesas de lectura. A Baskevyl no le gustó el gesto de su rostro.

—Estamos comprobando libro por libro, pero o bien están escritos en una antigua escritura no humana o en código.

—¿Todos?

Beltayn dio unas palmaditas en el montón de libros que había sobre el escritorio delante de él y puso los ojos en blanco ante los miles de volúmenes y de pergaminos que había en las estanterías que los rodeaban.

—De acuerdo —asintió Baskevyl—. Era una pregunta estúpida. Acabáis de empezar.

—Échanos una mano —dijo el ayudante.

Baskevyl permaneció de pie durante un instante, escuchando el aullido constante del viento en el exterior, un sonido que, de algún modo, parecía proceder de debajo de él. Lo que fuese con tal de sacarse aquello de la cabeza.

Recorrió una de las paredes pasando la punta de uno de sus dedos por el borde de la estantería que había a la altura del codo. Una pequeña nube de polvo se levantaba perezosa a su paso. Los libros estaban desordenados, tenían los lomos viejos y gastados. En algunos casos, unos pliegos de hojas atrapadas entre dos volúmenes mostraban claramente que algunas tapas se habían desintegrado por completo. Algunos de los tomos llevaban los títulos grabados en el lomo, pero Baskevyl no logró leer ninguno de ellos. Otros parecían estar adornados con emblemas o motivos ornamentales. Buscó un libro al azar con el que empezar.

—¿Va todo bien, señor? —le preguntó Fapes.

—Si, ¿por qué?

—Por nada, señor. Pensaba que algo lo había sorprendido.

—Sólo me estaba aclarando la garganta, Fapes. Hay mucho polvo.

«Y un cuerno el polvo, el polvo no ha tenido nada que ver». Nada que ver con el sonido de asombro que había sido incapaz de contener. Baskevyl tragó saliva y volvió

a observar la estantería. No era sólo el emblema sobre el que se habían posado sus ojos el que lo había provocado; era también el hecho de que había estado escogiendo al azar, ¡al azar!, y parecía haber estado allí esperándolo.

Miró el lomo del libro. Estaba cubierto de lo que parecía ser cuero negro, brillante y suave, como…

«Basta».

Era demasiado tarde para detenerlo. Demasiado tarde para detener su mente. El emblema, grabado en letras de plata en el lomo, lo estaba llamando. Una víbora, una serpiente, un gusano. Su cuerpo largo y segmentado se enroscaba formando un círculo y se mordía la punta de la cola con las mandíbulas en forma de aro.

Volvió a tragar y estiró el brazo para coger el libro. En los recovecos más profundos de su mente oyó el chirrido cada vez más fuerte. Un gruñido desesperado que se generaba bajo sus pies, bajo el suelo, bajo la misma montaña, y aumentaba mientras el demonio gusano se retorcía de placer por lo que estaba por llegar.

La mano de Baskevyl vaciló a unos centímetros de distancia del lomo del libro.

«Cógelo. Cógelo. Sácalo. Míralo».

Sus dedos acariciaron el negro lomo de piel de serpiente por encima del diseño plateado.

—¿Mayor?

Baskevyl apartó los dedos.

—¿Beltayn? ¿Qué quieres?

Beltayn tenía un portafolios forrado en cuero abierto encima de la mesa.

—Creo que le interesará ver esto, señor —dijo mientras hojeaba las páginas.

Aliviado al tener una excusa para dejar el tomo de la piel de serpiente donde estaba, Baskevyl se acercó al escritorio y permaneció detrás de Beltayn. El portafolio que había encontrado era grande. Las frágiles páginas que contenía estaban sueltas, y eran de más de medio metro cuadrado. Algunas contenían párrafos de anotaciones: párrafos copiados a carbón en un lenguaje arcano, decorados a mano con una escritura borrosa que era todavía más ilegible.

El resto eran láminas. Estaban hechas con elegancia, pero la tinta empleada para pintarlas no era más que un fantasma de sus colores originales.

Las imágenes representaban diagramas de los muros de la fortaleza, bastiones, emplazamientos, lugares de descanso, casamatas, sistemas de trincheras, grupos de torretas, etcétera.

—¡Por Feth! —exclamó Baskevyl—. ¿Eso es… este lugar?

—Creo que podría ser —asintió Beltayn—. En realidad, creo que podría ser un plano de Jago. Eso… eso parece Elikon, ¿verdad? —Si, es verdad.

—Y eso… eso es demasiado grande para… Eso es… Bueno, parece que tenga una longitud de al menos cien kilómetros.

—Al menos.

—Son planos del mundo fortaleza, viejos archivos. —Baskevyl inspiró

profundamente—. ¿Hasta qué punto serán exactos?

—Apuesto a que son mejores que los nuestros —apuntó Fapes mientras se asomaba por encima de sus hombros.

—Que el Trono te bendiga, Bel —dijo Baskevyl, dándole unas palmaditas en el hombro—. Es posible que acabes de encontrar algo verdaderamente importante para la guerra. ¿Cuántos volúmenes como éste hay?

—Eh… cuatro, seis, ocho… —Fapes empezó a contar—. Veintitrés en este montón. Puede que haya más.

—¡Mierda! —exclamó Baskevyl.

—No se equivoca —dijo Beltayn—. Mira.

Había pasado a otra lámina. Pero esta vez no se trataba de un diagrama. Era un cuadro, una ilustración. Era una imagen interior realizada con un estilo antiguo, de hombres vestidos con armaduras que defendían una casamata en plena batalla. Los brillantes misiles, al igual que las viejas representaciones de los cometas, trazaban un arco sobre ellos. Algunos yacían muertos, de perfil, al pie de la página, con una escala y una postura que desentonaba con la perspectiva del cuadro. Los hombres de la casamata estaban claramente armados con mosquetes idénticos a las armas encontradas a menos de veinte metros de aquella estancia.

—Son guerreros —dijo Baskevyl—, en una aspillera.

Beltayn pasó a la siguiente lámina y reveló otra imagen similar. Y después una tercera. Y una cuarta que mostraba a los guerreros abriendo las contraventanas para disparar. Los intrincados mecanismos de los postigos estaban perfectamente representados.

—¿Son …? —comenzó Beltayn.

—¿Son qué?

—¿Son hombres? —terminó—. Míralos de cerca.

Baskevyl se aproximó. Beltayn tenía razón. Los guerreros de las ilustraciones eran humanoides, pero estaban cubiertos por una complicada armadura de los pies a la cabeza y sus rostros estaban ocultos bajo unas complejas viseras.

—Podrían no ser hombres en absoluto —sugirió Beltayn—. Mira lo grandes que son en comparación con las aspilleras de las casamatas.

—Eso no se sabe. No hay perspectiva, no hay escala —respondió Baskevyl.

—Pues observen lo grandes que son en comparación con las armas —apuntó Fapes.

En las ilustraciones, los guerreros de las aspilleras sujetaban armas de defensa como si fuesen rifles láser. Algunos de ellos aparecían utilizando soportes, pero aun así.

Baskevyl recordó a Maggs desplegando los últimos cincuenta centímetros del monópodo telescópico de latón.

—¡Por el Trono Sagrado! —murmuró.

—¿Qué sucede, mayor? —preguntó Fapes—. Hoy está especialmente nervioso.

Baskevyl activó su microtransmisor.

—Señor, al habla Baskevyl.

—Adelante —respondió la voz de Rawne.

—¿Puedes venir a la biblioteca que hemos encontrado? Me gustaría mostrarte algo.

—Dame diez minutos, Baskevyl. Sea lo que sea, ¿puede esperar ese tiempo?

—Lleva siglos esperando, supongo que diez minutos más no supondrán ninguna diferencia.

• • • • •

Cientos de pasos resonaban por la casa. Era la hora del cambio de guardia.

El ululante viento exterior había soplado toda la noche y las primeras horas del día. Mkoll avanzó a toda prisa por un pasillo desde la sala principal para inspeccionar las rotaciones de los exploradores. Pasó frente a la puerta de la habitación de Gaunt. Estaba entornada.

«De Gaunt, no —se dijo a sí mismo—. Ya no. De Rawne».

Se detuvo y dio un par de pasos atrás hasta que logró echar un vistazo a través de la puerta entreabierta.

Oan Mkoll era un hombre duro, un hombre poco dado a mostrar emociones. Jamás admitiría ante nadie lo perdido que se encontraba sin Gaunt. Sabía que todos se sentían igual. Todos y cada uno de ellos sentían su pérdida y no tenía ningún sentido intensificar aquel sufrimiento. No quería que nadie se compadeciese de él.

Pero el centro de su universo había desaparecido, sin más, a pesar de que siempre había sabido que aquello sucedería algún día. Había entregado su vida al servicio del Tanith Primario y, especialmente, a Ibram Gaunt. Mkoll conocía muy bien la guerra. Teniendo en cuenta su puesto en particular, siempre había asumido que moriría mucho antes que Gaunt. Pero ahora que él se había marchado primero al lugar feliz, ya nada parecía tener importancia.

Se odiaba a sí mismo por sentirse de ese modo. Estaba resentido con Gaunt por haberse marchado. Era injusto. Mientras Gaunt vivía, había algo por lo que seguir adelante, había un motivo para seguir pisando las interminables zonas de guerra, para seguir luchando. Había esperanza, había… un destino.

Mkoll abrió la puerta y entró en el habitáculo. Inspiró hondo. Olía a Gaunt, a su esencia. Olía a su colonia, al almidón de su uniforme; su olor corporal permanecía allí.

Las pertenencias de Rawne estaban desperdigadas de manera desordenada por toda la habitación. Mkoll se acercó hasta el escritorio. El comunicado de Rawne aquella mañana sobre la desaparición de la espada de Gaunt lo había llenado de una

rabia profunda.

«Qué acción tan desagradable y deshonrosa robar la espada de un muerto. Qué mezquindad».

Mkoll observó la superficie del escritorio. Sobre él había unos cuantos objetos personales: una placa de datos, un cepillo, una lata de limpiametales y una taza de hojalata.

Desde el momento en que Mkoll había entrado en la casa de guardia de Hinzerhaus, había dejado de ser él mismo. Estaba tenso, alterado y aterrado de no estar a la altura. Se lo había comentado a Gaunt aquella tarde en la cumbre del peñasco. Gaunt intentó levantarle el ánimo, pero Mkoll continuó sintiéndolo: la inseguridad, la duda.

«No puedo confiar en mí mismo. Este lugar me está volviendo loco. Y los locos mueren antes que los demás».

Aquello fue lo que le dijo.

Mkoll estaba convencido de que Gaunt todavía seguiría vivo si él hubiese estado en forma; si él hubiese estado en el sector dieciséis superior oeste guiando a los hombres en lugar de dejar que Gaunt lo hiciese.

«Debía haber estado allí. Debía haber sabido dónde estaba el auténtico peligro. Debía haber estado allí y debía haber salvado a Ibram, incluso si aquello significaba recibir un disparo mortal».

Mkoll suspiró. «Te he fallado. Lo siento».

Volvió a observar de nuevo el escritorio: Que Feth se lleve a Hark y a su debido procedimiento. «Encontraré al desgraciado que se llevó la espada de Gaunt y»…

Mkoll vio las gafas de sol. Las cogió y les dio la vuelta. Eran un artículo barato y se habían sellado a máquina en alguna fábrica de plastek de Urdesh o de Rydol. Recordó a Varl posando con ellas para echarse unas risas en Herodor.

Pero lo que más recordaba era el hecho de que aquellas gafas no se habían apartado del rostro del noctugane ni una sola vez desde el momento en que Varl se las había regalado a Eszrah en Gereon.

—¡Por Feth! Serás estúpido —murmuró Mkoll para sus adentros—. ¿Qué demonios has hecho?

• • • • •

Rawne entró en la biblioteca.

—Espero que no me estéis haciendo perder el tiempo —advirtió.

—En absoluto —respondió Baskevyl—. Mira esto.

—¿Que mire qué? —le preguntó Hark, asomándose por detrás de Rawne.

—He… —comenzó Baskevyl. Se detuvo y observó a Hark—. ¿Comisario? ¿Qué

sucede?

Hark frunció el ceño de repente, como si estuviese oyendo algo. Cuando habló, sus palabras surgieron como un corto ladrido.

—¡Preparaos!

Entonces sintieron los temblores de los primeros proyectiles al precipitarse sobre la casa. Una primera salva y después otra. Algunos estallaban cerca de allí haciendo vibrar el suelo y que el polvo cayese del techo.

—¡Pero si todavía hay tormenta! —ladró Beltayn—. ¿Cómo pueden alcanzarnos?

—Nos fijaron ayer. ¡La distancia es la misma —respondió Rawne, gritando— aunque disparen a ciegas!

—Pero… —continuó Beltayn.

La siguiente salva se sintió como si hubiese caído directamente en el techo. Trozos de yeso y secciones de paneles marrones satinados llovían del techo. Las luces parpadearon.

Rawne entornó los ojos. ¿Cómo vamos a luchar contra un enemigo al que no podemos ver ni alcanzar? ¿Cómo vamos a luchar contra un enemigo que puede destrozarnos de un golpe?

• • • • •

La lluvia de misiles continuó durante diez minutos más y entonces amainó. Diez minutos más tarde volvió a comenzar, como una tormenta de verano que va y viene con las nubes.

La casa vibraba sobre su base rocosa. Varias casamatas recibieron impactos directos y fueron demolidas, pero hubo pocos heridos, puesto que los Fantasmas se habían retirado al corazón fortificado de la fortaleza. Los estallidos resonaban a través del agudo, estentóreo y quejumbroso aullido del viento como los balidos del ganado de camino al matadero.

Zweil estaba dirigiendo un servicio en la sala principal cuando los primeros proyectiles empezaron a caer. Cuando los hombres a su alrededor miraron arriba consternados, los hizo callar y continuó leyendo como si nada sucediese.

Cerca de allí, en un descansillo más bajo de la misma sala, Rerval, Raefran y otros encargados de las transmisiones continuaron trabajando con sus equipos, y el constante murmullo de sus voces se convirtió en un coro litúrgico de la voz segura de Zweil.

Daur estaba al mando de la vigilancia de la casa de guardia principal. Sabía que lo que estaban escuchando, y sintiendo, era, en el mejor de los casos, fuego de hostigamiento; una constante presión para debilitar su determinación. Nadie, ni siquiera los enemigos del Caos, utilizaba artillería durante una tormenta de tal

magnitud esperando obtener resultados certeros y productivos. Era un milagro que estuviesen consiguiendo alcanzar la casa de guardia.

Pero incluso el aullido de los proyectiles que los sobrevolaban o el sonido de un bombardeo cercano bastaba para desestabilizar a los soldados atrincherados. Hacía que se sintiesen desamparados e incluso más vulnerables de lo habitual. Mermaba sus esperanzas y minaba su confianza.

Daur pasó entre los hombres apiñados que susurraban y vigilaban en la casa y se colocó delante de la escotilla principal. Pasó los dedos por la pequeña grieta que se había formado el día anterior con los golpes del ariete. Esta vez no costaría demasiado romper el precinto.

Colocó la palma de la mano plana contra el metal de la escotilla y sintió una ligera y continua vibración. ¿Se dirigía la presión de la tormenta hacia el lado contrario?

La lluvia de proyectiles continuó durante media hora más y después cesó de nuevo. La tormenta no daba tregua. En lo alto de la casa de guardia, a lo largo de las infortunadas salas y galerías superiores, la violenta tempestad de aire y arena rechinaban contra las cúpulas de metal como garras arañando un cristal. Las contraventanas amarradas o sujetas con alambres retemblaban en sus huecos. Las escuadras de guardia aguardaban intranquilas en grupos, escuchando, hablando en voz baja, jugando a las cartas o a los dados o royendo raciones secas.

Mkoll recorrió las galerías superiores e inspeccionó a todos los equipos de guardia. Los hombres se alegraban de verlo. Mkoll les daba confianza.

Mientras los misiles los sobrevolaban, les dijo que no se preocupasen y que vigilasen de cerca las contraventanas y los cables trampa.

En más de una ocasión, como de pasada, se le ocurrió preguntar:

—¿Habéis visto al noctugane hoy?

• • • • •

—¿Sabes qué es esto?

—¿Una auténtica lástima? —respondió Cullwoe.

—Feth, sí —sonrió Dalin.

Pero era una sonrisa carente de confianza. Explorar y asegurar las nuevas secciones descubiertas en la casa de guardia les estaba llevando más tiempo del que habían calculado. Los habitáculos vacíos daban de manera inesperada a otras estancias vacías, y éstas llevaban a su vez a otras justo cuando pensaban que ya habían llegado a un extremo sin salida o a una pared exterior. Las explosiones y las vibraciones de los proyectiles no hacían más que aumentar la tensión que ya sentían.

La luz de las linternas, fijadas a los cañones de las armas, se abría paso a través de la amarillenta penumbra. Las idas y venidas de la suave luz blanca del resto de la casa,

una circunstancia que en un principio les había resultado bastante inquietante, resultaba infinitamente preferible a la tenue luz anaranjada de los apliques de la nueva sección.

Los microcomunicadores emitieron un chasquido.

—Confirma el chasquido —dijo Dalin por el micrófono. Las interferencias habían estado emitiendo falsas señales por el intercomunicador durante todo el día.

—Confirmado —respondió Wheln—. ¿Podéis venir hasta aquí?

Siguieron su señal por un pasillo que daba a un vestíbulo más grande.

—¡Aquí! —gritó Wheln al ver sus luces.

El viejo y robusto tanith los estaba esperando en el extremo sur del vestíbulo. Su compañero de búsqueda, Melwid, esperaba con él.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Dalin.

—Echa un vistazo, ayudante —dijo Wheln.

Era muy extraño. Wheln, como muchos otros, parecía haber aceptado sin reservas el nuevo papel de Dalin, a pesar de la gran diferencia de edad.

El vestíbulo daba a un amplio tramo de ocho escalones que descendían hasta el suelo marrón satinado de una larga sala rectangular. No había ninguna otra puerta. No tenía ninguna otra salida. Los apliques de luz ámbar iluminaban las paredes laterales, pero el muro que había frente a los escalones estaba completamente desnudo.

—Fin de la línea —dijo Cullwoe.

—Es posible. Mira eso —respondió Wheln. Levantó la mano y señaló el arco de madera tallada que había sobre los escalones. Los gusanos lo habían carcomido poco a poco mucho tiempo atrás y el diseño labrado era imposible de distinguir.

—¿Y qué? —preguntó Cullwoe—. ¿Es que ahora estamos anotando rasgos arquitectónicos interesantes?

Melwid sacudió la cabeza. Wheln pasó por alto el comentario de Cullwoe y miró a Dalin.

—¿Habías visto algo parecido? —preguntó.

—Dos veces —asintió Dalin—. Hay uno al final del vestíbulo entre la puerta y la sala principal.

—Y otro de camino a esta parte de la casa, justo al entrar en el patio —afirmó Wheln.

—¿Y qué? —Cullwoe se encogió de hombros.

—Cállate un momento, Khet —le soltó Dalin.

—Pero…

—¿No lo entiendes? —le preguntó Dalin—. Los otros dos arcos como éste señalan entradas. Avanzó hasta la pared más lejana de la sala sin salida y pasó una mano por los sedosos paneles marrones. Después dio unos golpes con los nudillos. Se escuchó un sonido hueco.

—No resuena —dijo Meiwid.

—Aun así —replicó Dalin, y chasqueó su microcomunicador—. ¿Capitán Meryn? Criid al habla, señor…

• • • • •

No había ningún centinela de guardia en la atalaya. Todo el mundo, incluido Mkoll, consideró el campanario demasiado inaccesible para un asalto de gran magnitud. Las contraventanas se habían sellado y asegurado. Era un sitio vacío y lúgubre en el que el viento se colaba a través de las ranuras y las grietas.

Eszrah du Nocte estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el tronco de metal y se aplicaba poco a poco algo de wode sobre el rostro. Cuando terminó de extenderse la pasta gris por la cara, se la vendó hábilmente sin necesidad de un espejo y sacó otra de sus pequeñas calabazas del bolsillo de su túnica y le quitó el tapón. Una por una recogió las flechas de metal que había junto a él sobre el suelo y metió las puntas en el recipiente, impregnándolas con el veneno mortal de polilla del Untill. Después volvió a meterlas en el carcaj, guardó la calabaza y se quedó sentado un rato en silencio. Había cuatro objetos en el suelo ante él: un rollo de cuerda, un saco de ganchos y clavos de escalada, su balista y la espada de Gaunt.

El aullido del viento en el exterior amainaba ligeramente, como si la gigantesca tormenta empezase por fin a perder fuerza. Eszrah hacía caso omiso de los esporádicos estruendos de artillería que resonaban desde la cara sur de la casa de guardia, a su espalda.

Se levantó estirando las piernas con gracilidad y sin apoyarse. Amarró la espada a su espalda y ató la balista entrecruzada sobre ella para equilibrar el peso.

Se cruzó el saco de modo que se apoyaría sobre la cadera izquierda, y pasó el brazo derecho por el hueco del rollo de cuerda.

El polvo suspendido en el aire empezó a asentarse poco a poco. Al cabo de varios minutos, la pálida y débil luz del día empezó a asomar alrededor de las escotillas metálicas.

Eszrah avanzó hacia la escotilla septentrional, quitó los alambres y la abrió. Miró al frío atardecer, al cielo violeta salpicado de nubes sobre un espeso manto amarillento de arena cada vez menos intenso que ocultaba la ladera de la montaña a sus pies y se extendía hasta la inmensidad de las zonas desérticas del norte.

La tormenta había terminado. El día luchaba por ocupar su lugar. Eszrah se deslizó por la contraventana sin vacilar y dejó que se cerrara de golpe a su espalda.

• • • • •

—La tormenta ha cesado —informaron a Daur.

—Aquí puerta —dijo al activar su comunicador—. ¿Ves algo, mirador?

En lo alto de la casa, los observadores y los vigías volvían a sus posiciones y abrían las contraventanas que habían sellado a fin de protegerse de la tormenta para mirar a través de la débil penumbra que inundaba el paisaje y que todavía no había recuperado por completo su forma.

—Nada, puerta. Te mantendremos informado.

Daur dio un trago de agua.

—Esto no me gusta —oyó murmurar a uno de los soldados que había cerca.

«Yo sé lo que no me gusta —pensó Daur—. No me gusta el hecho de que en el mismo momento en que la tormenta se ha detenido también han dejado de llover proyectiles».

En la sala principal, Rerval sintonizó otro dial y recitó por enésima vez.

—Punto de encuentro de Elikon, punto de encuentro de Elikon, aquí Nalwood, aquí Nalwood, ¿me recibes? Cambio.

—Nalwood, aquí Elikon, aquí Elikon —respondió el comunicador. Rerval dio una palmada de alegría.

—¡Que alguien avise a Rawne! —gritó—. ¡Tenemos conexión!

• • • • •

Partidos en trozos, los viejos paneles marrones cedieron. Wheln y Dalin los quitaron con una palanca que había traído Meryn. El espacio entre los paneles estaba lleno de polvo y de arenilla y todo el mundo tosía y se cubría la boca con las capas.

—No es más que roca —escupió Meryn—. Simple roca. Teníamos que mirar igualmente, Dalin, pero…

Wheln estiró el brazo hacia el espacio tras los paneles parcialmente arrancados. Cogió un gran trozo de roca sucia.

—No es roca sucia —dijo—. Es roca suelta. Son rocas rotas amontonadas.

—Vaciadlo —ordenó Meryn.

No tuvieron que quitar muchas para ver lo que había detrás. Tras la pared apareció una escotilla metálica cubierta por una capa dura de barro y arena idéntica en tamaño y forma a la de la casa de guardia.

—Una segunda puerta —dijo Dalin.

—Si, pero está sellada —respondió Meryn.

—Por este lado sí, capitán —repuso Dalin.

—No sabíamos que este lugar tuviese más de una puerta —apuntó Meryn—. ¿Por qué iba a saberlo el enemigo?

—Porque parecen saber mucho más de este lugar que nosotros —contestó Dalin.

—El chico tiene razón —dijo Rawne, que venía por el vestíbulo que tenían a su espalda—. Tenemos que estar seguros. Capitán, reúne a tres escuadrones aquí. Tres escuadrones con al menos un lanzallamas.

—Si, señor.

—Que sea de inmediato, Meryn. Quiero esta escotilla abierta cuanto antes.

Todos miraron a Rawne.

—¿Se le ocurre a alguien algún otro modo de averiguar lo que hay al otro lado? —preguntó.

• • • • •

Hark emitió un leve silbido mientras pasaba lentamente las hojas del portafolios una por una.

—Es algo importante, ¿verdad? —preguntó Baskevyl.

Hark asintió.

—Rawne no parecía demasiado impresionado —añadió Baskevyl.

—Tiene problemas más inmediatos —respondió Hark.

Las imágenes que estaba mirando eran tan increíbles que casi se había olvidado del dolor que sentía en la espalda.

Miró a Baskevyl y Berenson.

—Tenemos que llevarlas al punto de encuentro de Elikon en cuanto antes.

—Si, comisario —respondió Berenson—. Creo que es fundamental.

—¿Llevarlas? —preguntó Baskevyl.

—No tenemos otro modo de comunicarnos con ellos —dijo Hark—. No podemos transmitirlas.

—¿No hay manera de convertirlas? —preguntó Berenson.

—Puede que tengamos unos pocos lectores pictóricos, pero nos llevaría semanas escanear todos los volúmenes. La calidad sería muy pobre —Hark suspiró—, y nuestro transmisor no es lo bastante seguro como para emitirlo, y menos en tal cantidad. No, caballeros, esto tendrá que llegar hasta Elikon por vía tradicional.

—A Rawne no le va a gustar —dijo Baskevyl.

—Pues el mayor tendrá que aguantarse —respondió Hark.

• • • • •

Mkoll subió por las escaleras de madera hasta la atalaya. Sus agudos sentidos no se equivocaban.

El noctugane estaba allí, o había estado.

La bóveda estaba vacía. Mkoll miró a su alrededor. No había mucho que ver. Una de las contraventanas de metal golpeteaba en su marco con la brisa.

Vio una pequeña mancha gris en el suelo. Se agachó, la tocó y olfateó las puntas de sus dedos.

Wode, la esencia del Untill más profundo.

Se irguió y se acercó hasta la ruidosa contraventana. La habían desatado.

Permaneció allí durante largo rato sumido en sus pensamientos.

• • • • •

—Sin novedad, puerta —informó la voz del comunicador al oído de Daur.

—Vamos, vamos —dijo inquieto.

—Hay todavía mucha arena, puerta —dijo el vigía del mirador—. El terreno sigue oculto.

—Pero has dicho que pensabas que habías visto algo.

—No puedo confirmarlo. Todo sigue igual.

Daur resopló. Justo cuando estaba a punto de hablar de nuevo, la escotilla que había a su espalda se movió. Un sonido metálico profundo y retumbante recorrió la casa.

—Está bien, mirador —respondió Daur con voz forzada.

—¡Preparaos! —gritó a los hombres.

El ariete arremetió con fuerza contra el otro lado de la escotilla.

Punto de encuentro de Elikon, punto de encuentro de Elikon, aquí Nalwood, aquí Nalwood. Solicito un reabastecimiento de munición urgente. Solicito una conexión directa urgente con el comandante de campo a la mayor brevedad posible. Ruego me responda en cuanto antes.

Corto y cierro.

(Fin de la transmisión)

Transcripción de mensaje de voz

Quinto mes, 778



DIECISÉIS

El tercer asalto

—¡Justo ahí! ¡Ahí! —indicó Rawne—. Cuidado con esas rocas. ¡Están bloqueando las bisagras!

Melwid se coló en el agujero y extrajo las rocas con ambas manos lanzándolas hacia la sala como si fuese un animal escarbador.

—¡Bien! —gritó Rawne—. ¡Ahora tira de ella!

Las secas bisagras de metal de la escotilla chirriaron en protesta al verse obligadas a moverse después de tanto tiempo. Un rayo de luz gris apareció por uno de los extremos y el polvo blanco entró con él.

—¡Preparaos, escuadrones! —ordenó Rawne.

—¡Estamos listos! —respondió Meryn.

La escotilla se abrió al menos medio metro y la fría luz exterior penetró de manera considerable en la sala.

—¡Ya es suficiente! —gritó Rawne, y levantó la mano para pedir silencio.

Nadie se movió. Nadie habló. Los únicos sonidos que se oían eran los de un hilo de arena que caía de la puerta, el suave susurro del viento exterior y el silbido del lanzallamas de Neskon.

Mediante gestos, Rawne ordenó a Wheln, Melwid y Dalin que se apartasen de la escotilla y dejó a Cullwoe y a Harjeon tras la inmensa puerta, preparados para cerrarla de inmediato si fuese necesario.

No se oía ningún sonido del exterior, ni movimientos ni disparos. Rawne miró a Bonin y asintió con la cabeza.

Bonin avanzó, seguido de sus compañeros exploradores Livara y Jajjo. Llegaron hasta el agujero.

Bonin echó un vistazo alrededor utilizando uno de los pequeños espejos que Mkvenner había creado.

Dio la señal de «despejado». Jajjo pasó por su lado, después lo hizo Livara. Bonin los siguió.

Rawne fue el cuarto hombre en la escotilla. Justo cuando estaba a punto de seguir a los exploradores hasta el exterior, Meryn le puso una mano sobre el brazo.

—Señor, no creo que… —susurró.

—Ahora no, Meryn.

—No podemos permitirnos perder a dos oficiales al mando en tan poco tiempo.

Rawne miró a Meryn a los ojos por un instante y después atravesó el hueco igualmente.

El exterior estaba oscuro. En el aire flotaba un polvo ligero y el cielo presentaba el color de una vieja magulladura. La puerta daba a un barranco profundo, con pendientes formadas de pedregales y de inmensas rocas sueltas que siglos de vendavales habían arrastrado hacia los pies de la ladera.

Rawne se dirigió hacia el final del barranco. Veía a los tres exploradores más abajo

por delante de él, avanzando con cautela. Se volvió lentamente. Desde allí veía la escarpada superficie de la casa de guardia y precipicio alzándose a su espalda, por encima de la escotilla. La puerta sí estaba medio enterrada entre los pedregales. Antes de abrirla no había ningún rastro obvio que indicase que la puerta estaba allí.

La boca del barranco era bastante amplia y se abría justo al lado del camino principal que llegaba hasta la escotilla: una entrada lateral, un puerto secundario. El enemigo no debía conocer su existencia o habrían intentado utilizarla durante el último asalto en lugar de escalar y entrar por los tejados.

El comunicador de Rawne emitió un chasquido.

Continuó avanzando por el barranco hacia la boca, donde lo esperaban los exploradores.

—¡Contacto! ¡Puerta principal! —gritó una voz por el comunicador cuando casi había llegado hasta ellos.

Rawne no respondió. Echó a correr y se reunió con los exploradores. Se encontraban abajo, junto a las piedras sueltas al final del barranco, y miraban hacia la derecha.

Rawne llegó hasta ellos. Bonin le pasó un telescopio y señaló.

Tal y como Rawne había supuesto, el barranco daba al lado este de la hondonada de polvo ante la puerta principal. El empinado y abrupto camino estaba a la izquierda. La casa de guardia quedaba a unos quinientos metros al oeste de su posición.

La estaban atacando.

A pesar del lamento del viento y de la anómala acústica del paso, Rawne pudo escuchar el barullo del ataque desde el momento en que llegó al final del barranco. Oía los fuertes y firmes golpes del ariete que golpeaba contra el metal sonando como una campana, los gruñidos y los gritos de los hombres, el redoble de los tambores.

Más de un centenar de guerreros del Pacto Sangriento se habían reunido alrededor de la entrada principal y salmodiaban y gritaban mientras el grupo del ariete mecía su pesado artefacto. Los estandartes ondeaban al viento de la montaña.

Otros grupos de guerreros enemigos se acercaban a la cuenca para unirse a la masa. Rawne veía las escaleras de púas que llevaban o arrastraban por el polvo. Se estaban preparando para otro asalto a gran escala.

Rawne abrió su intercomunicador.

—Aquí Rawne. ¿Algún contacto de las galerías superiores? ¿Se sabe algo del norte?

—Negativo, señor. Aquí todo está tranquilo.

—Sigue vigilando. Alerta máxima. Podrían venir en cualquier momento. El enemigo está a punto de iniciar un asalto a gran escala por la parte sur. Todas las defensas tienen orden de abrir fuego sólo cuando tengan objetivos claros a la vista. No debemos desperdiciar municiones.

—Si, señor.

—Es muy importante.

—Si, señor.

Rawne hizo una pausa.

—Soy Rawne de nuevo. ¿Quién está al mando de la puerta?

—El capitán Daur, señor.

—Enviadle refuerzos. Al menos otra compañía. Creo que está a punto de necesitarla.

Rawne miró a los tres exploradores.

—Podríamos rodearlos.

—Continúa.

Bonin señaló con un gesto la nueva puerta.

—Envía una compañía o dos por aquí. Podríamos llegar hasta ellos desde el flanco derecho antes de que se den cuenta y darles un buen escarmiento.

Rawne asintió.

—¿Y bien? —preguntó Bonin.

Rawne respiró hondo. La idea era terriblemente tentadora. Se imaginaba todo el daño que podrían ocasionarles con un contraataque por sorpresa.

—No —dijo.

—¿No, señor?

—No, Bonin. Si hacemos eso, sabrán que hemos encontrado otra salida. Entonces vendrán por aquí y descubrirán la otra puerta.

—Pero…

—Esa segunda puerta es nuestro pequeño secreto. Es una ventaja que no sabíamos que teníamos, pero sólo podremos utilizarla una vez, así que tenemos que sacarle un buen provecho. Tenemos que usarla en el momento adecuado para obtener una mayor ventaja de ella.

—¿Y éste no te parece el momento adecuado? —preguntó Jajjo.

—¡Feth! Ojalá lo fuera —dijo Rawne—. A mí me gustaría usar mi cuchillo de plata hoy, pero creo que tendremos que esperar. Tácticamente nos será mucho más útil después.

Los tres exploradores asintieron, pero no parecían demasiado convencidos.

—Así es como Gaunt lo habría hecho —afirmó Rawne.

—¿En serio? —preguntó Bonin con tono escéptico—. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque si estuviese aquí, nos diría que esperásemos, y yo sería el que le estaría diciendo que es una estupidez esperar.

De pronto hubo un gran estruendo en la puerta principal. Las primeras escaleras estaban ya enganchadas a las paredes, y los enemigos del Pacto Sangriento que subían a toda prisa por ellas se encontraron con los cañonazos de las casamatas y los miradores superiores. Los rayos láser caían desde las aspilleras como una brillante lluvia, y una gran cantidad de figuras vestidas de rojo caían entre espasmos por los precipicios inferiores y rodaban y rebotaban cuesta abajo sin vida. Las explosiones comenzaron a renacer como flores en el desierto, como breves llamaradas de fuego

que dejaban una columna de humo negro que ascendía hasta el cielo cuando se habían apagado. Dos escaleras de púas cargadas de soldados enemigos se soltaron y cayeron a plomo por el empinado revestimiento de la casa inferior. Rawne podía oír los chillidos, las voces emitiendo gritos de dolor y de guerra. Los disparos se volvieron más intensos. Los misiles salían lanzados desde fuera de la puerta y serpenteaban para golpear las casamatas. Los equipos del Pacto Sangriento con morteros y lanzamisiles se habían establecido fuera de la casa de guardia, y empezaban a cargar sus artefactos para lanzar los explosivos contra los muros. El fuego y la metralla resbalaban por el precipicio.

—Regresemos y aseguremos la nueva puerta —decidió Rawne—. La mantendremos abierta y bajo vigilancia para poder ver lo que pasa fuera y la cerraremos si fuese necesario.

—Yo me quedaré aquí —dijo Bonin—. Que vigile un observador. A la primera señal de peligro puedo volver a paso ligero hasta la puerta y cerrarla.

—No dejes que te vean —le pidió Rawne.

Regresó de nuevo por el barranco con Livara y Jajjo. Tras él podía oír claramente los golpes metálicos del ariete que golpeaba la puerta principal.

• • • • •

—¿Adónde creéis que vais? —preguntó Hark.

Cojeaba por el vestíbulo hacia la puerta principal apoyándose en su muleta y se abría paso entre los hombres de Daur. Estaban nerviosos y algunos se habían puesto de pie en lugar de mantenerse agachados junto a las paredes como les habían ordenado.

—¡Volved a agacharos y preparaos! —ordenó Hark mientras pasaba con rapidez.

El terrible golpe repetitivo del ariete resultaba escalofriante, y el comisario entendía por qué los hombres estaban a punto de saltar. Hark comprendía su miedo, pero no podía tolerar la falta de disciplina. Sacó su arma.

—¡Preparaos! ¡Preparaos ahora mismo! ¡Por la gloria de Tanith! ¡Por el espíritu de Verghast! ¡Por la furia de Belladon! ¡Van a venir a por nosotros y tenemos que darles muerte! ¿Qué vamos a darles?

—¡Muerte! —respondieron todos a coro.

—¡Así me gusta!

Algunos de ellos se sintieron reconfortados. Otros se sacudieron y agarraron sus armas con más fuerza. Hark se descubrió a sí mismo deseando, esperando, rogando que la puerta principal se abriese y que entrasen de una vez. La espera era la peor parte. Pero una vez comenzada la lucha, nadie tenía tiempo de pensar en huir.

Ya se estaba librando una batalla brutal. Desde arriba, a través de la gruesa roca

del techo, se oían el barullo y los estruendos amortiguados de los frenéticos rayos láser y las explosiones del ataque. El suelo temblaba ocasionalmente, y la arena se filtraba de manera irregular por las grietas del techo.

Hark se acercó por el túnel hasta la casa de guardia. Los hombres estaban alineados contra la pared. Vio a Ban Daur preparado en la boca del corredor. El capitán tenía cuatro lanzallamas listos a su espalda, pero había más de una decena de soldados posicionados frente a él alrededor de los escalones del túnel y de la escotilla interior. Daur había retirado a todos sus hombres de la sala de la casa.

—¿Capitán? —lo llamó Hark.

—¿Qué, comisario?

—¿Por qué Feth os habéis retirado de la casa de guardia, Daur? —le susurró al oído—. ¿Y por qué no están los lanzallamas en el centro de la posición?

—¿Quién está al mando de este puesto, comisario? —preguntó el capitán.

—Tú, claro.

—Gracias. Sé lo que me hago. Los hombres saben lo que está por llegar. Apóyame. No me cuestiones.

Hark nunca había visto a Daur tan firme, tan seguro de sí mismo.

—Por supuesto —admitió Hark, asintiendo con cortesía.

La escotilla exterior estaba terriblemente deformada. Con cada golpe del ariete se iba combando más y empezaba a separarse de su marco. Los Fantasmas podían oír claramente los gritos y los bramidos del enemigo ansioso por entrar.

Otro golpe. La escotilla se dobló. Un golpe más. Uno de los lados se torció hacia dentro. Otro golpe. Una de las bisagras empezó a ceder. Un golpe más. El centro de la puerta se hinchó como la panza de un hombre obeso.

—Nosotros protegemos la puerta exterior y mataremos a unos cuantos —le susurró Daur a Hark—. Quiero acabar con muchos de ellos. La sala de entrada es nuestra zona de masacre. Los reunirá a todos aquí listos para la matanza.

Hark asintió. Entendía las intenciones del capitán.

—Puedes decirle a la compañía que se prepare, comisario —dijo Daur.

—¡Compañía G! —gritó Hark, volviéndose para que su voz atravesase el túnel—. ¡Plata pura!

El sonido de los cuchillos le respondió.

—¡Estamos listos y en nuestros puestos! —gritó Haller desde el otro lado.

—Listos y en sus puestos, capitán —le informó Hark.

—¡Entrarán en cualquier momento! —gritó Daur—. ¡Recordad quiénes sois! ¡Y recordad a Ibram Gaunt!

Toda la compañía rugió su asentimiento. El sonido ahogó el estruendo del ariete.

El sonido ahogó el chirrido metálico de la escotilla que había cedido finalmente.

Gritando como fieras sombras perdidas en las profundidades de la disformidad, el Pacto Sangriento irrumpió en la casa de guardia. La puerta sólo se había desprendido parcialmente y entraban en tropel, por encima y alrededor de ella, corriendo, o así lo

veía Hark, como ratas; como una plaga de roedores que salía a borbotones por el conducto de un inmenso vehículo y avanzaba como una marea por encima de cualquier obstáculo. Las terribles figuras de rojo, con sus asquerosos uniformes adornados con cadenas compuestas de huesos de dedos y de dientes humanos, se abrían paso a través de la abertura y bramaban por la boca de sus negras máscaras de hierro. Sus ojos brillaban con una furia bestial. Algunos disparaban rifles; otros blandían hachas y mazas. Su hedor y el escándalo que producían eran insoportables.

El primero de sus ataques rebasó el suelo, el techo y el marco de la escotilla interior. Uno de los Fantasmas de las primeras filas se acercó.

—¡Fuego! —gritó Daur.

La docena de Fantasmas agachados alrededor de la escotilla abrieron fuego contra la marea que avanzaba hacia ellos. Los guerreros enemigos caían directamente o, heridos, perdían el equilibrio y acababan aplastados por la avalancha de bestias que rugía tras ellos. El olor a sangre y a carne quemada inundó la estancia. Los Fantasmas seguían disparando. Daur cargaba también. Hark alzó su pistola y lanzó rayos de energía hacia la masa que se aproximaba. Incineró a algunos. Otros resultaron violentamente desmembrados. En cuestión de segundos, las primeras filas de las fuerzas enemigas habían perecido y sus cadáveres eran arrastrados hacia adelante por la presión de la masa que empujaba.

La marea flaqueó ligeramente. Los guerreros del Pacto Sangriento empezaron a luchar para encaramarse por encima de los cuerpos para alcanzar a su enemigo. Algunos tropezaban y caían. Los rayos láser derribaban a otros más. Los estrechos límites de la sala de la entrada degeneraron en una mezcla de cadáveres, gritos, movimiento y disparos casi incomprensible entre aquella violenta confusión.

En los primeros diez segundos tras la caída de la escotilla, el Pacto Sangriento perdió a cuarenta guerreros en la sala de la puerta, mientras que los Fantasmas sólo perdieron a dos de sus hombres. El plan del capitán había funcionado.

Pero Ban Daur aspiraba a mucho más. Cuando la sala de la entrada se llenó al máximo de soldados enemigos, con muchos más empujando por detrás, y cuando el Pacto Sangriento estaba a punto de llegar a la escotilla interior, Daur se volvió hacia sus hombres.

—¡Cambiad! ¡Ahora! —gritó por encima del barullo.

Los Fantasmas de la escotilla que habían estado acosado al enemigo con el fuego de los rifles se levantaron de repente y se retiraron mientras seguían disparando. Daur apartó a Hark a un lado.

Los lanzallamas avanzaron, tomaron posición formando una línea y se enfrentaron al enemigo.

—¡Llamas! ¡Llamas! —gritó Brostin.

Presionó su quemador. Junto a él, Lubba, Dremmond y Lyse hicieron lo mismo. El resultado fue devastador. La ola de calor avanzó por el túnel y obligó a Daur, Hark y al resto de Fantasmas que había a su alrededor a emitir un gruñido y a protegerse el

rostro. Los cuatro lanzallamas permanecían de pie en la escotilla interior y arrojaban fuego líquido hacia la entrada de la casa.

No había opción de huir o de esconderse. No había modo alguno de escapar de la conflagración. El bullente infierno atravesó la sala hasta la escotilla rota, salió al exterior y alcanzó los rostros cubiertos con máscaras de hierro de los guerreros enemigos, que estaban estrechamente agrupados y luchaban por entrar.

En el horno en que se había convertido la sala de la entrada, la monstruosa destrucción se agudizó con las explosiones de las granadas y los cartuchos de munición. Las figuras en llamas se tambaleaban y ardían de los pies a la cabeza hasta que estallaban en mil pedazos al detonar las granadas que portaban en sus mochilas a causa del intenso calor.

El fuego emitía un sonido lastimero mientras atravesaba la sala y se elevaba para alcanzar el techo. Avanzaba, saltaba y se levantaba como si estuviera vivo. Era tan brillante que dolía la vista al mirarlo, y la estampa de las negras figuras que se retorcían eran prácticamente insoportable. El rugido del fuego le recordó a Hark el aullido del viento eterno, ávido y primigenio que había castigado a Jago día y noche.

Las quemaduras de la espalda le ardían con una compasión abrasadora. Resultaba muy satisfactorio devolverles aquel sufrimiento con las llamas.

• • • • •

Los Fantasmas encargados del puesto a la izquierda de Kolea retrocedieron de repente tres pasos, perdieron el equilibrio y cayeron al suelo sobre sus espaldas.

—¡Un médico! —gritó Kolea mientras seguía disparando por la aspillera a las figuras enemigas en los muros por debajo de él.

Su puesto no era el único en el que se solicitaba asistencia médica. Kolea había empezado la lucha con cinco hombres, y ahora sólo Derin y Dafelbe, el ayudante de Obel, seguían activos.

—¡Un médico! —volvió a gritar Kolea—. ¡Que venga un médico! —Se asomó y vio una figura que ascendía a duras penas a través del humo e hizo dos disparos. El guerrero enemigo se derrumbó y se quedó colgando de un brazo de la escalera por la que había estado trepando. Enganchado, luchaba por liberarse. Antes de que Kolea tuviese tiempo de disparar de nuevo, los propios camaradas del guerrero lo habían soltado y lo habían apartado de su camino. Se precipitó hacia el humo. Derin le disparó al primero de los hombres en toda la cara.

—Necesito municiones —gruñó.

—Lo sé —respondió Kolea.

—Pronto —añadió Derin.

Un silbante misil golpeó la parte superior de la aspillera y los cubrió de arena al

estallar.

—Demasiado cerca —tosió Dafelbe.

Kolea se asomó de nuevo y los disparos pasaron zumbando a su lado. Los guerreros del Pacto Sangriento de la escalera más cercana se pasaban nuevas escalas de cuerda enrolladas, de un hombre a otro, y se preparaban para pasar a la siguiente sección del muro. El mayor les disparó.

El guerrero en lo alto de la escalera, preocupado por proteger a los portadores a sus pies sacó una granada de mano y se preparó para lanzarla y colarla por la ranura.

—De eso nada —dijo Kolea, lanzando un tiro al azar.

El guerrero se desplomó y la granada cayó justo entre los hombres que había inmediatamente por debajo de él. La explosión arrancó la escalera de la superficie de roca con un estallido de humo y chispas.

Kolea no tenía tiempo para sentirse satisfecho. Una lluvia de disparos empezó a llegar por la derecha. Los asaltantes habían conseguido colocar otra escalera justo por debajo del mirador contiguo. Los guerreros del Pacto Sangriento que estaban en la parte superior de la escalera luchaban cuerpo a cuerpo con los hombres de la aspillera para intentar penetrar en ella. Aquellos que se encontraban en la parte oscilante de la escalera disparaban hacia los lados, hacia donde se encontraba Kolea.

—¡Por Feth! —exclamó el mayor, intentando devolverles los tiros a pesar de la dificultad del ángulo.

—¡Derin! ¡Haz lo que puedas! —gritó Kolea mientras se retiraba de la ventana.

—¿Adónde vas?

—¡Tú hazlo! —Kolea salió corriendo del mirador, atravesó el vestíbulo de conexión y entró en la casamata adyacente.

Allí, la aspillera estaba plagada de extremidades que golpeaban y se sacudían y de esperpentos que gruñían. Pabst, Vadim y Zayber luchaban para impedir que entrasen, pero a Pabst lo habían herido en el brazo y Vadim apenas podía ver por la sangre que le caía por la cara.

—¡Disparadles! —gritó Kolea mientras se acercaba a ellos.

—¡No nos queda munición! —respondió Vadim.

Un hacha se incrustó en la garganta de Zayber, quien retrocedió tambaleándose mientas la sangre le salía a borbotones.

Kolea cambió su carabina a modo automático.

—¡Al suelo, Fantasmas! —gritó.

Vadim se apartó y arrastró a Pabst con él.

Kolea lanzó un láser rápido y destrozó parte del antepecho de roca y cemento. Los guerreros enemigos que ocupaban la ranura gritaban y daban sacudidas mientras los atravesaban los disparos. Algunos caían y desaparecían de inmediato, otros daban alaridos y permanecían allí, agarrándose a los bordes del puesto y soportando el peso de los muertos y los heridos.

—¡Rápido! ¡Consigue más munición! —le gritó Kolea a Pabst. Él siguió

disparando. Les volaba los dedos y las manos para obligarles a soltarse. Un guerrero del Pacto Sangriento intentó colarse a través de la ranura y Kolea le hizo un corte transversal en el hombro, lo que hizo que su cuerpo se desplomase sobre el escalón que había en el interior de la aspillera.

Kolea corrió hacia él y sacó dos granadas de mano del macuto del cadáver. Les quitó las anillas y las lanzó por la ranura. Se escuchó un doble y carnoso sonido hueco.

Pabst llegó corriendo con una bolsa de cargadores. Lo seguían Merrt, Vivvo y Tokar.

—Pero ¿qué hacéis…? —les preguntó Kolea.

—R… r… refuerzos —tartamudeó Merrt.

—Rawne ha enviado una compañía de arriba para ayudaros —dijo Vivvo.

—A la ranura. Me alegro de veros —asintió Kolea.

Volvió al pasillo pasando a través de los soldados recién llegados para regresar al mirador.

—¡Separaos! ¡Llenad los huecos! —oyó gritar a la cabo Chiria a través del humo.

El mayor regresó a su puesto original y se encontró con que a Derin y a Dafelbe se les habían unido dos Fantasmas más. Uno era Kaydey, un tirador belladonita que disparaba un láser largo. La otra era Tona Criid.

Tenía uno de los lados de la cabeza vendado y disparaba desde la esquina de la aspillera con gran concentración.

—Bienvenida a la guerra del Emperador, sargento —le dijo Kolea mientras volvía a su posición.

—No te imaginas cuánto me alegro de estar aquí —respondió ella sarcásticamente.

Kolea echó un vistazo fuera mientras los demás no paraban de disparar a su lado. No se habían añadido nuevas escaleras, y las fuerzas enemigas se arremolinaban a los pies del contrafuerte de la casamata de manera caótica, envueltos en humo, y se contentaban con disparar hacia las torres. Una inmensa nube de humo salía de una de las casas del guarda que se encontraban mucho más abajo.

—Creo que Daur ha hecho la obra del día —susurró Dafelbe.

—Eso parece —asintió Kolea.

—O eso o la fortaleza de Feth está ardiendo —añadió Derin, siempre negativo.

—¡Se están replegando! —gritó Criid.

Costaba ver con claridad a través de la espesa y creciente nube de humo que ascendía desde la cara sur de la morada, pero el enemigo parecía estar retirándose. Los disparos y los misiles continuaban impactando en las casamatas, pero cada vez llegaban con menos frecuencia. Kolea veía grupos de figuras distantes huyendo a través de la hondonada de polvo hacia la garganta del paso.

Se intercambiaron los últimos disparos.

—Aquí Kolea —dijo el mayor por el microcomunicador—. ¿Hemos conseguido

proteger la puerta?

Se oyó una respuesta con interferencias.

—Repita —dijo Kolea.

—Mirador, aquí Daur. Hemos protegido la puerta.

Kolea miró a Derin y ambos permitieron que una sonrisa cruzase sus sucios rostros sin afeitar.

—¡Señor! —lo llamó Dafelbe.

Kolea se volvió.

Dafelbe estaba inclinado sobre Tona Criid. Se había desplomado en el suelo en la esquina donde había estado todo el tiempo. Kolea se acercó a toda prisa.

—¿Le han dado? —preguntó.

—Creo que no —respondió Dafelbe—. Creo que sólo se ha desmayado.

Tona recuperó el sentido.

—Estoy bien —farfulló.

—Te has levantado demasiado pronto —dijo Kolea—. Vamos a ponerte de pie.

Ella no respondió. Había vuelto a perder el conocimiento.

Día 12. El sol ha salido a las cinco y once minutos de la mañana. Está despejado. No hemos sufrido ningún ataque durante la noche, y tampoco hay rastro del enemigo a la luz del día.
Superamos el tercer asalto de ayer con poquísimas bajas teniendo en cuenta las circustancias. Estoy convencido de que si nos hubiesen atacado por dos frentes como el día anterior no habríamos sobrevivido.
Tengo la intención de proponer a B. D. para que sea condecorado por su excelente trabajo a la hora de defender la puerta principal. (véase la solicitud adjunta).
Andamos muy cortos de municiones. K. está intentando organizar un lanzamiento de provisiones. Tiene un plan que en este punto no comparte con nadie. Le he recalcado la vital importancia de los documentos descubiertos en la supuesta biblioteca. Debemos conservarlos y protegerlos, o llevarlos a un lugar seguro antes de que esta fortaleza termine sucumbiendo.
Para terminar, añadiré un detalle sin importancia pero algo preocupante. El sargento de reconocimiento Mkoll parece haber desaparecido. Estoy intentando

descubrir su paradero.

Diario de campo, V. H.
Quinto mes, 778



DIECISIETE
Los fantasmas

Los fantasmas se aproximan. Han estado ahí todo el tiempo, criaturas luminosas encadenadas al antiguo lugar, pero sin ser vistas. Ahora se acercan, silenciosas como susurros, fugaces como fragmentos de voz en un comunicador con interferencias, suaves como el roce del encaje negro contra la piedra. Se aproximan.

Nadie las invita. Las envían. Huelen el calor de la mente de las almas perdidas en la casa del fin del mundo y descienden, como seres alados que regresan a la atalaya. Ellos son el polvo sobre los satinados muros marrones, el brillo y la sombra de las luces, los ruidos de algo enterrado bajo tierra. Tienen la voz de los amigos. Son la voz de los muertos. Son el rincón más oscuro de la noche, los átomos más fríos del cosmos, el lamento del viento. Son la música que apenas se escucha. Son secas calaveras en polvorientos valles.

Los fantasmas se acercan. Sólo en la muerte pueden moverse con tanta libertad. Sólo en la presencia y en la hora de la muerte pueden aproximarse tanto.

Lo sienten. El final está cerca: el final de Hinzerhaus y de todos aquellos que se encuentren entre sus paredes.

Se reúnen en las estancias vacías y en las frías galerías. Despacio, despacio, van…

● ● ● ● ●

… saliendo.

La luz se apagó. Rawne maldijo y encendió la linterna que había sobre su escritorio. Estaba convencido de que la batería era nueva, pero estaba vacía.

—¡Rerval!

Su ayudante apareció en la puerta.

—¿Si, señor?

—¡Por Feth! Tráeme una linterna, ¿quieres?

—Si, señor.

Rawne se acomodó en la silla. Estaba cansado. Había estado estudiando algunos de los viejos libros de la biblioteca. Intentar trabajar con la luz intermitente de los apliques le había producido dolor de cabeza, de modo que decidió enfocar las páginas con la linterna.

Al mayor no le interesaban demasiado los libros. Nunca le había dado demasiada importancia a la historia. La historia estaba muerta, y a él le interesaba mucho más estar vivo. Sin embargo, hombres como Hark y Baskevyl creían que aquellos libros eran importantes, de modo que hizo el esfuerzo.

Además, aquello le había dado algo que hacer. El día había pasado muy despacio.

Era probablemente el que más largo se le había hecho desde que había llegado allí. Esperaban un ataque en cualquier momento y estaban todos muy nerviosos, y eso dejaba a uno rendido. Como Hark había dicho en numerosas ocasiones, lo peor de aquella situación era la espera.

Los libros, con sus páginas sueltas y destrozadas lo habían distraído un rato. La mayoría de las ilustraciones no tenían ningún sentido, y Rawne no sabía hasta qué punto eran exactos aquellos mapas.

Pero veía lo suficiente como para saber que Hark tenía razón. Tenían que mostrarles aquellos libros a alguien que pudiese calcular su auténtico valor. Si había alguna posibilidad, por mínima que fuera, de que fuesen lo que parecían ser, podrían marcar la diferencia entre el triunfo o la derrota.

Un viento gélido recorrió el habitáculo, una bocanada procedente de alguna parte. Alguien abrió la puerta lentamente y entró.

—¿Me has traído la linterna de Feth? —preguntó Rawne mientras alzaba la vista.

—Una última lucha —dijo Colm Corbec, sonriéndole con tristeza.

Rawne se levantó tan rápido de la silla que se cayó hacia atrás de golpe. Parpadeó rápidamente. Allí no había nadie. Rawne se dio la vuelta temblando y volvió a girarse. La habitación estaba vacía.

—¡Por Feth! —exclamó—. Pero ¿qué Feth …?

—¿Se le ha volcado la silla, señor? —preguntó Rerval amablemente mientras entraba en el habitáculo con una linterna nueva en la mano.

Rawne pasó a su lado y se acercó a la puerta para inspeccionar el vestíbulo de cabo a rabo.

—¿Pasa algo, señor?

—¿Qué clase de broma es esa? —gruñó Rawne.

—¿Cuál, señor? —preguntó Rerval, confundido.

—¡Pues esa! El… el… —Rawne se calló.

Ninguno de los hombres podía haber planeado aquel truco. Sólo su mente podía idear algo así. Estaba cansado. Debía de ser eso, fatiga.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Rerval.

Rawne regresó hasta el escritorio y volvió a colocar bien la silla.

—Si, sí… Sólo estoy un poco alterado.

Rerval le pasó la linterna. Rawne la cogió.

—Gracias.

El ayudante asintió.

—Beltayn dice que su conexión debería estar lista en la próxima media hora.

—Avísame cuando sea. La recibiré aquí.

—Si, señor.

Rerval salió de la habitación y cerró la puerta tras él. El mayor se sentó y volvió a centrar su atención en el folio con la linterna encendida. Al mismo tiempo que pasaba las páginas vigilaba la puerta.

• • • • •

Aquella noche, aunque el tiempo no había cambiado, cuando oscureció daba la sensación de que en la casa faltaba el oxígeno. El aire era seco y no corría, y las sombras parecían formar capas, como si estuvieran amontonadas unas encima de otras como láminas de fino encaje negro.

Hark cojeaba por uno de los vestíbulos inferiores y se apoyaba pesadamente en su muleta. Le dolía la espalda. Sabía que se había estado forzando demasiado y el dolor empezaba a borrar la sensación de bienestar que los analgésicos de Curth le habían proporcionado temporalmente. Sus quemaduras no estaban mejorando. Seguían húmedas y en carne viva, y moverlas no hacía más que empeorarlas.

Llegó hasta otro pequeño tramo de escalones y se sentó en uno de ellos con cuidado. «Siéntate un minuto —pensó—. Un minuto o dos».

Tenía la piel pálida y el sudor empapaba su frente. Respiraba con dificultad. Oyó los pasos de una patrulla que se acercaba. Hark no quería por nada del mundo que lo vieran en ese estado.

Cogió su arma. La batería de su pistola de plasma estaba algo baja, de modo que extrajo una de repuesto de su bolsa: una preciosa y casi lujosa pistola bólter de acero pulido con empuñadura de sierra y grabados en las placas de la corredera. Se recreó descargándola y volviéndola a cargar.

Al pasar, los patrulleros lo saludaron y él les devolvió el gesto. No vieron más que al comisario Hark tomándose cinco minutos para poner su arma a punto.

Esperó hasta que se hubieron marchado. Se le hizo una eternidad, porque, aparentemente, los pasos fantasmales retumbaron por el suave suelo marrón varios minutos después de que hubieran desaparecido.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Hark.

Los pasos cesaron.

Hark negó con la cabeza. Desde que habían ocupado Hinzerhaus más de uno había asegurado haber oído pasos sin dueño.

—¡Al infierno con este lugar! —murmuró. Dejó a un lado la pistola y se dio cuenta de lo mucho que le temblaba la mano, pero no por el miedo. Lo hacía el dolor. El dolor que le arrebataba poco a poco la fuerza.

Se levantó y subió las escaleras como un anciano. El alojamiento de los exploradores estaba algo lejos en la siguiente galería.

Livara estaba de pie junto a la puerta cuando Hark se acercó. Saludó al comisario. Hark entró. La mayoría de los exploradores estaban presentes: Hwlan, Leyr, Caober y Mklane. Estaban descansando. Preed estaba jugando al solitario sobre una caja puesta del revés.

Bonin estaba sentado en un rincón limpiando el polvo de su rifle láser con un

trapo. Al ver a Hark, dejó su arma y el material de limpieza y se levantó.

La piel del rostro de Bonin estaba roja, como quemada por el sol. Habían tenido a un explorador de guardia al final del barranco desde el descubrimiento de la nueva puerta, y Bonin había realizado ya tres turnos. El polvo lo había estado arañando constantemente.

—¿Querías verme? —preguntó Hark mientras el explorador se acercaba.

Bonin asintió.

—¿Para qué?

Bonin hizo un gesto con la cabeza y ambos salieron al pasillo, lejos de los otros. Caminaron hasta que estuvieron lo bastante alejados para que nadie les oyese.

—¿Eres un hombre de honor? —preguntó Bonin—. Siempre he dado por hecho que lo eras.

—Eso quiero pensar —repuso Hark.

Bonin volvió a guardar silencio.

—Tengo algo que comunicar. Necesito comunicártelo como hombre de honor, no como comisario.

—Ambas cosas van unidas —respondió Hark.

Bonin hizo un gesto de desdén.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Quiero que no te tomes lo que te voy a decir como comisario.

—Seré yo quien juzgue eso —respondió Hark.

Bonin rumió por un momento.

—He oído que estás buscando a Mkoll —dijo después.

—Has oído bien.

Como si le causase un gran desasosiego, Bonin hurgó con la mano derecha en su mugrienta chaqueta y sacó un trozo de papel arrugado. Lo desdobló y lo miró durante un momento.

—Me he encontrado esto en mi petate esta noche. No sé cuánto tiempo lleva ahí. Puede que un par de días. —Le entregó el papel a Hark. Era una breve nota escrita mano que decía:

Mach,

Hay algo que se debe hacer, es una cuestión de honor para el regimiento. Es la espada. Debe ser devuelta. He ido a por ella. Sé que no he recibido órdenes de hacerlo, pero tengo un deber moral. La conciencia me

impide partir sin decir nada. Te ruego que les comuniques adónde he ido y cuáles son mis intenciones. Espero que comprendan el propósito de mis acciones.

Que el Emperador te proteja.

Tu amigo,

Oan

Hark la leyó dos veces.

—¿Cuánto tiempo hace que encontraste esto en realidad, Bonin? —preguntó.

El explorador no respondió.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Lo dice ahí.

—Pero ¿sabes en qué dirección?

Bonin se encogió de hombros.

—En el almacén faltaban una cuerda y varios anclajes. Imagino que habría ido hacia el norte.

—¿Y por qué hacia el norte?

—Desapareció después de que lo hiciera la espada —apuntó Hark—, y la espada no se ha ido sola.

—No pone quién se la llevó —dijo Bonin.

—Es verdad —asintió Hark—, pero Mkoll no es el único que ha desaparecido. —Bonin miró con expresión seria al comisario. Hubo un largo silencio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó por fin el explorador.

—Tengo que pensármelo. —Hark dobló el papel y se lo metió en el bolsillo del abrigo—. Esto es muy grave. En esta nota Mkoll admite que ha abandonado su puesto y su deber. Se ha apartado del regimiento sin recibir órdenes ni permiso. Eso es deserción.

—¡Que te den por Feth! —gruñó Bonin—. ¡Te he preguntado si eras un hombre de honor! ¡No tenía por qué contarte nada de esto!

—Por supuesto que sí.

Bonin miró fijamente a Hark.

—Su deber no.

—¿Qué?

—Has dicho que ha abandonado su deber. No lo ha hecho.

—Sé perfectamente que no había nadie más leal a Gaunt que Mkoll —suspiró Hark—, pero no podemos permitirnos ponernos sentimentales. Gaunt ha muerto, su

espada ha desaparecido y ahora necesitamos a Mkoll aquí, y no en algún otro lugar en una búsqueda idealista.

—Tú no le conoces como yo. —Bonin negó con la cabeza con tristeza—. Desde que llegamos aquí se sentía muy extraño. Me lo comentó él mismo. Detestaba sentirse débil e ineficiente. Cuando… cuando Gaunt murió, se lo tomó como algo personal. Como un fracaso personal. No cree que nos pueda servir de nada aquí. Ya no. Piensa que es más bien una carga. Esta es su manera de compensar su falta.

—Lo meditaré detenidamente y decidiré qué acciones debemos tomar —dijo Hark—. No quiero sonar pesimista, es un hecho puramente teórico, pero si Mkoll se ha marchado al norte solo, es muy probable que no volvamos a verlo jamás. En ese caso no empañaré su memoria haciendo público este hecho. Pero tengo que comunicárselo a Rawne. Imagino que querrá que te encargues tú de los exploradores. Supongo que enviará a alguien a buscarte antes de que acabe la noche.

—Si, señor.

Hark alzó la vista como para mirar algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bonin.

—Me ha parecido oír… —empezó Hark—. No, me he confundido —miró de nuevo a Bonin y añadió—: Sigue con lo que hacías —y se alejó cojeando.

• • • • •

Un ataque por la espalda era lo que menos esperaba.

Harto del agobio que sentía en el aislado mirador, Larkin dejó a Banda al cargo de la vigilancia y salió al vestíbulo. El ambiente allí no era mucho mejor. El aire era frío, pero seguía quieto, inmóvil, a pesar de que el viento ululaba en el exterior. Las paredes estaban plagadas de sombras y las siniestras luces blancas iban y venían con ritmo lento.

Larkin paseaba de un lado a otro frotándose las manos. Sacó su cantimplora para beber un trago y, cuando estaba a punto de guardarla, un brazo lo agarró por la garganta.

—Eres hombre muerto, tanith —le dijo una voz al oído.

Larkin forcejeó, pero el brazo no cedía lo más mínimo. Intentó hablar.

—¿Quién …?

—Ya sabes quién soy, tanith —susurró la voz—. Fijo que sí.

Algo frío y punzante presionaba la garganta del francotirador.

—Nos llevamos a Gaunt, ya lo creo que sí. Y ahora voy a resolver mis asuntos pendientes contigo.

Larkin dio un grito y se lanzó hacia atrás contra el muro del vestíbulo para aplastar a la figura que tenía sobre su espalda contra los satinados paneles marrones.

El tirador aterrizó en el suelo.

—Pero ¿qué Gak estás haciendo, tanith? —inquirió Banda desde la puerta del mirador.

Larkin miró a su alrededor. Estaba solo. En el suelo, a su lado, la cantimplora abierta derramaba su contenido lentamente.

—Debo de haber resbalado —dijo.

«Fijo que sí».

Banda negó con la cabeza y volvió a su puesto. Larkin tenía dificultades para levantarse.

Una enérgica mano lo ayudó a ponerse en pie.

—No puedo andar detrás de ti todo el tiempo —afirmó Bragg. Larkin se volvió. Bragg estaba justo ahí, todo lo grande que era. Su amable mirada reflejaba una gran tristeza.

Se inclinó y sacudió el polvo de los hombros y las mangas de Larkin con sus enormes y delicadas manos.

—No puedo andar detrás de ti todo el tiempo —repitió—. Debes ser más prudente. Ten cuidado, Larks, o esos hijos de Feth acabarán contigo.

—Bragg —susurró Larkin.

Estiró la mano, pero no había nada que tocar. Bragg había desaparecido, como una burbuja que estalla, como el polvo que no se asienta porque una tormenta se lo lleva.

Larkin se agachó con los puños apretados contra la frente.

—No, no, no, ¡no!

Aún no sentía el dolor de cabeza y las náuseas, pero sabía que estaban a punto de aparecer.

Era la única explicación. Al menos la única que toleraba el tirador.

● ● ● ● ●

—¿Tengo que quedarme aquí? —preguntó Criid, jugueteando con el vendaje de su cabeza.

—Eso mismo me preguntaste el otro día —respondió Dorden mientras le quitaba la banda de medirle la tensión del brazo desnudo—, y mira lo que pasó cuando te dejé marchar.

Criid se encogió de hombros y volvió a tumbarse en el catre. En la estación de campo reinaba la calma. Un número demasiado elevado de Fantasmas yacían heridos y en silencio en las literas a su alrededor.

—¿Qué me estás ocultando? —preguntó.

—Tienes una conmoción cerebral —le dijo Dorden.

—Sólo es una conmoción, pero es grave, y si empiezas a moverte, te sentirás mal te desmayarás, de modo que te quedarás aquí hasta que yo diga lo contrarío.

—¿De verdad? ¿Eso es todo?

Dorden se sentó en la esquina de su cama.

—Yo jamás te mentiría, Tona. Si estuviésemos en un hospital de verdad y contásemos con un equipo adecuado, te haría un escáner en profundidad para ver si hay edema, hemorragia meníngea, o si algún fragmento del cráneo te está presionando el cerebro, sólo para estar seguros. Pero estamos aquí, de modo que no puedo hacerlo. Y estoy convencido de que no es más que una conmoción. ¿Todavía te duele?

—Aparece y desaparece.

—¿Ahora?

Ella asintió.

—Voy a darte algo —dijo.

Dorden avanzó por la estación de campo y cruzó el pasillo hasta la zona donde habían guardado la medicación y el material para los vendajes. Estaba oscuro y mal iluminado. Sacó la linterna que llevaba en el cinturón y la encendió. La luz duró unos segundos y se desvaneció, como si se hubiese agotado la batería. La volvió a encender y a apagar.

—¡Lesp! —gritó.

Empezó a hurgar en uno de los botiquines en busca de antiinflamatorios y tranquilizantes de alta concentración.

Algo estaba goteando.

—¡Lesp! ¡Ven aquí! ¡Trae luz!

El camillero apareció en la puerta con una linterna resplandeciente.

—¿Doctor?

—Alúmbrame aquí. No veo nada.

Lesp acercó la lámpara con diligencia.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó al cabo de un momento mientras desplazaba el haz de luz en su dirección.

—¡Por el amor de Feth, Lesp! ¡Que no veo!

—Doctor —murmuró el camillero—. Mire.

Dorden alzó la mirada. El rayo de luz de la linterna iluminaba la pared trasera del pequeño habitáculo. El muro estaba chorreando sangre que brillaba negra bajo la escasa luz.

—Pero ¿qué demonios…? —tartamudeó Dorden—. ¿Quién ha hecho esto? ¿A qué idiota de Feth se le habrá ocurrido que sería divertido malgastar de esta manera nuestras valiosas reservas de sangre?

—Sale de la pared —indicó Lesp.

—¡Eso es una estupidez! ¿Cómo va a…? —Dorden se fijó mejor. La sangre manaba claramente de entre los satinados paneles marrones.

—Tráeme una palanca —ordenó el médico.

—¿Qué?

—¡Una palanca! ¡Una palanca!

—¿Qué está pasando aquí? —bramó Zweil, que acababa de entrar en la estancia—. Estás despertando a los pacientes. ¿Te parece eso una actitud digna de un profesional de la medicina? No creo que…

—¡Sal de aquí, Zweil!

—¡No pienso hacerlo!

—Padre, ¡salga de esta habitación ahora mismo!

—¿Qué estáis mirando? —inquirió el sacerdote, abriéndose paso entre los dos.

—¡La sangre! —exclamó Lesp—. ¡La sangre de la pared!

—¿Qué sangre? —preguntó el viejo ayatani tocando la pared—. No es más que polvo.

Dorden agarró la linterna de las temblorosas manos de Lesp y se acercó. Lo veía claramente. No era sangre lo que caía por la pared, era arena. Finos granos de arena que se colaban a través de los paneles.

—¡Por el Trono! ¡Soy un viejo loco! —masculló Dorden. Después se volvió hacia Lesp y lo cogió del brazo—. Y tú uno joven.

—Parecía sangre —respondió Lesp con cierta vergüenza.

«De verdad lo parecía».

—Búscame diez miligramos de axotidina y cierra la boca —respondió Dorden.

Volvió a la estación de campo consciente de que todavía tenía el pulso acelerado. El catre de Criid estaba vacío.

—¿Dónde está? —preguntó mientras miraba a su alrededor—. Estaba justo aquí. ¿Dónde está?

En una cama cercana, Twenzet se encogió de hombros.

—Se ha levantado y se ha ido. He intentado impedírselo, pero ella ha dicho…

—¿Qué ha dicho, soldado?

—No lo sé —respondió Twenzet.

—¿Qué ha dicho? —gruñó Dorden.

Los ojos del herido se abrieron de par en par.

—Creo… creo que ha dicho algo como: «Me está llamando». Creo que hablaba de su hijo.

Por un momento, Dorden no le creyó y corrió al vestíbulo.

—¡Tona! —gritó—. ¡Tona!

• • • • •

Ludd empezó a acelerar en el momento en que oyó las furiosas voces más adelante.

Después se oyó el estampido de un disparo y echó a correr.

Entró de golpe en la sala donde se alojaban y se encontró en medio de un disturbio. Los soldados estaban gritando por todas partes, se echaban hacia atrás para evitar enfrentamientos y agitaban las manos. Wes Maggs permanecía de pie con su rifle láser en el centro del habitáculo. Estaba temblando y tenía los ojos abiertos y los dientes apretados. Agujeros chamuscados en los paneles de la pared que tenía ante él le mostraban adónde habían ido a parar los tiros.

—Dame el arma, Wes —le decía Varl con calma, acercándosele con las manos abiertas.

—¡Estaba ahí! ¡Justo ahí! Todos la habéis visto, ¿verdad?

—¡Dame la arma de Feth! —le ordenó Varl.

—¡Estaba justo ahí! —gritó Maggs—. ¡Estaba justo delante de mí! ¡Tengo que haberle dado!

—Ya basta —dijo Ludd.

Nadie le prestaba ni la más mínima atención.

—¡He dicho que ya basta! —bramó.

—¡Dame el arma! —repitió Varl, poniéndose frente a Maggs.

—Atrás, sargento —dijo Ludd, intentando interponerse entre ellos.

—Apártate —le advirtió Varl.

—Así no vas a conseguir nada —replicó Ludd.

—¡Estaba justo ahí! —insistió Maggs con la voz entrecortada a causa de la tensión.

Varl arremetió contra él.

—¡No! —gritó Ludd.

Varl puso sus manos alrededor del arma de Maggs y la sujetó. Con su fuerza mecánica desvió el cañón hacia arriba. Una ráfaga de disparos alcanzó el techo.

Nahum Ludd no era especialmente grande ni especialmente fuerte, pero el comisariado lo había entrenado bien en métodos de autodefensa y desarme. El entrenamiento se apoderó de él.

Dio un salto hacia delante y le propinó una patada a Varl en las piernas. Al mismo tiempo, agarró el arma de Maggs con la mano izquierda y golpeó al soldado de reconocimiento en la garganta con el canto de la mano. Varl cayó sobre su espalda por la izquierda de Ludd y Maggs se desplomó, jadeando, por su derecha. Ludd se quedó de pie entre los dos, con el rifle láser de Maggs en las manos. Lo balanceó hábilmente y apuntó al soldado.

—¡No te muevas! —le ordenó.

—Yo no he hecho…

—¡No te muevas! Varl, no se te ocurra continuar con esto.

—Oye —dijo Varl mientras se ponía en pie con las manos levantadas—. Sólo intentaba ayudar. —Se quedó mirando a Ludd, impresionado—. Eso ha estado bastante bien, Ludd —continuó.

—Comisario Ludd.

Varl asintió, sonriendo.

—Ha sido un alucine de Feth, ¿verdad? —dijo, mirando a su alrededor. Los Fantasmas que había a su alrededor empezaron a aclamarlo y a aplaudir.

—Gracias, pero guardad silencio —ordenó Ludd—. Meryn. Garond. Quitadle al soldado Maggs todas las armas que lleve y levantadlo.

—¡Estaba justo ahí! —protestó Maggs mientras los dos Fantasmas lo alzaban y lo despojaban de su cuchillo y su pistola—. Sólo intentaba protegernos a todos.

—¿De qué? —preguntó Ludd.

—¡De la vieja dama! ¡De la vieja dama! —gritó Maggs amargamente. Un equipo armado irrumpió en la sala dirigido por Kolea. Estaban apuntando con sus armas.

—Nos han informado de que ha habido disparos —gruñó Kolea, mirando a Ludd y a los demás por la mira de su carabina—. ¿Nos han atacado?

—Falsa alarma, mayor —dijo Ludd—. Sólo ha sido un pequeño incidente doméstico.

Kolea bajó su arma y apretó su microcomunicador.

—Kolea a todas las posiciones. Retiraos. Retiraos. Falsa alarma. —El mayor miró de nuevo a Ludd—. ¿Qué ha pasado?

—Nada que no haya podido controlar —respondió este—. ¿Hay algún sitio donde podamos dejar a Maggs seguro de momento?

—¿Te refieres a encerrarlo? —Kolea frunció el ceño.

Ludd asintió.

—¿Está detenido?

—Creo que ahora mismo es lo más seguro —respondió Ludd. Kolea silbó.

—¡Sólo quería protegernos a todos! —dijo Maggs más tranquilo—. Tú la has visto, ¿verdad, Gol?

—¿De qué está hablando? —preguntó Kolea.

—Feth sabe —respondió Varl.

• • • • •

No había conseguido dormir. Parecía que no hubiese oxígeno. Tumbado en su petate, tenía la sensación de estar asfixiándose. Se levantó y empezó a caminar, sin un destino particular en mente.

«Aquello era mentira».

No iba a ningún sitio en particular.

«Lo que había bajo el suelo sabía que mentía».

Baskevyl caminaba sin rumbo por los niveles inferiores de la casa y saludaba a los grupos de centinelas y a los hombres de guardia. En ocasiones se detenía a intercambiar unas pocas palabras.

Durante el tiempo que duró su paseo no dejó de escuchar cómo la veteada y resbaladiza médula espinal se desplazaba a través de la roca bajo sus pies y lo seguía. Lo seguía.

«No, no lo seguía, lo guiaba».

Baskevyl siguió caminando. Descendió unas escaleras de caracol, atravesó luces que se encendían y se apagaban constantemente al ritmo de los espeluznantes arañazos de la cosa que había «ahí abajo».

Llegó hasta el agujero de la pared que daba a la nueva sección. Los paneles que habían arrancado se habían utilizado como combustible. Había tres soldados vigilando la entrada: Karsk, Gunsfeld y Merrt.

—¿Una noche tranquila, señor? —preguntó Gunsfeld.

—Más o menos.

—Hemos oído algo hace un momento, en una de las salas de alojamiento —dijo Karsk.

—No era nada de lo que debáis preocuparos.

—Pensamos que nos estaban atacando de nuevo.

—No ha sido así —afirmó Baskevyl—. Relajaos. No ha sido nada. ¿Puedo pasar? —Baskevyl sonrió a modo de agradecimiento y atravesó el agujero hacia el ambiente ámbar de la nueva sección. Ya había avanzado un poco cuando oyó una voz que lo llamaba desde atrás. El soldado Merrt lo había seguido por el túnel.

—¿Qué sucede, Merrt?

—Sólo quería pg… pg… preguntarle una cosa, señor —dijo él. Parecía incómodo y avergonzado.

—Dime.

Merrt sacó su arma.

—¿Qué le dice esto, señor?

Baskevyl observó el rifle.

—Creo que es un… eh… MU3R73.

—Bien. Gn… gn… gracias, señor —asintió Merrt.

—¿Eso era todo?

—Si, señor.

—Pues continúa.

Merrt esperó hasta que Baskevyl desapareció de su vista y volvió a mirar su rifle. MU3R73. Eso es lo que Gunsfeld le había dicho también cuando le preguntó. Se había quedado tan perplejo con la pregunta como Baskevyl.

El problema era que ambos se equivocaban. Merrt lo entendía porque había visto rifles MU3R73 también durante mucho tiempo.

Pero cuanto más analizaba la marca de serie, más se convencía de que estaba en lo cierto.

Ponía «MUERTE». No había duda de que ponía «MUERTE»: muerte.

La cosa se arrastraba bajo sus pies tan cerca de la superficie que algunos de los

satinados tablones marrones del suelo parecían elevarse ligeramente y volver a su lugar a su paso. Podía oír el arrastrar y el chirriar de la carne húmeda y el hueso contra la roca.

—Está bien —susurró—. Lo estoy haciendo.

El ruido cesó.

Baskevyl entró en la biblioteca. Caminó entre las estanterías hasta estar de nuevo delante del libro. Tenía la cubierta de piel negra, brillante y suave, con un emblema grabado en plata en el lomo: un gusano con su largo y segmentado cuerpo enroscado que se mordía la punta de la cola formando un círculo.

Alargó la mano para tocarlo. Los dedos le temblaban.

Finalmente, cogió el libro de la estantería.

• • • • •

—¿Cómo que no sabes dónde está? —preguntó Dalin.

—Se ha ido a dar un paseo —respondió Curth—. La estamos buscando.

Dalin miró a Cullwoe.

—Estará bien —dijo el soldado—. Es muy fuerte.

Dalin se dio la vuelta y regresó junto a Meryn a la puerta del alojamiento.

—Solicito permiso para ayudar a buscar a la sargento Criid, señor —dijo.

—¡Quiero dos escuadras aquí! —gritó Meryn sobre su hombro—. Lo antes posible.

Después se volvió de nuevo hacia Dalin.

—Te ayudaremos a buscar, ayudante —respondió.

• • • • •

—Entonces, ¿es verdad, Vawne? —preguntó Van Voytz por el comunicador. Su voz se escuchaba entrecortada a causa de las interferencias.

—Es Rawne, señor. Y sí, es verdad.

La señal silbó y zumbó.

—Lo pierdo, general —dijo Rawne, acercándose más el micrófono.

—Digo que es una auténtica lástima, Rawne. Era un buen hombre, uno de los mejores. Conocí a Ibram hace muchos años. Un magnífico oficial. Lo echaré en falta. ¿Cómo van las cosas?

—Las circunstancias aquí no son demasiado favorables. Necesitamos asistencia urgentemente. Municiones, principalmente, pero cualquier refuerzo será bien

recibido.

—Lo tendréis, Rawne —dijo la voz del comunicador—. Aguantad. Intentaré organizar un lanzamiento de municiones.

—Señor, le he enviado una lista detallada de lo que necesitamos. Solicité municiones e incluí un plan de lanzamiento.

La señal emitió un sonido agudo y desapareció durante un momento.

—… delante.

—Repita, Elikon.

—He dicho que tengo su petición delante, Rawne. Parece factible. ¿Está seguro de que quiere que el lanzamiento se lleve a cabo en ese lugar?

—Afirmativo, señor.

—¿Y quiere una extracción también?

—Si, señor. Si lee de nuevo mi comunicado, entenderá por qué.

Rawne esperó. La voz se ahogó y silbó como una granada defectuosa. Los indicadores del nivel de frecuencia volvieron a bajar a cero.

—¿Me recibe, Nalwood? ¿Nalwood?

—Dígame, señor.

—He dicho que lo revisaré e intentaré organizar algo. No dejaré que los chicos de Gaunt perezcan deshidratados. Volveré a contactar con usted al alba.

—Gracias, señor.

—ech'rakah.

Rawne hizo una pausa.

—Elikon, Repita, Elikon. Elikon. Elikon, aquí Nalwood. Aquí Nalwood:

El comunicador emitía sonidos crepitantes y de repente emitió un silbido tan agudo que Rawne tuvo que quitarse los auriculares de golpe. El ruido de la señal continuaba saliendo por los altavoces.

—… ech'rakah koh'thet magir shett gohrr! ¡Gohrr! ¡GOOOOHHRRR! ECH'KHETT FF'TEH GOOOOHRRR ANARCH!

La señal cesó, fría e inerte como la dura roca.

—¡Beltayn! —gritó Rawne mientras se ponía en pie—. ¿Qué Feth era eso?

A cincuenta metros de la sala principal, Beltayn atendía su comunicador y mantenía uno de los auriculares apretado contra su oído.

—¡Son interferencias, señor! —respondió—. Estoy tratando de recuperar la señal con Elikon.

Rerval se inclinó sobre Beltayn.

—Prueba el 3:33 de nuevo.

—Gracias. Eso hago.

—Eso parecía…

—¡Ya sé qué Feth parecía, Rerval! —lo interrumpió bruscamente Beltayn.

Rerval palideció.

—Crees que si nosotros los oímos… ¿ellos nos oirán a nosotros?

Beltayn no lo escuchaba. Sintonizó un dial y accionó dos de los conmutadores.

—Creo que ya lo tengo… Creo que la he recuperado. Es una señal limpia. Está buscando balance.

De repente, Beltayn se apartó de la radio.

—¡Feth! —exclamó.

—¿Qué pasa, Bel? —preguntó Rerval.

Beltayn le pasó el auricular. Rerval se lo colocó contra el oído. Se oía una voz, distante, pero bastante clara, que decía:

—¿Somos los únicos que quedan con vida? ¿Lo somos? ¡Que alguien me responda! ¿Lo somos? ¿Hay alguien ahí? ¿Somos los únicos que quedan con vida?

—Bel —Rerval empezó a temblar—, es tu voz.

—Lo sé —respondió Beltayn.

• • • • •

El camino de regreso a la sala principal parecía interminable. Hark quería tumbarse. Necesitaba analgésicos. Pero más que nada necesitaba dormir.

Cojeaba por el pasillo en las plantas intermedias de la casa de guardia, en el ala sur. Un conjunto de aspilleras individuales formaban una fila de ventanas que daban al paso. Se sentó en el escalón que había bajo una de ellas con cuidado de no apoyarse en la espalda. Girándose un poco consiguió observar la oscuridad. Era bien pasada la medianoche local. La noche era tranquila y clara. Podía ver las negras paredes del paso contra el cielo granate y la pequeña e intensa luna que flotaba sobre ellos. Su luz iluminaba las pendientes más bajas de la morada y hacía que la hondonada de arena que había al otro lado de la puerta brillase como un campo de nieve. Observó como el viento levantaba céfiros de polvo sobre las resplandecientes dunas.

Unos pasos se aproximaban.

Sacó su arma y fingió cargarla de nuevo.

Alguien pasó cerca de él y removió el aire. Alzó la vista, pero allí no había nadie. Hark se puso tenso. De repente, el ambiente se volvió muy frío. El dolor de su espalda se intensificó y se dio cuenta de que no podía levantarse. Entonces oyó claramente el sonido de las gaitas de Tanith. El miedo se apoderó de él.

De pronto apareció Tona Criid, que andaba con los pies descalzos. Parecía que caminaba dormida.

—¿Tona?

Ella se volvió ligeramente, pero no parecía reconocerlo.

—Tona, ¿puedes ayudarme?

Ella continuó caminando. Sus pies emitían pequeños sonidos al golpear el satinado suelo marrón.

—¡Por favor, sargento Criid! —gritó—. No puedo levantarme y algo no va bien. Está pasando algo terrible.

Ella se detuvo y se volvió de nuevo para mirar a Hark.

—Él está aquí —afirmó—. Está aquí.

—¿Quién?

—Caff —dijo—. Mira.

Hizo un gesto hacia delante. De repente, en la oscuridad del pasillo apareció una luz. Al principio era muy débil, pero después fue aumentando hasta convenirse en una distorsionada, creciente y parpadeante serpiente de intensa y siniestra luminosidad. Danzaba y crepitaba. Hark sintió que se le ponían los pelos de punta y detectó el olor a ozono. Sabía lo que era: una increíble descarga eléctrica.

—Tona, vuelve —la llamó mientras intentaba levantarse. Pero sus piernas estaban demasiado débiles.

—¡Tona Criid, vuelve aquí ahora mismo!

—Mira —dijo ella, sonriendo.

Aquello había dejado de ser una simple luz. Se había transformado en una figura humana que irradiaba luminosidad desde su interior. Tona empezó a llorar. Las lágrimas le corrían por sus delgadas mejillas.

—Caff —sollozó.

—¡Eso no es Caffran! —gritó Hark.

Intentó desplazar la corredera de su pistola bólter, pero se atascó. Intentó forzarla moviéndola hacia delante y hacia atrás.

—¡Tona!

La figura se volvió lentamente para mirarlos. Era alta. Sus ropas estaban rasgadas, harapientas y empapadas de sangre. Hark supo al instante que estaba muerta. El seco líquido rojo le cubría el rostro y apelmazaba su rubia y corta melena.

Era Ibram Gaunt.

Criid soltó un grito de dolor y de incredulidad. Se lanzó hacia delante y empezó a aporrear a Gaunt en el pecho con sus puños.

—¡Estás muerto! ¡Estás muerto! —aullaba mientras lo golpeaba—. ¿Dónde está Caff? ¡Estás muerto! ¡Estás muerto!

La figura ensangrentada estiró los brazos para abrazarla. Ella se apartó aterrada.

Finalmente, Hark consiguió desatascar el arma. Sus pies respondieron. Se levantó y dio un paso adelante.

—¡Está muerto! —gritó Criid.

—Lo sé —respondió Hark.

La agarró del brazo y la empujó detrás de él. Ella no se resistió. Él se enfrentó a la figura y levantó su pistola.

—No sé qué eres —dijo—. Sé lo que te gustaría que pensásemos que eres. Déjanos en paz.

La figura abrió la boca como si fuese a responder, pero ya no dejó de abrirla. Las

mandíbulas se extendían cada vez más como si emitiese un terrible grito silencioso, y una luz cegadora fulguró desde su garganta. Su piel y sus labios ensangrentados se retiraban de sus inmensas fauces y revelaban sus dientes; revelaban su cráneo. Los músculos y la carne se estiraban hacia atrás como una tela disuelta por el ácido y reducían el rostro, el cuero cabelludo, la garganta a tendones, y después a simples huesos.

La ropa se desintegró en un segundo y se transformó en polvo, dejando el esqueleto desnudo hasta que se plantó ante ellos consumido y descarnado.

Aún tenía la boca abierta en aquel silencioso e interminable grito. Mantenía los brazos extendidos y los últimos trozos de carne líquida y de tela colgaban de ellos.

Entonces, y sólo entonces, gritó de verdad. El sonido inundó sus mentes e hizo temblar sus órganos. Era un chillido que ninguno de los dos olvidaría jamás.

Hark soltó la pistola y abrazó a Criid para protegerla con su cuerpo. El esqueleto aullante estalló.

Sintieron la onda expansiva que produjo su explosión. Olieron el polvo y el hueso carbonizado y, lo peor de todo, la colonia de Gaunt. Todos los apliques de la sala se fundieron y se quedaron a oscuras.

Hark soltó a Criid. Ambos parpadearon en la oscuridad. Oyeron pasos que se acercaban por la casa para buscarlos.

—¿Qué Feth ha sido eso? —exclamó Hark.

Fuera, el cielo se iluminó. Inmensos estallidos resonaron por el paso; era el sonido de la infinita ira de un dios marcial. Hark se acercó tambaleándose hasta el escalón de la ventana más cercana y se asomó. Los bombardeos iluminaban el cielo tras el paso y dejaban una silueta irregular, destello tras destello.

—¿Qué Feth ha sido eso? —preguntó Criid.

—No lo sé —respondió Hark mientras observaba cómo las inmensas llamaradas de luz acababan con la oscuridad—. Pero creo que éste es nuestro fin.

Día 13. Cuatro y dieciséis. El sol todavía no ha salido. Las condiciones son favorables.
¿Pero qué digo? ¿Condiciones favorables? Quiero decir que el viento es suave y esta despejado. Nada es favorable aquí.
Anoche se apoderó de nosotros la locura. Lo que sucedió fue algo surrealista. Los hombres vieron cosas, sintieron cosas, oyeron cosas. No las registraré aquí porque no tengo manera de explicarlas.
Desde el principio he tenido un mal presentimiento acerca de este lugar, una sensación que la parte racional de mi mente ha intentado omitir. Pero ya no puedo seguir negándola. Este lugar, esta morada está maldita. En ella habita una presencia que esta cobrando cada vez más fuerza. Creo que se supone una amenaza tanto como el propio enemigo.
Cuando llegamos aquí, cuando comenzaron los rumores, G. siempre nos prohibía pronunciar palabras como «hechizos» o «encantamientos», pero creo que ya no podemos seguir censurando esas palabras. Tenemos un problema, un problema más grande de lo que jamás pudimos imaginar.
La guerra nos alcanzó hace unas cuantas horas, en

plena noche, en el punto álgido de la locura. Una especia de gigantesca batalla de artillería que ilumina el cielo se esta librando al otro lado del paso.
Esto podría indicar que los refuerzos prometidos están avanzando para liberarnos. O podría significar que estamos a punto de ser aniquilados en una ofensiva a gran escala.

Diario de campo, V. H.
Quinto mes, 778



DIECIOCHO
La última oportunidad

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Rawne mientras observaba como el estallido de luz sacudía e iluminaba el distante cielo de la mañana al otro lado del paso.

—Si —respondió Berenson—. Se ha confirmado, aunque apenas hemos recibido detalles. La señal de los receptores es mala. Pero sí. Ayer, durante la medianoche de la hora local, el escuadrón del 52.º Cadogus entabló combate con la principal fuerza enemiga en el paso Banzie, tal y como habíamos previsto.

—Que el Trono bendiga al Departamento Tacticae —dijo Kolea.

Los tres estaban en el exterior de una cúpula, en lo alto de la casa de guardia, mirando al sur a través de sus telescopios. El día era soleado y sorprendentemente claro. Las bóvedas de campana que tachonaban el panorama a su alrededor brillaban como las cúpulas de los templos. El cielo era azul intenso. A lo lejos, más allá de los riscos y de la zona oeste de los Altids, el azul se arremolinaba y vibraba como seda al viento. Desde allí se oían los constantes cañonazos de la artillería pesada. De no ser por la regularidad de los estallidos podría parecer que se aproximaba una tormenta.

—¿En qué nos beneficia eso a nosotros? —preguntó Rawne mientras bajaba su telescopio.

—Al menos tenemos la esperanza de ser liberados —dijo Berenson—. Si la fuerza principal de Cadogus ha llegado hasta el paso Banzie, las compañías de refuerzo deben de andar cerca.

—Justo a tiempo —murmuró Rawne—. Dijiste tres días.

—Así es —asintió Berenson.

—No va a ser tan fácil —vaticinó Kolea—. Les hemos impedido tomar esta posición durante días. Quieren este lugar para poder asegurarse el paso; pero eso ahora es secundario: quieren hacernos pagar.

—¿Puedes leerles la mente, mayor? —le espetó Berenson.

—Me he enfrentado a ellos antes —respondió Kolea.

—¿Estamos en posición de enfrentarnos a ellos ahora? —preguntó Berenson.

—No —contestó Rawne—. Pero dentro de unas horas podríamos estarlo. Me han garantizado un reabastecimiento de municiones. Podemos rearmarnos y esperar un poco más. Todo lo que podamos.

—¿Cuándo es el lanzamiento? —inquirió Kolea.

—Estamos esperando que nos indiquen una hora prevista de llegada —respondió Rawne—. Confío que sea por la tarde.

—Esperemos todavía seguir aquí por la tarde —dijo Kolea. Rawne lo miró.

—¿Qué quieres decir con eso, Kolea?

—Estabas aquí anoche, ¿verdad? —respondió el mayor—. Viste todo lo que pasó. Están empeorando, estas…

—¿Quieres hacer el favor de decirlo de una vez? —lo instó Rawne—. Hechizos.

—Está bien, hechizos —admitió Kolea—. Llevan sucediendo desde el día que

llegamos aquí, pero cada vez van a peor. Y sólo porque haya salido el sol no significa que estemos a salvo.

• • • • •

Zweil dejó su salterio, se lamió el pulgar y el índice y apagó el cirio votivo.

—¿Que quieres que haga qué? —preguntó.

Hark estaba sentado frente a él en el pequeño habitáculo que el sacerdote había convertido en su santuario.

—Ya me has oído, padre.

—¿Un exorcismo? Soy un sacerdote ayatani, no un mago, idiota.

Hark inspiró profundamente.

—Bien, dejando de lado el hecho de que acabas de llamarme idiota, cosa que no deberías hacer, padre, teniendo en cuenta que llevo un arma, sé que lo que te estoy pidiendo es algo extremo, pero ya has visto lo que está pasando.

Zweil asintió. Elevó sus nudosas y manchadas manos y se quitó la estola ceremonial del cuello. La dobló y la guardó en su bolsa.

—Si, lo he visto —dijo—. He visto lo que veo siempre. Hombres en una circunstancia extrema. Hombres asustados. Hombres que mueren. Hombres que temen morir. Tensión, estrés, agotamiento tras la batalla…

—Es más que eso.

—Tonterías. Este lugar es escalofriante, la lucha ha sido terrible y hemos perdido mucho. Y lo peor es que todo el mundo siente que estamos encerrados. Atrapados, como en una jaula. Como si esta casa fuese nuestra jaula.

—Padre…

—Aquí no hay ningún espíritu maligno, Viktor. —Zweil miró a Hark—. Sólo hay soldados extremadamente asustados. La mente humana hace el resto. Anoche, Dorden, un hombre tan cabal como Dorden, Viktor, creyó ver que manaba sangre de una pared. Y no era sangre. Era arena.

Hark se llevó la mano a la boca y después, con vacilación, le contó al viejo sacerdote lo que Criid y él habían vivido la noche anterior.

Zweil permaneció en silencio largo rato después de que Hark terminase su relato.

—Dime, ¿eso también es cosa de mi imaginación, padre? —preguntó Hark.

—Debe de haber una explicación racional —insistió Zweil.

Hark negó con la cabeza y se puso de pie. Para hacerlo tuvo que apoyarse fuertemente en su muleta.

—Digamos que tienes razón, padre, y que todo está en nuestra cabeza. Estoy convencido de que un rito de prohibición por tu parte ayudaría al menos psicológicamente.

—Yo no hago numeritos —respondió Zweil—. No reduciré el credo Imperial a un vano teatro.

—Tu escepticismo me decepciona, padre ayatani —Hark se volvió y cojeó hacia la puerta de la sala—, especialmente viniendo de un hombre que vio a la Santa con sus propios ojos y creyó.

—Eso era diferente —se defendió Zweil.

—Sólo porque entonces querías creer —dijo Hark—. Pero no quieres creer en esto, ¿verdad?

• • • • •

A Baskevyl le habían estado temblando las manos desde el momento en que abrió el libro por primera vez. Ahora, al cerrarlo de nuevo, se sentía un auténtico idiota. Su pistola, que había dejado sobre la mesa junto al volumen justo antes de abrirlo, sólo hacía que se sintiese todavía más ridículo. ¿Qué esperaba? ¿Qué algo saltase de las páginas y se lanzase sobre él? ¿De verdad pensó que tal vez tuviese que dispararle al libro? «Idiota, idiota, idiota»…

El tomo no era nada, estaba escrito en un idioma extraño y era tan ininteligible como algunos de los otros volúmenes que Beltayn había cogido de las estanterías para analizarlos. Una decepción.

Algunas de sus páginas contenían textos que no podía leer e ilustraciones que parecían ser una mezcla de oscuros diagramas, cartas astrales primitivas y gráficos.

Mientras hojeaba las páginas, Baskevyl le había dado la vuelta al tomo en varias ocasiones, pues no estaba seguro de dónde estaban el principio y el final. Ninguna de las dos posibilidades lo convencía.

Baskevyl había tomado prestado el despacho de Rawne durante una hora mientras el comandante hacía su inspección matinal por la casa. Fuera de allí, el lugar empezaba a despertarse. Los hombres iban arriba y abajo. Baskevyl oyó tristes voces tempraneras, las voces de aquellos que se acababan de despertar tras una noche de poco sueño mezcladas con las voces de aquellos que se habían pasado la noche en vela, con los ojos rojos, de guardia. Olía las latas de comida calentándose en la cocina de la sala principal y la cafeína que humeaba en las jarras de metal.

Se levantó y se estiró. Tal vez algo de comida…

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta y Fapes la abrió. Inmediatamente, Baskevyl cubrió el libro y el arma con su chaqueta.

—He pensado que le apetecería tomar algo, señor —dijo el ayudante con una taza de hojalata llena de cafeína.

—Voy a tener que enviarte a las naves negras, Fapes —bromeó Baskevyl.

—¿Por qué, señor?

—Porque lees la mente.

Fapes sonrió y dejó la taza sobre el escritorio.

—Menuda noche, ¿eh, señor? —dijo—. ¿Qué ha sido todo eso?

—¿Te refieres al bombardeo?

—Si. —Fapes se encogió de hombros—. Y a todo lo demás. Tengo entendido que Wes Maggs se volvió loco, y van circulando toda clase de historias.

—¿Historias?

—Supongo que serán sólo rumores, señor.

—Ya sabes cuál es la postura del regimiento respecto a los rumores, Fapes.

Este asintió.

—No obstante —dijo—, ¿qué se dice? —Baskevyl cogió la taza y tomó un sorbo—. Pero que quede entre tú y yo.

—Dicen que este lugar está… ya sabe… —Fapes sonrió de nuevo.

—¿Encantado, Fapes?

—La verdad, señor, es que la gente lo comenta desde que llegamos aquí. Anoche… ¡Feth! Pasos, luces, susurros. Bool asegura que vio a una vieja dama sin rostro.

—¿Que vio qué?

—Arriba, en el oeste seis, señor. Me lo dijo él mismo. Una anciana que vestía un largo vestido negro.

—¿Sin rostro?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo lleva Bool al mando del suministro de sacra del regimiento, Fapes? —Baskevyl dio otro sorbo.

Fapes resopló, pero Baskevyl notaba que estaba inquieto. Fapes siempre hacía frente a los problemas adoptando una actitud desenfadada y bromista. Estaba buscando seguridad.

Por desgracia, Baskevyl no estaba en posición de ofrecérsela.

—¿Cree… cree que de verdad hay fantasmas aquí, señor?

—¿Aparte de nosotros? Por supuesto que no, Fapes.

Fapes asintió.

—Y si los hubiese, señor, si los hubiese… ¿podrían matarnos?

Baskevyl parpadeó. Quería soltar: «Hay algo bajo la roca, justo bajo nuestros pies, que podría matarnos a todos en un instante».

—No —dijo simplemente.

—Eso es lo que dice Ludd, señor. Dice que todo está en nuestra imaginación. —Fapes no parecía muy convencido.

—Ludd tiene razón, Fapes —afirmó Baskevyl—. Pero, una cosa…

—¿Si, señor?

—Es comisario Ludd.

—Si, señor. Por supuesto, señor.

Hubo una pausa algo incómoda.

—El mayor Rawne ha convocado una reunión oficial dentro de media hora —le informó Fapes.

—¿Aquí?

—Si, señor.

—Pues será mejor que recoja mis cosas. Ve a por una jarra de esto y trae más tazas. Los oficiales lo agradecerán.

Fapes asintió y abandonó la estancia. Mientras daba otro trago de cafeína, Baskevyl recogió la chaqueta con su mano libre. La manga se quedó enganchada en la tapa del libro y lo abrió.

Baskevyl dejó la taza sobre la mesa y tiró de la chaqueta. Una repentina bocanada de aire pasó las páginas del volumen abierto como si fuesen hojas secas. Baskevyl guardó su pistola en la funda.

De pronto se detuvo y cogió el libro rápidamente. ¿Qué era lo que acababa de ver? Volvió a pasar las páginas hacia atrás invirtiendo el trabajo del aire. ¿Por dónde se había quedado? Seguro que no se lo había imaginado…

Encontró la ilustración. Baskevyl aplanó la página con la mano y la observó.

Era el dibujo de un gusano. El dibujo lineal de un gusano que, al igual que el emblema plateado grabado en el lomo se mordía su propia cola y formaba un aro con su fino cuerpo alargado. El círculo estaba rodeado de anillos concéntricos de un diseño determinado y lo atravesaban líneas desde varios puntos que se cruzaban con los círculos externos.

«¿Qué Feth es esto?»

Baskevyl pasó la hoja y vio otra ilustración. Parecía mostrar una especie de insignia en corte transversal, aunque podría tratarse perfectamente de algún emblema heráldico. Había otros diagramas que mostraban más anillos y gráficos dibujados en una red rectilínea y con anotaciones.

Pasó otra página. En ella había un esquema que mostraba lo que parecía ser el ojo cubierto por el párpado de un reptil.

Pero no lo era. Baskevyl respiró hondo. Sabía perfectamente de qué se trataba.

• • • • •

Media hora después, con las terribles explosiones de los distantes bombardeos todavía resonando de fondo, Rawne penetró en la sala. Hark, Ludd y todos los oficiales de la compañía que había sobrevivido en condiciones lo bastante buenas como para mantenerse de pie lo estaban esperando.

—¡El oficial al mando! —anunció Ludd.

Todos lo saludaron sin vacilar. Todos compartían el nefasto presentimiento de

que aquélla podría ser la última vez que los oficiales de los Primeros de Tanith se reunían para ese tipo de encuentro.

Rawne asintió para responderles al saludo. Berenson estaba a su lado, y Rawne también había convocado a los ayudantes superiores.

—Los estallidos que habéis estado oyendo desde medianoche —comenzó el mayor —, son el sonido del 52.º Cadogus dándole su merecido a nuestro archienemigo en el paso Banzie. —Hubo un murmullo general de satisfacción—. Lo único que tenemos que hacer ahora es esperar —prosiguió Rawne—. Esperar y esperar en este lugar de Feth hasta que lleguen hasta nosotros.

—¿Y cuánto tiempo será eso, señor? —preguntó Kamori.

Rawne miró a Berenson.

—Llegarán tan pronto como puedan —dijo Berenson.

Varios oficiales refunfuñaron.

—¿Cuántas veces hemos oído eso durante años? —gruñó Obel.

—Demasiadas —respondió Rawne—. Y siempre es la verdad. —Los miró a todos —. Si conservamos la calma y hacemos lo que mejor sabemos hacer, saldremos de este agujero. Os lo prometo, y sabéis que yo no hago muchas promesas.

—Pero ¿esa promesa no depende más bien de cómo reaccione el Pacto Sangriento? —preguntó Kamori, lo que provocó unas cuantas risotadas.

—No —replicó Rawne—. Mantened la disciplina y la vigilancia. Preparaos para luchar si se da la situación y hacedlo como salvajes. ¡Que le den por Feth al Pacto Sangriento!

Larkin levantó la mano.

—¿Vas a preguntar acerca de las municiones, Larks? —preguntó Rawne.

—Si —asintió Larkin, bajando la mano.

—Pues tengo buenas noticias. ¿Beltayn?

El ayudante dio un paso hacia delante.

—Hace veinte minutos hemos recibido una señal de confirmación del punto de encuentro de Elikon. El lanzamiento de las municiones se efectuará exactamente dentro de dos horas.

El comunicado de Beltayn provocó murmullos y agitación.

—Silencio —ordenó Rawne.

—¿Cómo van a hacerlo, señor? —preguntó Daur—. Si lanzan algo en el área de la puerta, el enemigo se abalanzará sobre nosotros en cuestión de minutos. Ya sabe lo que pasó cuando recibimos el agua. No me gustaría tener que estar arrastrando las municiones bajo los disparos.

—No será en el área de la puerta, Daur —lo tranquilizó Rawne.

Entonces miró a Bonin. El nuevo jefe de los exploradores frunció ligeramente el ceño. Entendió los planes del mayor y asintió.

—Este es el «momento adecuado» al que se refería, ¿verdad? —preguntó Bonin.

—Así es —respondió Rawne—. Los transportes han recibido instrucciones de

aterrizar en el barranco que hay frente a la segunda puerta. Por lo que parece, el enemigo desconoce su existencia y el barranco nos protege de su vista. La nave aterrizará allí y lo descargaremos todo por la puerta secundaria antes de que el enemigo se dé cuenta de qué es lo que está sucediendo.

—Buena idea —asintió Bonin.

—Aun así será arriesgado —opinó Kolosim.

—Por supuesto —respondió Rawne—, pero es nuestra mejor opción y haremos que salga bien. Necesito voluntarios. Dos compañías. Una para descargar y otra para cubrirlos y defender el barranco.

Casi todos levantaron la mano.

Rawne les miró a todos de nuevo.

—Gracias. Capitán Meryn, tus chicos se encargarán de la defensa. Capitán Varaine, la compañía L se ocupará de la descarga. El resto, quiero todas las murallas, los miradores y las casamatas cubiertos, al norte y al sur. Kolosim. Obel. La puerta principal es vuestra esta vez. Hablad con Daur, él sabe cómo defender una puerta de Feth. Kolea, tú estarás al mando de la zona sur. Baskevyl, tú te encargas de las galerías y de la zona norte Daur, Sioman, Chiria, quiero a vuestras compañías disponibles y alerta, preparadas para desplazarse de inmediato a cualquier parte de la casa que necesite refuerzos.

Los tres asintieron. Chiria, que ahora era la capitana en funciones, se había encargado de la compañía K en la ausencia de Domor. Se tomaba su tarea muy en serio. Estaba decidida a no decepcionar a su querido capitán.

—Una cosa más —dijo Rawne, mirando a Hark—. Lo que encontramos en la biblioteca.

—Lo que encontró Beltayn —lo corrigió Hark mientras cambiaba de postura incómodamente sobre su muleta.

—Por supuesto, el crédito es suyo. Todo el mundo tiene que entender esto. Sacar todo ese material es tan importante como meter los suministros que recibamos. Vendrán dos transportes, no uno. El primero estará vacío y listo para llevarse a un equipo con todos los libros de Feth que se pueda. Será aterrizar, cargar y despegar a toda prisa. Después llegará la aeronave con las municiones y dará comienzo nuestra tarea. El barranco no es lo bastante grande como para que aterricen los dos al mismo tiempo.

—Eso anulará el factor sorpresa —replicó Bonin.

—Si, un poco, pero tenemos que hacerlo. Los libros son demasiado importantes —dijo Rawne—. Tanto Hark como Bask me lo han confirmado.

—¿Y quién irá con ellos? —preguntó Meryn.

—Ya he escogido a un equipo —anunció Rawne—. Y no admitiré discusiones al respecto. Hark.

—Yo quiero quedarme aquí, mayor —protestó con el ceño fruncido.

—He dicho que no quiero discusiones. Necesito a alguien influyente que haga

llegar esos libros a la gente adecuada. Además, y siento tener que decirlo, Hark, pero estás herido. Dorden dice que necesitas injertos urgentemente. Lleva los libros a Elikon y ellos te proporcionarán el tratamiento que necesitas.

—Entonces, ¿es una orden? —preguntó Hark con aire taciturno.

—Tan firme como todas las que he dado en mi vida —respondió Rawne.

—No voy a fingir estar de acuerdo. —Hark negó con la cabeza con tristeza.

—El mayor Berenson irá contigo. Quiero que hable con los altos mandos y que los ponga el corriente. Criid, tú también irás.

Tona Criid le miró.

—De eso nada. No pienso.

—¿Lo he imaginado o he dicho lo de nada de discusiones en voz alta? —preguntó Rawne—. Dorden me ha comentado que tú también necesitas recibir un tratamiento adecuado, de modo que, Hark, tú serás el mensajero.

—Hay decenas de Fantasmas en la estación de campo que necesitan evacuación urgente y asistencia médica adecuada —replicó Criid rotundamente—. No es justo que yo me marche antes que ellos.

—¡Por el Trono! —exclamó Rawne—. Detesto estar rodeado de tantos héroes de Feth. Te irás, Criid. Los pobres desgraciados de la estación de campo pronto serán evacuados también.

—¿Quién más? —preguntó Hark.

—Twenzet, Klydo y Swaythe. No es que me esté poniendo sentimental respecto a esto. Todos están heridos, pero lo suficientemente sanos como para cargar material. Prefiero enviar hombres con heridas leves a mandar soldados activos.

—Tiene lógica —asintió Hark—. De acuerdo.

—Preparaos. Beltayn, ayuda al comisario Hark a meter los libros en bolsas. Y échale un último vistazo a la biblioteca para asegurarnos de que no nos dejamos nada esencial.

—Si, señor —asintió Beltayn.

—Ludd —dijo Rawne.

—¿Si, señor?

—Cuando Hark se haya marchado dejarás de ser comisario en funciones. Serás el comisario. ¿Estás dispuesto?

Ludd asintió.

Rawne se volvió hacia los demás.

—A Ludd le espera una difícil tarea. Ayudadlo. Apoyad sus instrucciones y su autoridad. Si veis a algún soldado, a cualquiera, burlándose de él o desoyendo sus instrucciones, lanzaos a reprenderle como un proyectil trazador o yo os reprenderé como un proyectil trazador. ¿Está claro?

—Si —respondieron los oficiales.

Rawne sonrió y frunció un poco el ceño.

—Creo que estoy al mando. Estoy al mando, ¿verdad, Bel?

—Creo que sí, señor —respondió Beltayn.

—¿Entonces? —dijo Rawne.

—Si, comandante —respondieron de nuevo los oficiales.

—Mejor. Ahora vamos a mover el culo y a enseñarle a ese enemigo de Feth cómo se libra una guerra.

• • • • •

Los oficiales salieron en fila y se dirigieron a reunirse con sus respectivas compañías. Rawne apartó a Ludd a un lado.

—¿Si, señor?

—Suelta a Maggs. Necesitamos a todos los hombres disponibles. Dile que se comportó como un idiota y que si vuelve a hacerlo, iré a por él y le destriparé como a un larisel.

—Si, señor.

—¿Alguna pregunta, Ludd?

Nahum Ludd se encogió de hombros.

—¿Qué es un larisel, señor?

—¿Qué importancia tiene eso, Ludd? Me parece que el símil habla por sí mismo.

—Si, señor. Gracias por…

Rawne ya se había dado la vuelta.

—¿Gracias por qué?

—Por defenderme, señor.

—Cumple con tu trabajo y no me dejes en evidencia, Ludd. Así no tendré que destriparte como un larisel a ti tampoco.

Rawne se alejó por el atestado vestíbulo y entró en la sala principal. Estaba plagada de soldados que se desplazaban a sus puestos. Se estaban repartiendo las últimas municiones.

—¡Se acabó! —oyó Rawne gritar a Ventnor—. ¡Lo que veis es todo lo que hay! ¡Lo único que me queda son plegarias y buena voluntad!

Berenson estaba de pie en el nivel principal. Le extendió su mano izquierda a Rawne. La derecha todavía la llevaba en cabestrillo. Rawne la aceptó.

—Puede que más tarde no tenga oportunidad de hacerlo —dijo Berenson—. Buena suerte. Aunque no la necesitas.

—Te equivocas. Vamos a necesitar toda la suerte posible —respondió Rawne.

• • • • •

Baskevyl entró en la estación de campo. Miró a su alrededor y se acercó hasta la cama de Shoggy Domor. Domor parecía un fantasma pálido de su antiguo yo. Estaba delgado y abatido por el dolor de su herida y la cirugía traumática que había tenido que soportar. La blanca piel de su mentón y sus mejillas estaba cubierta de una barba negra de tres días. Parecía que estaba dormido. No, parecía que estaba muerto, que había expirado.

Baskevyl vaciló.

—¿Necesita algo, mayor? —preguntó Curth mientras pasaba por su lado a toda prisa.

—No, gracias. Sólo estaba echando un vistazo —respondió él. Cuando se hubo marchado, Baskevyl se quedó un momento más observando a Domor. El herido se dio la vuelta.

—¿Mayor? —dijo con voz lánguida y seca.

Baskevyl se volvió. Domor había abierto los ojos, al menos un poco.

—Lo siento, Shoggy, no era mi intención despertarte.

—Sabía que eras tú. —Su voz era débil y pausada, y al respirar producía un terrible silbido, como una serpiente.

Baskevyl acercó una desvencijada silla de madera y se sentó junto a la cama.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó el herido entre silbidos.

—No van mal. Seguimos aquí.

—No me cuentan nada. Sólo me dicen que no me preocupe —dijo de nuevo entre desagradables sonidos.

—Bueno, en eso tienen razón. Saldremos pronto de aquí. Confía en mí.

—¿Es eso lo que dice Gaunt? —susurró Domor.

—Si. —Baskevyl se mordió el labio—. Eso es lo que dice el comandante.

Domor cerró los ojos por un momento y sonrió entre silbidos.

—¿Shoggy?

—¿Qué, mayor? —El herido volvió a abrir los ojos.

—¿Me harías el favor de echarle un vistazo a algo?

Domor hizo un leve movimiento, como sí se encogiera de hombros.

—¿A qué?

Baskevyl se sacó el libro de cubiertas negras de la chaqueta y lo abrió. Pasó las páginas hasta encontrar las que había marcado.

—¿Qué es eso? —preguntó Domor con aquel patético sonido de fondo.

—Tú eres lo más parecido que tenemos a un ingeniero, ¿verdad, Shoggy?

—Supongo.

—Pues dime, por favor —rogó Baskevyl mientras sujetaba el libro de manera que Domor lo pudiese ver—. ¿Qué te parece esto?

• • • • •

El microcomunicador chasqueó.

—El transporte aterrizará en dos minutos —anunció la voz de Beltayn. En la entrada de la segunda puerta, Varaine miró a Meryn.

—Es la hora —dijo.

Meryn asintió y miró de nuevo a través de la escotilla abierta.

—¡Compañía E, preparaos! —gritó. A su espalda, Dalin transmitió la orden a los demás.

Meryn miró hacia el barranco. El día seguía despejado y el cielo estaba azul y brillante. Al final de la hendidura se encontraban Preed y Caober, los exploradores que estaban haciendo guardia.

—Aquí Meryn —dijo—. ¿Estáis listos?

—Cuando queráis —respondió Caober por el comunicador.

—¡Compañía E, adelante! —ordenó Meryn.

Los Fantasmas bajo su mando empezaron a salir de la escotilla y a avanzar por el barranco, corriendo hacia las posiciones que les habían asignado. Se apiñaron en fila a lo largo del lado oeste de la trinchera, algunos de ellos se arrastraban boca abajo y se asomaban por el banco del pedregal para abrir fuego si fuese necesario.

Meryn estrechó la mano de Varaine y se apresuró a reunirse con ellos.

—La compañía E está preparada —anunció Varaine por el comunicador. Se dio la vuelta y se asomó de nuevo por la escotilla.

—La compañía L también está lista. ¿Comisario?

Hark avanzó y salió a la luz del día. Cojeaba apoyado sobre su muleta con una pesada mochila colgada al hombro. Criid lo siguió, y después lo hicieron Berenson, Twenzet, Klydo y Swaythe, todos con sus respectivas mochilas cargadas. No había arena, pero todos llevaban gafas protectoras de metal.

Hark miró a Varaine.

—Llegarán en cualquier momento, comisario —dijo.

—Nos veremos en Elikon, capitán —respondió Hark con una leve sonrisa.

—Si, señor.

El microcomunicador chasqueó.

—¡Ahí vienen! —anunció Caober.

Un segundo después se escuchó el grave rugido de los motores. Un único Valkyrie asomó por encima de las cumbres del paso y empezó a descender. Hark vio que las puertas laterales ya estaban abiertas. No hizo ningún giro ni ninguna inspección preliminar por el lugar como habían hecho cinco días antes las aeronaves que transportaban el agua. Habían introducido las coordenadas e iban directos al grano. Hark casi podía sentir los deseos del piloto de no permanecer en la estación más

tiempo del que fuera necesario.

A medio camino al final del barranco colocaron un faro magnético y empezaron a enviar su señal.

El Valkyrie empezó a zumbar y a descender planeando.

El precipicio frente a la casa, al otro lado de la hondonada de arena, se iluminó. La mayor parte de la luz procedía de armas de bajo calibre, pero también había misiles. Una ráfaga de disparos empezó a inundar el cielo.

—Lo han visto —dijo Varaine.

—Por supuesto —respondió Hark.

El Valkyrie descendió más y las turbinas empezaron a chirriar. A pesar de la distancia podían oír los disparos golpeando y estallando.

—¡Feth! —exclamó Varaine.

Hark activó su comunicador.

—Rawne, tal vez…

—Ya está —respondió Rawne.

Los Fantasmas de las casamatas y los miradores de la parte sur abrieron fuego en dirección al precipicio. Hark oyó el ruido de los disparos y de las armas de calibre 50.

«Estamos malgastando demasiada munición».

El ataque enemigo se redujo ligeramente. El fuego de las casamatas los obligaba a cubrirse. La casa continuaba disparando contra el precipicio.

El Valkyrie, ya en posición, bajó el morro y descendió. La corriente de aire que producía levantaba torrentes de polvo en la zona del barranco. Los motores empezaron a chirriar mientras pasaba a planear sin moverse y las ruedas de aterrizaje empezaban a bajar. Silbando como el viento de Jago, descendió y aterrizó en el barranco. Varaine hizo un gesto. Las pequeñas y gruesas alas de la aeronave parecían estar a punto de rozar las pedregosas pendientes a ambos lados. El barranco parecía amplio hasta que alguien metió el Valkyrie allí.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Varaine.

Hark, Criid y los demás corrieron hacia el vehículo cargados con las mochilas. El oficial del avión de transporte, con la cabeza empequeñecida por el casco, las gafas y los auriculares que llevaba, ayudó a subir al equipo uno por uno por una de las puertas laterales y les cogía las pesadas mochilas.

—Hark ya está dentro —comunicó Varaine.

—Bien. Ya vienen —respondió Meryn.

A pesar de las andanadas que les llovían desde las casamatas, los escuadrones del Pacto Sangriento avanzaban por la hondonada de arena y se dirigían hacia la puerta y hacia el barranco más distante.

—¡Feth! —gritó Meryn—. ¡Hay miles de ellos!

—No disparéis hasta que sea necesario —dijo Varaine por el comunicador mientras indicaba a su propia compañía que se preparase.

—Sé lo que tengo que hacer —respondió Meryn con petulancia.

El oficial de la aeronave hizo un gesto con el brazo a Varaine. Varaine se lo devolvió. Una vez dentro, le hizo una señal rápida y urgente al piloto.

El Valkyrie, con un bramido, se elevó sobre el barranco, expelió un chorro de gases y levantó otra nube de polvo. Una vez en el aire empezó a girar. El fuego del enemigo impactó contra su fuselaje.

Se elevó más alto, girando todo lo posible para salir alrededor de las empinadas almenas de Hinzerhaus.

En la hondonada, una horda de guerreros enemigos avanzaba a toda velocidad como hormigas saliendo del hormiguero, y la mayoría cargaba contra el barranco. El fuego de la casa acababa con decenas de ellos, pero no era suficiente para detenerlos.

—Adelante —dijo Meryn por el comunicador—. Allá vamos.

Varaine miró hacia arriba. Un nuevo y estruendoso sonido vibraba en el aire. El Destrier apareció, ligeramente fuera de objetivo, avanzando velozmente hacia la garganta del paso con el reactor centelleando.

—K862, K862. Aterrizando —se oyó la voz del piloto a través del comunicador.

—Hola K862, me alegro de volver a verte —respondió Beltayn.

—Ojalá pudiese decir lo mismo —respondió el piloto del pesado medio de transporte con la voz entrecortada a causa de las interferencias en la transmisión.

El Valkyrie seguía ascendiendo y girando. Halos de fuego blanco rodeaban sus reactores mientras adquiría elevación y velocidad. Por debajo, el Destrier galopaba cada vez más bajo, más estruendoso y más lento. La masa de guerreros del Pacto Sangriento que avanzaba por el campo abierto le disparaba con furia de manera incesante. El inmenso avión recibió varios impactos importantes y miles de pequeños disparos.

Siguió descendiendo y corrigiendo su posición. Cuanto más despacio y más bajo volaba, más fuerte rugía el motor. Parecía enorme. Su sombra cubría el suelo de todo el barranco.

—¡Feth! ¡Eso no va a caber! —exclamó Varaine. Sabía que tenía que confiar en que lo hiciese. Volvió a asomarse por la escotilla—. ¡Vamos, alegres hijos de Feth! —gritó sobre el estruendo del reactor—. ¡Preparaos para salir ahí y descargar ese maldito trasto!

Los hombres empezaron a desfilar con la cabeza agachada a causa de la fuerte ráfaga que generaba la aeronave.

—Aterrizamos en cinco —indicó el piloto—. Cuatro. Tres. Dos. Uno…

Un misil tierra-aire la golpeó en el vientre y abrió la caja torácica del avión con una abrasadora bola de llamas blancas.

—¡Mierda! —gritó Varaine—. ¡Volved! ¡Volved! ¡Volved adentro!

Sus hombres empezaron a darse la vuelta. Empezaron a correr. Varaine también corría.

El Destrier se sacudió y corcoveó. Las llamas y el humo manaban de sus entrañas. Empezó a virar intentando elevarse sin conseguirlo. Los motores llamearon de

manera ensordecedora y cayó al suelo.

Cayó provocando un escalofriante y catastrófico crujido. Golpeó el lado oeste del barranco y levantó una oleada de rocas que aplastaron y acabaron con la vida de una docena de hombres de Meryn. Todavía moviéndose, resbalando y patinando, emitía largos y tortuosos chirridos metálicos mientras arrastraba su vientre por las rocas y se adentraba en el barranco.

—Mierda. Estamos muertos —oyó Varaine susurrar al piloto por el comunicador.

Ningún poder en toda la galaxia podría haber detenido el patinaje mortal del Destrier. Uno de los motores estalló y vomitó humo y chispas en el aire. Avanzaba como una apisonadora, como un ariete que aplastaba y destruía todo a su paso con una tormenta letal de rocas voladoras y de fragmentos de metal; ochenta toneladas de acero avanzando a casi cuarenta kilómetros por segundo. Las piedras se levantaban a su estridente y gigantesco paso. Toneladas de piedras sueltas se fragmentaban y salían despedidas.

—¡Adentro! ¡Adentro! —gritaba Varaine a sus hombres.

Se volvió.

El inmenso tamaño del Destrier lo redujo a papilla. Un segundo más tarde, la enorme masa golpeó de morro la segunda puerta. El metal se partió. Las líneas de combustible se quebraron. Los montantes se partieron. El morro del avión se abolló y relegó la cabina de mando al olvido.

El vehículo dio un último bandazo y dejó de moverse.

Entonces, la carga de munición explosiva que transportaba detonó.

• • • • •

Rawne se apartó de la aspillera de la casamata como si le hubiesen dado una bofetada. Bajó el catalejo. Tenía los ojos abiertos de par en par. No necesitaba una lente para ver el inmenso hongo de humo que se elevaba por el barranco. Todos habían sentido el estallido. Había hecho temblar los muros y los dinteles de piedra de la casa.

—Santo Trono… —susurró.

La horda enemiga del barranco emitió un intenso grito de júbilo. Empezó a llover. Las gotas de lluvia eran piedras y escombros diminutos que se precipitaban desde el seco cielo.

Junto a Rawne, Kolea negó con la cabeza, desconcertado.

—Estábamos tan cerca —dijo.

—¡Feth! —rugió Rawne, y lanzó el catalejo contra la pared de la casamata con toda su furia—. ¡Feth! ¡Feth! ¡Feth! —miró a Kolea con los ojos encendidos de rabia.

—No puede terminar así —dijo Kolea.

—No lo hará —gruñó Rawne—. No lo hará. ¡No lo permitiremos!

Kolea se detuvo, pensativo.

—Podríamos… —empezó.

—Combatiremos con lo que tenemos —decidió Rawne, interrumpiendo a Kolea —. Lucharemos con lo que nos queda y seguiremos luchando con puños y espadas. ¡Acabaremos con todos los hijos de Feth que podamos y protegeremos este maldito lugar hasta que estemos todos muertos!

—Eso es básicamente lo que iba a decir yo —asintió Kolea.

—Haz correr la voz, Gol —dijo Rawne mientras cogía su rifle láser—. Haz correr la voz de Feth. Asegúrate de que todos lo entienden. Nada de acuartelarnos, nada de retirarnos, nada de rendirnos.

«Una última batalla. —Eso era lo que Corbec le había dicho—. Una última batalla».

Kolea asintió de nuevo.

—Y envía a la compañía de Daur a lo que haya quedado de la segunda puerta —añadió Rawne—. Si ha estallado, esos cabrones estarán dentro antes de que nos demos cuenta.

Kolea se volvió para marcharse. A su alrededor, la casa resonaba con fuego de defensa y con los sonidos de las escuadras corriendo hacia sus posiciones. Los hombres gritaban. Algunos se lamentaban consternados tras ver su última oportunidad convertida en una bola de fuego.

—¿Y qué hay de…? —dijo Kolea.

—¿Qué hay de qué? —preguntó Rawne.

—De los hombres que se han quedado fuera. De la compañía de Meryn.

Rawne apartó la mirada.

—Que el Emperador les proteja —dijo.

• • • • •

Por un momento no pudo recordar ni su propio nombre. Tenía los pulmones llenos de humo y la boca llena de polvo. Se despertó violentamente y tosió sangre y una pulverulenta flema gris.

Cuando el zumbido de sus oídos empezó a desaparecer comenzó a distinguir sonidos.

Cerca de allí se oía el ruido de las crepitantes llamas y los gritos de los heridos; más alejado se oía un intenso aullido animal.

Dalin se levantó. La parte norte del barranco se había convertido en un cráter cubierto de escombros y restos calcinados de la máquina. Ya no había ni rastro de la puerta. La destrucción del Destrier había producido una gigantesca cicatriz en el suelo y había teñido la roca de negro carbón. Desde el centro de la conflagración, una

espesa columna de humo de un kilómetro de altura se alzaba hacia el cielo. Dalin tosió de nuevo. La garganta le abrasaba por el hedor de los gases de ficelina y de propergol.

El patinaje mortal del carguero había dejado un profundo surco a lo largo del barranco. El agujero estaba repleto de trozos rotos del fuselaje, del casco de la aeronave y de cuerpos destrozados.

El avión había matado a decenas de hombres de Meryn. Otros tantos habían perecido o resultado gravemente heridos con el estallido. Aquellos Fantasmas que, como Dalin, habían tenido la suerte de sobrevivir empezaban a levantarse, y se tambaleaban aturdidos, gritaban o intentaban vendar las heridas de los muchos heridos.

«Suerte». Aquella no parecía ser precisamente la palabra más apropiada. Dalin cogió su rifle y avanzó como pudo hasta lo alto de la pendiente rocosa. Podía ver a las fuerzas enemigas a través del humo. A pesar del intenso fuego que le llovía desde los emplazamientos de la morada, el Pacto Sangriento seguía corriendo por el barranco. Se habían detenido unos momentos tras el estallido, pero se habían recompuesto de nuevo y avanzaban velozmente emitiendo terribles gritos.

—¡Levantaos! ¡Levantaos! —gritaba Dalin a los confusos soldados a su alrededor —. ¡Levantaos y tomad posiciones! ¡Los tenemos encima! ¡Los tenemos encima!

Unos cuantos hombres se tambalearon hacia delante, se tumbaron sobre sus vientres en lo alto del precipicio y cogieron sus armas.

—¡Vamos! ¡Moveos! —ordenó Dalin—. ¡Formad una línea! ¡Formad una línea de Feth!

Los primeros disparos silbaron sobre sus cabezas desde la masa atacante. Lo que quedaba de la compañía E empezó a disparar contra ellos en respuesta.

—¡A por ellos! —bramó Dalin—. ¡Venid aquí! ¡Buscad un lugar! ¡Moved el culo!

—¡Ya le habéis oído! —gritó Caober mientras corría por el barranco hacia el extremo sur.

Estaba empujando a los hombres a lo alto de la colina, pateando a algunos por detrás.

—¡Formad una línea o morid! ¡Rápido!

Su mirada se cruzó con la de Dalin. Se miraron el uno al otro durante un segundo. No había tiempo y no valía la pena intercambiar sugerencias tácticas. Ambos sabían que sólo había una cosa que pudiesen hacer.

—¡A la cresta! —gritó Caober a los hombres aturdidos, forzándolos a obedecer—. ¡A la cresta! ¡Disparad a discreción!

Dalin comprobó un par de cuerpos en busca de señales de vida. Consiguió despertar a Luhan, que había perdido el conocimiento y tenía una herida en la cabeza.

—¡A la cresta! —lo instó Dalin—. No hagas preguntas, sólo dispara.

Dalin vio a Meryn tumbado boca abajo cerca del final del barranco, donde lo había lanzado la explosión. Bajó hasta él y lo sacudió enérgicamente.

—¡Despierte! ¡Despierte!

Meryn se revolvió y miró a Dalin, confundido.

—¡Levántese, señor! ¡Los tenemos encima!

Meryn parpadeó.

—¡Aargh! —exclamó.

Dalin vio la herida. Un fino tubo de metal de medio metro, una pieza de una de las antenas UHF del Destrier había atravesado el muslo izquierdo de Meryn.

—¡Feth! —susurró éste mientras observaba la herida.

—Iré a buscar a un sanitario —empezó a decir Dalin.

—Déjalo. Ayúdame a levantarme.

Dalin lo ayudó a ponerse de pie. Meryn maldijo de dolor. Dalin lo arrastró hacia lo alto de la pendiente, resbalando sobre las rocas sueltas. Llegaron a la cresta. Los disparos del enemigo que se aproximaba pasaban por encima de sus cabezas y de las piedras desperdigadas.

—¿Para esto me has despertado? —gruñó Meryn.

Ambos empezaron a disparar. A lo largo de la cresta, la compañía E cargaba con lo que les quedaba de munición.

El enemigo formaba una inmensa nube de polvo que avanzaba con rojas figuras en su interior. Los estandartes flotaban y parecían ser arrastrados por una gran ola. Las armas centelleaban y producían estallidos. El Pacto Sangriento entonaba su canto victorioso conforme se acercaba al barranco, a pesar de que muchos de los guerreros enmascarados se derrumbaban y se retorcían al recibir los disparos de la compañía E. Caían y quedaban atrapados entre la nube de polvo.

—¡Disparad a discreción! —ordenó Meryn.

—¡A discreción! —gritó Dalin a la compañía.

—¡Plata pura! —dijo Meryn.

—¡Plata pura! —aulló Dalin con todas sus fuerzas.

Meryn apuntó.

—Ha llegado el momento de morir como hombres —dijo.

• • • • •

—¿Habéis visto eso? —gritó Hark por encima del aullido de los motores del Valkyrie —. ¿Lo habéis visto?

—¡Siéntese, señor! —le ordenó el oficial del avión de carga.

Hark no soportaba aquella limitación. El ascenso en la nave era turbulento, se agitaba con violencia. Las turbinas chillaban. El viento penetraba a través de las puertas deslizantes que seguían abiertas. Abajo, el suelo parecía blanco brillante a causa de los estallidos. Twenzet y los demás soldados, sujetos con los arneses,

observaban alarmados.

—¡Ese fogonazo! —gritó Hark—. ¡Eso ha sido una explosión! ¡Ha sido el carguero!

—¡Vuelva a su asiento! —vociferó el oficial.

—¡Ya basta, Hark! —gritó Criid. Estaba sentada al lado del comisario y se esforzaba por no soltarse el arnés.

—¡Basta, por el amor de Feth!

—¡Siéntate, Hark! —exclamó Berenson desde su asiento.

—¡Eso ha sido la maldita nave! —repitió Hark—. ¡Le han dado! ¡Esos malnacidos le han dado!

Criid agarró a Hark de la barbilla y le empujó la cabeza hacia el respaldo de su asiento.

—¡Siéntate! ¡No puedes hacer nada!

El oficial del avión de carga soltó su propio arnés y se levantó. Se agarró a una barra del techo y miró hacia delante. Desde allí podía oírse la voz rápida del piloto. El Valkyrie giró lentamente hasta nivelarse, todavía dando sacudidas en el aire.

Sonó una alarma y una luz roja en el techo empezó a parpadear.

—¿Qué es eso? —preguntó Swaythe.

—¿Qué Feth es eso? —inquirió Twenzet.

El oficial miró alrededor. Criid vio el miedo en sus ojos a través del gran visor tintado.

—Hemo… —empezó.

Un golpe contundente y ensordecedor lo interrumpió. El Valkyrie dio varios bandazos y, por un momento, empezó a perder altura. El golpe abrió un agujero en el suelo y provocó una ráfaga de chispas. La señal de alarma cambió y se transformó en un pitido más urgente.

—¡Sujetaos! —gritó el oficial del avión de carga.

Una segunda explosión sacudió el armazón. El terrible impacto los cegó a todos durante un segundo. Pequeños fragmentos ardientes de metal volaban por el compartimento. Uno de ellos fue directo a clavarse en el pecho del oficial.

El hombre soltó la barra y se precipitó por la puerta lateral absorbido de manera instantánea por la fuerza del viento.

El humo llenaba el compartimento y escapaba por las puertas. Alguien gritaba. El agudo pitido de la alarma se intensificó.

El Valkyrie empezó a temblar. Los motores emitieron un terrible sonido ahogado. El morro se inclinó hacia abajo y la nave empezó a caer en picado. Una caída que ya no se detendría.

Mach

Hay algo que se debe de hacer, es una cuestión de honor para el regimiento. Es la espada. Debe ser devuelta.

He ido a por ella. Sé que no he recibido órdenes de hacerlo, pero tengo un deber moral. La conciencia me impide partir sin decir nada. Te ruego que les comuniques adónde he ido y cuáles son mis intenciones. Espero que comprendan el propósito de mis acciones.

Que el Emperador te proteja.

Tu amigo,

Oan

Correspondencia personal, Primero de Tanith, quinto mes, 778



DIECINUEVE
Via Defunctonim

Al norte del Banzie Altids y de la cortina de roca que rodeaba Hinzerhaus, las zonas desérticas se extendían un millón de kilómetros cuadrados. Se trataba de zonas inexploradas, un mosaico de terrenos inhóspitos: áreas de arena, llanuras de guijarros y de grandes rocas, secas salinas y cuencas relucientes de calcita pulida que brillaba con el sol. En las zonas abiertas, el polvo se había concentrado en grandes mares de dunas grises, salpicadas cada varios cientos de kilómetros por irregulares riscos que sobresalían del lecho desértico y formaban afloramientos aislados y mesas rodeadas de islas de rocas amontonadas.

Era un lugar para perderse. A pesar del paso del sol y de la disposición de la tierra, parecía imposible orientarse. Era el paisaje de un infierno árido, erosionado por el constante y frenético viento y descolorido por la intensa luz.

Mkoll se despertó. Dos días en aquel mar desierto le habían enseñado que a mediodía era mejor no moverse, de modo que había elegido ese espacio de tiempo para descansar, acurrucado bajo el afloramiento de una roca. Las mejores horas para viajar eran temprano por la mañana, a última hora de la tarde y de noche.

Algo lo había despertado. Arma en mano, inspeccionó las rocas. Temía que lo hubiese descubierto una patrulla o un grupo de exploradores que pasasen por allí, pero no había nadie en el peñasco, ningún signo de actividad. Las dunas al otro lado del afloramiento estaban vacías.

Miró hacia el sur.

A pesar de la nube de polvo, Mkoll podía ver la silueta aserrada de Banzie Altids a decenas de kilómetros a su espalda. Una cortina de humo negro surgía de las montañas; era la señal de una explosión catastrófica.

Mkoll se dio la vuelta. Tomó un sorbo de agua, se comió media barrita de racionamiento e intentó no pensar en qué habría provocado aquel humo.

Había aprendido a centrarse. Las decisiones y el camino que había tomado habían sido muy difíciles. Mkoll era un hombre de infinita y sincera lealtad. Sabía que si empezaba a pensar en los camaradas que había dejado atrás, intentaría regresar y volvería sobre sus pasos para reunirse con ellos, de modo que ahuyentó esos pensamientos de su mente.

No le resultó difícil. En aquel desierto, la concentración era vital. Había que medir cada paso con cuidado para evitar las arenas movedizas, o los agujeros cubiertos por el polvo. En algunos lugares, la superficie de regolita era tan fina y tan arenosa que podía tragarse a un hombre en cuestión de segundos. Había que analizar las rocas sueltas en los pedregales para no torcerse o partirse el tobillo. Había que observar el viento y reconocer sus señales para ponerse a cubierto antes de que se intensificase y te arrastrase como una hoja muerta o te arrancase la carne de los huesos con una tormenta de polvo. Había que administrar bien el agua y evitar exponerse a pleno sol. Cada instante estaba repleto de actividad intencionada y calculada.

También había peligros vivos. Una gran cantidad de guerreros del Pacto Sangriento ocupaban el desierto. Mkoll se agachaba cuando oía patrullas motorizadas en la distancia. En dos ocasiones se había escondido en lo alto de una mesa y había observado cómo avanzaban los soldados y las unidades blindados. El Pacto Sangriento avanzaba hacia el sur en grandes números. Hinzerhaus no tardaría en enfrentarse a otro ataque por su muralla septentrional.

Mkoll comprobó su equipo de supervivencia, guardó su rifle láser y se preparó para seguir adelante. Le habría gustado quedarse allí un par de horas más, pero veía una débil mancha al este del horizonte que ondeaba como una ola de calor. Era otra tormenta de arena que nacía en el profundo corazón del desierto. Mkoll calculó que tenía unos noventa minutos antes de que golpease, y en noventa minutos le daba tiempo a llegar a otra mesa solitaria que había divisado al noroeste.

Empezó a caminar vigilando sus pasos a través de las blancas rocas sueltas al pie del risco. Sus botas levantaron una nube de polvo al abandonar la línea de roca y empezar a caminar por las planicies de arena. Un ligero viento soplaba y pequeños remolinos de polvo danzaban y correteaban por las ondulantes dunas.

Echó un vistazo atrás y comprobó que las huellas que había dejado ya se estaban cubriendo y desaparecían.

Eso le recordó, muy a su pesar, que había algo más en lo que intentaba no pensar.

• • • • •

Había calculado mal. Tan sólo hacía unos cuantos minutos que había empezado a andar, pero eran suficientes para condenarlo.

La tormenta de arena, una oscura nube galopante, lo adelantó mientras todavía se encontraba a medio kilómetro de la mesa. Las primeras ráfagas lo empujaron y le hicieron tambalearse. La fuerza del viento era descomunal. Empezó a correr, pero el aire lo tiró al suelo varias veces y lo hizo rodar por las dunas. Cuando la tormenta se intensificó, intentó gatear sobre las manos y las rodillas.

El viento le rasgó la ropa. Las partículas de polvo arañaban su piel desnuda y la lijaban hasta que empezaba a sangrar.

La luz desapareció cuando la furiosa masa de polvo, de dos kilómetros de altura, bloqueó el sol.

Era imposible que llegase hasta la mesa. Ni siquiera podía verla ya. Apenas podía respirar, tenía la boca y la nariz llenas de polvo. La arena le taponó los oídos hasta que no pudo oír más que un sordo aullido.

Mkoll se abrió camino como pudo hacia la zona con vegetación de una inmensa duna y empezó a cavar con las manos para hacer un agujero donde meterse y acurrucarse. Utilizó su propio peso corporal para sujetar su capa de camuflaje en la

depresión. Después tiró de la parte suelta y se cubrió con ella para protegerse. De ese modo contuvo el polvo y formó un pequeño refugio, como un vientre materno, donde lo único que podía oír era el aullido del viento y el incesante jadeo de su propio aliento.

Atrapado allí, ciego y medio enterrado, empezó a pensar en las cosas que había vetado de su mente antes. Había una que no conseguía olvidar.

Oan Mkoll, jefe de los exploradores, era el mejor rastreador del regimiento. Su habilidad con los rastros y con las huellas era bien conocida entre la compañía. Nadie podía seguir un rastro mejor que Mkoll, y nadie tenía un sentido natural de la orientación tan agudo como el suyo. Sus virtudes en estas áreas, la mayoría de ellas técnicas autodidactas, les resultaban prácticamente sobrenaturales a muchos de sus camaradas.

Mkoll no tenía ni idea de cómo le estaba siguiendo el rastro al noctugane. Sabía que lo hacía, y tenía la sensación de que ya estaba cerca, pero no sabía cómo lo hacía.

Aquello lo aterraba.

Jago era la pesadilla de los rastreadores. La combinación de polvo y viento borraba cualquier tipo de rastro, como huellas o desgaste, y no había nada de vegetación donde buscar marcas. El olor a veces resultaba ser una herramienta útil, pero en Jago el viento también lo borraba.

Mkoll no sabía qué era exactamente lo que buscaba. Sólo tenía la certeza, de algún modo, de que iba en la dirección correcta.

Era como si siguiese una carretera con una ruta claramente definida para que él la tomara.

Era como si alguien o algo le guiase.

Durante los dos días que había transcurrido desde que partió, no lo había cuestionado ni un momento, porque no había querido pensar en ello. Había descendido la cara norte del precipicio de la fortaleza y se había adentrado en el desierto sin pararse a pensar siquiera hacia dónde se habría dirigido Eszrah.

Atrapado en la vegetación de la duna, el polvo empezaba a enterrarlo y no tenía más alternativa que rumiar al respecto.

La idea de que algo invisible lo estuviese guiando le aterraba más que la posibilidad de morir asfixiado.

• • • • •

La tormenta cesó una hora después y se disipó tan de prisa como se había desatado. La luz regresó cuando el polvo se asentó y la capa gris desapareció del aire. A su paso, la tormenta dejó un paisaje de remodeladas dunas y un terrible y estéril silencio.

En la pendiente de una de las dunas apareció un agujero. El ligero polvo se

precipitaba por la cavidad como si fuese un reloj de arena. El orificio se ensanchó.

Una mano se tendió hacia el seco aire.

Mkoll salió de su tumba poco profunda. El polvo que lo cubría desapareció arrastrado por la brisa como el humo. Se sacudió las partículas que se le habían quedado pegadas en las mangas del uniforme y agitó su capa. Le llevó unos minutos limpiar sus gafas de latón y asearse la boca y la nariz. Tenía la garganta seca. Sentía la arena incrustada en los senos nasales. Veía borroso, como si sus córneas se hubiesen erosionado.

Se sentó y se vació las botas. La mesa hacia la que se había estado dirigiendo, una roca retorcida con la parte superior plana rodeada de un grupo de inmensas rocas, parecía estar terriblemente cerca. Mkoll volvió a atarse los cordones y se alegró de haber decidido llevar el rifle en la funda. Miró hacia el sur una vez más. La columna de humo, ya más pequeña, seguía siendo claramente visible.

Oyó un estallido.

Miró a su alrededor inspeccionando la zona y oyó dos estallidos más, débiles sonidos arrastrados por la brisa. Se levantó y empezó a dirigirse hacia la mesa.

Siguió oyéndolos. Llegaban del otro lado del afloramiento. Redujo el ritmo y comenzó a sacar su rifle. Olfateó el aire. «Aceite de motor, metal caliente y cuerpos sucios».

Mkoll metió la funda del arma en la mochila y corrió agachado hacia el pedregal. Avanzaba de roca en roca, sin levantarse demasiado, escuchando y olfateando.

Más estallidos.

Eran disparos mitigados por el viento. Comprobó la carga de su rifle y quitó el seguro.

Le llevó cinco prudentes minutos rodear la mesa hasta el lado norte. El sol ya no estaba en lo más alto y tenía que jugar con las sombras, las fuertes sombras que proyectaban las rocas y el risco.

Se agachó en cuanto vio el más mínimo movimiento con la espalda contra la inmensa piedra. Sacó su espejo y lo colocó de manera que pudiera ver poniendo atención en que no reflejase el sol.

Vio a un guerrero del Pacto Sangriento trepando por las rocas rifle en mano. La bestia estaba jadeando y sudando tanto que su manchada chaqueta presentaba oscuras medias lunas bajo los brazos. Mkoll podía olerlo; estaba muy cerca. Percibía el hedor rancio de su sudor y de la sangre con la que se había teñido la chaqueta.

¿Cuántos hombres había? Siguió observando.

El guerrero se detuvo y gritó algo. Entonces se oyó otro grito en respuesta. El guerrero levantó su rifle y disparó dos veces hacia el sobresaliente peñasco.

Mkoll agarró su cuchillo de combate.

El guerrero del Pacto Sangriento se levantó sobre una inmensa roca e inspeccionó el terreno. Cuatro de sus camaradas seguían subiendo por la pendiente formando una amplia línea a sus pies. Tras ellos, en las dunas, un semioruga oxidado esperaba con el

motor en marcha. Una patrulla o una inspección rutinaria.

—¡Voi shett! ¡K'heg ar rath gfo! —gritó el guerrero de la roca.

Tres hombres más salieron del vehículo. Uno de ellos era un oficial con una máscara dorada.

—¡Borr ko'dah, voi! —gritó el oficial, agitando su pistola.

El trío se acercó a la roca y siguió al resto por la pendiente bajo el risco.

Uno de los soldados se quedó atrás en el semioruga junto al conductor, a cargo de un cañón acoplado.

El guerrero más cercano saltó de la roca y buscó un camino más fácil a través del pedregal. Una mano lo agarró del cuello por detrás y una hoja le atravesó el omóplato hasta el corazón. Murió sin emitir ni un solo sonido.

Mkoll dejó el cuerpo en el suelo en silencio. Limpió la hoja en el abrigo del guerrero y cogió los cargadores que llevaba en el arnés. Podía oír al oficial gritar desde abajo.

Mkoll salió corriendo de entre las rocas con la cabeza baja. Oyó el crujir de unas botas cerca y se detuvo. Otro guerrero estaba trepando a escasos metros de allí y gritaba.

Mkoll se acercó con sigilo y acabó con el guerrero de un modo tan rápido y tan frío como con el anterior.

Un rifle láser empezó a disparar y Mkoll se tiró al suelo. Temía que lo hubiesen descubierto. Pero los disparos iban dirigidos hacia el peñasco y levantaban nubecillas de polvo sobre la roca desnuda.

Hubo un alarido de dolor y el fuego cesó de golpe. Mkoll se asomó e intentó ver qué estaba sucediendo. El escuadrón de guerreros del Pacto Sangriento, bajo las órdenes de su oficial, subía por las rocas más de prisa y empezaron a disparar hacia el risco.

Mkoll guardó su cuchillo. Ya no había tiempo para sutilezas.

Apoyó el rifle sobre una roca inclinada y apuntó. Un soldado enemigo se puso a tiro mientras saltaba de roca en roca. Se irguió un poco para disparar su arma y Mkoll lo derribó de un solo disparo. El guerrero cayó de la roca.

La confusión se apoderó del escuadrón enemigo. Todos habían oído el disparo y habían visto caer a su camarada. Empezaron a gritarse los unos a los otros y a disparar al azar. Mkoll cambió su zona de tiro, se escondió en un hueco entre dos grandes bloques de piedras y apuntó de nuevo. Uno de los soldados enemigos que quedaban estaba a tiro, pero desapareció de su vista en el mismo momento en que apretaba el gatillo y el disparo no encontró su objetivo. De repente, un disparo láser pasó silbando por el escondite de Mkoll. Estaba atrapado. Lo estaban apuntando desde dos ángulos distintos.

Se deslizó hacia las sombras y empezó a arrastrarse. Los disparos golpearon y partieron las rocas que le protegían. Un disparo láser desviado silbó junto a su rostro. Mkoll conectó su comunicador y comenzó a buscar una frecuencia. Le costó treinta

segundos encontrar el canal que estaba utilizando el Pacto Sangriento.

Los roncos ladridos del oficial le llenaron los oídos. Le costaba traducirlo. Su fluidez con el idioma archienemigo había disminuido bastante tras su larga estancia en Gereon. Decía algo como «… más de un fugitivo. Encontradlos a los dos o»…

A aquello le siguió una amenaza visceral que Mkoll no se molestó en traducir, ya que implicaba algo de hachas y dedos.

—¡Voi shett d'kha jehlna, dooktath! —aulló Mkoll por el comunicador mientras se ponía de pie. El oficial y los otros tres soldados estaban mirando hacia el otro lado. No era de extrañar, puesto que alguien les acababa de decir: «Estad alerta, uno de ellos está detrás de vosotros, ¡bastardos ignorantes!», aunque de un modo bastante más coloquial.

Mkoll alcanzó al oficial en la nuca, movió su arma y disparó a uno de los soldados también antes incluso de que el oficial hubiese llegado a tocar el suelo. Los otros dos se volvieron y abrieron fuego. Uno se cayó de manera misteriosa por cuenta propia. Parecía como si hubiese resbalado. Mkoll abatió al último con una ráfaga de disparos.

El cañón empezó a abrir fuego contra las rocas. El motor del semioruga aceleraba con furia y el vehículo expulsaba un intenso humo negro por el tubo de escape, como si de pronto el conductor tuviese prisa por marcharse.

Mkoll apuntó. El ángulo no era demasiado bueno, pero eso no lo detendría. Apretó el gatillo, lo mantuvo pulsado y descargó media docena de disparos contra el semioruga. Las primeras impactaron contra la carrocería y abollaron la pequeña placa de protección fijada a un soporte alrededor del cañón. El quinto o el sexto disparo le dio al artillero en la cabeza y el soldado cayó rodando por el vehículo. El semioruga dio unas sacudidas y aceleró. Las orugas levantaban nubes de polvo al girar. Mkoll se incorporó y barrió la puerta del conductor y el parabrisas con una ráfaga. El vehículo dio unos cuantos bandazos, un giro brusco y un par de sacudidas antes de detenerse. El motor rugía salvajemente, como si un peso muerto estuviese apretando el acelerador. Entonces se caló y el motor se paró tras emitir un terrible traqueteo.

Silencio. Mkoll se abrió paso entre las rocas y rebuscó en los cuerpos de los muertos para robarles la munición. Encontró al que él no había matado, pero la causa de su muerte era bastante evidente.

Mkoll se detuvo. Lentamente, empezó a levantar las manos. Sabía por instinto que alguien le estaba apuntando a la espalda con un arma.

—¿Eszrah? —susurró.

—*¿Qua factum hic, sidthe?* —preguntó la voz tras él.

• • • • •

Mkoll se volvió pausadamente. Eszrah du Nocte estaba tras él apuntándole con su

balista.

El noctugane tenía el color de Jago. De algún modo, su ropa y el wode sobre su rostro habían absorbido el pálido gris de las rocas. Eszrah había utilizado una técnica de camuflaje por la que Mkoll pagaría por aprender.

—Soy yo —dijo Mkoll—. *Salus*.

Eszrah asintió.

—*Salus, sidthe* —lo saludó sin dejar de apuntarle.

—Siempre me has llamado así —dijo Mkoll—. Yo no conozco tu idioma tanto como Ven. ¿Qué significa?

—Fantasma —respondió el noctugane.

Mkoll sonrió.

—No tienes por qué apuntarme con eso, *amicus*.

—*¿Venisti ut Eszram referas?* —preguntó Eszrah sin bajar el arma.

—No —respondió Mkoll.

—*Venisti sidthe, edictium Rawnis venisti ut Eszram referas*.

—¿Por orden de Rawne? ¿Crees que me ha ordenado que venga a buscarte? —Mkoll negó con la cabeza—. No, *amicus*, no, no. No he venido para eso.

—¿No? —repitió Eszrah—. ¿Veritas, no?

—He venido a por la espada —dijo Mkoll, señalando el arma amarrada a la espalda del partisano—. No debiste haberla cogido. No es tuya, amigo. Pertenece al regimiento.

Eszrah empezó a bajar lentamente la balista.

—*Eszrahe esst*.

—No, no lo es.

—*Eszrahe esst* —insistió el noctugane—. *Amicus Gaunt mortuus esst. Questa via defunctorum percurro ad caedem faciendam*.

—¿Caedem? ¿Te refieres a una matanza?

—*Verbum nescio, amicus*. —Eszrah se encogió de hombros.

—¿Venganza? ¿Castigo? ¿Represalia? ¿Vas a quitarles la vida por la vida de Gaunt?

—*Vitas per Gaunt vitam. Caedem faciam* —asintió Eszrah. Hubo un largo silencio que sólo el canto lastimero del viento del desierto interrumpía. De pronto, Mkoll sintió una inmensa pena por el partisano, por Gaunt, por sí mismo. Así es como iba a acabar todo, un triste y desastroso final. Lealtad y devoción, deber y amor, todo se había deformado hasta que había quedado irreconocible y empañado.

—Piensas que le has fallado, ¿verdad? —le preguntó Mkoll con un tono tranquilo.

—*Esst veritas, sidthe amicus*.

—Lo sé —asintió Mkoll—. Yo también me sentía así. Debería haber estado allí. Debería haber estado allí y… —Su voz se apagó—. ¡Feth! —exclamó—. ¡Por el Trono! ¡Cuánto se habría reído de nosotros!

—¿Gaunt?

—¡Si! ¡De nosotros! ¡Dos idiotas en medio de la nada pensando que estamos

haciendo lo correcto! ¡A él le da igual! ¡Ya da igual! ¡Él está muerto y nosotros estamos actuando como unos idiotas!

—*Via defunctorum esst el ultimo via.* —Eszrah seguía con el ceño fruncido.

—¿El qué? ¿Qué es el *via defunctorum*?

Eszrah pensó un momento y se esforzó por encontrar las palabras.

—Cadáver. Carretera —dijo.

—¿Y hacia dónde lleva? —preguntó Mkoll.

Eszrah señaló hacia el lejano mar de dunas.

—¿Hacia allí? —preguntó Mkoll, mirando a su alrededor—. ¿Eternamente?

El partisano negó con la cabeza.

—*Ave atque vale, sidthe amicus. Venganza exspectat.*

—¿Dejarás que me lleve la espada? —Mkoll miró a Eszrah—. ¿Dejarás que me la lleve de vuelta a la casa?

El noctugane negó con la cabeza.

—Debe… —empezó, luchando de nuevo por encontrar las palabras—. Debe ser su espada. Su arma. Para la venganza.

Mkoll suspiró. No tenía ninguna intención de enfrentarse a Eszrah du Nocte. Estaba convencido de que lo vencería.

—Está bien. Pero ¿dejarás que te acompañe por el via defunctorum? ¿Dejarás que te ayude a vengarte?

Eszrah asintió.

—Bien.

Juntos, descendieron las rocas hasta el árido suelo.

—¿Cuántos tenemos que matar para vengarlo? —preguntó Mkoll.

—A todos, *amicus* —sonrió Eszrah.

Continuación del día 13.

Nos atacan por dos frentes. Hemos perdido el carguero con las municiones y con él hemos perdido todas nuestras esperanzas. Heridos graves en la segunda puerta. Los cálculos básicos indican que el enemigo nos supera en diez hombres a uno.

Apenas nos quedan municiones. Incluso K. admite que éste es el final. Siempre me había imaginado una última batalla como algo heroico, pero esto es una masacre sin sentido. Supongo que el heroísmo y la gloria son cosas que se perciben después aquellos que no han tenido que soportar las circustancias. Moriremos en las próximas horas, uno por uno, de la manera más violenta. No mostraran, no lo esperamos, ningún tipo de compasión. En cuanto entren…

Estoy perdiendo el tiempo con estos comentarios interesados. Puede que no tenga la oportunidad de registrar esto más tarde, de modo que voy a enviarlo a los archivos ahora. Ha sido un honor servir al primero y Único de Tanith. Todos sus hombres y mujeres tienen mi respeto, ya sea de Tanith, Verghast o de Belladon. Espero que este documento nos sobreviva. Quiero que los jefes de esta cruzada sepan los caros

que le costaron los tanith al archienemigo cuando llegó el momento. Son los mejores y los soldados más devotos que he visto jamás. Me enorgullezco de estar junto a ellos.

Espero que mi maestro, Viktor Hark, haya conseguido salir de aquí con el material de la biblioteca. Me han comunicado que varios hombres vieron como un misil tierra-aire derribaba a un Valkyrie en el paso Banzie. Si eso es cierto, entonces nuestra muerte aquí habrá sido en vano.

Diario de campo, N. L. para V. H.
Quinto mes 778



Veinte
Los perdidos

Al final del decimotercero día se lanzaron hacia el fuego sin ninguna esperanza de ver otro amanecer.

El cielo se había oscurecido con el humo. Incluso en las profundidades de la casa no había manera de escapar al constante tronar de las armas y el aullido de las voces.

El archienemigo se había lanzado contra Hinzerhaus con más de diez mil hombres. Una monótona masa roja, como una mancha de sangre seca, avanzaba por los precipicios y por el paso, llenaba la hondonada de polvo y hacía presión en la puerta principal y en las fortificaciones de la parte sur. Llevaban cientos de armas de artillería ligera y morteros automáticos y bombardeaban los baluartes de piedra con proyectiles y misiles. Un asalto a gran escala encabezado por guerreros que portaban largos lanzallamas se dirigía hacia la puerta principal. Las escaleras y los postes se levantaron contra los muros más bajos y los atacantes empezaron a escalar las paredes. Algunos de los asaltantes, equipados con una maza de púas en cada mano y ganchos en las botas, treparon por los muros sin necesidad de escaleras, ya que se adherían con los pies y las manos como arañas humanas. Los tambores y los cuernos de las tropas enemigas producían un barullo que resonaba por todo el paso.

A los Fantasmas no les faltaban objetivos a los que disparar. Desde las casamatas, los miradores y las torretas, los Primeros de Tanith acabaron con cientos de enemigos, pero el Pacto Sangriento no se dejaba amedrentar. Guerreros leales al arconte Gaur, eran los soldados de elite de la Gran Adversidad. Estaban demasiado obsesionados por la sangre como para preocuparse por las vidas individuales. Habían sido llevados a la locura extrema por sus comandantes hasta que habían alcanzado un estado de ferviente devoción y de feroz frenesí. Gol Kolea había acertado. El Pacto Sangriento pretendía hacer que las fuerzas Imperiales pagasen por su rebeldía. Algunos de los asaltantes se habían quitado los cascos y las grotescas máscaras para revelar las cicatrices rituales que atravesaban sus rostros y sus cueros cabelludos. Querían mostrar claramente las marcas de su devoción por el arconte a sus víctimas.

—Eso es, tarado hijo de Feth —murmuró Larkin—, quítate ese casco tan reluciente, así me lo pondrás más fácil.

A su lado, en el mirador, Banda y Nessa igualaban su velocidad de disparo. Banda ya se había visto obligada a cambiar a un arma láser estándar. No quedaban cañones nuevos para las variantes largas que usaban. Su saco de municiones estaba alarmantemente vacío. En el vestíbulo, tras las casamatas, Ventnor y los demás encargados de las municiones habían encendido braseros para devolver la vida a algunas cargas gastadas. Era un trabajo arriesgado y no podían confiar en conseguir que volviesen a funcionar en número suficiente a tiempo.

Kolea había colocado a sus lanzallamas en las aspilleras de los niveles inferiores para que con sus armas de corto alcance friesen a los enemigos que trepaban por los muros. En una casamata, donde el aire estaba tan cargado de vapores de promethium

que hacía que les llorasen los ojos, Brostin lanzó chirriantes llamas a través de la ranura mientras Lyse cambiaba el tanque de su lanzallamas.

Brostin regresó dentro al tiempo que unos rayos láser impactaban contra el borde de la aspillera.

—Parece que están ansiosos por saludar al Señor Amarillo —dijo. Lyse respondió a su broma con una débil sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Brostin.

—Era el último tanque —respondió.

Cuatro pisos más arriba, Kolea corría por un vestíbulo atestado de soldados y cargado de humo y coordinaba la defensa. El proyectil de un mortero acababa de atravesar una de las casamatas en el siete y había acabado con la vida de cinco Fantasmas. Otra más había volado tras la explosión de una granada, aunque, por suerte, no hubo víctimas mortales. Sus defensores disparaban ahora para cubrir la brecha que habían abierto.

La cantidad de fuego que impactaba contra los muros exteriores sonaba como una sierra rotatoria atravesado la madera. Los sanitarios iban y venían cargando a los heridos. Kolea vio a Ludd.

—¿Aguanta la puerta? —preguntó.

—No lo sé —respondió Ludd, atontado.

Kolea advirtió la mirada perdida en los ojos de Ludd. Todos a su alrededor empezaban a tener ese aspecto. Era el efecto del ruido; la inexorable destrucción de los nervios y de la concentración a causa del constante asalto auditivo.

—Espabílate —le susurró el mayor—. No sirves de nada a los hombres si no estás despejado.

—Si, sí, claro. —Ludd parpadeó.

—¿Sabes cómo te sientes? —preguntó Kolea—. Pues todos los Fantasmas se sienten igual. Tienes que ayudarlos a olvidarlo, a pasarlo por alto, a bloquearlo, o este fracaso acabará mucho antes de lo que tiene que acabar.

Ludd reunió unas reservas de fuerza de voluntad. No se había dado cuenta de hasta qué punto había flaqueado.

—Lo siento, mayor —dijo.

—No te disculpes —respondió Kolea—: ¿Es que Hark no te enseñó nada? Los comisarios nunca se disculpan. Por eso los odiamos tanto.

Ludd se echó a reír. Era la última risa que Kolea oiría ese día.

Parte de la compañía de Chiria corría por el vestíbulo para reforzar las aspilleras. Ludd se alejó dispuesto a supervisar y dirigir el despliegue. De pronto, el intercomunicador chasqueó.

—¡Contacto! ¡Contacto! ¡En las galerías superiores!

«De modo que vienen por el norte también —pensó Kolea—. Fantástico».

• • • • •

—¡Escoged a vuestros objetivos! —gritó Varl mientras disparaba desde una de las aspilleras de las bóvedas de campana—. ¡O cuidamos la munición o les abrimos las contraventanas y los invitamos a entrar!

Las primeras máscaras del Pacto Sangriento habían aparecido por el borde del precipicio hacía dos minutos. Ahora, todas las bóvedas y las casamatas del este dieciséis superior, del este quince y del oeste dieciséis estaban ocupadas disparando a los asaltantes que avanzaban por el borde del despeñadero.

—Es una lástima —dijo Maggs al tiempo que lanzaba a un guerrero veinte metros más allá del precipicio de un disparo—. Los pobres desgraciados se han esforzado tanto en escalar hasta aquí.

—Se me parte el corazón —respondió Varl.

Se apartó del escalón y gritó hacia el vestíbulo.

—¡Estad alerta! ¡No dejéis que establezcan un punto de apoyo!

Kamori apareció corriendo por el vestíbulo a la cabeza de veinte hombres.

—¡Varl! ¿Dónde está Baskevyl?

Varl se encogió de hombros.

—No lo he visto, señor.

—¡Pero tiene que dirigir este nivel! —exclamó Kamori.

—Quizá le han ofrecido algo mejor —bromeó Varl.

Kamori no era precisamente famoso por su buen humor. Varl se volvió rápidamente.

—¡Cant! ¡Ve a buscar al mayor Baskevyl!

—¿Dónde está? —preguntó Cant mientras se alejaba del escalón.

—Si lo supiera, no necesitaría que lo buscases, ¿verdad? —respondió Varl.

Cant salió corriendo por el vestíbulo.

—¡Y no vuelvas hasta que dejes de ser un idiota! —le gritó Varl.

—¿Como está la cosa? —le preguntó Kamori.

—Soleado con algunas nubes —le respondió Varl.

Kamori entrecerró los ojos.

—Venga ya, Vigo —suspiró Varl—. Si no te tomas las cosas más a la ligera ante una muerte segura, ¿qué otra cosa vas a hacer? —preguntó.

—¿Darte un puñetazo? —propuso Kamori. Apartó a Varl y se acercó al escalón. Se alzó sobre él y se asomó. Maggs y los demás hombres en las bóvedas disparaban esporádicamente, pero sus tiros se hacían cada vez más precisos.

—Están en los precipicios justo bajo nuestros pies —dijo Maggs—. Apuesto a que son un gran número. Atacan la parte superior en grupos reducidos, pero lo único que necesitan es dar un golpe certero.

—O cometer un maldito error —respondió Kamori.

Bajó del escalón y chasqueó su microcomunicador.

—¿Comandante? Kamori desde la parte superior. De momento la situación es estable, pero pronto empezará a caldearse.

—¿Qué opina Baskevyl? —respondió Rawne.

—No hemos conseguido localizarlo de momento, señor.

—Repite, Kamori. Por un momento has sonado como un imbécil de Feth.

—He dicho que no hemos conseguido localizar al mayor Baskevyl de momento, señor —repitió Kamori rotundamente al tiempo que hacía una mueca a Varl.

—Eso no es lo que quiero oír, Kamori —contestó Rawne—. Toma el mando allí arriba y mantenme informado.

—Parece que te toca a ti dar los gritos —le dijo Varl a Kamori. Kamori asintió. Se volvió hacia los hombres que había traído con él.

—¡Rellenad huecos! ¡Vamos, moveos! Sonorote, ve a las bóvedas de este nivel y del nivel inferior. Quiero un informe de la situación. Y date prisa.

—No consigo encontrar al mayor Baskevyl, señor —dijo Cant, cabizbaja.

—Estaba cantado que no podrías, Cant —preguntó Varl.

—¡Que te den por Feth, Varl! —saltó Cant.

—¡Callaos los dos! —gruñó Kamori—. ¡Id a un agujero y empezad a disparar!

Un estallido arenoso voló el vestíbulo. Las granadas del Pacto Sangriento se habían colado por la rendija de una bóveda cercana.

—¡Vamos! —gritó Kamori—. ¡Proteged la línea e impedidles el paso!

• • • • •

—¡Ludd! ¡Ludd! —gritó Rawne, abriéndose paso a través del humo del este seis inferior.

—¡Si, comandante!

—El mayor Baskevyl ha abandonado su puesto.

—¿Señor?

—¡Ya me has oído, Ludd! —gritó Rawne.

—Señor, estoy convencido de que debe haber una explicación. El mayor Baskevyl es…

—¿Sigue pareciéndote un juego, Ludd? —lo reprendió Rawne—. ¡No quiero oírte más excusas! ¡Sólo quiero que asientas! ¿Es posible?

Ludd asintió.

—Bien. El mayor Baskevyl ha abandonado su puesto. Hazte cargo.

Ludd asintió.

• • • • •

Baskevyl se detuvo en lo alto de una escalera para dejar pasar a un equipo de lanzallamas que iban a paso ligero hacia el nivel superior. Al apartarse dejó la pesada mochila que cargaba en el suelo.

Cuando estaba a punto de bajar, otra escuadra subía corriendo por las escaleras hacia él.

—Necesito a uno de tus hombres —le dijo Baskevyl a Posetine, el líder del escuadrón.

—Nos han enviado a todos arriba, señor —explicó Posetine a modo de disculpa—. Son órdenes del comandante.

—Ya, lo comprendo, pero ésta es una orden mía. Necesito la ayuda de uno de tus hombres.

Posetine parecía incómodo, pero supuso que tendría problemas si intentaba discutir con el oficial superior de Belladon. Miró reacio hacia sus hombres.

—Merrt, ve con el mayor Baskevyl.

Merrt frunció el ceño y se apartó de los demás. Sabía que Posetine lo había elegido porque era el más prescindible del grupo.

—Gracias, Posetine —dijo Baskevy. Levantó su mochila y bajó las escaleras a toda prisa dejando atrás a las tropas.

—Sigueme, Merrt.

—¡Mayor! —exclamó Posetine—. Mayor, ¿sabe que están intentando localizarlo por el comunicador? Llevan ya varios minutos buscándolo.

—¡Lo sé! —respondió Baskevyl.

Se había quitado el microcomunicador y se lo había metido en el bolsillo precisamente para no oírlo.

—¡Sigue a lo tuyo, Posetine!

—Pero… —empezó Posetine.

Baskevyl había desaparecido.

—¡Vamos! —ordenó Posetine a su escuadrón.

Los hombres empezaron a moverse de nuevo. Posetine ajustó su propio comunicador.

—Escuadrón ocho seis subiendo al cinco oeste. Si buscan al mayor Baskevyl, acabamos de verlo bajando a los niveles del sótano.

—¿Qué estamos gn… gn… haciendo? —preguntó Merrt mientras corría para ir al ritmo de Baskevyl.

—Te lo explicaré cuando lleguemos allí.

—¿Qué es ese libro?

—Tú sígueme, Merrt.

Merrt vaciló.

—Esto conduce a la gn… gn… sala del generador —dijo con recelo.

—¡Vamos, hombre!

No había nadie protegiendo la sala del generador. La sala estaba tal y como Baskevyl la recordaba. Podía oler la energía y sentir el leve pulso del brillante generador de hierro. Baskevyl dejó la mochila en el suelo, dio unos pasos hacia delante y tocó el cálido metal.

—¿Mayor?

—Espera —dijo Baskevyl, levantando la mano.

Se sacó el libro de cubiertas negras de debajo del brazo, lo dejó en el suelo, se arrodilló frente a el y empezó a pasar las páginas.

Alzó la vista de repente. El sonido de algo escarbando era bastante fuerte. Procedía justo de debajo de ellos y a través de las paredes que los rodeaban.

—¿Merrt? —susurró Baskevyl—. ¿Oyes eso?

—Si —respondió Merrt—. ¿Y usted ve eso?

Baskevyl vio las caras que había dibujadas en el polvo de las paredes, rostros sin ojos con la boca abierta. Sabía que no estaban allí cuando Merrt y él entraron en la habitación.

—Este lugar está maldito —dijo.

—Lo sé —respondió Merrt.

—Hay algo ahí. Ha estado aquí siempre. Nos tiene atrapados.

—Nos quiere muertos —asintió Merrt.

Baskevyl negó con la cabeza.

—Creo que quiere que nos quedemos. Creo que quiere compañía.

—¿Para siempre? —preguntó Merrt.

—Si.

—¿Y no es lo gn… gn… mismo?

• • • • •

Ella estaba al borde del precipicio, a la intemperie, observando las bóvedas de campana. El viento del desierto agitaba sus negras faldas de encaje.

Maggs disparó a los siguientes guerreros del Pacto Sangriento que intentaban subir a la cúpula.

—¿Por qué no te los llevas a ellos en lugar de a nosotros? —gritó por la contraventana a la vieja dama.

—¿A quién Feth le estás gritando, Maggs? —dijo Varl desde la aspillera colindante.

—A ella —respondió Maggs.

—Venga, no empieces con lo de… —le reconvino Varl. Entonces cerró la boca—. Por Feth, Wes.

—¿La ves?

—Joder, sí.

—Entonces debe de ser la hora. ¡Santo Trono! Debe de ser la hora. —Maggs se inclinó hacia delante gritó por la contraventana a la oscura figura que aguardaba en silencio al borde del precipicio—. ¿No es así, vieja bruja? ¿Ha llegado nuestra hora? ¿Aquí acaba todo?

Lentamente, el terrible rostro sin carne asintió.

• • • • •

Cuando Nessa recibió un disparo en el hombro, Banda la arrastró hacia el vestíbulo para buscar a un sanitario y dejó a Larkin solo en la aspillera.

Finalmente, su láser largo se había rendido y estaba utilizando un rifle estándar.

A través de la aspillera, el espectáculo era alarmante. El Pacto Sangriento había conseguido escalar a una altura considerable los muros exteriores y los bastiones.

Estaban atacando las casamatas más bajas. Larkin oía las granadas y el amargo silbido de las bombas de fraccionamiento. El enemigo estaría dentro en cuestión de minutos, si no lo habían hecho ya.

Acribilló a aquellos que tenía a tiro.

—¡Necesito ayuda aquí! —gritó—. ¡Necesito tiradores en esta aspillera!

—Estás solo, tanith —respondió la voz.

Larkin se volvió. Sabía lo que iba a ver.

Lijah Cuu estaba en la entrada de la casamata frente a él. Su delgado rostro lleno de cicatrices lo miraba socarronamente. Tenía el uniforme sucio y manchado de podredumbre y de arena.

Cuu llevaba su espada de combate en la mano.

—Estás solo, fijo que sí.

Larkin se estremeció. Una capa de hielo reptaba por las paredes internas del mirador y crujía como el cristal. Larkin percibía el olor a putrefacción y a descomposición.

—Te maté una vez, hijo de puta —susurró Larkin—. Y puedo volver a hacerlo.

—Las cosas no funcionan así, tanith —dijo Cuu—. No esta vez.

—Te voy a explicar cómo Feth funcionan —respondió Larkin—. Tú no eres más que una ilusión que ha creado mi viejo y chalado cerebro. ¡No eres real, así que déjame en paz! ¡Estoy ocupado!

Le dio la espalda a Cuu y comenzó a disparar por la aspillera. Lenta y firmemente, los pasos empezaron a acercarse.

• • • • •

Zweil renqueó hasta la estación de campo. Unos extraños sonidos habían interrumpido sus oraciones, unos sonidos distintos a los lamentos y a los gritos de angustia a los que estaba acostumbrado.

En medio del caos, la sala se había detenido de forma extraña. Los heridos, en sus catres, miraban al exterior desconcertados. Los sanitarios y los camilleros, que seguían trayendo a las últimas víctimas, también se habían detenido y estaban boquiabiertos. Algunos hacían la señal del aquila. Otros se habían arrodillado.

Zweil sintió que se le helaban las tripas.

Los muertos habían vuelto con ellos. Todos los caídos estaban a su alrededor, delgadas formas grises, sombras de polvo, transparentes figuras espectrales compuestas de penumbra. Estaban junto a las camas o se elevaban en el pasillo central de la sala como un silencioso cortejo fúnebre que se reunía para un funeral.

Algunos hombres les hablaban o gritaban por miedo o por la sorpresa. Saludaban a los viejos amigos y a los camaradas desaparecidos, y lloraban al ver a los seres queridos que hacía tiempo que habían perdido. Para ellos, las frágiles figuras eran esposas y novias, padres e hijos, hermanos y hermanas, guerreros de Tanith, Verghast y Belladon que habían caído durante la larga marcha hacia aquella funesta última batalla.

Zweil vio a hombres cerrar los ojos y cubrirse el rostro con las manos. Otros abrían los brazos y esperaban un abrazo que nunca llegaría. Algunos de los heridos intentaban salir de la cama para alcanzar las sombras que tenían ante sí.

—No —susurró Zweil—. No, no, no…

Dorden estaba a su lado con los ojos llenos de lágrimas. Agarró a Zweil del brazo con fuerza.

—Es mi hijo —exclamó—. Es Mikal, mi hijo.

Dorden señaló. Zweil no vio nada más que una sombra que no debería estar ahí.

Zweil se soltó de la mano del anciano médico y dio unos pasos hacia adelante. Levantó su bastón y mantuvo en alto la pesada águila de plata que llevaba colgada alrededor de su delgado cuello.

—¡Yo os abjuro! —empezó—. ¡Os ordeno que os marchéis de aquí y que descanséis en paz!

A su alrededor, los hombres empezaron a protestar. Lo tildaron de loco y de entrometido y le rogaron que parase.

—¡Yo os abjuro, por la luz del Trono Dorado de Terra! —gritó Zweil.

—¡Es mi hijo! —exclamó Dorden.

—No, no lo es —dijo Zweil con firmeza.

Hark tenía razón, y Zweil había sido un estúpido por no hacerle caso. Hinzerhaus

era un lugar de almas condenadas, donde los muertos volvían para llevarse a los vivos a la oscuridad.

—¡Demonios! ¡Os ordeno que os marchéis de aquí!

Dorden se lanzó contra Zweil. El viejo sacerdote lo empujó. Alguien estaba gritando.

Las sombras se intensificaban, se volvían cada vez más oscuras.

De las paredes de la sala manaban torrentes de sangre, y no de arena.

• • • • •

Llevaban protegiendo el barranco quince minutos, aunque se les habían hecho eternos. Sólo dieciocho miembros de la compañía E seguían con vida, y la mayoría de ellos estaban heridos. Incapaces de mantener una posición viable, los supervivientes se habían retirado hasta la garganta del barranco para colocarse entre los restos del avión siniestrado.

Dalin había puesto su último cargador. Disparaba su rifle con una mano mientras sujetaba a Meryn con el otro brazo. Meryn estaba prácticamente inconsciente por toda la sangre que había perdido.

Dalin arrastraba al capitán a través de los pedregales. Los tiros cortaban el aire a su alrededor. El Pacto Sangriento se acercaba a toda prisa por el precipicio, llegaban a la pendiente de piedras sueltas, resbalaban y corrían. Los guerreros proferían atroces gritos de guerra y blandían picas y hachas.

Cullwoe se acercó a Dalin disparando a la altura de la cadera. Alcanzó a dos de los guerreros. Estos se desplomaron y resbalaron boca abajo por la pendiente.

—Sabes qué es esto, ¿verdad? —gritó Cullwoe.

Dalin no tuvo tiempo de responder. La descarga de un arma láser hizo estallar el estómago de Khet Cullwoe. Se derrumbó sobre un charco de su propia sangre. Las costillas sobresalían de su humeante abdomen.

—Sé lo que es esto —gruñó Neskon—. ¡Es una maldita manera de morir!

Su lanzallamas rugió y envolvió a seis soldados enemigos en una blanca hoguera candente. Ardieron, se retorcieron y se derrumbaron. Uno recorrió en llamas un largo camino antes de caer al suelo.

—¡Vamos, chico! —gritó Neskon mientras soltaba otro chorro de fuego.

Su lanzallamas empezaba a chisporrotear. Los tanques se habían agotado.

Dalin disparó su último cartucho y lanzó su rifle a un lado. Sujetando a Meryn, se agachó para coger el rifle de Cullwoe y el último cargador que se había metido en el cinto.

—¡Vamos! —gritó Neskon.

Su lanzallamas estaba vacío. Lo cogió y miró el alimentador, pero estaba muerto.

—¡Ayúdame con el capitán! —gritó Dalin.

Neskon se volvió. Se sacó los tanques y los tiró al suelo causando un estrépito metálico. Un disparo láser le dio en la cadera.

—¡Por Feth! —exclamó.

Neskon no cayó al suelo. Sacó su pistola y demostró ser un excelente tirador con un arma estándar. Nadie habría esperado semejante sutileza de un lanzallamas. Neskon disparó dos tiros y tumbó a un guerrero que llevaba una pica en la espalda.

Neskon agarró a Meryn y se lo cargó al hombro.

—¡Volvamos a la puerta! —dijo con la voz ronca a causa del dolor.

—¡No hay ninguna puerta, Nesk!

—Podemos fingir que sí —replicó él.

Juntos se alejaron a través de los restos en llamas del Destrier mientras disparaban a los asaltantes que se aproximaban.

—Puedes hacerlo —dijo Caffran.

Dalin miró a su alrededor. Su padre le sonrió y asintió. Después desapareció, y Caober, Preed y Wheln estaban a su lado uniendo su fuego a la desesperada retirada.

—¡Por el Primero y Único de Tanith! —gritó Wheln.

Los otros cuatro aullaron una respuesta mientras agotaban sus últimos disparos contra los rostros del enemigo. En medio de todo aquel ruido y de aquella rabia, Dalin tenía la sensación de que todo el regimiento estaba con ellos entonando el grito de guerra con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Vamos! ¡A la escotilla! ¡A la escotilla!

Dalin miró por encima de su hombro y vio a Ban Daur y a un montón de Fantasmas tras él.

—¡Santo Feth! —susurró perplejo.

—¡Vamos! —les gritó Daur—. ¿Es que tengo que ir a por vosotros?

El Pacto Sangriento avanzaba en tropel por el barranco. La compañía G apareció por la segunda puerta y esperó allí para recibirlos con las armas preparadas.

• • • • •

Baskevyl trató de olvidarse de la capa de hielo que cubría lentamente las paredes de la sala del generador, del ruido procedente de debajo del suelo y del fuego de San Telmo que cubría el techo. Intentó levantar la tapa del generador.

—Hay un gn… gn… gn… —intentó decir Merrt.

—¿Un qué? ¿Qué, joder? ¡Dilo de uña vez!

—¡Un pestillo! ¡Allí!

—Si, está bien. Lo tengo. Ahora arriba.

La tapa se soltó. Era pesada y empujaron con todas sus fuerzas para levantarla del

todo. De la caldera salió un aire caliente, fétido y húmedo como el desierto más árido y calcinado.

«Calaveras en un valle polvoriento».

—¿Y ahora qué? —preguntó Merrt.

Baskevyl miró en el generador.

Era una cavidad profunda y hemisférica. El hueco estaba cubierto de una capa de polvo que parecía un depósito de cal o algún otro mineral creado mediante alquimia a grandes profundidades bajo tierra. El gusano estaba dentro de la caldera.

Era una banda circular de maquinaria de unos dos metros de diámetro, segmentada como el escamoso cuerpo de una serpiente, y estaba situada en el centro de la cavidad. Giraba muy despacio, haciendo pausas y retemblando vacilantemente. Emitía un leve brillo. Cada pausa y retemblado correspondía a una variación en el brillo de los apliques.

Baskevyl la observó. Donde el aro segmentado se unía, había un cierre metálico que parecía sin lugar a dudas una serpiente que se mordía su propia cola. Era exactamente idéntico al emblema del lomo del libro.

Baskevyl estiró el brazo hacia la caldera y el lento movimiento le rozó las puntas de los dedos.

—Está seca —dijo.

—Toda esta maldita roca de Feth está gn… gn… seca —respondió Merrt.

—No. La caldera está seca. Está vacía, con el paso de los siglos se ha acabado su… no sé… su combustible. Está funcionando con sus últimas reservas.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó Merrt.

—No lo sé —dijo Baskevyl—. Pero Domor puede leer los diagramas. Aparentemente esto es una planta básica de fusión fría.

—¿Qué es eso? —preguntó Merrt.

—No tengo ni idea.

Baskevyl se acercó a su mochila.

—Ayúdame con esto —dijo.

—¿Con qué?

Baskevyl empezó a sacar cantimploras de la bolsa. Merrt se aproximó.

—¿Qué contienen? —preguntó.

—Agua —respondió Baskevyl.

Oyeron un sonido a sus espaldas y se dieron la vuelta.

Ludd bajó los escalones, entró en la sala del generador y apuntó con su pistola a Baskevyl.

—Mayor Baskevyl —empezó—, se le acusa de abandonar su puesto y de actuar en contra de las órdenes expresas del comandante…

Punto de encuentro de Elikon, punto de encuentro de Elikon, aquí Nalwood, aquí Nalwood. Responda, por favor. Responda por favor. Nos están atacando de forma continuada y a gran escala. No aguantaremos mucho más tiempo. Tenemos un gran número de bajas. No nos quedan municiones. Por favor, Elikon, ¿me recibe?

Corto y cierro.

(Fin de la transmisión)

Transcripción de mensaje de voz

Quinto mes, 778



Veintiuno
El gusano gira

No había duda de que era un campamento. En la luz menguante del día, con el tono malva de la tarde cubriendo el cielo y alargando las sombras, observaban danzar las llamas desde el refugio de unas salinas a setecientos cincuenta metros de distancia.

—Veo tiendas de campaña y viviendas prefabricadas —dijo Mkoll mientras seguía inspeccionándolo todo con su telescopio—, y unos quince vehículos. Debe de haber, no sé, unos cien o más de esos malnacidos.

—*Mihi pauci darti sunt* —respondió Eszrah.

—Pues haz los cálculos.

—*Ubi darti deficient, espada utar*.

Mkoll negó con la cabeza y se echó a reír.

—¿Crees que podemos con todos ellos? Admiro tu confianza, Eszrah.

—*¿Quad dicis, sidthe amicus?*

Mkoll volvió a observar por el telescopio.

—Espera —murmuró mientras recorría toda la zona—. Eso de ahí es un repetidor de gran potencia. No se necesita un comunicador UHF a menos que estés dando órdenes a alguien que está a gran distancia. Esto tiene que ser una estación de mando. Ahí debe de haber alguien importante, tal vez un comandante sirdar. O incluso un erogaur.

—*¿Quad dicis?*

—Quieres llevar a cabo tu venganza, ¿verdad? —dijo Mkoll, mirando a Eszrah.

—Ven… ganza —asintió Eszrah.

—Y yo sólo quiero hacer algo útil antes de morir.

Mkoll sacó su mochila y rebuscó entre sus contenidos: dos cartuchos, cuatro cargas de tubo, una batería pequeña de recambio para su pistola, un rollo de cinta de detonación, una granada… Colocó los objetos uno por uno en su cintura y sus bolsillos para tenerlos más a mano.

Eszrah le observaba atentamente, intrigado.

Mkoll cogió un puñado de polvo del borde de la salina y se lo distribuyó por las mejillas y la frente. Eszrah se echó a reír y sacó una de sus calabazas.

—¿Puedes hacerlo mejor? —preguntó Mkoll.

Con cuidado y de manera ritual, el noctugane extendió la pasta gris por el delgado y sucio rostro de Mkoll. Después asintió.

—¿Estamos listos?

Eszrah señaló el cuchillo de combate que llevaba Mkoll en la mano. Mkoll se lo entregó. El noctugane untó veneno concentrado de polilla a lo largo de los treinta centímetros de la hoja de plata.

—Listos —asintió al tiempo que le devolvía el arma a Mkoll.

—Pues hagámoslo —dijo Mkoll. Le tendió la mano. Eszrah miró la mano la mano extendida y la estrechó desconcertado.

—Me alegro de haberte conocido, Eszrah du Nocte —dijo Mkoll.

—*Esst veritas, amicus.*

Ambos se levantaron, agachado, y avanzaron por el polvo hacia los fuegos distantes.

• • • • •

El Valkyrie estaba ardiendo. Ya sólo quedaba la estructura, una caja de metal negro envuelto en llamas.

Hark se levantó. Dio por hecho que había salido despedido en el momento del impacto. De ser así, el polvo, el oscuro polvo de Jago, lo había salvado. Recordaba haberse precipitado y haber rodado sobre el suave y espeso almohadón de regolita.

Pero no había resultado ileso. La espalda le dolía intensamente y notaba que la sangre le corría por las piernas. Tenía un corte en la cabeza. Algo, no sabía qué, le había amputado el brazo mecánico a la altura del codo y había dejado un chisporroteante muñón de cables que goteaba lubricante en lugar de sangre.

Cojeó hacia los restos del avión siniestrado. Varias mochilas habían quedado intactas. Dos de ellas se habían abierto y las viejas páginas revoloteaban arrastradas por el viento. Se arrodilló e intentó recoger algunas de ellas.

—¿Le echo una mano?

Hark alzó la vista. Twenzet, con el rostro cubierto de sangre, estaba detrás de él. Al ver el brazo mecánico amputado del comisario se quedó helado.

—No pretendía molestarle con mi comentario, señor —dijo.

—Tranquilo, no me has molestado, soldado —respondió Hark—. Ayúdame.

Twenzet se arrodilló y empezó a reunir páginas sueltas y a meterlas en las mochilas.

—¿Has caído bien? —le preguntó Hark.

—Me he despertado allí, si se refiere a eso —respondió el soldado, encogiéndose de hombros. Miró a Hark—. ¿Dónde estamos? —le preguntó.

—No lo sé.

—¿Han muerto los demás?

Hark se puso en cuclillas y observó el llameante destrozo. Unas siluetas negras calcinadas permanecían en sus asientos en el centro del fuego. Hark apartó la mirada.

—Si —respondió.

—No todos —afirmó Tona Criid, que se acercaba cojeando por detrás de ellos.

Sujetaba fuertemente un rifle láser contra el vientre con la mano izquierda. Llevaba el destrozado brazo derecho colgando. Le faltaba gran parte de la mano derecha. La sangre goteaba en el polvo.

—Menuda caída —dijo.

—Lo recuerdo —asintió Hark.

—Te lancé yo —le dijo a Twenzet—. Intenté volver a por Swaythe y Klydo, pero… —Su voz se apagó. Ella también se puso de rodillas.

Hark se levantó. Estaban en un amplio valle, un paso rodeado de inmensas paredes de roca. Estaba anocheciendo y todo tenía un tono violeta.

—Escuche —dijo Twenzet.

Al principio, Hark no oía nada. Después percibió el zumbido de un comunicador activo. El zumbido se convirtió en el retumbar de un trueno lejano y el trueno se transformó en el escándalo de las centrales eléctricas de turbinas. Las luces se acercaban por el paso. Intensos haces de luz brillaban en el anochecer.

—Coge las mochilas —dijo.

—¿Qué? —preguntó Twenzet.

—¡Coge las mochilas y muévete! —gruñó Hark.

Twenzet se cargó las mochilas sobre la espalda. Hark ayudó a Criid ponerse en pie. Sortearon los restos en llamas de la aeronave y se dirigieron hacia la pequeña pendiente de rocas y de polvo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Twenzet, jadeando por el esfuerzo de cargar las pesadas mochilas.

El ruido se volvía cada vez más intenso. Podían oír el sonido metálico de las orugas.

—Aquí arriba —les dijo Hark.

Se habían alejado bastante del lugar del accidente. Bajo sus órdenes, habían escalado hasta un afloramiento de roca y se habían agachado.

Por debajo, dos tanques Leman Russ aparecieron ante sus ojos con los faros encendidos. De sus orugas en movimiento salían despedidas nubes de polvo. Tras ellos, un tanque Hydra de fuego antiaéreo con sus cuatro cañones automáticos apuntando al cielo se detuvo. Algunas figuras avanzaban por el polvo, soldados que escoltaban los vehículos blindados a pie.

—Son cincuenta y dos —dijo Twenzet—. ¡Mire! ¡En el casco! Cincuenta y dos. Es una unidad de Cadogus. ¡Alabado sea el Trono!

El soldado empezó a levantarse, pero Hark lo obligó a agacharse de nuevo.

—Mira otra vez —le susurró.

Varias partes del casco de los dos grandes tanques estaban agujereadas y quemadas. Ninguno de los vehículos parecía estar en buenas condiciones. Parecían llevar las mochilas o los sacos amarrados en la parte delantera.

Twenzet se fijó más detenidamente.

Aquellos objetos no eran mochilas. Eran cadáveres destrozados de hombres con uniforme de soldado atados al guardabarros de los tanques con alambre de espino, como si fueran trofeos. Los cuerpos colgaban y daban sacudidas mientras los tanques se detenían.

La infantería siguió avanzando hacia el armazón del Valkyrie en llamas y dejó

atrás los tanques estacionados. El anochecer teñía sus largos abrigos y las chaquetas de sus uniformes de color malva.

Twenzet vio las máscaras de hierro que cubrían sus rostros.

● ● ● ● ●

La compañía G defendió su terreno durante diez minutos hasta que el Pacto Sangriento que avanzaba por el barranco se dio cuenta de lo inútil que era su táctica de ataque. Empezaron a retirarse y a tomar posiciones de tiro estáticas con la intención de quitarse a los hombres de Daur de en medio con disparos prolongados y concentrados. Dejaron a decenas de los suyos muertos al final del barranco o desperdigados por las pendientes.

Cuando la presión de la oleada de ataque empezó a hacer mella, Daur ordenó a su compañía que se retirasen hacia la puerta.

La escotilla no había sobrevivido al desastre del Destrier, y la abertura había quedado enterrada bajo los restos de roca. Los hombres de Daur habían despejado el camino para salir, y ahora Daur pretendía enterrarla de nuevo.

—No hay puerta que cerrarles en las narices —le dijo a Caober mientras entraban a través del portal en ruinas—, y no tenemos suficientes municiones como para resistir.

Vivvo, Haller y Vadim estaban ocupados colocando las cargas de tubo en el dintel de la casa de guardia.

Los sanitarios ya se habían llevado a Meryn y Neskon se había ido a algún sitio. Dalin se sentía perdido y desorientado. Buscaba a Cullwoe por todas partes olvidando que ya no volvería a verlo más. Dalin estaba exhausto. Le temblaban las manos y luchaba contra la tentación de retirarse y desplomarse en alguna esquina.

El último de la compañía G atravesó la puerta. Los disparos llovían sobre sus cabezas. El Pacto Sangriento se acercaba y tendrían tiempo de traer armas de refuerzo. Los cañones automáticos bombardeaban la entrada con explosivos y levantaban una bruma de piedra pulverizada. El enemigo descargaba cartucho tras cartucho. Estaba claro que no andaban cortos de abastecimiento.

—¡Listo! —gritó Vivvo.

—¡Despejad la sala! —ordenó Daur—. ¡Retiraos! ¡Por lo menos tres cámaras más atrás! ¡Por ahí! ¡Vamos!

Los últimos de la fila, que habían estado abriendo fuego constantemente para evitar que se acercase el enemigo, se levantaron y corrieron hacia las estancias interiores.

Daur permaneció allí hasta que todos se pusieron en marcha.

—¡Seguid hasta el fondo! —gritó al tiempo que señalaba con el brazo

enérgicamente.

Daur conectó su microcomunicador.

—Comandante, estamos sellando la segunda puerta —informó.

—Recibido —respondió Rawne.

Daur se puso a cubierto y asintió en dirección a Vivvo, que estaba agarrando el detonador.

Los constantes disparos penetraban a través del umbral. Un momento después, los guerreros del Pacto Sangriento empezaron a trepar y a explorar la sala vacía con las armas preparadas.

El suelo estalló bajo sus pies con el destello de una supernova, y la montaña se les cayó encima.

• • • • •

—Baja eso —dijo Baskevyl suavemente.

—Contra la pared. Soltad las armas —ordenó Ludd—. Tú también, Merrt —siguió apuntándoles con su pistola.

—Admiro tu dedicación, Ludd —insistió Baskevyl con tenacidad sin mover un dedo—, y sé que tienes un deber que cumplir y mucho que demostrar, pero éste no es el momento.

—¡Ya basta! —gritó Ludd—. Has abandonado tu puesto, Baskevyl. ¡Has desobedecido una orden directa! ¡Y en medio de todo este caos!

—Escúchame —le pidió Baskevyl con firmeza—. Vamos a perder. Vamos a morir aquí a no ser que suceda un milagro de Feth.

—¿Y por eso habéis bajado aquí? ¿Para buscar un milagro?

—Tal vez —respondió Baskevyl—. Quizá no sea un milagro, sino una posibilidad. Una oportunidad.

—¡Sg… sg… escúchale! —gruñó Merrt.

—Ya basta —repitió Ludd.

—Mira el libro, Ludd. Mira ese libro —Baskevyl señaló—. Lo encontré en la biblioteca. Se lo mostré a Domor y él coincidió conmigo. Son unos planos. Son las instrucciones de funcionamiento del generador eléctrico de la casa.

Ludd miró el libro y lo abrió en el mismo lugar en que se encontraba.

—Esto es ininteligible —dijo.

—El texto sí, pero lo que importa son los dibujos. Mira, deja que te lo muestre.

Ludd vaciló y después le hizo un gesto con su arma.

—Tienes un minuto.

Baskevyl se agachó y cogió el libro. Lo sostuvo de manera que Ludd pudiera verlo.

—Mira, aquí. Eso es el generador. ¿Lo ves? Está claro que se trata del mismo.

Mira, éste es el diagrama del mecanismo que mantenía la tapa cerrada —pasó una página—. Esto es un plano del sistema de iluminación. Eso es un aplique, ¿lo ves? No hay duda.

—¿Y qué pretendías… hacer? —preguntó Ludd.

—Reiniciarlo —afirmó Baskevyl—. Si podía. Está funcionando con sus últimas reservas. Creo que la mayoría de los sistemas hace tiempo que dejaron de funcionar o que fallaron. La red de iluminación está funcionando con un bajo nivel de energía de emergencia.

—Pero ¿cómo pensabas reiniciarlo? —preguntó Ludd.

—Es una planta de fusión fría. Está prácticamente seca. Iba a vaciar las cantimploras para darle algo con lo que iniciar la reacción.

Ludd le miró fijamente. Se asomó por el agujero de la caldera y observó la dificultosa rotación del aro.

Entonces bajó su arma.

—Hazlo —dijo—. No te vas a librar de las represalias por esto, Baskevyl, pero tienes razón. Merece la pena intentarlo.

Baskevyl y Merrt corrieron hasta la mochila y volvieron con los brazos cargados de cantimploras. Ludd los observó durante un momento y después decidió ayudarlos. Baskevyl yació la primera cantimplora en el hueco seco del generador y tiró al suelo el recipiente. Merrt le pasó otra ya sin el tapón.

A pesar de la gran cantidad de agua que vertían en ella, la caldera no parecía llenarse nunca. Ocho cantimploras y tan sólo habían conseguido formar un pequeño charco al fondo del bidón.

—Seguid —dijo Baskevyl.

Había traído treinta cantimploras consigo. Seguramente lo acusarían de desperdiciar toda aquella preciada agua. Vació la última en la caldera. Apenas habían logrado llenar un cuarto.

—Es mejor que nada —masculló Baskevyl.

—Si, y no está pasando nada —masculló Merrt.

Baskevyl miró de nuevo. Lo cierto es que parecía que el aro estuviese rodando más despacio.

—Muéstrame el libro de nuevo —dijo.

Ludd le pasó el volumen de cubierta negra.

—De acuerdo —apuntó Baskevyl mientras analizaba las páginas—. Domor dijo que esto era normal. Seguramente fue programada o se ha programado ella misma en modo ahorro. Hay un… —El mayor hizo una pausa para poner el libro de lado y seguir el diagrama—. Si, eso es. —Baskevyl volvió a meter la mano en el generador y ajustó el calibrado de la cabeza de la serpiente.

El aro dejó de girar del todo.

—No —musitó Baskevyl—. No, no, vamos…

Todos miraron el interior.

El aro vibró ligeramente. Los profundos mecanismos de la base de la caldera y sus componentes colindantes empezaron a girar y a chasquear. Producían unos chirridos que Baskevyl conocía perfectamente.

El aro empezó a girar de nuevo. Lo hacía en sentido contrario a como lo estaba haciendo antes. Ahora rotaba de un modo constante y fue cogiendo velocidad hasta que giró tan rápido como una ruleta. El agua al fondo del bidón empezó a hacer espuma y a borbotear. Entonces comenzó a volverse blanca como la leche y a brillar.

—¡Por el Trono! —murmuró Ludd.

—Bueno, ahora viene una parte del plan que es en realidad un acto de fe por mi parte. Seguidme. —Baskevyl se detuvo—. ¿Te parece bien, comisario? ¿Vas a concederme esta última oportunidad o quieres dispararme ahora?

• • • • •

Subieron corriendo las escaleras y siguieron los vestíbulos internos hacia las últimas secciones que habían encontrado en la casa. Fuera, sobre sus cabezas, el caos de la brutal batalla se oía perfectamente. Baskevyl vaciló por un momento y miró hacia arriba.

—Feth, tienes razón, Ludd. Escucha eso. No debería haber abandonado mi puesto en esta situación. Estaba tan… obcecado que…

Ludd levantó la mano.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Mira eso!

El lento e hipnotizante ir y venir de las luces de los apliques había cesado. En el vestíbulo, la iluminación de las paredes aumentaba cada vez más y sustituía la lúgubre penumbra marrón satinada por un vivo resplandor.

Merrt empezó a hacer un ruido extraño. Ludd y Baskevyl se dieron cuenta de que se estaba riendo.

Baskevyl echó a correr y los dos lo siguieron.

Al entrar en la nueva sección de la casa, se encontraron con la compañía de Daur que se retiraba. Daur había dejado a cinco escuadrones encargados de vigilar el vulnerable patio y había enviado al resto a los miradores principales de la parte sur.

El capitán tenía el rostro pálido y demacrado.

—Han entrado —le dijo a Baskevyl—. Acabo de oírlo por el comunicador. Han entrado por la puerta principal y en algunos de los niveles inferiores. Ahora es un cuerpo a cuerpo. Rawne dice que prácticamente nos hemos quedado sin municiones.

Baskevyl asintió. Se sacó el microcomunicador del bolsillo y lo volvió a conectar.

—¿Ha dicho Rawne algo más?

—Ha dicho que saquemos la plata y nos convirtamos en fantasmas, los fantasmas de la casa. Que permanezcamos en las sombras y matemos a tantos desgraciados

como nos sea posible.

—¿Qué sombras, capitán? —preguntó Ludd.

Daur estaba tan fatigado, tan abatido por el cansancio y el posible fatídico final que ni siquiera se había dado cuenta de las luces. La anterior penumbra ámbar de la nueva sección se había convertido en una brillante luz blanca.

—¿Qué…? —preguntó Daur—. ¿Qué está pasando?

Baskevyl pasó junto a él y entró en la armería. Abrió la tapa de uno de los baúles que había en el centro de la sala. Los balines de su interior brillaban como minúsculas estrellas. Chasqueó su microcomunicador.

—Aquí Baskevyl —dijo—. Daur, envía aquí a los hombres.

• • • • •

El arma descargada de Larkin emitió un chasquido. La batería se había acabado. Tiró el rifle, ya inútil, a un lado, se apartó de la aspillera y sacó su machete. Había enemigos subiendo por las escaleras a tan sólo diez metros por debajo del mirador y no podía hacer nada aparte de escupirles.

El sonido de la batalla había cambiado. Larkin notó que apenas se oían disparos desde las casamatas. Todos los que se oían iban dirigidos a ellos.

Se dio la vuelta. Cuu había desaparecido. Había permanecido tras él varios minutos mientras lanzaba sus últimos tiros sin querer o sin poder cumplir su amenaza.

Cuu no estaba, pero Larkin todavía sentía su presencia, su maldita esencia, que lo envolvía como una bruma.

—Ya no te temo —dijo en voz alta—. ¿Me oyes? No te tengo miedo. No eres más que un fantasma. Fijo que sí. Si quieres matarme, ponte a la cola, porque hay un montón de malnacidos sedientos de mi sangre.

No hubo respuesta. A Larkin le pareció que todo estaba mucho más iluminado de repente.

—Apártate de mi camino, Cuu —ordenó al aire vacío mientras cojeaba hacia la puerta—. Ahora tengo que ir a morir con los Fantasmas de verdad.

• • • • •

Los guerreros del Pacto Sangriento se arremolinaban alrededor del Valkyrie en llamas. Algunos de ellos empezaban a avanzar hacia los alrededores. Un oficial salió por la torreta de uno de los tanques capturados y gritó unas órdenes.

—No os levantéis —les susurró Hark a los otros dos.

Tenían el rostro pegado al suelo de roca. Hark sacó lentamente su pistola bólter.

Un pequeño relámpago atravesó el cielo púrpura sobre el paso seguido de un lento y estremecedor trueno. Parecía que las montañas chirriasen al tocarse. Más abajo, los soldados enemigos se pusieron nerviosos de repente. Se gritaban los unos a los otros.

La temperatura del aire había descendido varios grados.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó Twenzet gimoteando.

Hark no respondió. Él también podía sentirlo. Un inconmensurable e inexplicable temor se apoderaba de él poco a poco. El miedo le atravesó la carne e hizo que su maltrecha espalda volviese a sangrar.

Algo terrible, un horror inenarrable, se avecinaba.

Ayúdame



Veintidós

Sólo en la muerte

El repetidor se elevaba hacia el inmenso cielo de la noche y emitía una serie de chasquidos y pitidos en la oscuridad, como un inquieto insecto nocturno. Las tiendas de campaña a prueba de arena formaban un amplio círculo y estaban iluminadas por dentro con lámparas de aceite y pequeñas luces portátiles, de modo que tenían un resplandor dorado como los farolillos de papel. Habían encendido braseros alrededor del campamento y unas antorchas de latón pendían de sus postes. Las figuras se desplazaban por los espacios interiores. Las voces inundaban la noche junto al olor a comida.

Dos centinelas, al cruzarse durante la guardia, se detuvieron a intercambiar unas palabras y después continuaron con sus respectivas rutas alejándose el uno del otro.

Uno se detuvo y miró a su alrededor. No había ni rastro de su camarada. La grisácea llanura desértica se extendía interminable y vacía hacia la noche.

Se dispuso a retomar su camino. Estuvo a punto de llamar a alguien, y aquélla fue la última acción de su vida: un pie levantado para dar un paso y la boca abierta para gritar un nombre.

Mkoll dejó el cuerpo sobre el polvo y limpió su cuchillo. Asintió una vez, aunque su compañero era invisible para él.

Agachado, Mkoll correteó hacia delante, y en el último tramo, donde la luz de las lámparas alcanzaba a iluminar el suelo, avanzó arrastrándose sobre su vientre.

Cubierto con el protector para el polvo de una tienda de campaña, Mkoll se levantó y avanzó con cuidado por encima de las cuerdas tensoras. Esperó a que dos matones con el rostro lleno de cicatrices pasasen. Mantenían una conversación desenfadada. Uno llevaba en la mano una botella de cuello largo.

Cuando desaparecieron de su vista se coló entre otras dos tiendas y llegó a una zona oscura donde estaban aparcados los vehículos. Semiorugas y transportes pesados generaban angulosas sombras azules contra el cielo. Mkoll se agachó, se deslizó debajo del primer vehículo y se puso manos a la obra. A tientas, encontró el tubo de combustible y le abrió una raja con su cuchillo de combate. En menos de tres minutos otros dos vehículos habían corrido la misma suerte, y sus cargas de carburante chorreaban lenta y suavemente sobre el polvo bajo ellos.

Mkoll abrió la tapa de una de las orugas que se desangraban y llenó el depósito con tiras de tela del dobladillo de su abrigo de camuflaje. Después metió con el dedo una tira de cinta de detonación.

Se preguntó hasta dónde habría llegado Eszrah.

Mkoll fijó su machete al rifle y arrancó el parche de ignición de la cinta de detonación.

• • • • •

Una angustiosa sensación de maldad los envolvió. El aire de la noche parecía erizarse con ella, como una carga estática. Twenzet empezó a gimotear, pero Criid le tapó la boca con su mano sana. Miró a Hark. El comisario tenía los ojos abiertos de par en par y el pulso latía en su sien.

A sus pies, la conmoción entre los guerreros del Pacto Sangriento había cesado. Estaban inmóviles y miraban a la distancia rifle en mano. Ellos también lo sentían. No había mucho ruido aparte del ocioso murmullo de los motores de los tanques y el moribundo crepitar de las llamas que calcinaban el Valkyrie.

El viento de la noche se agitó. El suelo, el aire, la realidad en sí, parecieron temblar durante un segundo.

Oyeron el aullido. Era un sonido lastimero, como el de un animal herido, y parecía proceder de todas partes. Los guerreros del Pacto Sangriento empezaron a buscar la fuente de aquellos bramidos.

Entonces empezaron a gritar de nuevo al advertir que el aullido procedía de uno de los suyos. El guerrero afectado se quitó el casco y la máscara. Estaba temblando, como si experimentase los espasmos que preceden a un ataque. Dos de sus camaradas se acercaron a ayudarlo.

Los mató.

Su rifle automático produjo un fuerte estallido en el aire de la noche. Siguió disparando y derribó a dos hombres más que estaban retrocediendo y levantaban los brazos a modo de protesta. Los disparos perdidos impactaron contra el blindaje del tanque más cercano. El comandante del tanque, entre gritos de rabia, se puso de pie en la torreta y disparó al aullante loco con su pistola. El hombre cayó hacia atrás, arqueó la espalda y murió.

El oficial continuó disparando mientras bajaba del vehículo. Los guerreros que se habían agachado para protegerse cuando empezó el tiroteo se levantaron poco a poco. El oficial avanzó al cuerpo del lunático y al pasar reprendió con dureza a los soldados agachados. Permaneció ante el cadáver y le asestó cuatro disparos más.

Una cegadora descarga eléctrica salió del cuerpo, golpeó el arma del oficial y produjo una lluvia de chispas. El oficial retrocedió en el aire por la intensidad del impacto. Golpeó con tanta fuerza los guardabarros de su tanque que se le partió la columna. La descarga eléctrica, blanquiazul como el hielo y tan brillante como un rayo láser, iluminó el casco del vehículo con un crepitante y chisporroteante espectáculo de puro voltaje. Después saltó de nuevo y golpeó al guerrero más cercano en la cara.

El hombre se sacudía y se retorcía mientras la corriente sobrecargaba su sistema nervioso central. La energía lo abandonó y, antes de que su cuerpo muerto hubiese

tocado el suelo, el relámpago azul ya había atacado a otra víctima, y después a otra, y a otra. Todos murieron y vivieron sus últimos segundos como espáticas y danzarinas marionetas.

El comandante del segundo tanque salió de su escotilla y empezó a gritar al resto de los soldados a pie que se replegaran. En medio del pánico general, nadie advirtió que los cuatro largos cañones antiaéreos del tanque se estaban colocando poco a poco en posición horizontal. El tanque abrió fuego con un ensordecedor y prolongado estallido. Sus cuatro cañones automáticos estaban diseñados para luchar en operaciones antiaéreas y lanzaban ráfagas de proyectiles a una gran velocidad. Los cuatro cañones cargaron contra la parte trasera del tanque más cercano a una distancia de unos diez metros.

A pesar del pesado blindaje y de la fuerza monumental de su chasis, el tanque más grande quedó hecho trizas. Su casco se deshizo como el papel mojado y un billón de minúsculos fragmentos de metal salieron despedidos en un vendaval letal. Menos de un segundo después, el tanque empezó a desintegrarse, confirmando que los proyectiles habían alcanzado su recámara.

El sol salió y todo terminó.

La fuerza del inmenso estallido expulsó a Hark y a Twenzet de lo alto de la roca. Criid consiguió sujetarse. Una expansiva bola de fuego pasó a toda prisa, abrasó el aire sobre su cabeza y provocó una onda expansiva de polvo. Pequeños fragmentos de escombros y rocas llovían del cielo nocturno.

Criid se levantó. El área inferior estaba cubierta de restos de fuego. Los tres vehículos blindados de combate habían quedado totalmente destruidos.

—¿Hark? —llamó—. ¿Hark?

El comisario estaba abajo, a la sombra de la roca. Twenzet estaba tirado a su lado. Hark se levantó del suelo.

—¿Estás bien? —preguntó a Criid.

—¡Veo luces! —respondió mientras señalaba al sur—. ¡Veo luces que se acercan por allí!

Hark se subió a una roca y observó. Unos vehículos se acercaban a toda prisa con las luces encendidas mientras atravesaban las dunas y los pedregales.

—¡Que el Trono nos ayude! —murmuró Hark, y se preguntó si su microcomunicador todavía funcionaría.

• • • • •

Rawne oía el bufido de los lanzallamas resonar por el túnel desde la puerta principal. Los Fantasmas, muchos de ellos heridos, salían del túnel y se dirigían a la sala principal a su alrededor.

—¡Obel!

Este subió los escalones hasta el primer descansillo donde se encontraba Rawne.

—Han entrado por la puerta principal. Todo iba bien mientras teníamos municiones, pero… —El soldado se encogió de hombros y miró a Rawne—. Han sacado los lanzallamas, señor. No teníamos más opción que retirarnos.

Rawne asintió. Le quedaba un cartucho en su pistola. Ya tenía en la mano su cuchillo de combate.

—Envía a todos los que tengan algo de munición a defender la estación de campo hasta que les sea posible. Allí hay hombres que no se pueden mover. Que el resto se oculte. Diles que se separen y que se escondan por todo el lugar, en cualquier rincón, que busquen cualquier recoveco y que permanezcan allí hasta que pase alguien por delante que puedan matar.

Obel saludó y se marchó para comunicar las instrucciones a sus hombres.

—¡Beltayn! —gritó Rawne.

A sus pies, los oficiales de comunicaciones estaban recogiendo la última radio.

—¡Marchaos todos ahora mismo! —gritó.

—¡Si, señor!

—Kolea.

—¿Rawne? —respondió el mayor por el comunicador. La señal era inestable y apenas podía oírlo con todos los ruidos de fondo.

—¿Cómo va la cosa?

—Hemos perdido el cuatro, el cinco y el siete este. Es un cuerpo a cuerpo en los túneles y la situación está empeorando. No paran de entrar. ¿Se sabe algo de arriba?

—Negativo —respondió Rawne. Hacía seis minutos que no recibía señales de Kamori y de los demás oficiales encargados de proteger el precipicio.

Rawne alzó la vista hacia la bóveda de piedra de la sala principal. La inmensa escalera de madera se elevaba como un nal maduro en el centro y sus ramas se extendían hacia los vestíbulos adyacentes en cada uno de los niveles superiores. Los Fantasmas corrían en todas direcciones a esconderse por la casa cargados con mochilas de suministros, comunicadores y camaradas heridos. Buscaban refugio en sótanos y áticos, en pasillos y escaleras donde poder ocupar sus últimos puestos, solos o en pequeños grupos, y clavar sus cuchillos de plata pura a la muerte mientras se paseaba por la casa en el fin del mundo. Dondequiera que se escondiesen, Rawne esperaba que el fin de sus vidas fuese tan rápido como valientes eran ellos. Una cosa era segura: ninguno de ellos encontraría una salida.

No había tiempo para observaciones. Los rugidos del enemigo en el exterior amenazaban con derribar la casa entera.

Las llamas llegaron a la sala principal desde el túnel. En los escalones inferiores, Mkfeyd, Mosark y Vril fueron descubiertos y envueltos en llamas. Sus figuras retorciéndose cayeron de espaldas escaleras abajo. Las llamas rozaron la escalera de madera y chamuscaron los paneles de madera teñida del suelo. Una radio

abandonada ardió y estalló.

—¡Rápido! —gritó Rawne—. ¡Rápido!

Otra llamarada irrumpió en la sala principal. Tras ella aparecieron los primeros lanzallamas del Pacto Sangriento, demonios tiznados, con pesados uniformes, blandiendo sus pesadas lanzas de fuego.

Las tropas de asalto los seguían disparando hacia los descansillos. Astillaron los escalones de madera. Hicieron trizas las barandillas. Tras recibir el impacto de un rayo láser, un Fantasma se precipitó desde un piso superior.

Rawne se volvió y disparó con su pistola a las figuras invasoras. Los últimos soldados que quedaban a su alrededor, Beltayn incluido, abrieron fuego con sus revólveres mientras se retiraban por la escalera. Los primeros disparos de Rawne derribaron a un lanzallamas que cayó de espaldas. Su lanza siguió escupiendo fuego fuera de control, como un dragón enfurecido, y abrasó a varios guerreros obligándolos a retroceder.

Los disparos del Pacto Sangriento llenaban el aire de cintas y dardos de luz. Tokar, que se encontraba junto a Rawne, cayó de espaldas. Le habían volado la tapa de los sesos. Folore cayó en el primer descansillo, prácticamente partido en dos por una automática. Pabst recibió tal impacto que se precipitó de espaldas por la barandilla y desapareció.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Rawne, que corría por las escaleras en dirección al segundo descansillo mientras empujaba a los hombres por delante de él—. ¡Salid de la sala! ¡Salid de la sala! —gritó Rawne de nuevo.

Creach cayó a cuatro patas. La sangre le salía a borbotones por la boca. Beltayn intentó levantarlo y llevarlo a cuestas. Una granizada de disparos los derribó a ambos.

—¡Hijos de Feth! —rugió Rawne, y cargó contra los asaltantes.

Llegó hasta Beltayn y Creach. El último estaba muerto. A Beltayn le habían dado en el costado y en el muslo y su uniforme estaba empapado de sangre. El herido alzó la vista hacia Rawne con la cara salpicada de sangre.

—Algo no va bien —dijo.

—Te han disparado, estúpido —respondió Rawne. Después, empezó a levantarlo.

—¡Mayor! —gritó Rattundo desde unos escalones más arriba. El belladonita estaba disparando por encima de la cabeza de Rawne.

Rawne se volvió con Beltayn sobre su hombro y vio a las tropas de asalto del Pacto Sangriento ascendiendo a toda velocidad el tramo de escalones detrás de él. Disparó al primero de ellos en el vientre y al segundo en la mano y en la frente. El tercero disparó su carabina a la altura de la cadera. Un proyectil pasó rozando la mejilla de Rawne a gran velocidad. Tras él, Rattundo recibió toda la fuerza del impacto y cayó contra la barandilla.

Rawne disparó de nuevo, pero su pistola estaba vacía. Con un grito de rabia, la lanzó contra el rostro del soldado enemigo con tanta fuerza que lo derribó.

Unas manos agarraron a Rawne y a Beltayn desde atrás. Rerval, Nehn y Garond

los arrastraron hacia arriba por las escaleras, hacia el tercer descansillo. Bonin y Leyr, ambos con una pistola láser en cada mano, disparaban hacia abajo para cubrirlos.

Consiguieron llegar a un vestíbulo lateral y se dirigieron hacia la estación de campo. Nehn y Rerval cogieron a Beltayn de los hombros de Rawne y lo llevaron entre los dos. El ruido de los disparos los perseguía, junto al estallido de las granadas y el bufido de los lanzallamas. El ambiente apestaba a quemado.

«Van a quemarlo todo a nuestro alrededor —pensó Rawne—. Van a freímos como a ratas, y lo único que quedará de nosotros serán nuestras calaveras en un valle polvoriento».

—No os paréis —dijo Corbec.

Rawne se detuvo y se dio la vuelta.

—¡Por Feth, mayor! —gritó Bonin—. ¿A qué espera?

Rawne miró a los brillantes ojos de Corbec.

—No eres más que un simple fantasma —dijo.

—No existe tal cosa como un «simple Fantasma» —respondió Corbec.

Y de repente ya no estaba allí. El fuego láser volaba por el vestíbulo y pasó junto a Rawne. Empezó a correr tras los demás. Los soldados de las tropas de asalto del Pacto Sangriento los siguieron gritando y disparando.

Rawne vio a Daur, Haller y Caober por delante de él. Estaban de frente, bloqueando el vestíbulo.

—¡Atrás! —gritó Rawne mientras se aproximaba—. ¡Atrás!

—¡Agachaos! —respondió Daur.

• • • • •

Los vehículos aparcados a las afueras del campamento ardieron en una explosión satisfactoriamente espectacular. En los segundos que la precedieron, el emplazamiento se volvió un caos. Los soldados enemigos y los equipos de refuerzo corrían en todas direcciones, gritando y trasladando el equipo extintor. El resplandor de los vehículos ardiendo iluminaba el campamento entero y generaba largas y danzantes sombras. Un cuarto vehículo comenzó a arder cuando las llamas alcanzaron el polvo empapado de combustible.

Con tanta conmoción, pocos se dieron cuenta de que algunos de ellos estaban siendo abatidos por los dardos de hierro disparados en silencio desde las sombras. Un soldado cayó de bruces. Un mecánico que llevaba una manguera se derrumbó de lado. Un suboficial se desplomó contra el lateral de una de las tiendas de campaña.

El noctugane siguió avanzando. Pasaba de escondite en escondite, disparaba sus flechas una a una y se aseguraba de no desperdiciar ninguna. Cuando veía que era posible, recuperaba sus dardos, arrancándolos de la carne de los muertos y volvía a

meterlos en el cañón de su balista. Pasó una gran tienda de campaña, se detuvo brevemente y disparó dos veces a través de la lona iluminada. Las siluetas de los hombres en el interior se movieron espasmódicamente y cayeron al suelo.

Eszrah volcaba de una patada los braseros que encontraba a su paso, lo que hacía rodar las latas ardientes sobre los suelos impermeables y hacia las faldas de las tiendas, donde las brasas acababan incendiando la lona. Un guerrero con un hacha de mano salió disparado de una de las tiendas e intentó golpear al noctugane con ella. Eszrah le disparó un dardo en pleno esternón a quemarropa.

Eszrah siguió corriendo. Tras él, otro gran estallido iluminó la noche.

Mkoll había utilizado la primera de sus cargas de tubo. Voló una tienda de almacenamiento con ella y corrió hacia el repetidor. Cada vez que un enemigo se cruzaba en su camino, le disparaba desde la cadera y lo derribaba. Cuando los del Pacto Sangriento empezaron a recuperarse de la sorpresa, una ráfaga de tiros voló en su dirección.

Mkoll se escondió tras una hilera de tiendas de campaña. Una por una fue rajando la parte trasera con su bayoneta y disparando a todos los que había en su interior. A mitad de este ejercicio quirúrgico y metódico, los soldados del Pacto Sangriento aparecieron y abrieron fuego contra él.

Los rayos láser le pasaban silbando. Mkoll se coló en una tienda a través de una raja que acababa de abrir. Dentro, un oficial con una espantosa masa de cicatrices en lugar de rostro buscaba su pistola bólter. Mkoll le rompió la cabeza con la culata de su rifle y siguió corriendo. El fuego láser quemó de manera indiscriminada la pared de lona a sus espaldas.

Salió por la parte delantera. Un disparo lo alcanzó en el hombro izquierdo y lo derribó. Mkoll rodó y descargó unos tiros en modo automático que acabaron con los dos soldados que iban a por él.

Volvió a levantarse. Había varias tiendas en llamas. Los gritos y los disparos resonaban por todo el campamento. Oyó a unos enemigos dentro de la tienda que tenía tras él y lanzó su granada a través de la portezuela. Hubo un gran destello y los laterales de la tienda se hincharon y se hicieron pedazos. Ráfagas de humo salían a través de los desgarros.

Le quedaban tres cargas de tubo. «Suficientes para el repetidor», pensó.

Los principales refugios del campamento, un par de estructuras prefabricadas, se encontraban cerca del repetidor, que se había montado en una plataforma de transporte. Mkoll pensó que, si llegaba con vida, podría silenciar tanto el repetidor como al desgraciado que enviaba las órdenes a través de él.

Corrió hacia las estructuras. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que, sin lugar a dudas, había algo extraño que lo impulsaba a seguir. Algo le indicaba que las estructuras prefabricadas eran más importantes que nada.

Eszrah se había quedado sin dardos. Con su último disparo había acabado con un mecánico enorme que había intentado atacarlo con un mazo. El noctugane tiró la

balista y sacó la espada de Gaunt. Se sentía torpe y extraño. Las espadas nunca habían formado parte de su arsenal. Todavía corriendo, puso en marcha la espada y sintió cómo vibraba con energía. Un soldado enemigo surgió de una tienda en llamas y Eszrah lo liquidó sin perder el paso. La hoja le atravesó limpiamente el torso. Aparecieron dos soldados más y uno vio al partisano justo a tiempo de dispararle con su rifle. El proyectil le atravesó el lado izquierdo justo por encima de la cintura. Antes de que pudiesen disparar de nuevo, se abalanzó sobre ellos con la radiante espada. El primer golpe partió un rifle por la mitad y el segundo decapitó a su propietario. Con el hombro, Eszrah tiró al segundo enemigo al suelo y lo atravesó. Como espadachín, compensaba con eficiencia la carencia de refinamiento.

Los disparos pasaban silbando junto a él. El aire estaba cargado de humo. El noctugane rajó la lona de una tienda, se coló en su interior y salió tras rasgar la otra pared de lona. El guerrero armado hasta los dientes que se encontraba al otro lado se volvió sorprendido, y Eszrah le asestó un golpe con la espada en la parte superior del casco. Su arma se deslizó sin problemas. El guerrero, partido en dos hasta el esternón, cayó desplomado. Uno más para su venganza.

Eszrah divisó una gran estructura prefabricada por delante de él. La herida de su costado sangraba profusamente, pero no bajó el ritmo de sus pasos. Hacerlo le ofrecería al enemigo un mejor objetivo.

Avanzó a toda prisa hacia la estructura.

Era un largo barracón, un puesto de mando lleno de arcones de almacenamiento, muebles plegables y mapas estratégicos. Las lámparas de latón pendían de las vigas de apoyo. Un suboficial del Pacto Sangriento se volvió, sorprendido, e intentó desenfundar su arma para acabar con el intruso. Eszrah le asestó un cercenante golpe de espada con las dos manos y lanzó al oficial sobre uno de los arcones. Un segundo suboficial, puñal en mano, se abalanzó contra el noctugane al tiempo que emitió un grito de consternación cuando se encontró de lleno con su espada. El comandante del campamento poseía el noble rango de damogaur. Tenía el control absoluto sobre ocho brigadas sirdar y respondía sólo ante el etogaur de su consanguinidad y el gaur que gobernaba por encima de todos ellos.

Tenía una inmensa estatura. Los hombres sólo avanzaban en el escalafón del Pacto si eran capaces de vencer a cualquier rival. Se levantó de su asiento al final del barracón y se enfrentó a Eszrah. Su traje de batalla carmesí estaba reforzado con placas de acero y adornado con unos bordados de oro y cientos de medallas imperiales robadas y deformadas. Su rostro estaba oculto bajo una máscara sonriente de plata pulida.

El damogaur agarró el arma más cercana. Era un enorme mandoble, un modelo popularmente conocido en la Guardia como «destripador».

Tras activar su arma, el damogaur corrió por el barracón profiriendo el grito de batalla de sus consanguíneos.

Eszrah se mantuvo firme y levantó la espada de energía para defenderse.

En cuestión de segundos, el partisano aprendió que, por muy buena que sea la espada, un hombre sin un entrenamiento adecuado en el arte de su uso jamás podría esperar vencer a un espadachín experto.

Eszrah du Nocte había llegado al final de la *via defunctorum*.

• • • • •

Los vehículos al frente del escuadrón motorizado del regimiento 52.º de Cadogus se detuvieron con los motores en marcha. El polvo revoloteaba a su alrededor y brillaba como humo en los faros. Un oficial saltó por la puerta trasera de un Salamander y corrió hacia delante.

—¿Comisario Hark?

—Si —respondió éste mientras cojeaba hacia el resplandor de los faros al tiempo que se protegía los ojos. Sabía que aquellos vehículos eran sólo los primeros de una importante columna blindada.

—Coronel Bacler, tercero motorizado 52.º de Cadogus. Jamás pensé que lo encontraríamos con vida.

—¿Me estaban buscando? —se extrañó Hark.

—Nos informaron de que su nave había sido derribada en esta zona, señor. Las autoridades de Elikon nos enviaron con la esperanza de encontrar supervivientes.

—Hay heridos conmigo —anunció Hark.

—¡Médicos al frente! —gritó Bacler por su comunicador.

—Coronel, Elikon no les envió aquí para encontrar supervivientes —dijo Hark—. Llevábamos documentos muy importantes en papel.

—Comprendo, comisario —respondió Bacler—. ¿Ha sobrevivido algo al accidente?

Los equipos sanitarios avanzaban a toda prisa para asistir a Criid y a Twenzet.

—Las mochilas que lleva mi gente —contestó Hark—. Conseguimos sacar todo eso de los restos del siniestro.

—Tengo órdenes de transportarlo a Elikon lo más rápido posible.

—Adelante —asintió Hark.

Bacler ordenó a unos soldados que cogiesen las mochilas.

—¿Cuál es la situación actual, coronel? —preguntó Hark. Bacler se encogió de hombros.

—Está pendiente de un hilo. La Cadogus se enfrentó al enemigo en el paso Altid y consiguió bloquearlo en tres zonas. Ahora están luchando a brazo partido. Hay una batalla de tanques terrible a unos seis kilómetros al norte de nosotros. Nos dirigíamos allí cuando recibimos las nuevas órdenes. El valle entero está lleno de unidades enemigas que han pasado la línea principal, como sabe por experiencia.

—¿Cuáles son sus efectivos? —inquirió Hark.

—Cuarenta estándar, veinticinco ligeros y un millar de soldados en transportes y en bases de apoyo. Son las bases de apoyo las que les han salvado.

—Si —respondió Hark—. Supuse que eso es lo que era.

—Dividiré el grupo y enviaré a la mayoría a la línea de combate del valle —continuó Bacler—. Una sección ligera bajo mi mando les llevará a ustedes y a sus documentos de regreso a Elikon.

—Gracias —contestó Hark—. ¿Y qué hay de Hinzerhaus?

—Lo siento, señor, no sé nada al respecto. Tengo entendido que una sección de refuerzos se dirigía hacia allí esta mañana, pero no puedo confirmarlo.

Hark permaneció callado por un momento. Se sentía mareado e indigno. De repente, parecía muy probable que fuese a salir de la zona con vida y sentía que aquello no estaba bien. No cuando el resto de Fantasmas no lo lograrían.

—¿Se encuentra bien, comisario? —preguntó Bacler con rostro preocupado.

—Si. Acabo de recordar una cosa. Es mi deber informarle de que el mayor Berenson murió en acto de servicio.

—Si, es una auténtica lástima —respondió Bacler.

Hark señaló con la cabeza hacia el ennegrecido casco del Valkyrie en la pendiente a sus espaldas.

—Quise sacarlo de allí, pero ya era demasiado tarde —dijo. Bacler lo miró de un modo extraño.

—¿He dicho algo malo, coronel? —pregúntó Hark.

—El mayor Berenson falleció cuando su Valkyrie iba de camino a Hinzerhaus hace cinco días —respondió Bacler.

• • • • •

Daur, Haller y Caober levantaron las pesadas y antiguas armas que sujetaban y apuntaron. Rawne se pegó contra la pared del vestíbulo. Los tres hombres dispararon.

Las armas sonaron como chillidos de águila amplificados. Cada una de ellas arrojó un amplio y continuado rayo de brillante luz blanca. Al otro lado del vestíbulo, los rayos impactaron contra los soldados del Pacto Sangriento.

Las figuras enemigas no sólo recibieron un disparo. Fueron destruidas. Sus cuerpos se vaporizaron en nubes de tejido atomizado. Los rayos atravesaron sin problemas la primera línea y atomizaron también la fila de detrás.

Los tres hombres dejaron de disparar y los rayos se desvanecieron.

—¡Recargad! —gritó otra vez Daur.

Abrieron los pesados seguros de las viejas armas, sacaron el cartucho usado con los negros proyectiles en su interior y metieron unos brillantes cartuchos blancos que

se habían sacado de los bolsillos. Los seguros se cerraron. Rawne se había colado entre los tres hombres.

—Pero ¿qué Feth …? —tartamudeó.

Aturdidos por unos instantes ante la furia del primer golpe contra ellos, los guerreros del Pacto Sangriento se lanzaron de nuevo al ataque y dispararon violentamente mientras avanzaban por el vestíbulo.

—¡Fuego! —ordenó Daur.

Las armas de la pared volvieron a chillar. Los brillantes rayos atravesaron toda la sala y los cuerpos se transformaron en nubes de húmeda materia. El aire del vestíbulo se empañó con partículas de sangre.

Rawne se apoyó contra la satinada pared marrón respirando con dificultad. Tras la línea de fuego, vio a decenas de Fantasmas de la compañía G que avanzaban con más armas en sus manos. Otros soldados, en parejas, habían formado portafusiles con sus capas de camuflaje y arrastraban cuatro o cinco armas a la vez hacia la escalera más cercana como si fuesen camilleros. Los soldados de la Guardia los seguían con cantimploras y latas de comida llenas de brillantes proyectiles blancos.

—¿Cómo conseguisteis hacerlas funcionar? —preguntó Rawne.

Daur se apartó de la línea e hizo un gesto para que el soldado más cercano ocupase su lugar. Merrt se apresuró a hacerlo. Llevaba el MU3R73 en su portafusil sobre el hombro. Se situó junto a Caober y levantó la inmensa arma de defensa entre sus manos.

Merrt apretó el gatillo y sintió la pesada y satisfactoria intensidad de la vieja arma por primera vez.

—Ha sido Baskevyl —dijo Daur, colocándose junto a Rawne. Sujetaba su arma en vertical con la culata apoyada en el suelo.

—Consiguió hacer funcionar el sistema eléctrico.

—¡Por el Trono! —murmuró Rawne.

—Estoy intentando repartirlas por toda la casa, y también las municiones. Baskevyl está dirigiendo la compañía de Sioman en el área superior para armarlos. Chiria está tratando abrirse camino por la casa en el nivel ocho para relevar la cara sur. Esto aún no ha acabado. Seguramente es más una suspensión de la ejecución que un indulto, pero aún podemos hacer mucho. Podemos ofrecerles a esos desgraciados un buen espectáculo antes de que acaben con nosotros.

—Ban —dijo Rawne.

—¿Si, señor?

—Quiero una de esas.

—Ya me lo imaginaba —dijo Daur.

La muralla de bóvedas y casamatas a lo largo de la parte superior de la casa estaba en llamas. Varias bóvedas estaban derruidas por completo y el fuego y las chispas se elevaban en el frío cielo nocturno. Las compañías H y B habían conseguido frenar el avance del enemigo todo el tiempo posible, pero una vez que el Pacto Sangriento

había penetrado en la primera de las bóvedas las cosas empeoraron rápidamente. Los asaltantes no andaban cortos de granadas. Incluso habían enviado a los lanzallamas a la escarpada cara norte del acantilado. No mostraban signos de fatiga tras la ardua escalada. Varl sospechaba que sus ansias de sangre eran demasiado intensas.

Vigo Kamori murió a causa de una bomba de fraccionamiento en la sección oeste dieciséis superior unos cinco minutos antes de que se acabase el último cartucho para los rifles. Lo hizo no muy lejos del lugar donde había caído Gaunt. Para Varl fue como si la maldición se estuviese repitiendo. Había sido testigo de ambas muertes. Intentó hablar con Rawne, pero su comunicador llevaba un tiempo sin funcionar.

Kamori no había faltado a su deber. Había dirigido la acción desde el frente todo el tiempo, incluso durante la salvaje refriega por los vestíbulos en llamas. Varl, obligado a depender de su pistola, se encontró con que los hombres esperaban que él asumiese el mando.

—¡Kamori ha muerto! ¡Kamori ha muerto! —gritó Cant—. ¿Qué hacemos?

—Bueno, para empezar, dejar de gritar —gruñó Varl al tiempo que disparaba para detener a un soldado enemigo que se aproximaba con un hacha.

—Tal vez podríamos detenerlos en la siguiente galería —sugirió Maggs.

—Bien, de acuerdo —asintió Varl—. ¡Acercaos! ¡Acercaos y replegaos! ¡A buen ritmo! ¿Me oís?

Sin dejar de disparar y deshaciéndose de sus inservibles rifles, los hombres a su alrededor gritaron una respuesta afirmativa.

—¡Seguid disparando! —gritó Varl—. Escoged a vuestro objetivo y seguid disparando. ¿Puedes hacerlo, verdad, Cant?

Cant lo miró.

—Espera y verás —respondió.

—Eso es lo que quiero oír —sonrió Varl.

—¡Ya habéis oído al sargento! —gritó Maggs—. ¡Si esa bruja nos quiere, tendrá que esperar!

Ella quería llevárselos. Los disparos no paraban de llover. A ambos lados de Varl y de Maggs, los hombres no cesaban de caer y de morir. Sonorote recibió un tiro en la boca que le reventó la parte trasera de la cabeza. Fenix perdió un brazo y una oreja bajo una granizada de proyectiles rastreadores y se desangró antes de que alguien pudiese llegar hasta él. Ezlan fue lanzado hacia atrás tras recibir un impacto en el vientre. Cuando Gunsfeld llegó a su lado para ayudarlo vio que Ezlan tenía una granada perforante clavada en la pared del estómago. Su amigo aullaba de dolor.

—¡Es defectuosa! ¡Es defectuosa! —le dijo Gunsfeld—. ¡No ha estallado!

—¡Quítamela! ¡Quítamela! —gritó Ezlan.

Gunsfeld agarró el proyectil y estiró.

No era defectuosa. La explosión acabó con Ezlan, Gunsfeld y Destra y dejó ciego a Dickerson, el famoso costurero y zurcidor de calcetines.

La pistola de Varl se quedó vacía. El sargento rebuscó en sus bolsillos, convencido

de que tenía una última bala. Siempre tenía una cerca para lo que él llamaba «medida de emergencia», que básicamente significaba volarse los sesos si la situación se ponía demasiado fea. «Como ahora», pensó.

Pero tenía los bolsillos vacíos. En medio de aquel caos, había gastado todas y cada una de las balas que llevaba consigo. Se llevó la mano hasta la funda de la cadera y sacó la vieja automática que llevaba como último recurso. Deslizó la corredera. Nueve balas y una en la recámara.

—¡Vamos! ¡Atrás! ¡Atrás! —ordenó. Disparó su pistola. La bala rebotó en la máscara de uno de los soldados enemigos—. ¡Maldito trasto inútil! —le gritó a su arma.

Cant chocó con Varl y lo empujó contra la pared del vestíbulo.

—Pero ¿qué haces? —preguntó el sargento.

Entonces se oyó un chillido parecido al de un águila y un brillante y colimado rayo de energía atravesó el vestíbulo y redujo a dos asaltantes a un pequeño remolino de partículas orgánicas. A éste le siguieron varios rayos más que desintegraban a los soldados enemigos cual frutas maduras rellenas de cinta de detonación.

Lo último que Varl esperaba ver eran refuerzos. Baskevyl pasó a su lado a toda prisa sujetando una larga e inmensa arma entre sus manos. Otros hombres cargados con similar artillería lo seguían. Uno de ellos era Dalin Criid, que avanzaba con un gesto de determinación en su joven rostro. Los hombres se detuvieron y soltaron más rayos por el túnel.

—¿Varl?

Ludd apareció. Estaba dirigiendo un segundo grupo de hombres armados con las antiguas armas. Ludd llevaba su pistola.

—¿Comisario?

—Lleva a tus hombres como puedas hacia la escalera del catorce. Allí Preed os entregará las armas.

—Me gusta cómo suena eso —respondió Varl.

Ludd se volvió y alzó la voz.

—¡Hombres de Tanith! —gritó—. ¿Queréis vivir para siempre?

• • • • •

Eszrah retrocedió tambaleándose. Tenía cortes profundos en el brazo derecho y en el muslo y el hombro izquierdos. Su vestimenta gris estaba tan empapada de sangre que se le hubiera podido confundir perfectamente con un miembro del Pacto Sangriento. Intentó blandir la espada.

El damogaur levantó su espada sierra y le clavó la hoja en un lado de la cabeza. El arma del noctugane cayó al suelo y rompió una tabla.

El enemigo dio un paso hacia delante sujetando la larga empuñadura de la espada sierra con las dos manos y soltó una carcajada profunda y grave. Estaba jugando con Eszrah. Lo derribó con la parte plana de la hoja. Eszrah se estiró para alcanzar la empuñadura de la espada, pero el damogaur plantó el pie sobre su antebrazo. Sus huesos crujieron. Eszrah gritó de dolor. Cansado del juego, el damogaur alzó el destripador para asestar su golpe mortal. Los dientes de la hoja rugieron.

Un minúsculo punto plateado, no más grande que la uña de un dedo, emergió de la nuez del damogaur. En él brillaba una única gota de sangre. El damogaur se desplomó boca abajo y dejó ver a Mkoll, que aún rechinaba los dientes y mantenía apretados los dedos sobre la empuñadura del puñal con el que había atravesado el cuello del damogaur.

—*¿Qua factum hic, amicus?* —preguntó Mkoll.

A pesar del dolor que sentía, Eszrah consiguió formar una débil sonrisa.

—*Factum asco de Feth* —susurró.

Mkoll extrajo su plata del cadáver.

—He colocado explosivos en el repetidor —le dijo a Eszrah mientras lo ayudaba a levantarse—. Tenemos cuatro minutos.

Eszrah asintió y recogió la espada.

—Todavía podemos salir de aquí —dijo Mkoll—. Saldremos de aquí y nos esconderemos en el desierto mientras arde este lugar, y veremos a todos estos desgraciados correr intentando apagarse las llamas del culo con las manos.

Eszrah asintió con la cabeza. Levantó la espada y señaló hacia el final de la estructura prefabricada, donde una portezuela de lona daba a un alojamiento colindante.

Mkoll sabía lo que quería decir. Él estaba sintiendo lo mismo, el mismo impulso. Avanzaron por la estructura. Mkoll había sacado su rifle y lo llevaba listo para disparar.

Cerca de la puerta, un hombre se estaba ocultando en las sombras. Era un ser gordo y feo con cicatrices por todo su rollizo rostro. Llevaba un apestoso mandil de cuero manchado de sangre, tanto seca como fresca. Tenía las manos cubiertas con unos bastos guantes de piel. Parecía un trabajador de una planta cárnica. El encargado de algún matadero infernal.

Cuando se acercaron, gimoteó y los amenazó con una sucia aguijada.

Mkoll le pegó un tiro en la cabeza.

Pasaron junto a su cuerpo tembloroso, apartaron el lienzo de lona y olieron la sangre.

● ● ● ● ●

Dando sacudidas, el Salamander pasó la columna del Cadogus a toda velocidad levantando polvo. Hark estaba sentado en un asiento plegable del vehículo, sumido en sus pensamientos. Criid y Twenzet lo seguían en un segundo Salamander. Bacler, que se encontraba junto a Hark, les había dicho que se reunirían con su acompañante al final de la columna. Bacler estaba ocupado con el comunicador dando instrucciones a los oficiales que se encargarían del escuadrón motorizado cuando él se hubiese marchado.

En la distancia, el cielo nocturno se iluminaba con los fuertes estallidos del duelo de artillería que estaba teniendo lugar diez kilómetros al norte. Los tanques y los vehículos blindados saludaban con los faros conforme pasaban por el centro de las líneas de avanzadilla del batallón de Bacler.

Hark era ajeno a los vehículos que pasaban y a las filas de hombres. El dolor y el cansancio se habían apoderado de él. Se balanceaba sobre su asiento, agotado y perdido. Perdido como los Primeros de Tanith. El brazo mecánico amputado le dolía, y encontraba aquel dolor algo ridículo.

En su cabeza, las gaitas empezaron a sonar. Eran gaitas tanith, y tocaban como sólo Brin Milo sabía tocarlas. Sonaban como habían sonado tan a menudo en sus angustiosos sueños en los últimos años.

De repente, se levantó y se puso firme.

—¿Qué sucede, comisario? —preguntó Bacler.

—Algo está a punto de suceder —anunció Hark.

—¿Qué?

—Dígale al conductor que se detenga —dijo Hark—. Algo va a suceder. Las gaitas siempre presagian algo.

—Comisario, está cansado. Ha pasado por mucho…

—¡Detenga el vehículo! Estoy oyendo las gaitas.

Bacler sonrió, incómodo.

—No hay ninguna gaita, señor. Yo no oigo nada.

Hark lo miró.

—Usted no debe oírlas, coronel. Creo que siempre han ido dirigidas a mí. ¿Quiere hacer el favor de decirle al conductor que pare?

—Detenga los motores —gritó Bacler al conductor. Era obvio que el comisario había perdido el juicio, pero no era de extrañar. No tenía nada de malo seguirle el juego un par de minutos.

El Salamander se detuvo y se meció sobre sus orugas. El vehículo de Criid se detuvo también. Los motores del segundo vehículo chirriaron.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó el oficial a bordo del segundo Salamander por el comunicador a través de las interferencias.

—Permanezca a la escucha, Leyden —respondió Bacler.

Hark bajó del vehículo dando un salto. Dio unos cuantos pasos hacia adelante. La melodía estaba en el aire, o en su cabeza, no sabría decir exactamente dónde. De

repente se apoderó de él una terrible sensación de tristeza y de arrepentimiento. Era como un sueño olvidado, un sueño enterrado que por fin lograba recordar.

Se volvió hacia el otro Salamander. Criid y Twenzet se habían bajado y lo estaban observando.

—¿Hark? —le llamó Criid.

—Sólo…, sólo un minuto, Tona —respondió.

Empezó a avanzar por la línea de la columna que tenían por delante junto a las filas de tanques con los motores parados y los soldados de Cadogus que descansaban sobre los transportes. Los hombres lo observaban pasar, entretenidos con la visión del abatido comisario manco con un gesto desesperanzado en el rostro.

«Hark».

Hark siguió caminando, cada vez más de prisa, más allá de los tanques y de los demás transportes hasta la siguiente sección de la columna que seguía estacionada. Pasó entre dos hileras de tractores Trojan que transportaban bidones de combustible en sus remolques. Sus motores rugían, pero no conseguían ahogar la suave y flotante melodía.

«Hark».

Los conductores de los Trojans, sentados en las escotillas de la parte superior, lo veían pasar a través del polvo. Varios Trojan más formaban una fila tras los transportes de combustible. Estos estaban pintados de negro y llevaban una carga mucho más volátil en sus remolques. Un grupo de hombres con gorra y abrigos de cuero negro le cortaron el paso a Hark. Eran comisarios y llevaban emblemas y distinciones especiales en el cuello y las hombreras.

—Dejadme pasar —dijo Hark.

Ellos vacilaron, pero se apartaron.

«Hark».

En los aterradores remolques negros había pesadas jaulas con gruesos barrotes de hierro. Tras esos barrotes, encadenadas de pies y manos, acechaban oscuras y desfiguradas formas. Estaban amarradas a un marco de metal en el centro de cada jaula. Algunas de las celdas estaban tachonadas con pinchos y púas hacia dentro. A pesar del hedor de los gases del tubo de escape de los camiones, Hark podía oler el dolor, la sangre, el sudor, las heces, la gangrena y el terrible y penetrante olor de la electricidad estática en el aire de la noche.

El sonido de las gaitas se intensificó.

Cada jaula estaba custodiada por oscuras y silenciosas figuras: comisarios con distinción especial, servidores, guardias armados que vestían uniformes negros con cascos completos con la visera baja y hombres y mujeres con ropas oscuras armados con ganchos y picanas eléctricas. Rostros pálidos y lúgubres y viseras cerradas lo seguían con la mirada mientras avanzaba por la línea.

«Ayúdame, Hark».

Hark se detuvo. De pronto se dio cuenta de que tenía el rostro empapado de

lágrimas. La tristeza que lo había estado corroyendo durante años por fin se había liberado y había resquebrajado la congelada superficie de sus reservas emocionales. Alzó la vista para mirar la jaula que tenía delante. Las púas internas estaban manchadas de sangre seca.

Un jorobado envuelto en cuero negro se acercó y se puso delante de Hark.

—No puede acercarse a la jaula —silbó a través de sus dientes podridos.

—Que te den por Feth —le espetó Hark.

Una mujer se acercó y se situó junto al jorobado. Tenía un aspecto viejo y acartonado. Su delgado rostro estaba desfigurado por una gran marca roja de nacimiento. Llevaba un largo y austero vestido negro de encaje que flotaba en el viento del desierto.

—El custodio Culcus tiene razón —dijo—. No puede acercarse a la jaula o al espécimen. Estas son las reglas de la División de Autorización. Es por su propia seguridad, señor. Los psíquicos, incluso los autorizados, son animales peligrosos.

—Apártate de mi camino —le advirtió Hark.

—Dejadlo pasar.

Hark se volvió. Bacler lo había seguido por la línea de vehículos con Criid cojeando a su lado. Criid tenía los ojos llenos de lágrimas. «Seguramente ella también está oyendo la débil y triste música», pensó Hark.

—Dejadlo pasar —repitió Bacler.

La vieja dama del vestido negro de encaje asintió, se apartó e indicó al jorobado que hiciese lo mismo.

Hark trepó hasta la grasienta plataforma del camión. Se arrodilló delante de la jaula y se agarró con las manos a los sucios barrotes.

—Lo siento —susurró.

La criatura del interior de la jaula se revolvió. No era más que un saco de carne blanda que se pudría. Pesados grilletes amarraban sus débiles extremidades al armazón de la celda. Hark vio que se había sometido a numerosas intervenciones quirúrgicas. Tenía cicatrices suturadas por todo el sucio cuero cabelludo y le habían injertado implantes mecánicos en el cuello, el pecho y la garganta. Le habían cortado las orejas con cizallas y le habían cosido los párpados. Estaba tirado desnudo sobre sus propios excrementos. Tenía el torso cubierto de purulentas llagas abiertas.

«No pasa nada».

—No —respondió Hark—. Si que pasa.

«Ahora ésta es mi vida».

—Esto no es vida —dijo Hark.

La criatura de la jaula volvió a retorcerse. Las cadenas que sujetaban sus cadavéricas extremidades hicieron un ruido metálico.

«Sentí que estabais aquí».

—Lo sé. Ahora lo entiendo.

«Os sentía cerca. A todos vosotros. Mis amigos. Mis viejos amigos. Intenté llegar

hasta vosotros».

—Me temo que nos has perjudicado. No entendíamos nada.

«Lo siento, Hark. Sólo quería ayudaros. Ayudaros a sobrevivir».

—Lo sé.

«Sólo quería que me oyerais. Sólo quería ayudaros. Estabais muy lejos y corríais un gran peligro, pero podía sentiros. Intenté llegar hasta vosotros».

—Y lo hiciste —dijo Hark.

La criatura de la jaula se estremeció y dio un grito ahogado. Una baba viscosa le caía de la ranura que en su día había sido su boca. Se estaba riendo.

«Esto que hago no es un trabajo preciso. No es algo rutinario u ordenado como la fundición o la milicia. Echo de menos mis viejas profesiones. Esto no es preciso, Hark. Estabais tan lejos que sólo podía llegar a vosotros a través de vuestros recuerdos».

—Y lo hiciste —repitió Hark.

Se oyó el estruendo de un trueno. Los barrotes de la jaula se habían cubierto de escarcha.

—¡Ya es suficiente! —gritó la vieja dama del vestido negro de encaje. Bacler le puso una mano sobre el hombro y le susurró algo al oído. Ella guardó silencio.

«Mis cuidadores están preocupados. Creen que podría dar guerra ahora que estás aquí. Piensan que tu presencia podría provocarme. Creen que podría matarte».

—Sé que no vas a hacer eso —respondió Hark—. Aunque si lo hicieses, no te culparía por ello.

«Sólo quería ayudaros».

—Lo sé.

«Sólo quería que me ayudaseis. Ayúdame. Por favor, Hark, ayúdame. No lo soporto más».

La criatura de la jaula volvió a mover las cadenas. En los barrotes del techo se habían formado carámbanos.

—Te ayudaré —susurró Hark con la cara contra los barrotes.

«Tienes que hacer que parezca lo correcto, Hark. Al estilo comisario. Si no, te acusarán de toda clase de crímenes. Te colgarán para que te seques».

—Sé lo que tengo que hacer. Confía en mí. Y perdóname.

«No hay nada que perdonar. Ayúdame».

Hark se levantó. Sacó su pistola bólter y tiró de la corredera.

—¡Por la gracia del Emperador! —gritó lo bastante alto como para que los cuidadores le oyeran—. ¡Estás muerto y no permitiré que esto continúe! ¡Estás matando a mis hombres con tus fantasmas!

Dejó que la corredera volviese a su sitio y apuntó con el arma entre los barrotes de la jaula.

—¡No puede hacer eso! —exclamó la vieja.

—Si, claro que puede —afirmó Criid tras ella.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —susurró Hark con la mano temblorosa.

«Sólo lo mismo que llevo intentando decirte todos estos últimos días».

—¿El qué?

«Que está vivo. Sufre inmensamente, pero está vivo».

Hark hizo una pausa.

—Descansa en paz —dijo.

La desdichada criatura que en su día se llamaba Agun Soric lo miró con los párpados cosidos a través de los barrotes de la jaula.

Hark disparó.

El comisario bajó del camión. El sonido de las gaitas desapareció para siempre. Hark se sentía angustiado.

—Pero ¿qué has hecho? —le gritó la vieja.

Hark la apartó de un empujón.

—Le he dado lo que necesitaba —dijo Hark.

—¡Lo has matado! —exclamó el jorobado, indignado.

—Sólo en la muerte termina el deber —respondió Hark—. Y él había cumplido con su deber más de mil veces.

El comisario se alejó del camión con la pistola bólter aún en la mano. Tras él, Bacler y Criid discutían con los cuidadores.

Hark pisó algo que había entre el polvo y se agachó para ver qué era. Era un tubo de latón para mensajes.

Hark lo recogió y lo desenroscó.

Estaba vacío.

• • • • •

Mkoll y el partisano entraron en la segunda estructura prefabricada. El agrio hedor metálico de la sangre inundaba el aire. Una docena de prisioneros estaban atados a rudimentarios bastidores de madera a lo largo de toda la tienda de campaña. Era obvio que habían sido sometidos a intensos interrogatorios bajo tortura.

El escenario era escalofriante incluso para un veterano curtido como Mkoll. Se detuvo y respiró profundamente. Los mustios cuerpos desnudos suspendidos estaban empapados de sangre y repletos de negras heridas medio coaguladas.

La tortura había sido vengativa, cruel y totalmente típica de los métodos del Pacto Sangriento. Algunos de los prisioneros habían sufrido amputaciones o les habían extirpado algunos órganos. A otros los habían clavado directamente al bastidor. Las terribles herramientas de los torturadores: aguijadas, clavos y pinchos, yacían en bandejas manchadas de sangre en las estanterías de la habitación. En los humeantes braseros había hierros al rojo para marcar.

Mkoll se acercó a la línea de prisioneros y libró de su sufrimiento a cada uno de ellos lo más rápido que pudo. El fuerte impulso que lo había llevado a entrar en aquel lugar desapareció de un modo tan misterioso y repentino como había aparecido. Sólo quería marcharse de allí y huir. Pero no se marcharía hasta asegurarse de que aquellos pobres desgraciados no sufrirían más.

Era muy sencillo. Sólo tenía que presionar el filo de su hoja untada con el veneno contra una herida abierta y dejar que las toxinas penetrasen en el torrente sanguíneo. Pronto tenían una muerte rápida e indolora, sin necesidad de disparar o de abrir nuevas heridas.

Puso su hoja contra una herida abierta en el estómago de un hombre corpulento al que habían desollado parcialmente. Este abrió los ojos brevemente y sonrió a Mkoll mientras moría. Mkoll se sintió como un sacerdote ayatani que proporcionaba un último consuelo y una bendición.

Pasó al siguiente cuerpo colgante y acercó su misericordiosa cuchilla.

Eszrah detuvo su mano y la apartó.

—¿Qué pasa?

—Él no —respondió Eszrah.

Mkoll miró el cuerpo que pendía. El hombre había sido flagelado y desollado varias veces. La piel le colgaba por todas partes. Su rostro, inclinado hacia el suelo, estaba cubierto de sangre. Las cuerdas que lo sujetaban con los brazos y las piernas extendidos al bastidor se le clavaban en las muñecas y los tobillos.

—Tengo que ayudarlo —dijo Mkoll—. Tengo que acabar con su dolor.

Eszrah sacudió la cabeza. Mkoll observó de nuevo al pobre desgraciado. Entonces vio las viejas y profundas cicatrices de su vientre, la marca de la herida de una espada sierra sufrida muchos años atrás.

—¡Feth! —murmuró.

Lo liberaron inmediatamente acunando su cuerpo exánime. De repente, abrió los ojos y los miró. La sangre le corría por la boca. Mkoll vio que lo habían dejado ciego.

—¿Somos los únicos que quedan con vida? —preguntó, volviendo la cabeza hacia el lado del que procedían las voces—. ¿Lo somos? Que alguien me responda, por favor. ¿Lo somos? ¿Hay alguien ahí? ¿Somos los únicos que quedan con vida?

Nalwood, Nalwood, aquí punto de encuentro de Elikon, aquí punto de encuentro de Elikon. Responda, por favor. Responda, por favor. ¿Me recibe, Nalwood? ¿Cuál es su situación? Responda, por favor.

Cambio.

(Fin de la transmisión)

Transcripción de mensaje de voz

Quinto mes, 778



Veintitrés

El fin del mundo en la casa

A última hora del decimocuarto día, la unidad motorizada que Berenson, o algún susurro de la disformidad que habían conocido con el nombre de Berenson, había prometido, por fin consiguió llegar por el paso hasta Hinzerhaus. Veinte unidades blindadas con soldados de refuerzo por tierra y una cobertura aérea de cañoneras Vulture arremetieron contra la retaguardia del Pacto Sangriento que asediaba la casa en una batalla que duró cincuenta y ocho minutos. Los últimos veinte minutos fueron una auténtica masacre. El Pacto Sangriento huyó por las grietas de las montañas y dejó más de cuatro mil muertos sobre la hondonada de polvo y las escarpaduras más bajas de la casa.

Hinzerhaus en sí se había convertido en unas auténticas ruinas. El humo condensado se elevaba hacia el cielo del desierto desde un centenar de puntos distintos. Con las explosiones, los miradores y las casamatas habían sido destruidos. Varias secciones de la fachada sur se habían derrumbado y habían dejado expuestos los búnkeres de cemento armado enterrados en la roca. Tras los miles de disparos, los muros estaban llenos de agujeros. La casa de guardia había sido totalmente destruida. Las murallas superiores a lo largo del precipicio estaban destrozadas y todas y cada una de las torretas habían reventado. El fuego salía fuerte y descontroladamente por las aspilleras de las casamatas inferiores. Las murallas del precipicio estaban llenas de cráteres y horadadas tras los abrasadores impactos de los bombardeos.

El mayor Kailard, que dirigía los refuerzos, bajó de su vehículo ante las puertas y observó la ruina. Los Vulture aullaban en el cielo mientras daban una última barrida antes de salir en busca de las unidades enemigas que escapaban por los altos desfiladeros de la cordillera.

—¡Por el Trono! —exclamó Kailard al inspeccionar la arrasada estructura. Después se volvió hacia su ayudante, un hombre con cara de niño llamado Seevan—. ¿Oyes algo? —le preguntó.

Seevan volvió a intentar oír algo por la radio y miró a Kailard negando con la cabeza.

—Nada. No hay señal.

Kailard maldijo. Entonces indicó al primer destacamento de su infantería que entrasen en el lugar, prácticamente convencido de que sabía lo que iban a encontrar allí.

—¡Mire, señor! —gritó uno de los hombres.

Kailard se dio la vuelta.

Varias figuras surgían de las ruinas de la casa de guardia. Tenían los uniformes hechos harapos y los rostros cubiertos de roña. Portaban unos pesados rifles de aspecto extraño.

Algunos los llevaban sobre los hombros como un yugo. Avanzaban por el polvo hacia Kailard.

Él los miró aproximarse y se colocó bien la gorra. Había algo en ellos que infundía respeto.

Los hombres se detuvieron ante él.

—Pensaba que ya no quedaría nadie con vida —admitió Kailard.

—Para mí también es una toda una sorpresa —respondió el demacrado hombre de cabello moreno que tenía delante.

—Soy el mayor Kailard, de la división motorizada del 52.º regimiento de Cadogus —se presentó. Después hizo la señal del aquila. El fuerte viento del peñasco aulló.

—Mayor Rawne, comandante del Primero y Único —lo saludó el hombre con desgana—. Estos son mis hombres… Kolea, Larkin, Daur, el comisario Ludd, Baskevyl y Bonin.

Los hombres tras él respondieron con un saludo y no mostraron ninguna intención de dejar las pesadas y antiguas armas que cargaban.

—¿Cómo…? ¿Cómo han logrado sobrevivir tanto tiempo? —preguntó Kailard.

Rawne se encogió de hombros.

—Decidimos que no íbamos a morir —respondió.

—¿Cuál es su situación, señor? —preguntó Kailard tras recuperarse de su sorpresa.

—El cuarenta y siete por ciento han muerto. El dieciocho por ciento están heridos —respondió Rawne—. Tengo a dos médicos ahí dentro intentando ocuparse de todas las víctimas.

—¡Que vengan los médicos! —gritó Kailard al tiempo que hacía un gesto con la mano.

Los sanitarios y los cirujanos de la columna corrieron hacia el interior de la casa.

—Señor, ¿le importa que le pregunte qué son esas armas? —dijo Kailard.

Rawne bajó el arma de defensa de su hombro y se la entregó para que la inspeccionase.

—Es lo que nos ha mantenido con vida. Supongo que el Ordo Xenos querrá echarles un vistazo.

—Imagino que sí —respondió Kailard. El mayor se dio la vuelta e hizo un gesto.

—Tengo vehículos esperando para transportarles —dijo—. ¿Me acompañan?

Rawne miró a Kolea y a Daur.

—Id vosotros delante. Vamos. No pienso marcharme hasta que el último de vosotros esté a salvo.

A espaldas de Rawne, un buen pedazo de precipicio se vino abajo y produjo un gran estruendo y una enorme nube de polvo.

—Marchaos.

Rawne se volvió y caminó hacia la casa. Ludd lo siguió.

—Ya puedes marcharte, Ludd —dijo Rawne.

—Me iré cuando cumpla con mi deber, señor —respondió Ludd—. Saquemos a nuestros hombres de ahí.

• • • • •

Todos desfilaron por el chamuscado pasillo que unía la sala principal con la casa de guardia. Uno por uno, los hombres fueron sacando a sus heridos. Curth y Dorden guiaban la procesión y asistían a los heridos más graves.

En la sala principal, Zweil bendijo por última vez los muros y se volvió para abandonar el lugar.

Merrt fue uno de los últimos soldados en salir. Dejó el MU3R73 apoyado contra una pared de la sala principal.

—¿No lo quieres? —preguntó Dalin.

—No me pertenece —respondió Merrt.

• • • • •

—¡Mayor! ¡Mayor Rawne! —gritó Kailard corriendo por el paso hacia la fila de Chimeras.

Rawne se volvió.

—Lo siento, mayor, se me había olvidado decírselo. Recibimos un mensaje para usted, de Van Voytz desde Elikon.

Kailard le pasó el trozo de papel a Rawne.

Rawne lo leyó. Se volvió hacia los Fantasmas que estaban subiendo a los vehículos en el paso.

—¡Gaunt está vivo! —les gritó—. ¡Está vivo!

Uno por uno, todos empezaron a gritar.



EPÍLOGO

ELIKON

Varios pares de botas marchaban por el vestíbulo de piedra. Los centinelas presentaban armas conforme las figuras avanzaban.

Se detuvieron en una sala de oficiales. Los médicos de servicio saludaron y abrieron la puerta.

—¿Eres tú, Barthol? —preguntó el hombre de la cama, moviendo la cabeza de lado a lado.

Tenía los ojos vendados.

—¿Cómo lo has sabido, Ibram? —preguntó el general Barthol van Voytz mientras se sentaba junto a la cama.

—Me ha parecido oler a pérdidas aceptables.

—Umm —respondió van Voytz. El general miró por encima del hombro a Biota y a los demás escoltas.

—Largo —dijo.

Todos se esfumaron y cerraron la puerta tras ellos.

—Me alegro de que estés vivo, Ibram —dijo van Voytz.

—Por lo que tengo entendido, gracias a Mkoll y a Eszrah y a cinco horas de viaje por el desierto en un semioruga enemigo robado.

—Son cosas que pasan cuando te rodeas de buena gente —respondió el general.

Gaunt se sentó. Harían falta muchos meses de injertos de piel para reparar su cuerpo.

—Yo siempre me he rodeado de buena gente, Barthol. ¿Por qué si no crees que he vivido tanto tiempo?

Van Voytz se echó a reír.

—Me mandaste al fin del mundo, Barthol. Me enviaste a una trampa mortal —dijo Gaunt—. A mí y a todos mis hombres. No salieron vivos ni la mitad.

—Lo siento, Ibram —respondió Van Voytz—. Oye, no hemos reparado en gastos. Tus nuevos ojos serán los mejores implan…

—Mis Fantasmas, Barthol. Eran mis Fantasmas. Y a ti te pareció bien dejar que la mitad de ellos muriesen.

—Eso no es verdad, Ibram. Era vital frenar el avance del enemigo el mayor tiempo posible. Retrasarlos era fundamen…

—Esto es lo que quiero que hagas, Barthol. No vuelvas a contar nunca más conmigo ni con mis hombres.

• • • • •

Lejos de allí, la casa del fin del mundo expira. El gusano cesa su chirrido subterráneo. La vieja dama deja de pasearse fastidiosamente por las estancias vacías. Aguarda su momento y espera. Su negro vestido de encaje roza contra el satinado suelo marrón.

El rifle de infantería estándar con el número de serie MU3R73, apoyado en un rincón de una habitación ennegrecida por el humo, empieza a oxidarse.

Hinzerhaus enmudece. Los apliques de las paredes destellan y después su luz se va debilitando hasta desaparecer. Muerta, la casa duerme y espera a los próximos soldados que le traigan el viento y el polvo. Aguarda en silencio la siguiente batalla, que llegará algún día, en años venideros.

Día dieciocho

Amanece soleado. No hay polvo.

Según las fuentes de los Tacticae, los documentos extraídos de la biblioteca han demostrado ser de gran ayuda en la campaña de Jago. Me comunican que la guerra para reconquistar el planeta podría acortarse unos dos o tres años.

Estoy harto de esta roca. Nos ha costado demasiado. Me duelen los brazos. Tengo la boca seca constantemente. Hecho de menos la música de

Cuando le dije a Rawne que Gaunt estaba vivo parecía que estaba a punto de llorar. Supongo que sólo sería el polvo. El polvo de Jago se mete en todas partes

Diario de campo, V. H.
Quinto mes, 778